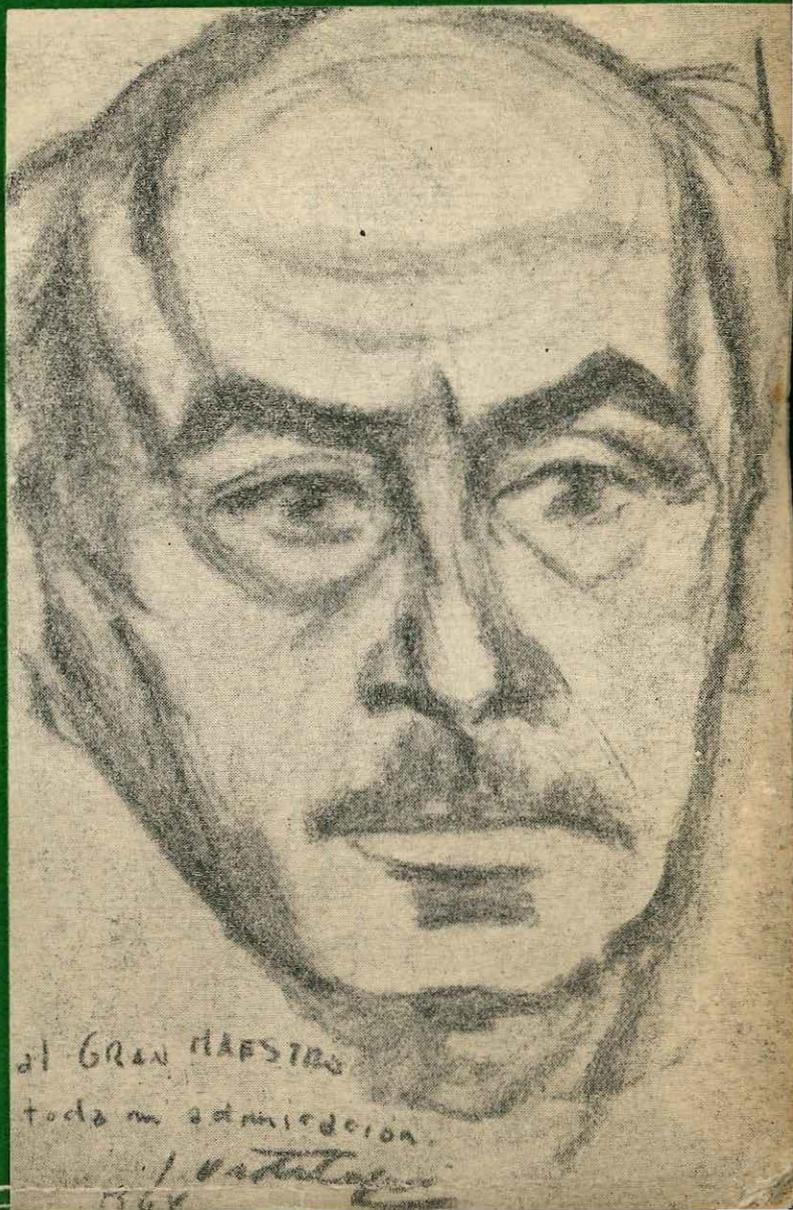


EMILIO ORIBE

El Taciturno y la Noche

P
O
E
M
A
S



1966

Emilio Oribe

El Taciturno y la Noche

EL NARDO DEL ANFORA. —
EL CASTILLO INTERIOR. — EL
HALCONERO ASTRAL Y OTROS
CANTOS. — EL NUNCA USADO
MAR. — LA COLINA DEL PAJARO
ROJO. — LA TRANSFIGURACION
DE LO CORPOREO. — EL CANTO
DEL CUADRANTE. — LA ESFERA
DEL CANTO. — ARS MAGNA. —
ENDIOSAMIENTO DEL INSTANTE

Montevideo
Uruguay
1966

El Nardo del Anfora

1915

A tener yo que explicarme ante alguien, diría, en primer término, que la forma de estos poemas fue sometida a muchas correcciones desde la época que, en edición limitadísima, se publicaron en Montevideo.

En ellos había una aspiración predominante de perfección y alarde en la forma, y en aquellos días la emoción lírica en mí era suntuosa por sí e independiente de la escuela que estuviese en boga, pues nunca quise perderme en argumentos de liviandad, como dijo el salmantino.

Respetando las características iniciales, he continuado una labor de pulimento, exclusión y adorno hasta llegar a las actuales variantes.

EL NARDO DEL ANFORA, aspira a ser una síntesis, y creo que no han perdido los versos en exactitud ni en frescura, al presentarlos ahora apoyados en soportes menos imperfectos.

El primer ÉLAN, pues, continúa aquí, con todo lo que podía traer entonces, Entiéndase bien; con todo lo que se encontraba allí como revelación interior, de ingenuidad, impureza o bien, resonancias.

He aclarado, con la mano, la superficie de las aguas para ver las doradas piedras del fondo, si es que están aún y el río no fue con ellas.

¿Por qué, EL NARDO DEL ÁNFORA?

En la casa de Simón el Leproso, celebrábase la última fiesta a la cual asistió Cristo. Fue allí donde la mujer de exaltación devota derramó el vaso de unguentos perfumados a los pies de Jesús. Los vasos hebreos estaban forjados de tal suerte que siempre el licor se expandía de ellos gota a gota; el artificio se hizo así para que duraran los más posible las finas esencias.

Pero la ardiente mujer rompió el largo cuello del ánfora de nardo espique. Sólo de ese modo el homenaje sería digno del huésped que era Dios.

Alma de devociones sinceras, la mía, ha dado también la generosa libertad a la poesía de los primeros años mozos. Así, explícanse este NARDO DEL ÁNFORA y EL CASTILLO INTERIOR y EL HALCONERO ASTRAL Y OTROS CANTOS y EL NUNCA USADO MAR, en el goce de las sublimes creencias, cuando pude imaginarme capaz de ir a desafiar en sus oscuros antros al dragón insaciable—ah, inerme—también yo—como el ADONÁIS del canto divino de Shelley.

I

El Nardo del Anfora

(REMANSOS DE LA SOLEDAD)

Con grandes amatistas las ovals glicinas,
hicieron una gruta del sendero olvidado.
Aquí y allá, la tarde vió pompas de neblinas
flotar en la esmeralda de silencios del prado.

La brisa de las últimas tristezas vespertinas
bajó del cielo hasta el manso ganado.
Era el lento suspiro de las pardas colinas,
volviendo de la estrella, como un ángel morado.

El *Angelus* de pronto vertió toda su ofrenda
sobre las vaguedades rubias de nuestra senda.
—Oh, Soledad!— Dios quiera que nada te destruya!—

murmuraron tus labios con una voz ardiente,
y el alma del silencio bajó piadosamente
como buscando el límpido remanso de la tuya.

I

El corazón, lejano de ti, busca sus islas
de pausas y silencios y en lágrimas se agita.
Ya mis fuerzas no pueden impedir que la vida
se esfume por un hilo lunar de poesía...

Más que en mí vivo en ti, y tu gracia divina,
y en todos los remansos de tu vida,
oh, rosa mística!

En mi alma las brumas y las sombras anidan.
¿Recuerdas los jazmines de los secretos días,
las tardes de coloquio, las graciosas colinas,
de tu huerto? murmura mi fiebre.

Se desliza,
como flor entre espumas de recuerdos tu íntima
adolescencia, y toda mi pena, a solas, vibra:
oh, rosa mística...

Se ha quedado mi espíritu suspenso en tus pupilas.
Vuelve el agotamiento de una tristeza antigua,
ave gris, a mis sienes.

En esta tarde fría
¿por qué no estás conmigo, mi compañera lírica,
con eso te reclinabas *como un gajo de mirra*
en mi pecho, entre tanto te solloza mi vida.
Oh Rosa mística?

II

Hay un dulzor de sombras, con sollozos lejanos
en nuestras almas.

Nieblas tiene el parque. Sentados
detrás de la vidriera de nuestro antiguo cuarto,
miramos los jardines húmedos en el campo.
¿Recuerdas, Amor mío, el coloquio extasiado?
Es el mismo jardín, el mismo encanto
subjetivo, el que ahora, desde aquí contemplamos.

Finos presentimientos se esfuman en los lampos
grisáceos de las nieblas arrantes.

El Ocaso

tiende sus alas grises, como el nocturno manto
de las perplejidades sobre el jardín romántico.
—Mira!— Es el mismo, el mismo sosiego involuntario
del parque viejo y frío...—

—¿No ven tus ojos pardos
dos sombras que pasean y evocan el pasado?

—Apóyate en mis brazos y mira.— En los lejanos
confines ya difusos de sombras, bajo un árbol
se esfuma la pareja de ensueño.

¿Qué milagro

hizo que a nuestro lado,
volvieran los amantes?

¿Por qué tus blancas manos
se estremecen y huyen y tú tiembles de espanto?
¿Por qué, sin presentirlo, ni quererlo, lloramos?

III

El dolor, agobiante, como ajustada mitra,
con calados de oros, luces y pedrerías
opreme mi cabeza.

Siento que se entroniza
en mis sienes, el peso de una violencia rígida,
que corre por mis venas el frío de las simas,
y que, a densos impulsos un gran dolor gravita,
puntual como un péndulo sobre mi fantasía.

Navío entre las nubes, huye la tarde lívida...
El viento del otoño, sobre los sauces vibra
su angustia y nos decimos:

Todo es penumbra...

—Abisma

el pensar en lo pronto que concluye la vida!...—
Y la noche, en latidos de inquietud se eterniza
en mi espíritu, mientras la soledad me inclina
y grave, como un monje, me hincó de rodillas...

Mas viene tu pureza, flor que se abre entre enigmas.
Siento tu corazón, que en la quietud perfila
su contorno de sangre y penetra en mi vida.
Me invades con tus cálidas presencias, oh poesía!

Ya el amor me estremece como una hermosa mitra
que, enjorada de estrellas, cae en las sienas mías.

IV

Me circunda el recuerdo, como la niebla opaca
de las grises sonatas del Invierno.

Se tiñe
de brumas el ambiente, en tanto que en el alma,
resuenan a lo lejos los extraños maitines
de las meditaciones.

Y se escucha que cantan
las enfermas novicias del deseo, y exprimen
arcaicos misticismos bajo las tocas diáfanas.

Salgo de mi retiro hacia un huerto de acacias,
junto al mar.

El tramonto se cuaja de alhelies,

y es un jardín colgante sobre la tarde clara.
Allí florece el nardo de la carne y sonríen
adelfas de la orgía, o las suntuosas dalias,
se enredan con las rosas, y entre azaleas tristes,
como lotho fantástico, florece la esperanza...

Siento utilizarse a través de mis lágrimas,
entonces, pensamientos que el cerebro concibe.
Y mis penas, por besos de estupor agobiadas,
sobre las soledades de la vida se extinguen,
igual que esos navíos de los puertos del Asia,
que llegan perfumados de remotos países
a morir en silencio sobre las quietas aguas.

V

Fluye la Primavera... Las verdes lejanías
se engalanan de pompas.

De las cimas
aéreas, las eternas nieves se precipitan
en corrientes y saltos de pedrerías
—¿Te gusta el sol que hay?—

—Ven conmigo, Alma mía
y saldremos al campo, que el cuerpo se fatiga
del invierno, custodio de sombras y neblinas.—

El aire está de pompas. Imprecisas
nubes van empañando la pizarra alquimista
del cielo. Una riqueza de alma en mí se agita
al verme cerca tuyo y tu existencia vibra
en mis sienas.

Tú ríes, y cantas y respiras
a pleno amor, y toda tu alma, entre la mía,
lentamente se araña...

Como dos varas ágiles de nardo florecidas,
tus brazos en un ímpetu aleteante se agitan
hacia un astro lejano...

Su ventana, encendida—
al crepúsculo, llama desde el jardín. Se inclina
pausadamente el sauce de los secretos...

Miran
nuestras almas, la lámpara que se alza o se abisma
en deseo, y se aroman de llanto las pupilas...

VI

Llegó a mí tu mirada... Tus pupilas volcaron,
sus luces en mi frente.

Diste para mi canto
con la sapiencia órfica, vivos colores cálidos.

Tendiste, acariciante, tus manos
hacia mi frente niña...

Y mis ojos extáticos
vieron cómo el espíritu se poblaba de rastros:
lenguas de llamas eran en él ángeles blancos...

Llegó a mí tu mirada... En mi interno santuario
resonaron de nuevo los órganos sagrados.
Revivieron los búcaros y los celestes vasos,
con sus cargas de imágenes.

En el vetusto atrio
serenas, como ideas, palomas anidaron,

mientras que me embriagaban los perfumes intactos
que en el aire extendieron los vivos incensarios—

Llegó a mí tu mirada... Floreció con el cántico
ritual, la eucaristía de las almas. Rezamos
de rodillas, con íntima plenitud, bajo el amplio
aletear del misterio.

—¿Comprendes que te amo?
con musical acento murmuraste a mi lado.
Tu palabra evocaba epitalamios
y toda mi existencia era ascua en el milagro.

VII

Por entre la penumbra grisácea de la niebla
pasa una vaguedad tenaz que desorienta.
Me obsede la campana en su nicho de piedra
al sonar, por la tarde. Campana! Compañera
ritual de los aldeanos... Riges las existencias
primitivas e intactas de las firmes doncellas...
Las que ofrecen la vida entre las bocas frescas.

Dan humo las casuchas del poblado. Regresa
un labrador: —Amigo!— de tu ventana abierta,
fluye la luz y sábese que un corazón espera.—
Nos envuelve de sombras la tarde que se ausenta.
Se oye una campanada. Detiéndose suspensas
para escuchar, las almas. Ya oran las doncellas
que aprisionan los tiempos entre sus bocas frescas.

Sentado entre las flores de una rústica huerta,
deshojo, con los dedos un ramo de violetas...
Vuelven aves y aves... Cae la noche, Resuena

la campana. Sonora paloma mensajera
del palomar de Dios!— Eres tú, la pureza
musical, que nos traen todas las primaveras
y eres el alma religiosa de las aldeas.

Hay pájados que anotan tu música en la niebla
con sus oscuros cuerpos, igual que grandes letras...

VIII

Se agitan mis pasiones, en las horas nocturnas,
bajo la gruesa capa de las internas brumas.
Todos los pesimismos vienen en las penumbras,
entre el recogimiento agrio de mi cartuja,
y el agua de mis fuentes pánicas más se enturbia,
estremece las olas de su corriente impura
y salta de mi alma con un fragor que asusta!

El dolor de no verte, como una larga aguja
atraviesa mi espíritu.

En las sonoras urnas
de mi recuerdo vibra tu original dulzura
perennemente intacta.

Reviven una a una
tus blancas confidencias, y con las manos juntas,
evoco las caricias tuyas
y el dolor ennoblece mi vida taciturna.

Es más honda la noche con las amargas uvas
del insomnio. Ve ejércitos mi ser de las angustias,
de mundos que se forman, astros que se fecundan
naciendo de un anónimo panorama de brumas.
Siento una inexplicable gestación vagabunda,

que recorre los pliegues de mi entraña y madura,
y se extingue de pronto, y florece y se mustia...

IX

La luna, en aclarado creciente de pureza,
deshoja su breviario de plata en las praderas.
Los álamos son música, en la llanura abierta,
bajo la paz lunar.

Resplandores de esferas
se anuncian en la húmeda vaguedad de las sendas
y en las aguas celestes, junto a su proa, alerta,
boga Sirio, almirante gobernador de estrellas.

Ven a mi lado, entonces. Que tu dulzura sea
de mi dolor alivio. Reclina tu cabeza
en mi hombro. Perfuma con nardo mis tristezas
y sándalo de besos...

Coloca una diadema
seráfica en mi frente; y que tu alma extienda
ungüentos, que en las llamas de mi dolor se enciendan:
tus gestos de sibila hagan huir las tormentas.

Ven a mi lado, errante, y en la luz, que el poeta
quiere sentirte suya, quiere sentirte buena
para el dolor y hermana para la carne enferma.
Ven, valiente en la luz.

Que cuando desfallezca
yo en tus brazos, leeremos, con voz tenue, el poema
por frágil nunca dicho, mientras la luna llena,
decora el imantado seno de las mareas.

X

Buscando la belleza en la fuente Hipocrene,
pude oír en los astros, orfeones celestes.
Hice hallazgo de horas cálidas de la fiebre,
que en minas de dolor guarda la mente,
y te ofrezco una joya de eternidad que tiene,
fulgores del espíritu, penumbras de la muerte,
y en ardores de carne, transparencias de nieve...

Para ti tengo himnos, salmos y misereres,
luz de los sentimientos, inexpresable requiem.
Himno el más portentoso de todas las murientes
abadías.

Salmodia de tubo somnolente,
de acústica orgullosa, fijado en las paredes
inmensas de mi alma, que el sonar estremece
de azul supraexistencia el dolor de mis sienes...

Para ti tengo oculto un vaso transparente
e inmaculado como la concha de Cytheres,
donde flotó la Venus...

Un vaso que sorprende
por su límpido y mágico fulgor, y que contiene
néctares de mis lágrimas anónimas y mieles
de los tiempos.

Si eternizarte quieres
lleva a tu boca el vaso y de rodillas, bebe.

XI

Una mujer de niebla se reclinó en mi brazo
ayer, entre las sombras indecisas del bosque.

En un remanso de oro detuvimos el paso,
y Ella acercó su boca hasta mi labio torpe.
Y tras un gran silencio que era encanto,
contemplé nuestros labios, húmedos de temblores,
unidos en el frágil espejo del remanso.

Inconsútil y helada, se enojó de topacios
los dedos, y un prestigio real trajo en su porte.
La mujer incorpórea, con un gesto hierático,
me llenó el corazón de imprecisos temores...
Yo, entonces, recordé que la ví en el pasado
mirarme, ha muchos siglos, en griegos horizontes
o cerca de la Esfinge del desierto africano.

—¿Dónde he visto tu bárbara beldad? —he preguntado.—
Los dos hemos vivido juntos en los ardores
de algún propicio y dócil gineceo de nardos.—
—Tal vez Alejandría hizo adornar sus torres
por nosotros... ¿Recuerda?

—Oh, sí, mi dulce amado;
—¡Fuí Cleopatra; y tú fuiste quien naufragó en mi corte;
dejando por mis besos todo el Imperio a Octavio.—

XII

Mi corazón se recoge en los pliegues
de tus mantos y ávido de calor, se adormece...
Mi corazón en música se pierde
como un niño en la fiesta de tu alma y emprende
una marcha armoniosa...

Tú, las manos extiendes,
lo recoges, lo elevas y tus labios le ofreces.
Y estrellas en los antros de tu alma se encienden.

Mi corazón se interna en la corriente
de tu sangre.

Recorre tu entrañas indemnes
y regias como vivas nebulosas en germen;
deja en tus labios pomos de cálidos deleites,
en tu frente empurpura antiguas palideces,
llega a tu corazón, se hunde en él para siempre
y se abren estrellas en tus venas celestes.

Eres surco sagrado y magnífico!

Eres
el gran surco en destellos y en amor. Te estremeces
en afán de lo eterno
Y en aureola cósmica mi corazón envuelves,
y en un surco de estrellas tus arterias conviertes.

Forma antigua, triunfante de la furia y la muerte,
en el amor fecundas, en el morir floreces...

XIII

El creciere dorado de la luna, es la barca
que conduce a una ignota Citherea.

La blanca
suavidad de tu mano, me ofrece la sellada
doncella de tu cuerpo y a su contacto el alma,
gusta el sabio y profundo olvido de las lágrimas.

Abro todos los hondos surcos de mis entrañas
a la simiente de oro que de los cielos baja.
Tiemblo a tu lado. Tiemblan mis nervios.

La romántica
neurosis que conmueve mi existencia, engastada

en lo más hondo mío, igual que una esmeralda,
desde mi carne arranca,
como el mar en las bóvedas, confusas resonancias.

Quiero que me consuele la transparencia lánguida
de tus manos.

Que el vino de sus consuelos caiga
en mis nervios vibrantes, y que tu voz diáfana,
al dar luz sobre todos los pliegues de mi entraña,
no deje ni una mínima perplejidad de lágrimas.
No deje ni un lejano perfume de nostalgia.

XIV

—Mirad; el mercader que ha venido de Smirna
muestra su cargamento de arcaicas pedrerías.
En cofre de alabastro con guarda de amatistas,
joyas muy bien miniadas con leyendas sanseritas...
En el bazar abierto, triunfan las alcatifas,
célebres de la Persia y alzan sus maravillas
tapices de Damasco y turquesas lumínicas.

—Acércate— me dice; contempla como brillan
los pórfidos y jaspes y las perlas bruñidas.—
—El viejo mercader con burlona sonrisa
me enseña su tesoro, y abre ante mis pupilas,
un asombro de ámbares sacros y malaquitas,
fúlgidas calcedonias, purpúreas cornalinas.

Yo recorro con máximas nerviosidades íntimas,
paso a paso la tienda de aquel judío artista.
Él goza ante las graves cavilaciones mías
y ríe al verme entrar con frente pensativa...

¡No sabes que mis ojos huyen de tus vitrinas
fabulosas, y buscan los ojos de tu hija,
los ojos de tu hija,
oh mercader de Smirna!

XV

Campo de sol. Camino abierto. Frescas rosas.
—Ábreme el horizonte lejano, donde agostan
los bárbaros inviernos de mi ser, las magnolias
más bellas de tu carne! Acércate y reposa
sobre mi brazo, y háblame de la oculta salmodia
que se escucha en tus labios, cuando mi vida absorta
se adormece en la última palabra de tu boca...

—Yo quiero siempre verte a mi lado, con toda
tu acariciante y lánguida ingenuidad de tórtola
reclinada en mis fuerzas: Ah, ver cómo remotan
con ascendentes alas, las esperanzas rotas
que deshojé la víspera sobre tu seno.

Enflora
con un bello optimismo mi sangre, Amor, y enjoya
esta sombra corporea con lámparas eternas y preciosas—

Los Vasos del Milagro

BAJO UNA LUZ DE ALMENDROS FLORECIDOS...

Bajo una luz de almendros florecidos
el jardín se adormece, y la mañana,
cristal de eternidad, en la fontana
deja temblores de ilusión perdidos.

En la urdimbre sutil de los sentidos
se dilata la vida, soberana
y fecunda, circuida de una arcana
resurrección de pánicos latidos.

Tu pupila naufraga en la distante
plenitud de mi huerto de claveles.
—Sí...— Ven a mi retiro luminoso,

que en estas claridades de diamante
para gustar tus mieles y mis mieles
mi corazón será vaso precioso...—

ARTIFICE TENAZ, CINCELO GEMAS...

Artífice tenaz, cincelo gemas,
bajo el hondo fluctuar de estas edades,
para agobiar tu mano en claridades
hasta el ópalo rosa de tus yemas.

Y orfebre del dolor, en las supremas
angustias de mis lentas soledades,
grabo en piedras de claras majestades
ritmos para simbólicos poemas.

Bajo la plenitud de mi retiro,
en orgullosa soledad me miro
vibrar en flamas de sagrado fuego.

Lo profundo mirad de mis entrañas:
Qué luz! Están allí las más extrañas
piedras de los collares que te entrego.

TU PALABRA EXALTÁBASE EN LA QUEDA...

Tu palabra exaltábase en la queda
plenitud de la noche. Ya cercana
tu frente de mi sien, tu vida hermana,
de la mía envolvióme entre su seda.

En la alcoba, flotaba una reseda
frágil de intimidad. A la ventana
llegó una triste música lejana
entre el hondo rumor de la arboleda.

Me enseñó tu mirada la fragante
claridad de tu alma de diamante.
y cuando ví tu íntimo tesoro

en él entré con arrogancia ciega
como el titán de la leyenda griega
en el jardín de las manzanas de oro.

VOY CAMINANDO POR LA SENDA HOLGADA...

Voy caminando por la senda holgada
donde juntos nos vieron. Emociones
tristes, sufro en mis íntimas pasiones
y mi existencia agítase turbada.

Tarde lenta de paz, tarde sellada,
propicia enhebradora de ilusiones;
quiero evocar amor y decepciones
de amor, bajo esta hora tan callada.

Recorrer los senderos donde unidos
desfloramos los valles florecidos.
Soñar con Ella en las abiertas cimas

y entre la brisa cálida y serena
besar con avidez su faz morena
en el misal fragante de las rimas.

LA SOLEDAD SE DUERME EN LOS JARDINES...

La soledad se duerme en los jardines
bajo la ingenua noche perfumada
y la luna, en la bóveda estrellada
platea la quietud de los confines...

Una fragancia ardiente de jazmines
evoca los suspiros de una amada,
y revive una música encantada
el ritmo de los húngaros violines.

Pienso y recuerdo... Hasta mi alma viene
el mito fabuloso de la esfinge...
y en la pradera luminosa y célica,

nimbada por astral paraselene,
la blanca luna, entre la noche, finge
la estampa de una imagen evangélica...

BAJO LA NOBLE SOLEDAD BEATA...

Bajo la noble soledad beata
de los sauces, contemplo lentamente,
como el rumor sonoro de una fuente
mi espíritu, en un vuelo, se dilata.

Bajo el grave crepúsculo escarlata
se enriquece el tesoro de mi frente
y en las cuartillas con rumor creciente
cantan los versos de bruñida plata.

Oh, la astral santidad del huerto mío,
en esta hora en plena paz de estío!
Ya tu alma en mi alma se reclina,

y en la vaga tristeza en que me pierdo
mi vida, es sólo el sauce que se inclina
callado sobre el lago del recuerdo...

ENTRE AROMAS EN FLOR, DUERME LA ALTEA...

Entre aromas en flor, duerme la aldea
en la distante soledad del prado,

en tanto a los rediles el ganado
se acerca en una placidez hebrea.

Vamos juntos. Mi visita se recrea
por un jardín ingenuo y perfumado.
Todo es ritmo y es égloga a tu lado
en los paisajes blancos de la idea.

Tu mano se estremece entre mi mano.
Hay un ritmo platónico y lejano
en la ardiente opulencia campesina.

La aldea, en la penumbra se ilusiona,
y el espíritu eterno de Verona
sabiamente al amor nos encamina.

DE LA VIDA LA MÚLTIPLE HERMOSURA

De la vida la múltiple hermosura
se condensa en la clámide celeste
del cielo, envuelto en una ingenua veste
de claridad fragante de ternura

Se reconcentra el alma en tu dulzura
así como en la ermita el arcipreste.
En la plural serenidad agreste
se acentúa el rumor de la espesura.

La tarde, en la quietud de las glorietas
se esfuma, y es suspiro de violetas.
Sobre los campos, deja la campana

un vago aroma de melancolía...
Al entregarse tu alma entre la mía
¡no oyes gemir piadosamente: — Hermana?...

LA HONDA CONFIDENCIA DEL BOSCAJE...

La honda confianza del bosque
nos inicia en su mágico espejismo
y un silencio, de súplica y abismo
envuelve las penumbras del follaje.

Hacia el banco olvidado un cortinaje
de glicinas desciende. — A un tiempo mismo
se integran tu lirismo y mi lirismo
frente al desdoblamiento del paisaje.

El dolor de la tarde se condensa
en una sola lágrima suspensa
de la seda suavísima del cielo.

Al confiarte el amor que te consagro
me adormezco en perfumes de milagro
bajo la Arabia ardiente de tu pelo.

PLATA FLUIDA EN LOS LÍQUIDOS CAUDALES...

Plata fluida en los líquidos caudales;
columnas de la luz son los cipreses.
Palomas blancas en las ricas mieses
y en el oro solar de los triguales.

Sobre la copa de los romerales
levanta el sol sus aúricos arneses.
Turna el estío sus dorados meses
en la fecunda paz de los eriales.

Canta fecundidades la campaña.
Conmueve el surco su escondida entraña
por la sed de crear atormentado.

Y mueve el corazón un ritmo incierto
mientras exige, hacia su noche abierto
más sed de amar y de sentirse amado.

OH, FINAS LLAMAS DE FULGOR VOTIVO...

Oh, finas llamas de fulgar votivo
en donde el alba funde su diamante.
Rosadas vendas de opresión constante
que enceguecen mi ensueño pensativo.

Soy de ellos dueño y a la vez cautivo.
De ellos tirano y a la vez amante,
Aunque domino en su amplitud fragante
en su armonía prisionero vivo.

Absorto estoy entre tan dulces lazos.
Y cuando extiendes hacia mí tus brazos,
con un impulso plástico de alarde,

veo elevarse de su curva hermosa,
astros. Los mismos que en un fondo rosa
se ven, entre las sedas de la tarde.

BAJO DULCES INCIENSOS TUTELARES...

Bajo dulces inciensos tutelares,
como a conjuro mágico de hada,
se enciende en la llanura fatigada
el fuego paternal de los hogares.

Con grave unción los finos colmenares
del silencio, dan miel fresca y dorada
para las almas, en la paz sellada
de los tardos senderos familiares.

Sueltas tu pelo como vasto asombro
de noches, que en las curvas de tu hombro
dejan glaucos y fúlgidos regueros.

Y en el largo camino silencioso,
aspira el alma en tu cabello undoso
vespertinos aromas de luceros.

EN LA ANTIGUA HUMEDAD DE LAS GLORIETAS...

En las antigua humedad de las glorietas
con paso firme hacia mi lado vienes
y en tu expresión dominadora tienes
majestades impávidas y quietas.

En tus sonrisas duras interpretas
tus orgullos de reina. Te detienes,
y envuelves el cansancio de mis sienas
con tu pelo aromado de violetas.

Pero yo temo verme en la penumbra,
densa de tu mirada que deslumbra!
Pues al hundirme en tus pupilas graves,

como a Antonie la sangre me convida
a huir de las batallas de la vida
persiguiendo la estela de tus naves.

ME SIENTO ENFERMO, Y SOLITARIO VIVO...

Me siento enfermo, y solitario vivo,
rodeado por ansias más supremas.
Me atraen los fulgores de tus gemas
y el milagro, cambiante y fugitivo,

que en mí derrama el resplandor votivo
de tu blanca ilusión. Hoy, mis poemas,
se alzan a ti, cual lípidos emblemas
de un orgullo recóndito y esquivo!

Mustios son los rosales del ocaso.
Pliega el recuerdo acariciante raso
sobre una lenta angustia sobrehumana.

Y se siente el espíritu cobarde,
como si hubiesen muerto con la tarde
las rosas, ah! las mías, del mañana...

ESTOY SOLO, OLVIDADO, EN LA SUPREMA...

Estoy solo, olvidado, en la suprema
plenitud del silencio soberano.

Sobre mi alma, dolorosa mano
comprime tu recuerdo, y él me quema...

Eres en mí el *leit-motiv*, el tema
de un deseo seráfico y arcano.
Baja a mi ser, tu resplandor lejano
y en su centro deslumbra como gema.

Vuelvo a estar solo en mi ciudad de hastío.
He abierto la ventana hacia la vida
de tumultos que suben del arroyo.

Para escribir los versos que te envió,
comprimiendo los labios de mi herida
sobre mi propio espíritu me apoyo.

TU GUIARÁS NUESTROS PASOS INEXPERTOS...

Tú guiarás nuestros pasos inexpertos
—Oh Amor.— Esconderás la mies fecunda
en la entraña, y la noche más profunda
sembrará en nuestros labios entreabiertos

la luz de tus estrellas. — Tus conciertos
pánicos en la selva gemebunda
de nuestra inspiración, con voz rotunda
revivirán sobre los días muertos.

Arderán nuestras vidas en tu hoguera—
De eternidad, con las pasiones locas
de nuestra carne haremos un tesoro

Amor, como es fugaz la primavera,
no le niegues la miel a nuestras bocas,
ni el vino de tus ánforas de oro.

EL INVIERNO OTRA VEZ... EN LA FIRMEZA...

El invierno otro vez... En la firmeza
de la lluvia, la vida palidece
y la ciudad romántica parece
que entre la capa de las brumas reza.

El campanario hunde su aspereza
en las nubes de plomo. Desfallece
un cantar en la senda, y se estremece
todo, al vago estupor de la tristeza.

Llora el invierno su lluvioso encanto
sobre nuestro interior. Profundo llanto
en las pupilas quédase en acecho.

Yo, viajero de luz, sigo mi marcha,
bajo el frío creciente de la escarcha
y entre el ritmo convulso de mi pecho.

MOSTRÓ LA ESCALINATA, EL INVIOLOADO...

Mostró la escalinata, el inviolado
resplandor de los mármoles. La brisa
resonó blandamente en la indecisa
penumbra del silencio dilatado.

Daba en buscar la luna su extraviado,
collar en la inquietud de tu sonrisa,
y tu mirada, lánguida y sumisa,
se idealizó de ópalo a mi lado.

Reclinada en mi pecho desataste
la cabellera obscura y ondulosa.
—Adiós!— Y en la marmórea escalinata

con qué serenidad te deshojaste
sobre mi corazón, como una rosa
en un antiguo búcaro de plata!

LA INMENSIDAD, SOBRE AQUEL MAR OSCURO...

La inmensidad, sobre aquel mar oscuro,
en un silencio vasto aleteaba
y en pródiga opulencia derramaba
estrellas sobre el oleaje impuro.

Y vimos el milagro. Con seguro
afán el mar inmenso se colmaba
de fulgores. Cada astro que a él llegaba
seguía ardiendo inmaculado y puro

pero muerto, en las aguas caudalosas.
Lloraste... Tus mejillas luminosas
mostraron palideces fugitivas.

Mustio de fiebre me incliné a tu frente,
y se vió en tu pupila trasparente
un cósmico temblor de estrellas vivas.

LA BRUMA VA ASCENDIENDO... LA TEMPRANA...

La bruma va ascendiendo... La temprana
frescura, que se eleva del ambiente,
va idealizando paulatinamente
la dulce castidad de la mañana...

Tu mano entre mi mano, en la lejana
quietud de la pradera confidente,
se entrega a mi cuidado, castamente
como una buena y cariñosa hermana.

Avanzan los aromas del estío...
Entre las sierras se adelgaza el río
bordeado por besos de la espuma...

Y en un éxtasis lírico de anhelos
ascienden nuestras almas a los cielos
sobre un lampo imposible de la bruma...

TARDE ABUNDOSA DE ESTIVALES MIELES...

Tarde abundosa de estivales mieles
y fecunda de lágrimas secretas.
Penumbra azul guardaban las glorietas
en sus ocultas soledades fieles.

Soñaba el río bárbaros tropeles
y en la tersura de sus aguas quietas
nafragaban simbólicas violetas
y púrpuras extrañas de claveles.

Por la senda nostálgica seguimos
y en un éxtasis de alma florecimos.
Hacia atrás reclinabas la cabeza

y tu pelo en dos trenzas, descendía
sobre tu busto, como en la armonía
de un ánfora de muerte y de belleza.

EN LA CALLE DESIERTA VA LA BRISA...

En la calle desierta va la brisa
deshojando un rumor en los confines;
se oyen lejanas notas de violines
y el agudo temblar de alguna risa.

He abierto mi ventana. A la indecisa
penumbra de mi cuarto, los jardines
traen un perfume mustio de jazmines
y una quietud recóndita y sumisa.

¿Y esta ansia de llorar? en mi retiro
ahogo mi tristeza en un suspiro,
y frente a la tiniebla dilatada,

siento un ardor de indómitos anhelos...
—Ábrete corazón hacia los cielos—
como una urna póstuma y sagrada.

SOLLOZAN LAS CAMPANAS MONACALES...

Sollozan las campanas monarcales
sobre la fiel quietud del caserío

y el prodigio estival de su atavío
levantan en la tarde los rosales.

Salmodias de tristeza en los misales
más sagrados del alma, y un vacío
punzante siento en el ensueño mío
bajo el cielo agobiado de corales.

Surge tu casa sobre un fondo obscuro.
En ella anida todo mi futuro
y hacia ella va mi pena, nube vana.

Y en dolorosos ímpetus de angustia,
mi corazón es rosa que se mustia
nada más, y perfuma tu ventana.

ERRANTE, UNA MUCHACHA CAMPESINA...

Errante, una muchacha campesina,
nos vió llorar al lado del torrente.
El rumor melodioso de la fuente—
oculta, era la voz de la neblina,

Murmuré en honda angustia, una divina
oración, sobre el nardo de tu frente—
—Oh, mañana, dijiste lentamente—
mi alma estará enferma y vespertina...

Osciló tu dorada cabellera
en mis manos. Un ritmo vacilante
reflejaron tus ojos entreabiertos...

Ya todo sombra en nuestras almas era,
donde caía, trágica y constante,
una extensa nevada de astros muertos.

EN LA SEDA NOCTURNA HUBO UN CONTRASTE...

En la seda nocturna hubo un contraste
de luces y de sombras. Los senderos,
alzaban sus sonoras limoneros
idealizados en un blanco engaste.

Música de tu voz. Te reclinaste
después de una agonía de luceros
sobre mi brazo, y en mis ojos fieros
trémula de emoción te deshojaste.

Vertieron detonante sahumero
tus nardos. La nevera de tu frente
se alhajó en un prodigio de alabastros.

Y la música sabia del misterio
resonó en nuestras almas largamente,
con rumor pitagórico de astros.

EL CIELO, ENTRE SUS CLÁMIDES DORADAS...

El cielo, entre sus clámides doradas,
se abría con magnífica opulencia
y el bosque, en una arábica indolencia,
nos mostró sus umbrías perfumadas.

En la sombra tenaz de tus miradas
tembló una diamantina eflorescencia;
y tus manos en blanca confianza
quedaron en las mías reclinadas.

Se hundió el ocaso en el follaje espeso.
Vibrábamos de ensueño, en la agonía
cordial de aquella tarde solariega.

El silencio atraía como un beso.
Y al naufragar tu alma entre la mía
tuvo la unción de un labio que se entrega...

TUS OJOS ME APRISIONAN CUANDO PIENSO...

Tus ojos me aprisionan cuando pienso
en su sombra arriesgar mis fantasías.
Se viste el alma toda en pedrerías
y permanece el corazón suspenso.

En tu pupila extiéndose el intenso
llanto de las dolientes profecías
y, madreperla de melancolías,
se abre su noche en un milagro inmenso.

Entre un deslumbramiento de oropelos
en tus ojos se esfuman mis bajeles
en busca de fantástico tesoro.

—Sí, déjame extraviarme en tus miradas.
—¿Y qué buscas?— Las islas olvidadas
donde dejé mis altas torres de oro.

CON SU CARGA DE LUCES MARCHA EL RÍO...

Con su carga de luces marcha el río
bajo el frescor fugaz de la mañana
mientras su espejo ondula en la lejana
soledad, más allá del caserío.

—Inactual castidad del huerto mío,
envuelto en una placidez temprana,
donde con lenta suavidad desgrana
su collar de topacios el rocío.—

Y prosiguió tu voz que era la aurora:
—Mira mi huerto, como esplende ahora
proyectado en lo obscuro de las selvas.

Y el lar se levantaba en los confines.
Claridad prodigiosa de jazmines.
Colgajos de las blancas madre selvas.

UNA FRAGANCIA RUSTICA DE ESPLIEGO...

Una fragancia rústica de espliego
trasminarán las sendas y el divino
pájaro de tu gozo campesino
no volverá a cantar ante mi ruego,

Dormirán los paisajes bajo el fuego
de la siesta, y al borde del camino
la cigarra en su cántico ladino,
contendrá todo el campo solariego.

Todo será alegría en el hechizo
de la impoluta suavidad del viento.
Tú guardarás mi ánimo enfermizo

tan solo, en el recuerdo solitario.
Igual fuera un jazmín amarillento
entre la castidad de tu breviario.

ES QUE SOY DE OTRAS ÉPOCAS...

Es que soy de otras épocas. No creas,
cuando ves que enmudezco en un profundo
silencio de tristeza, que me inundo
en las actuales dudas giganteadas.

La muda emigración de mis ideas
me conduce a otro tiempo más fecundo:
cuando el Renacimiento, sobre el mundo
cuatrocentista alzó luces febeas.

Vivir con Benvenuto y el Tiziano,
como vicioso príncipe italiano,
o como un Papa, en cámaras cordiales.

Erudito en los crímenes, maestro
en las jornadas del amor... Y diestro
en arte antiguo y en hundir puñales.

EN ESTA PAZ QUE ES LUZ DE LOS JARDINES...

En esta paz, que es luz de los jardines
me enerva la atracción de unas miradas.

Se oyen ritmos de fuentes encantadas
y el agudo temblor de los violines.

Lentamente, la luna en los confines
vuelve a agotar sus ánforas plateadas
y se elevan tus manos perfumadas
en un deslumbramiento de jazmines.

Hay un dulzor azul de primaveras...
A tu delicadeza de capullo
entrego mis tristezas una a una.

Se buscan en tus límpidas ojeras,
los diamantes más claros de mi orgullo
y las perlas más suaves de la luna.

BAJO LA GRUTA DE TU CABELLERA...

Bajo la gruta de tu cabellera
se oculta mi cabeza. Siento fríos
punzantes en las sienas, y sombríos
miedos gravitan en mi vida entera.

Abre tu corazón, que mi quimera
va hacia ti con sus grises atavíos.
Deja que duerman los inviernos míos
en ardiente y dorada primavera.

Dispersa con los brazos entreabiertos,
semillas en mis páramos desiertos.
Que nazcan otros mundos de armonía

en los jardines de mis lontananzas,
y que tu alma, vaso de esperanzas,
vuelque el vino y la luz sobre la mía.

QUIERO EVOCAR LA MÚSICA PERDIDA...

Quiero evocar la música perdida
ya para siempre en la extensión sonora.
—Vámonos juntos a temprana hora
por la natal pradera en loca huida.

Y nuestra inspiración, enriquecida
con las joyas más puras de la aurora,
florece en mi frente soñadora
y en el nardo oloroso de tu vida...

Hoy no es posible que mi amor se vea
reflejado en tan claras ilusiones
como los sauces, en los lagos tersos.

Ya nunca en las mañanas de la aldea,
perfumarás tu libro de oraciones
con el sándalo antiguo de mis versos.

PÁLIDO ENTRE LA VAGA OPALESCENCIA...

Pálido entre la vaga opalescencia
de mi cuarto, contemplo las llanuras
distantes de mi América. Espesuras
de álamos, elevan su indolencia,

allá lejos... En blanda confianza,
bajo su amparo van aguas impuras,
con marejadas lentas e inseguras
arrastrando una parda somnolencia.

Vente conmigo. Por la noche iremos
hacia ese campo y juntos seguiremos
por el dulzor alguna senda grata...

Y nuestra angustia indómita y vehemente
naufragá en la música doliente
de los sonoros álamos de plata.

LISONJAS DE UN DORADO PARAÍSO...

Lisonjas de un dorado paraíso
viéronse en la llanura perfumada
y una mística unción vi reposada;
paloma del crepúsculo indeciso.

En tu pupila, toda llamas, quiso
encenderse mi orgullo. Tu mirada,
con dejadez recóndita y cansada,
logró evadir la mía de improvisó.

Una lejana música se oía...
Beethoven; pastorales... Poesía,
al fin, y con tus lágrimas, querellas...

Después, cuando los ojos se encontraron,
nuestras almas finísimas se alzaron.
Cálices, nada más, de las estrellas.

NO INTENTES DESCIFRAR PORQUE ME RIGEN...

No intentes descifrar porque me rigen
el fuego humano o la divina gracia.
No interrogues la fuerza de mi audacia
ni por donde mis pasos se dirigen.

Cuando tus ojos, ávidos se fijan
en mí, para admirar mi aristocracia,
caerá sobre mi estirpe la desgracia
y para siempre tornaré a mi origen.

—Oh, Lohengrín, clamarás!— Lllaman los bronce
del heraldo! ¿En qué río milagroso
y azul acude tu figura excelsa?

Quién sabe, si te oirá el cisne, entonces...
El cisne que conduzca el héroe hermoso
y te salve la vida, como a Elsa!

CIUDADES DE PÚRPURA Y DE RASO...

Ciudades de púrpura y de raso
con vistas de jardines orientales,
armábanse en las nubes vesperales,
Sabias hechicerías del ocaso.

Toda mi vida en ti vibró. Acaso
resucitamos miedos ancestrales
cuando el día en los vastos naranjales
áspero olor de flores dió a tu paso.

La soledad reinando en la llanura,
buscó nuestra tristeza y con dulzura
de madre, su consuelo nos seguía.

Y en pausadas etapas inclementes
tendió en la palidez de nuestras frentes,
sus alas grises la melancolía...

HACIA TI, VAN MIS BARCOS A MILLARES...

Hacia ti van mis barcos, a millares.
Playas de oro en tierras fabulosas
grabó en mi mnemotécnica; y preciosas
colonias de los mundos estelares.

Te elevas en los épicos cantares
del agua, con tus templos y tus diosas,
lo mismo que una Atlántida de rosas
venciendo la clausura de los mares.

Idea o isla helénica. Presiento
que flotas en las túnicas del viento...
¿Huiré de tus sirenas de ojos zarcos?

No puedo... Ya tus límpidas palomas
vienen hacia el velamen de mis barcos.
Como a Ulises, me embriagan tus aromas...

Oda Griega a la bailarina Isadora Duncan

—Se cuenta que Isadora Duncan durante su viaje a Grecia, danzaba, una vez, en el amanecer del día, completamente sola, ante la sublime Acrópolis. — Un viejo pastor que la contemplaba, le preguntó:

—¿Qué haces ahí, hija mía?

Ella interrumpió su danza y contestó:

—Digo mi oración ante la Acrópolis...

Mármol, perenne mármol, tibio mármol
oloroso a los mirtos seculares
de Arcadia y a las pródigas campiñas
de Athenas, bello mármol, mármol vivo.

Bajo la blanca túnica apolínea
te mueves, mármol sonrosado y virgen
y nos colocas en la clara senda,
circundada de olivos y laureles,
que conduce al dominio de los Dioses.

Han hallado las nuevas muchedumbres
ya la ruta de Paros luminosa,
que Leconte de Lisle, el viejo bardo,
creyó perdida. Encuéntrala quien sigue,
el lenguaje del cuerpo y de la música,

la geometría de las danzas griegas
de la Duncan. Y extáticos caminan
detrás del paso firme de la Venus,
los pulsadores de las liras órficas,
los que doman el bloque inanimado,
los taciturnos de la gaya ciencia,
los dogmáticos ciegos de la forma,
los devotos del canto y de la eurythmia,
los profetas del rito dionisiaco,
y las almas selectas que vislumbran
en las gasas volubles de la diosa,
entre un vuelo de tórtolas en júbilo,
repetirse el milagro de Citheres.

Y más felices que el divino aldeano
que transformó el concepto de lo bello
en la escultura de la Grecia alzando
de entre un inculto campo de labranza
a la Venus de Milo, hoy descubrimos
a la Isadora de los castos miembros,
desnuda en el tumulto de las urbes.

Y le ofrendamos rimas de diamante
a la seleccionada por Apolo,
a la sacerdotisa de la danza,
intuitiva en el gesto y en el símbolo,
juvenil en los diestros ademanes,
alígera en los muslos pentelianos
como aérea en los hombros ascendentes,
sencilla en la expresión del movimiento
que nos transporta al Citherón magnífico,
alada, como alada es la Victoria

de Samotracia y grácil como es grácil
la Oréade del bosque de Thesalia.

Su cuello es lo primero que conturba
en medio del prodigio de sus líneas.
Columna rosa, esbelta que sostiene
un mentón candoroso a fuer de insigne,
es la *turris ebúrnea* de los salmos,
ornada con las rosas de Anacreonte
y con el nácar pálido de Flora.

Cuando contrae la danzarina el cuello
en la delectación del sincronismo
de sus nervios, adquiere fuerza mítica.
Y los dos mastoideos divergentes
se alzan hacia la nuca, como brazos
minúsculos de niño, que ofrecieran
una oblación a Zeus, insuperada
en el detalle de una copa antigua.

Isadora se acerca con las manos
extendidas en gesto de inocencia.
Reviven los exámetros de oro
a su paso y conmueven los frisos
del Parthenon, para situar su cuerpo
en medio de los cuerpos inmortales;
y cuando danza surge la edad lírica
en que la creencia humana, sin un pliegue
de maldad, escribía las leyendas
de blondos semidioses y escuchaba
las músicas de Orfeo, entre el concierto
de las cigarras áuricas de Hesiodo.

Vienen hacia sus labios las abejas
del Helicón, buscando la flor doble
que perfuma y encanta al entreabrirse,
y detienen las alas serenísimas,
las águilas de Júpiter, atónitas
ante el misterio enorme de los ritmos.

Su cuerpo tuvo escudo en la pupila
fuerte de las deidades, y los ópalos
ruborosos de Diana Cazadora
resplandecen en él. Nos trae un culto
milenario en su múltiple armonía,
y rememora todo lo admirable
de las pinturas del Renacimiento,
y es lácteo como el cuerpo de los niños,
e ingenuo como el cuerpo aún no tocado,
de la doncella impúber que Afrodita
no ha querido adiestrar para los goces
y los dolores del ritual eterno.

Surge entre los famosos cortinajes
como una visión que se ha escapado
de algún bajo-relieve, y en la rítmica
danza que inicia en lúcida apoteosis,
presta la carne unánime obediencia
a la Idea y le rinde vasallaje.

Renovadora de las artes plásticas
da a la virtud de la belleza suma,
lo que contiene al ser de revelado
y lo que esconde el alma de misterio
y levanta en lo alto de la frente
la sibilina lámpara de Psyquis.

Ya fluye de su marcha el entusiasmo
que floreció en las fiestas de vendimia,
cuando la gestación de la tragedia
en el cielo solar de Baco Heroico.
Cuando Ella avanza ungida por los pámpanos,
óyense las cadencias de los himnos,
y dijérase entonces que la sigue
la briosa procesión de los efebos,
de largos rizos y actitudes ágiles,
que encancian entre víctores alegres
la voluptuosidad del vino rojo
y ofrecen en sus bocas lujuriantes
la opulencia cordial de los racimos.

Ya sutiliza la corpórea esencia
y es blanquísima forma de alabastro
que atrae, que domina y que sugiere.
Quédase inmóvil y sus ojos fingen
la ceguera inmortal de las estatuas
que evocan en el pórtico del templo
la dorada grandeza del Olimpo.

Ya se incorpora y alza las pupilas
en actitud renunciatrix, y mueve
hacia el azul el velo que la cubre
y que al subir hasta los tersos hombros,
transforma las escápulas en alas.

O permanece adormecido e inerme
y poco a poco sale de su sueño,
y se agita de angustia y se contrae
del dolor, cual si fuera una intangible

divinidad robada del Empíreo,
bajo un sueño profundo, y bruscamente
despertada entre el lodo de la tierra.

Hoy, más felices que el divino aldeano
que descubrió en un campo de labranza
a Venus, la de Milo, poseemos
la Venus de la carne y del espíritu;
vívida, escultural, conquistadora
sacerdotisa en neo-helenas danzas,
que da aliento a la lámpara de Psyquis,
y cuyo cuerpo, en medio de la noche
tentacular que oprime los cerebros,
igual que la Nické de Samotracia
firme sobre las proas o las frentes,
es mármol, vivo mármol, libre mármol.

Imágenes de América del Sur

LA VICTORIA DE SAMOTRACIA

En la más alta empresa que se inicie, tu vuelo
debe estar. — Que todos los rasgos del latino
se copien en tu esfuerzo ascendente y divino,
que abre las vastedades de la tierra y el cielo.

Capitana en tu nave, realizas el anhelo
de la esperanza nuestra. El verso diamantino
del poeta te canta y te busca el marino
y el genio te persigue con pertinaz desvelo.

Oh, victoria que un día con las naves viniste.
Héroes no faltaron. Ni batallas!... Te erguiste
con vencedora marcha hacia tierras mejores.

Y más que nunca alígera en las aguas flotando...
Las estrellas de América te vieron gobernando
la insumergible proa de los conquistadores.

ORACION A LOS PINARES ANDINOS

En la sien pedregosa de la montaña andina
allí están: con adusta firmeza de titanes.
En sus troncos un ígneo tropel se arremolina
de lavas, que descende, lento, de los volcanes.

Oh, formas descarnadas. La nieve blanquecina
les da unos tintes trágicos cuando los huracanes
desatan sus violencias frenéticas de ruina,
en medio de fantásticos hervores de ademanes.

Pinos que circundáis, las cumbres de los Andes
sedientos de la altura de las potencias grandes.
Pinares que os mecéis con bárbaro vaivén

cuando las tempestades preludian sus rugidos.
Los cóndores os llenen de innumerables nidos
que avanzan ya las águilas de Washington. — Amén!

LA VISIÓN DE SEBASTIÁN DELCANO

Guitarras dolorosas vibraban en el puente
del navío. El crepúsculo, sobre las mansas olas
del Pacífico, alzaba postreras amapolas,
despojos en los antros de soledad creciente.

A lo lejos, los montes del nuevo continente
llenábanse de sombras. Las naves españolas
de Hernán de Magallanes se sintieron más solas
y más triste escuchóse la música doliente.

Se apagaron los últimos sonidos de guitarras...
Sesgado plenilunio nimbaba las bizarras
facciones de Delcano, vigilante en la proa.

Fue entonces que el guerrero, en mágico espejismo,
vió con ojos de fiebre, caer sobre el abismo
y abrir tajo en los Andes la espada de Balboa.

LOS CENTAUROS

Ya vienen por las pampas. Ha nacido la aurora.
Anuncian su llegada con tumultos y ruidos,
y andan por los extensos pajares florecidos.
Admirad su salvaje carrera atronadora.

Los grupos de centauros corren enardecidos,
los músculos vibrantes, los ojos encendidos.
El ¡aaaah! de aquel tropel en marcha hora tras hora,
se pierde en medio de la pampa forjadora...

El sol doró de bronce las ancas! Y la noche
se anuncia, circundada con bárbaro derroche;
gusanos luminosos de irisaciones frágiles.

Entonces vé el poeta, sobre la pampa inmensa,
que entre nubes de polvo como una tromba densa,
huye la tropa bárbara de los centauros ágiles...

CONQUISTADORES DE ESTOS PAÍSES

¿No véis los grandes héroes? Solís, resplandeciente
de lauros, se hunde trágico, en el bosque nativo.
Pasa Diego García, con el mirar altivo,
y Pedro de Mendoza conduce hidalga gente.

Viene Garay con gesto que abarca el Continente
y síguenlo Alvar Núñez e Irala el agresivo
Bernardo de Guzmán, con la rama de olivo,
y Pedro de Ceballos, con la espada inclemente.

Pasan los capitanes, De los ojos guerreros
y de los repujados puños de sus aceros,
aún viene, hacia estos siglos, resplandor **escarlata**.

Don Bruno de Zabala toma puesto adelante.
Ved cómo abre la marcha al redoblar gigante
de los conquistadores del Río de la Plata.

LOS INDIOS

Cierta mañana, cuando despertaba la aurora,
notaron los charrúas, hacia el alba, en el río,
unas naves fantásticas de orgulloso atavío,
estandartes con cruces e inaccesible prora.

Entonces, convocaron con voz agria y sonora
a las plebes autóctonas, ebrias de poderío,
y trajeron del bosque, el impulso bravío,
la envenenada piedra, la flecha voladora.

Una nube de dardos hacia la luz lejana
partió, contra los ágiles bajeles **deslumbrantes**.
Y pelearon la indígena tribu y el español.

Ah, pero fue vencida la gente americana!
Las naves avanzaron entre nimbos brillantes,
como si respondieran con las flechas del sol.

LA MAJADA

Los campos se repiten en verdes terciopelos
bajo los prolongados silencios campesinos;

y en la villa de Melo se elevan los molinos
de agua, con clarines al azul de los cielos.

Con un sosiego intenso se arroban los caminos
por donde van a ferias, rurales peregrinos...
Muere la tarde. El alma recoge sus anhelos
y florecen en ella, renunciados y consuelos...

A lo lejos, los rústicos caseríos natales;
tras filas de eucaliptus, dorados naranjales.
Y más allá, a las luces de la tarde humillada,

trasunto de israelitas ensueños pastoriles,
con andar taciturno, se acerca a los rediles,
entre amarillos perros que ladran, la majada.

EL BUEY

Chocano: ¿por qué causa reirse de las penas
de ese humilde que ofrece para todos, su amor?
Lo creo un Dios doméstico de las tierras en flor.
Lleno de mansedumbres bendice las faenas.

Faraónica víctima sacrificada por
los tristes peregrinos del hambre y del dolor.
Patriarca que preside con pupilas serenas,
su prole innumerable de trigos y de avenas.

Bajo el yugo prosigue su marcha promisoría.
En su pupila triste, que parece que llora
recuerdos de otras épocas, duerme una luz beata.

En tanto que el arado rompiendo la gramilla,
en la entraña del surco recién abierto brilla
como en la oscura nube relámpago de plata.

EL CORDERO

Es sueño de muchachos, manojos de esplendores,
cándido ramillete de espumas y de armiños,
compañero infaltable de niñas y de niños,
e hilandero imposible de encantos y dulzores.

A todos los aldeanos, ternuras y cariños
les trae el blanco amigo, a quien fiestas y guiños
hacen festivamente pastoras y pastores
en la paz de los prados tapizados de flores.

Como hecho de neblinas, va corriendo ligero,
entre las ramas límpidas que bordan el sendero.
O a veces, alejado de todo alegre afán,

bajo las arboledas cercanas a la huerta,
reclínase en la madre con dulzura inexperta.
Y evoca que hace siglos lo acarició San Juan.

EL ASNO

Frente al establo aguarda ceremoniosamente,
con gravedad ascética y con tristeza huraña.
Pensativo y peludo, el cielo y la campaña
no turban, ni interrumpen su quietud trascendente.

Del anca a las orejas, la luz solar la baña.
Parece adormecido en una hartura extraña
ahora que está solo... En cambio es diligente
cuando en su manso lomo trepa la humilde gente.

La siesta lo entumece en un íntimo halago.
Entre las arboledas, al perpetuarse un vago
rumor de floraciones, brota la poesía.

El asno ni se entera... Y en su calma profunda,
mueve contra las moscas, testa meditabunda.
Si os acercáis, os dice: soy la Sabiduría.

SELVAS DE AMÉRICA

A los bosques de América, yo canto. A los jardines
de grandes primaveras sin órbita. Arboledas
del Amazonas, vastos y herméticos confines
del trópico abrazante en donde duermen quedas

los boas y serpientes: las peligrosas sedas...
En pampeanos cielos, ombúes tan afines
con el alma del gaucho, ásperas alamedas
del Paraguay, en donde litúrgicos maitines

celebraran antaño jesuitas en misiones.
Árboles de la América! De todas las regiones
libres! Del Ecuador, del Plata o Yucatán.

Ved los hombres, que vienen por vuestra savia fuerte.
Buscando vuestro orgullo vencedor de la muerte,
plebes en migraciones. ¡Toda la grey de Adán!

Cerro Largo

I

Desde hace algunos años, paso las vacaciones en mi pueblo natal. Esta vetusta villa, tiene anticuadas calles y grisáceos casones, lo mismo que las sobrias aldeas de Castilla.

El trato fraternal con la gente sencilla que me da su amistad, se enciende en maravilla. El rubio campo es propio para meditaciones, y vuelca frescas aguas sobre las sensaciones.

Hastiado de las cátedras y las aulas famosas, la salud colonial que fluye de las cosas más humildes, me vuelve el corazón sereno.

De modo que en estío muy a gusto me paso, libre de los científicos infolios, con mi vaso de leche y mi sabrosa ración de pan moreno.

II

Vuelvo a las patriarcales mañanas aromosas. Tengo paz en la carne, suavidad en la mente. Albricias!: Con un ramo de nardos y de rosas me recibe la prima frágil y adolescente...

Días claros y lentos; diamante en luz fluyente. La carne se aletarga y no exige ni siente, y el espíritu, libre de versos y de prosas, se difunde en la esencia íntima de las cosas.

Yo paso muy a gusto las siestas reclinado sobre un viejo sillón histórico. La tía me repite las crónicas guerreras de otra edad.

Ella siempre me espera con un parral colmado de uvas en Verano, y en Invierno me envía, sus doradas botellas de miel a la ciudad!

III

Hay en las cercanías quintas de naranjales. Con un libro de versos en ellos busco amparo y me inicio en las fórmulas de estos nuevos rituales del campo, de los árboles, del cielo abierto y claro.

Sobre el dorso mullido de una loma me paro. La gente pasa y dice: Mirad que joven raro!— No atiendo. Sólo escucho las fuerzas naturales, los cauces panteístas, los influjos vitales...

Veo ondular un rubio trigo que reverbera bajo la luz solar de la vasta pradera. Por mi camino rudos indios vienen y van.

Si a la entrada del pueblo unas viejas se juntan, parece que cuestiones del diablo se preguntan, como las descarnadas brujas de San Millán!

IV

En estas excursiones por tierra americana
vi tipos muy curiosos. Con andar triste y lento,
por los pequeños pueblos llevan vida haragana,
bajo el imán violáceo y azul del firmamento.

Nos recuerdan las gentes caídas del violento
resplandor de barbarie, que pintara Sarmiento.
Indóciles y oscuros, frente a la tierra llana
y virgen, son esclavos de una existencia vana.

Desde el umbral del rancho, miran al inmigrante
que triunfa bajo un hierro de voluntad gigante.
—“El instruirse es difícil y el trabajar es largo”,—

parece que dijeran al flaco perro amigo.
Y se pasan las horas hurgándose el ombligo,
y frente a tierras vírgenes, tomándo mate amargo.

V

Al mirar otros hombres de campo, he recordado
el perfil en menguante de los moros. No hay duda
ya que el alma encendida del moriseo ha brotado
mágica de desiertos, en la pampa desnuda.

Es la misma quietud contemplativa y muda,
áurea la fantasía y la intuición aguda,
que emigraron a América en el siglo dorado
de la conquista, en hábitos de monje o de soldado.

Ayer, he visto un hombre. Un hombre formidable.
Venía cabalgando en un bagual instable,
de galopar elástico y fuerte y férreo casco.

Traía el gaucho oscura mirada inteligente,
luenga y negra la barba, y el empaque imponente,
de aquellos orgullosos emires de Damasco!

VI

Fue un domingo lento, vacío, de campaña.
Pidió albergue en la casa de mi abuelo, un pruebista,
sucio y desmelenado. Iba a emprender la hazaña
de hacer bailar su oso, dócil y equilibrista.

—Es húngaro— dijeron las gentes. El artista
mostraba en sus miradas una honda amatista.
Era un triste y moreno tipo de tierra extraña,
que en sí arrastraba el peso de la natal montaña.

Danzaba el oso al son de un instrumento impuro.
La gente de la estancia miraba al hombre oscuro
y a la bestia, con aire curioso y picaresco.

El húngaro, cumplidos homenajes rendía.
Y al ver que yo observaba sus maniobras reía
feliz... Luego, asustábame con su oso grotesco!

VII

He llegado de nuevo a los campos natales,
que guardan en secreto su inviolado tesoro.
Y he visto revivir las fuerzas ancestrales
de mi instinto, en el llano y en el bosque sonoro.

Bajo mi mano joven, acentuó su decoro
la corta y divergente cornamenta del toro.

He vuelto hacia los bosques amplios y naturales
y entre los viejos árboles hallé nuevos panales.

Ya hace años que entramos en la selva, agitando
la cabellera al viento de las pampas, gritando
con salvajes impulsos hasta quedarnos roncós.

Oh verdad innegable de mi alegría justa!
Entonces, oh qué bella mi niñez, tan robusta,
como la miel salvaje que hay en los viejos troncos.

VIII

Allá, bajo la selva, por valle dilatado
y en pedregal negruzco, se arrastra el Tacuarí.
Al fondo, Cerro Largo. Después; Guazunambí.
—Guazunambí, en indígena: orejas de venado.—

La selva fronteriza y azul en que nací.
Donde en mis entusiasmos jóvenes, conocí
las hazañas y gestas del gaucho sublevado,
de rebelde melena y *chiripá* bordado.

Parece de Castilla la ciudad noble y parca,
cuya gris perspectiva desde lejos se abarca,
rodeada por lomas de eucaliptus gigantes.

La tierra huele a mieses, a frutos y a tomillos.
Y aún moran en los ranchos sombras de los caudillos;
sombras, tan sólo sombras, de los gauchos de antes!

El Castillo Interior

1917

Amor Sagrado y Amor Profano

I

AMOR SAGRADO

En Ella se ha fijado mi actitud pesimista
igual que en una joya una enorme amatista.

En su rostro ovalado, las ojeras violadas
reviven un litúrgico resplandor de baladas.

Pasa entre mis palacios, taciturna,
lo mismo que una ráfaga crepuscular...

Su alma es una urna
en cuyo fondo un ópalo no deja de brillar.

Un lacre de silencio en sus labios descuella,
y cuando alguna cosa le pregunto
me mira fijamente, pone su rostro junto
al mío, y con el índice mi torpe labio sella.

Su vestuario es traslúcido y brilla en la tiniebla.

Hay una interna luz en sus pesares,
y la he visto en la noche, difundirse en la niebla
incorpórea y voluble de los rayos lunares.

Cuando muestran sus manos tintes de calcedonias
y avanza, entre el airoso despliegue de las faldas,
brillan con el prestigio de arcaicas ceremonias
en la luz de sus ojos, húmedas esmeraldas.

Unge sus dedos diáfanos entre joyas triunfales,
y se enciende en dulce rubor,
trayendo de esfumadas tierras inmemoriales,
en una mano un áspid y en la otra una flor.

Entre milagro inmenso,
arde su corazón como grano de incienso.
La precede un salmo de beatitudes,
y la sigue una estela de místicos aromas,
y en su saliente pecho ahoga dos palomas
entre los blancos velos de las virtudes.

El rosal de sus líneas,
se eleva entre un prodigio de formas virginales
y se oye un resonar de flautas apolíneas
detrás de sus sandalias musicales.

Yo reclino la frente
y en interior meditación me pierdo,
cuando se alza en mis noches la mujer transparente
y va a encender la torres del recuerdo.

Ha siglos que me busca a través de leyendas
y en las comarcas más terribles,

soñando las ofrendas
de bodas imposibles.

¿Quién es? ¿De dónde viene? No he podido
descifrarlo jamás. Cuando evidencio
mi afán por definirla, lo impiden el latido
de su convulso pecho, su rostro dolorido
y el índice en los labios que me implora silencio.

Presidiendo las íntimas liturgias interiores
siempre la ví a mi lado;
cuando hablo con mí mismo y gusto mis dolores,
cuando estoy en el ámbito de los sueños mejores:
¿Es el Amor Sagrado?

II

AMOR PROFANO

La *Otra* es muy distinta.

Viene firme, absordente,
trayendo entre los labios sensaciones perversas.
Favorita del goce de las historias persas
ella habitó serrallos en Oriente.
Su mirada
como la sierpe bíblica entre la sombra acecha
y me lastima con su luz helada.
Arco es su frente estrecha.

Ella posée el secreto de la hoguera continua,
luego coloca el nardo
de su beso, y vislumbra cuando el cuerpo gallardo,
se ha de entregar vencido entre su noche antigua.

Dijo el Eclesiastés a sus muslos febriles,
y al placer de sus ojos y sus labios:
estírcol de las rutas que pisan los viandantes.
Ah, sí. Pero en Atenas compartió los desfiles
del logōs y el arte.
La hetaira, entre los sabios
y los poetas, hizo eternos los instantes...

En Bethulia fue célebre. Y narra la leyenda
que ella cedió su perversión felina,
puñal y astucia y amorosa venda,
a Judith, la heroína
cuando Holophernes la llevó a su tienda.

III

Tal vez alguna noche de embriaguez y lujuria
la inició un mercenario de Aníbal en la orgía,
que enervó la energía
de los conquistadores de los campos de Etruria.

Quién sabe si no ha sido de algún Borgia la amante
y su cuerpo pagano,
cayó agonizante
bajo el puñal del príncipe italiano.

Sé que hoy se ha detenido en medio de mi senda.
No la temo!

Sonriente, agotaré su ofrenda,
y tallaré en su cuerpo tentacular e impuro,
la espada que ha de abrirme la marcha hacia el futuro...
Después, como Sigfrido, que partió con su acero

el yunque en que forjara su símbolo guerrero,
antes de que sus brazos empiecen a enervarme
he de romper los vínculos con que ella quiere ahogarme.

IV

En este instante
yo poseo el origen de toda fuerza viva
y constante,
pues ya veis que levanta mi frente pensativa
junto al laurel la rosa fugitiva.

Lo inmortal
y lo frágil,
lo divino y lo humano
albergo en mis entrañas con goce soberano,
y al igual que la eterna
pintura del Tiziano,
junto al sagrado amor
tengo el amor profano.

EL FRUTO

I

Ayer

Han florecido ya los durazneros!
me gritaron sus labios sonrientes.

y avanzó entre los múltiples senderos
con una flor rosada entre los dientes.

Lluvia de octubre. En la mojada loma
triunfaba el sol después de la tormenta.

—Mira, mi pelo húmedo se aroma
en el aire, y mi carne de luz se transparenta.

Un claro resplandor el cielo abría.
La tarde, en el crepúsculo sonoro,
se alejó sobre el dorso de una nube sombría
como Europa en la grupa del olímpico toro.

Ya en el hogar cerramos la ventana
y en rendido pudor,
me perfumó su juventud tamprana
como un colmado duraznero en flor.

II

Hoy

Ella no ofrece tan feliz tributo.
Mas su cuerpo es sabroso como un fruto.

EL AMANTE

Al fin de aquel invierno, se oyeron en la alcoba
las lluvias. El pampero reinaba. Anocheecía
ya en los campos. Sentíase un olor de caoba
selvática, en los muebles de la alcoba-sombría.

Mi juventud, cautiva, aulló como una loba.
Temblaba como un pájaro, ya al declinar el día
—Tengo un deseo, amante, que me trae y me arroba
o surge como un déspota en mi alma bravía.

Hay deseos idénticos a máscaras gigantes
y deformes. Obseden en todos los instantes
burlando los coloquios de la noche interior.

—Júrame que si hoy mueres, se encontrará en la rosa
de tu cuerpo, la huella única y poderosa.
de un solo amor, de un solo amor, de un solo amor.

—Júrame de rodillas, con voz queda y unciosa.
Un solo amor, el mío. Un solo amor: mi amor.

EL DISCÍPULO DE PLATÓN

I

Resonancia inmortal en mí florece:
y llevo en el espíritu
la inquietud de una nueva melodía
no escuchada jamás sobre la tierra.

No ha sido el resplandor del cielo ático,
no la perfecta línea de los mármoles,
ni la delectación del mar latino,
por donde se deslizan los trirremes
trazando las estelas argentadas,
como lazos que unen a las vidas
que se van, con las vidas que se quedan.

No ha sido la belleza que la Acrópolis
difunde en mis pupilas cuando veo
su majestad clarísima elevarse
bajo un cielo zafireo; ni tampoco
las sonrosadas ninfas de Diana
ni el cuerpo de la Venus. ni el flamígero
resonar que levanta entre las nubes
la cuadriga escultórica de Apolo.

II

He ido como siempre
al jardín de Academos.

Hoy de sus viajes nos habló el Maestro
al iniciar las pláticas divinas.
Pensativos y absortos, escuchábamos
con sagrado silencio, los discípulos.

Nunca he encontrado al sol más fulgurante,
ni el aire ha rendido sus perfumes
con más experta y exquisita gracia.

Toda la inmensa majestad helénica
se irguió en los ademanes y en los labios
del Maestro magnífico:
y lo seguía nuestra fe, radiante;
pronta a sacrificarle nuestro ensueño
en su elevado amor, como en un ara.

Hoy no citó los diálogos de otrora
en el grave cenáculo de Sócrates,

cuando su juventud flotó en el cielo
de la sabiduría del gran mártir:
pues atraída por la pompa diáfana
que irradiaba el gimnasio, su alma quiso
abandonar los tópicos profundos,
temas de pitagóricos o eléatas.
para hablarnos, primero de Megara
y después de Cyrene y de Sicilia.

Los viajes de Platón!

Lenta, espaciábase
su voz, al describirnos el milagro
del mar azul, donde la Arcadia sueña
y donde Venus yergue
la redonda turgencia de sus senos.

Nos evocó las tardes opulentas
de los áureos jardines de Megara,
y el rumor de los bosques donde ocultan
las abejas eternas,
la luz que el griego ofrecerá al futuro
en el ánfora ebúrnea de su arte.

De allí pasó a los días de Cyrene
y las comarcas tórridas del Africa
nos describió con un color sublime.

¡Largo tiempo entretúvose evocando,
la tremenda emoción que le causara
la tierra ardiente que calcina el torso
inflexible de Atlante!

Por fin su verba nos llevó a Sicilia
donde Vulcano y el tonante Júpiter

unen la voz del cielo y de la tierra
a través de los cráteres enormes.

Y con placer nos dijo,
que allí pasó las horas escuchando
el rumor de las olas fatigadas,
y poco a poco descifró el mensaje
de una tierra escondida,
que más allá de las columnas de Hércules
levanta sus prodigios y leyendas
y la polifonía de sus bosques
sobre el dorso movable de las aguas.

III

Entretanto, en el huerto silencioso,
y en amplitud de templo,
se extinguía el frescor de la mañana,
y la rubia canícula de estío
prendió su antorcha en florecidas selvas.

Se detuvo Platón en el sendero
y un gesto de cansancio
flotó en la claridad de sus facciones.
—Tengo sed— murmuraron dulcemente
su labios, y, rendido,
su noble cuerpo se apoyó en nosotros.

Corrí a una fuente y en bruñido vaso
le traje el agua transparente y límpida,
y en forma torpe hincándome en el césped,
con ruboroso gesto y débil pulso
la coloqué en las manos del Maestro.

Después que hubo bebido toda el agua,
me envolvió en una plácida sonrisa
y entre un silencio religioso dijo:

—Haz de modo que el cauce de tu espíritu
se conserve en la vida, para siempre
tan puro como el agua que me has dado.—

Cada vez que recuerdo este episodio,
resonancia inmortal en mí florece
y guardo en el espíritu
la inquietud de una nueva melodía
no escuchada jamás sobre la tierra.

LOS DÍAS DE LA DECADENCIA

I

Por la ventana abierta hoy he mirado
hacia el mar.

Lentamente
surcaban el espejo de las ondas
los navíos asiáticos, trayendo
desde países de riqueza y fábula
cargamentos magníficos.

Aumentaban los pródigos bajeles
en prole extraordinaria y los velámenes
formaban cortinajes caprichosos,
donde volcó el crepúsculo,
como en el mar, tonalidades púrpuras.

Poco a poco la atmósfera fenicia
triunfa sobre el espíritu ateniense.

Y aumentan los navíos que conducen
al lado de los óptimos tesoros,
el sensualismo de la carne asiria,
el culto de los dioses materiales,
la uniforme ignorancia del negocio,
los hipnóticos filtros que adormecen,
las joyas deslumbrantes de los sátrapas
y el hastío infecundo
que hay en los muelles de Sidón y Tiro.

Por la ventana abierta hoy he mirado
hacia el mar.

Los navíos recortaban
oscuras quillas en las quietas ondas.

Los navíos asiáticos, que priman
sobre el blancor de las latinas velas...

Los navíos asiáticos, que traen
las joyas deslumbrantes de los sátrapas,
hoy máspreciadas que la luz de Júpiter,
más codiciables que el laurel de Apolo.

El sol huía por el cielo de ámbar,
colocando en las cumbres y en los mástiles
dorados resplandores.

Desde el pórtico azul de mi retiro
me pareció notar en el gran astro,
a Helios, con la luz y con la fuerza,
abandonando a la materna Hélade.

II

Calladamente descendió la noche.

Las vacilantes luces de las naves
uniéronse en los pliegues de la sombra
con el brillar eterno de los astros.

Mi labio entonces murmuró confuso:

—Apolo ha huído de la madre Grecia,
al ver los incensarios expirantes,
sin fuego el ara, silencioso el templo
y mudo el labio en la oblación vacío.—

Mañana, cuando surja el nuevo día,
—¿Volverá el Dios con su cuadriga de oro?

LA IDOLATRÍA

Bajo el cielo diáfano de una tarde llena
de sol, en el dorso de la onda serena
del Mediterráneo,
se vió un bajel de velas henchidas
con impulso rápido, como alas tendidas
en potente vuelo espontáneo.

El bajel venía con los peregrinos
del Arte, buscando los templos divinos!

Las arquitecturas helenas.

Y se detuvo atónito y maravillado
frente a donde se alza sobre alto collado,
el Parthenón, gloria de Athenas.

Eran los viajeros de sangre latina.
Sobre la azulada vastedad marina
 en éxtasis se detuvieron.
Y absortos y mudos ante la grandeza
del mármol de inmortal belleza
 para siempre permanecieron.

Pasaron mil años y nuevos cantares
ritmaron los ágiles reyes de los mares.
 Pero aquel navío hechizado
para siempre, inmóvil sobre el agua pura,
vigilando la sacra escultura
 se abandonó petrificado.

Surgieron veloces los nuevos bajeles,
con sus cargamentos ricos de oropeles
 de las tierras de promisión.
Todos admiraron la nave preclara.
Pero nadie pudo, por más que intentara,
 arrancarla de su prisión.

Levanta tus mástiles navío fastuoso!
Hay obras más bellas que el templo glorioso,
 ancla de tu fantasía!
¿No ves que envejece tu casco en las aguas?
¿No sabes que ahora ha construído en sus fraguas
 templos mejores, la Energía?

Ya nadie se para a mirarte — oh navío
inútil y viejo! — Te oprime el hastío
 y el agua pudre tus aristas.
El mar hoy pertenece al bárbaro, al germano
o al atroz fenicio, y en el oceano
 se olvidan tus grandes conquistas.

Oh Raza Latina!
Te has quedado siglos frente a la divina
 fantasmagoría escultural.
Mientras otras razas triunfan a tu lado,
tu genio creador se ha paralizado
 ante la Hélade,
 como ante la forma inmortal.

PRESENCIA DE LA BLANCURA

Allí, de blanco, eres más hermosa
que nunca.

Pleno sol. Los caminos
se pierden bajo puentes de magnolias.
Hay trigales sin término.
Vas a mi lado y diafaniza el ámbito
tu claridad de hostia.

Blancas aves
inician bajo el cielo transparente
su vuelo, y se recortan
junto a los surcos las espigas llenas
de oros sin contornos.

Allí flotan
vastas fecundidades,
radiaciones ignotas,
que vibran y se expanden y aletean
en tu pupila absorta.

En la curva nevada de tu busto
tu cabellera adorna.
El sol derrama en ella

diafanidades náufragas.

Colocan

sobre tu traje blanco
el resplandor de una estatuaria hostia.

Pleno sol. Es verano. Los caminos
se pierden bajo cuerpos de magnolias.

Vas a mi lado.

Está toda en mi alma
tu claridad de hostia.

MEMORABLES CONFESIONES DE UN CUERVO

I

Pliega — oh cuervo — tus alas y contesta
al interrogatorio de mi labio.
Cuervo ancestral: veo en tu oscura testa
quietud proconsular y gesto sabio.

Tú, que eres familiar de tantas cosas,
háblame de los líricos instantes
de felices o trágicas amantes.
Simboliza sus vidas tormentosas
con ritos y artimañas, o con rosas
y piedras, o con aves y diamantes...

Dime la ciencia vasta que descuella,
oh cuervo taciturno,
bajo tu calva en donde imprime huella,
ha siglos, la sandalia de Saturno.

II

—Dime ¿bajo los párpados divinos,
qué notó Menelao, cuando Helena
lo embriagaba con cánticos y vinos?
Una falena.

—Y Danae, la hermética ¿qué vió
floreecer en su cuerpo agonizante
cuando la lluvia de oro terminó?

—Un diamante.

—¿Y Leda, al contemplar su muslo intacto
cuando cesara el cisne proteiforme
su espléndido contacto?

—Un ópalo enorme.

—¿Y Sapho al levantar en los rituales
la canción luminosa,
qué deshojó en sus dedos musicales?

—Una rosa.

—¿Qué dejaba la ninfa en la llanura
cuando sentía la atracción experta
de la garra de Pan, sacra e impura?

—Una granada abierta.

—Y Ulises al volver hacia su esposa
¿qué percibió en el manto
de Penélope, astuta y hacendosa?

—Una flor de acantho.

—Dime ¿qué abandonó la Sulamita
cuando su cuerpo límpido y gallardo

dió a Salomón en la nocturna cita?

—Un nardo.

—Y Ruth, la viuda que espigó en el pecho de Booz, el sembrador de trigo, como en su campo ¿qué aroma halló en su lecho?

—Mirra y cinamomo.

—Y después que Jesús la perdonara ¿qué notó entre su veste Magdalena junto a su carne ruborosa y clara?

—Una azucena.

—Cleopatra en el lecho soberano al aguzar extática el fastidio, de la carne ¿apresó algo entre su mano?

—Sí. Un ofidio.

—¿Y Judhit, al marcharse de la tienda de Holofernes, indemne el virginal tesoro, según narra la leyenda?...

—Un puñal.

—Y cuando Hypatia se entregó al martirio ¿qué vió la plebe atónita y perpleja volar de entre sus labios en delirio?

—Una abeja.

Salomé, la insaciable y fatalista

—¿qué aspiró con satánica fruición al besar la cabeza del Bautista?

—Olor a león.

—Y Francisca al pensar en Malatesta, ¿qué vió agitarse entre el divino aroma

del corazón en amorosa fiesta?

—Una paloma.

—¿Qué aprisionó junto a su carne pura, cuando Fausto acechaba en el jardín, Margarita en sus noches de ventura?

—Un jazmín.

—¿Qué abandonó en el lino de sus velos, Desdémona, al besar al negro Africano de las conquistas y los celos?

—Un rubí.

—Al abrir la doncella castellana su dormitorio hacia el nocturno piélago ¿qué entraba con Don Juan por la ventana?

—Un murciélago.

Cuando Mireya recordó a su amante al caer fulminada lejos de él, ¿qué notó entre su boca delirante?

—Miel.

—¿Qué vió en los labios de Tristán, Iseo cuando imprimió sobre su boca árida un beso de estupor y de deseo?

—Cantárida.

III

Por último:

—¿Quién fue el verdugo del divino Edgardo?

¿Quién su tormento último avivó?
¿Quién mató a Annabel Lee frente de nardo?
—Yo!

Y hacia la plúmbea soledad abierta,
huyó aquel cuervo insigne y taciturno,
que con su gran sabiduría experta
deshilvana la rueca de Saturno!

Los Vasos del Milagro

EN TU ESPLENDOR PROFUSO FLOTAN CLARAS...

En tu esplendor profuso flotan claras
refulgencias y luces de metales,
las llamas de las mitras imperiales
y las piedras preciosas de las tiaras.

Con tus flotantes túnicas preclaras
y tus pompas diáfanas y astrales,
subirás a las cumbres inmortales
en la armonía de las rimas raras.

Te elevarás a las más altas cimas.
Donde da su candor el astro tierno
y sus cuatro estaciones forja el año.

Sobre la escalinata de las rimas,
en tu marcha ascendente hacia lo eterno,
será mi corazón, primer peldaño.

POR UNA VÍA DE ÁLAMOS DIRECTA...

Por una vía de álamos directa
voy al pueblo. La noche me circunda
y la tierra dinámica y fecunda,
ofrece a Pan su desnudez perfecta.

Plenilunio. Mi sombra se proyecta
sobre los viejos muros, y se inunda
mi carne dolorosa en la profunda
soledad de mi calle predilecta.

El vago cosmos en las sombras late.
Mi cuerpo pide al alma que desate
su inquietud, y ella entrega su tesoro.

Sueña, pues la acompaña mi desvelo,
la luna que conduce por el cielo
hacia occidente sus lebreles de oro.

EL SOL CAÍA CRUEL EN LA LEJANA...

El sol caía cruel en la lejana
desolación dorada de las eras.
Yo seguía hacia utópicas fronteras
en la brutal fiereza rusticana.

Y al encontrar sobre la tierra llana
dos cisternas en sombras de palmeras,
con retornos de antiguas primaveras
oí la voz de la Samaritana.

— Calma en esta agua, peregrino triste,
la ardiente sed. — Y entre la flama diurna,
floreciendo en los últimos sonrojos,

Samaritana del amor, me diste
el agua, más que todas taciturna...
La que está en lo más hondo de tus ojos.

EN LOS GRANDES ESPEJOS BISELADOS...

En los grandes espejos biselados,
de nuestra casa colonial, se aprieta
una atracción sumisa de agua quieta,
y un sopor de silencios asombrados.

Recorro con los iris dilatados
el terciopelo de la sombra neta:
y me levanto, y con la mano inquieta
busco el gran ventanal por todos lados.

Al abrirlo me asomo a los nocturnos
follajes de los huertos taciturnos.
Y suben hacia mí, con un tesoro

de luctuosos recuerdos familiares,
perfumes de los mirtos seculares,
entre aroma sutil de acacias de oro.

OTOÑO. LA MIRADA SE FATIGA...

Otoño. La mirada se fatiga,
por la gris carretera solitaria
y en el bochorno de la cuenca agraria
el labio sueña en una fuente amiga.

El sol los tiernos álamos castiga
y alzan copiosa madurez suntuaria,
en los campos, la viña centenaria
y en los maizales la robusta espiga.

La opulencia real de los alcores,
pueblan con testa al sol, vendimiadores.
Formas vivas de pórticos y frisos.

Vendimias! En la pompa rusticana,
vuelve triunfal como en la edad pagana,
entre rosas y pámpanos, Dionisos.

LA LUZ SOLAR DISUELVE SU ORO FINO...

La luz solar disuelve su oro fino
sobre la urbe, y matinal cortejo
de colores, exalta junto al viejo
murallón, en el hálito marino.

El Plata azul, destaca el cristalino
cauce, nimbado de plural reflejo:
claro y bruñido como un gran espejo,
radioso y dúctil como el mar latino.

La mañana flamígera trae una
potente realidad, en el profuso
resplandor de su clámide sonora.

En el cielo, el menguante de la luna,
es el postrer girón, tenue y difuso,
del velo de Isis, que rasgó la aurora.

APRISIONADO EN LA CIUDAD SE ARROBA...

Aprisionado en la ciudad se arroba
mi corazón, y escúchase en mi entraña,

una interior polifonía huraña
que inunda los silencios de mi alcoba.

Mi juventud, domesticada loba,
aún revive la ancestral hazaña,
o recuerda la vívida campaña
y el perfumado bosque de caoba.

Me siento resurgir en las leyendas
de aquella vida fuerte de contiendas.
Guardo en mi voz el salmo de las cimas

de América. En himnos musicales,
el rumor de las selvas tropicales,
dictame cantos y salvajes rimas.

HE AQUÍ A TU HIJO, — DIJE A DIOS...

He aquí a tu hijo, — dije a Dios. — Cansado
está — muerto estará frente a la vida.
Desángralo al marchar oculta herida.
La sangre mana y corre del costado...

Dudo que el pobre cuerpo lacerado
logre besar la cúspide elegida.
Tanto ha sido la sangre ya vertida,
que a mi frente las sombras han bajado.

Hiéreme igual la flor como el espino.
— Padre nuestro, ¿no estás en mi camino?
Eso dije al silencio de las cosas.

La noche inmensa recorrió su velo
y yo miré, bajo la luz del cielo...
Mas no vi sangre; sólo habían rosas.

LA FORMA DE ESTE VASO ME DESLUMBRA...

La forma de este vaso me deslumbra.
Buseo su perfección con sed tremenda,
pero tardo en hallarla: es la contienda
perenne que me abisma o que me encumbra.

Una intuición platónica, me alumbra
y vivo en la atracción de su leyenda.
Su resplandor difúndese en mi tienda
como lanza de plata en la penumbra.

El vaso en que yo bebo, yo lo labro.
Con pertinaz espíritu cantabro,
en darle perfección me reconcentro.

Cuando firme la obra duradera,
será de oro traslúcido, por fuera.
Yo pondré el vino, y Dios la luz, adentro.

CASA DEL SABIO AMOR...

Casa del sabio amor... Junto al triclinio,
mis músculos serán los fuertes lazos,
que al adunar tus brazos a mis brazos
rindan tu carne a mi total dominio.

Sobre tu cuerpo un bárbaro exterminio
de rosas, arde el verso. Entre aletazos
de intensidad, me atraen tus abrazos
y tus bravas pupilas de aluminio.

Te abandonas a mí, y al estrecharte
beso tu cuello de rubores lleno.
Vinos rojos dan llamas en la cita.

¡Sabiduría y amoroso arte!
Dime, tu seno ¿acaso no es el seno
el duro seno de la Sulamita?

ACENTÚA SU FILO AMENAZANTE...

Acentúa su filo amenazante
la luna nueva. Los pamperos gimen
largos llantos del sur; brujas del crimen
esperan en la sombra. Va adelante

de todos, el creciente, caminante
divino, por el cielo. Se comprimen
a su paso las nébulas y exprimen
luces hasta formar nuevo diamante.

Por la ruta del cielo se dilata
mi pupila. Allí están las formas bellas.
Tienen, para ideas puras, vaso eterno.

Mas con su alfanje de bruñida plata,
cabelleras de luz de las estrellas
corta la luna trágica de invierno.

ACÉRCATE A MI HOGAR, DONDE UNA A UNA...

Acércate a mi hogar, donde una a una
voy puliendo las piedras seculares;
Turquesas en ajorcas, y en collares
la perla de la lágrima oportuna.

Aprisiono con mágica fortuna:
los rubíes, que alejan los pesares,
la amatista, que triunfa en los altares
y la débil y astral piedra de luna.

—Busca la eternidad en mi tesoro.
Te nimbaré en mi resplandor interno,
y en amplio esfuerzo de mi ciencia rara,

modelaré en tu seno el cáliz de oro,
en que hemos de beber el vino eterno
cuando entregues tu cuerpo junto al ara.

EN LA DULZURA DE TU PELO APAGO...

En la dulzura de tu pelo apago
esta sed de llorar que me domina.
Tu cabeza nostálgica se inclina
sobre mi pecho, y nótase un halago

de beatitud en el silencio mago
del sauzal, mientras diáfana neblina
flota con indolencia bizantina,
sobre la tersa suavidad del lago.

Rueda la luna de una nube al cielo
como cae un anillo de un pañuelo.
Y cuando elevas sobre el pecho mío,

tu cabeza de astrales claridades,
vuelca la noche en nuestras soledades
nebulosas, en cósmico rocío.

BAJO LA LUZ CREPUSCULAR, PERDIDAS...

Bajo la luz crepuscular, perdidas
visiones van en la quietud profunda,
y el alma asciende y en dulzor se inunda
sacudiendo las alas ateridas.

La soledad enhebra en nuestras vidas
diamantes de amor claro, y nos fecunda
de vespéral belleza vagabunda
en las nubes, de rosas florecidas.

—Ayúdame a vivir— pide el ensueño.
En tu cabello undívago y sedño
entreabres un oriente perfumado.

Pero me abismo en sombras de tristeza.
Taciturno, reclino mi cabeza
sobre tu hombro, como un dios hastiado.

YO FUÍ EL HERAKLES JOVEN...

Yo fuí el Herakles joven. La alegría
de mi fuerza era música en la loma

Para mí la opulencia de la poma
en caminos y huertos relucía.

El rumor de tus cánticos se oía
al pie del romeral, bosque de aroma.
Tu adolescencia débil de paloma
en mi ilusión de efebo florecía.

Tus velos entreabriste, vacilante.
Se inflamaron mi carne y la floresta
cuando en mis manos descendió tu ropa.

En rauda impulso te robé triunfante,
como el toro inmortal que alzó en su testa
la desnudez olímpica de Europa.

NUNCA HE VISTO UNA LUMBRE SEMEJANTE...

Nunca he visto una lumbre semejante
al reflejo que nimba tu mirada;
ni en el cofre que abre la alborada,
ni en aquel que en la noche es de diamante.

Yo quiero aprisionar la vigilante
piedra que da a tus ojos, luz violada.
Quiero poseer la fuente irrelmada
que prolonga esa luz en tu semblante.

Y si mis manos trémulas de artista,
aprisionan tu cuerpo luminoso,
trataré de robarte, aunque no quieras,

la amatista; la mórbida amatista,
que enciende su reflejo misterioso
más allá de tus húmedas orejas.

VÍA LÁCTEA, EN RED CÓSMICA, DILATA...

Vía Láctea, en red cósmica, dilata
y difunde su pompa fulgurante,
mientras la noche alza amenazante
al sur, creciente de bruñida plata.

Un deseo en nosotros se maltrata
como carbón que quiere ser diamante,
mas no puede; amor mío: en ese instante
el silencio fascina, pero mata.

Tu labio se conmueve en un latido
miedoso de temor, cuando evidencio
la instintiva inquietud de mis pasiones.

Callamos. Y abre un surco dolorido,
el surtidor de oro del silencio
al morir sobre nuestros corazones.

AQUÍ PASÓ EL JESUITA CON SU FIESTA...

Aquí pasó el jesuita con su fiesta
de maitines. Aquí el llano se enciende
y el verano profundo que se extiende
como un terco abejorro nos molesta.

La flamígera pompa de la siesta
acalla los rumores. Se suspende
la vida en todo el ámbito y desprende
su llamarada el sol en la floresta.

Se aduerme el aire trágico y quemante:
es la pesada fiesta de diamante.
Junto al gran cerro están las hierbas buenas.

Sobre los campos vírgenes me pierdo.
Como una urna para mi recuerdo,
—Oh soledad metálica, resuenas!

EL OLVIDO

—Madre, morirme quiero,
porque he muerto a mi hondero!

Volverá con las nubes y tormentas
a rondar en tus muros,
para adornar con lámparas sedientas
tus cabellos oscuros.

—Madre, morirme quiero,
porque he muerto a mi hondero!

—No ha muerto! Con los vientos y los mares
y el horror y el olvido,
volverá con la luz de otros cantares
para halagar tu oído!—

—Madre, morirme quiero,
porque he muerto a mi hondero!

—Tú no fuiste! Las lunas lo han llevado,
para siempre en sus noches prisionero.
—Allá en los astros estarán las hondas
que han herido a tu hondero!

—Madre! Mi alma sólo piensa
que yo maté al hondero que más quiero!
Y fue mi corazón: la honda inmensa
que dió muerte a mi hondero!

A UN CONQUISTADOR

Los españoles,
llevaron el cadáver sobre ramas
y alzándolo con gesto cuidadoso
frente a la insomne selva americana,
después de colocarle enorme peso
sepultara le dieron en las aguas.

El gran Mississipí, rugía al cielo
una canción indescifrable y bárbara.
Los españoles,
cubiertos de rasguños y de llagas,
ocultaron el cuerpo de su jefe
en cauce de esmeralda,
y de rodillas en la oscura arena,
mientras lloraban,
esgrimieron al cielo como un voto
la luz de sus espadas.

Así, Hernando de Soto,
por voluntad de hidalgos,

descansaba
en una grande prodigiosa tumba,
como grande fue él siempre en sus hazañas.

La corriente del río
su cuerpo llevó al mar... tal vez a España.
Himnos del mar, resonarán sus Hechos
en las remotas playas.

Confesemos aquí que es bella muerte
esa muerte!

Ah! Convocara yo para la mía,
áureos capitanes de mi raza,
familiares del mito y de la gloria.

Guerreros taciturnos, que me alzarán
en el aire, y después me dieran tumba.
Allá en la Eternidad,
río sin vallas...

LAS OFRENDAS INÚTILES

I

A la caída de la tarde,
como un esclavo de los ciclos órficos,
deseoso de ofrecerte un homenaje
digno de ti, oh amante,
me puse a perseguir rosadas nubes
por la selva del crepúsculo.

Aprisioné una nube
ingrácida,

cambiante, ruborosa,
que parecía una mujer.
—Es tuya, sólo tuya—
La coloqué a la lumbre de tus ojos
que yo suponía,
poderosos y firmes como soles,
pero, oh dolor, la nube
perdió toda coherencia y toda forma
y se deshizo, ah,
como un vacío sueño deleznable.

II

Desesperado
esperé a que la noche se enjoyara
con su luna de esmalte o sus estrellas,
y robé una estrella
de las más grandes y las más remotas,
recién salida de invisibles nébulas,
como una Venus
de las aguas del espacio.
—Es tuya! —Sólo tuya!—
Y coloqué la estrella entre tus manos
que yo creía firmes e inmortales,
para guiar mi aspiración sin límites.

Tus manos 'qué pequeñas' no pudieron
contener mi homenaje y lo dejaron
escapar, atraído hacia otras órbitas
más bellas y potentes.

III

Más desesperado aún,
esperé el nuevo día para ungirte
con mi ofrenda.
Puso la aurora sonrosado cáliz
en los labios del sol,
y ebria de gozo se alejó confiada.
Entonces puede conquistar la aurora
para encerrarla
en la bóveda rosa de tu frente,
que yo creía múltiple y sin límite.
—Es tuya! —Sólo tuya!
Ah, pero tu frente, qué pequeña era!
y qué risible y torpe
mi afán, para encerrar tan grande ofrenda,
en tan estrecho ámbito.

IV

Y por eso, oh amante, me voy solo
como un poeta de los mitos órficos,
hasta que encuentre,
otras pupilas de mujer capaces
de embellecer mis nieblas más gigantes,
otras manos de mujer capaces
de aprisionar mis trágicas estrellas,
otra frente de mujer capaz
de contener mi dilatada aurora.

RUBEN DARÍO

Rubén nos llegaría con la niebla uniforme
de la tarde de Invierno. Sobre el plomo del río,

destacó el transatlántico la alta proa enorme.
¿Será cierto que él viene? ¿En dónde está Darío?

Lo ví, en una expresión enfermiza y deforme
avanzar. ¿Y aquel rostro como un astro sin brío?
¿Es éste el dionisiaco vencedor proteiforme
de los ritmos? ¿El Orfeo de estas Indias, Dios mío?

Muy pálido, otra tarde, lo vimos, secuestrado
soportar un certamen en capilla secreta
Él, aprobaba todo con un gesto cansado.

Me miró luego, un rato, con la pupila inquieta.
Luego alzó, como un Dios, su mano de poeta,
y la pasó en su frente de Beethoven aindiado.

DESCUBRIMIENTO Y ORACION

I

Hoy descubrí que la constelación
de Escorpión
no es un signo de interrogación,
sino la trayectoria zodiacal
de un avión
astral
que hace un *looping - the loop* helicoidal.

II

Escorpión, serpentario de diamante,
que es el último signo interrogante
sobre la curva inaccesible escrito,

desde hoy en adelante
no avivaré mis dudas de infinito.

Grácil, dando la mano a otras estrellas,
sube Antares, la estrella anaranjada.
Mis noches son seráficas y bellas
porque ya el cielo no pregunta nada.

Cuánta felicidad Dios me daría,
si este iluso pensar no se extinguiera.
¡Qué religiosa la existencia mía
si tan limpia esperanza no me huyera!

III

Ruégole a Dios con todo corazón.
Ruégole a Dios, principio de creación.
Ruégole a Dios, mecánico inmortal,
que no me quite nunca esta ilusión
mental:

Que la constelación
de Escorpión,
no sea un signo de interrogación,
sino la trayectoria zodiacal
de un avión
astral
que nos traiga un mensaje sideral.

Celeste heraldo sea Él!
Con el Verbo de Dios o la sangre de Graal,
llegue a mi corazón,
ese arcángel Gabriel de alas de metal.

A. D. MIGUEL DE UNAMUNO

La recia contextura de este vasco estupendo
desde lo más remoto de nuestra stirpe arranca.
Arco que hiere y salva tiende con mano franca.
Su prosa es sangre en copa de resplandor tremendo.

En busca de él, Fray Luis va como sombra blanca,
por la Universidad que dejó florecido.
Y comentan los siglos: mientras siga escribiendo
será siempre Unamuno, Rector de Salamanca.

En la América nueva la juventud no olvida
la norma y la profunda belleza de su vida.
Aquí, más que en España, es simpático el mote

suyo, de augur o arúspice. Yo, en tanto, lo imagino
rudamente forjado con el barro divino
de aquel otro Miguel, hijo de Don Quijote.

Hoy sufre en el destierro. Ved, como se agiganta
su vejez sobre cárceles y odios.

Es pura y santa.

MEDITACION SOBRE PERSEO

Mi frente, fatigada de meditar, se inclina
sobre una clara Venus palpitante. Suspensa
está el ánima, bajo la indecisión inmensa
de la muerte execrable y la carne divina.

Entre dudas morales el instinto se afina
y en mi sien una nébula de hastío se condensa
y el placer agudiza en mi cuerpo la intensa
vibración que es relámpago, nada más, y neblina...

Quién pudiera, librándose de miedo e incertidumbre,
vencer la antigua carne y ascender a la cumbre.
Rasgar toda la mórbida sensualidad confusa

y encima de la gloria medular del minuto,
triumfal, como Perseo, alzar en un tributo
a Dios, la ensangrentada testa de la medusa.

IMPERIO DE LA PRIMAVERA

Sube de lo más íntimo de mi ser, el responso
de las meditaciones.

Desde la oculta celda
reparo los misales, y coloco
en mis carnes un hierro de castidad enferma
y aureolado de un férvido esperar religioso,
naufrago en los silencios que en mi claustro penetran
y enciendo mis ascuas de oro.

Sabed que en mis entrañas tengo vaso precioso
Y está su forma, llena
del aroma infinito del tiempo, que es aroma
también del universo.

Respondo
a las voces impuras que en la carne se elevan
con brutales cilicios. Pero, — la primavera

está ahí!, — dice un pájaro...

Yo, triste de estar solo,
para mejor gozar la atracción de mi celda,
con rosas de otros valles lleno mi vaso, y lloro.

Después, los ventanales de mi claustro coloco
abiertos a la luz de las praderas.
Mi ansiedad se dilata por soñar, y me asomo
hacia el campo, hacia el sol, que por mi cuerpo entran.

Alégrate!

Los sentidos, aún jóvenes, su imperio recuperan...

Si alzo el puño al cielo, en un volar gracioso
palomas azuladas del silencio, se acercan
a buscar, como siempre, en mi mano, la semilla de oro...

AMOR

Caronte, el gran monarca de las barbas pluviales,
con gravedad de esfinge pacientemente rema.
Poco a poco se esfuman los ruidos fantasmales
que hace la barca al irse con la carga suprema.

Ancianos apostólicos de testas mercuriales,
vírgenes que desean la llama que las quema,
emperatrices pálidas con frentes espectrales
y sienas blasonadas por la imperial diadema.

Caronte, el almirante, continúa impasible
su labor, cuando se oye un lamento terrible.
Un susurro, en las almas, dice, como soñando:

—Amor! Más que la muerte... Sobre los tristes mares,
al perderse en las aguas negras y seculares
dos sombras torturadas aún se van besando.

EL CARTUJO DICE...

—Oye como en la noche vibran en mi horologio
monacal, las litúrgicas canciones de las horas;
mientras grabo una joven mujer en mi eucologio
o ensayo himnos rituales en las arpas sonoras.

He cerrado mis puertas al canto y al elogio,
me repliego en las íntimas visiones creadoras,
hasta que se levanta el gran martirologio
de rosas inmoladas que ofician las auroras.

Lo he renunciado todo: nunca he pedido nada.
Me dan la fe y el arte aureola sagrada
y vivo en paz completa con las culpas de ayer.

Dios sabe que la angustia con esa dicha alterna.
En un instante puedo perder la vida eterna
como Fausto, en la diáfana carne de la mujer!

LA COLINA ESMERALDA

I

De pie,
y erguido hacia la luz del horizonte,
sobre esta colina esmeralda,

yo puedo arrancar de la flauta mágica
las notas que no mueren.

A lo lejos, el campo natal se abre,
en una perspectiva,
húmeda, en haz de luz, hacia la aurora.
Lejanos cerros vaciados en oro
y los bosques de un río que se arrastra
en el fondo del valle,
embriagan mi espíritu
con los pánicos jugos de la vida.

Hoy me siento capaz
de levantar desde la garganta apolínea,
melodías prodigiosas
rapsodias e himnos órficos,
que ascendiendo por las sendas innumerables
hacia la mansión de los huraños dioses indígenas,
provocarán en ellos,
celos furiosos,
como en la época, ya tan lejana, de los mitos!
Sobre esta colina esmeralda
coronado de rosas y arrayanes nativos,
sonriente y audaz, me siento animado,
para ilustrar mis horas con las músicas
que yo sé de los pájaros y vientos.
Libre, sí, de las asechanzas del enigma fatal.

Puedo hacer vacilar a los viejos dioses criollos.

II

Con instrumento potente y primitivo
prodigaría cantos, y cantos, y cantos,

ante los nuevos auditorios
que pueblan la existencia íntima de los objetos.

Albergo la seguridad,
de atraer, como Marsias el sátiro de Frigia,
rey de las selvas, genio fluvial, maestro de Olimpo,
con mis maravillas orquestales,
celos terribles
iras tremendas,
en el orgullo de algún Dios.

Los deformes dioses mestizos de estas patrias
me arrojan flechas.

III

Mas no tendría miedo de verme
junto al tronco de un árbol de mi país
atado y desollado vivo,
para después resucitar en las leyendas
como fundador de mitologías,
y escuelas sonoras en miles de hogares,
por haber provocado con mi música
celestes envidias
desde esta colina esmeralda.

LA VENUS Y LA FUENTE

Tengo una oculta fuente de alabastro. Es asilo
y remanso de horas. El agua fiel reposa,
o corre entre la sombra fresca y dócil de un tilo,
reflejando una pátina de ensueño en cada cosa.

La frialdad serenísima de la Venus de Milo,
refleja sobre el cauce su desnudez dichosa.
Yo busco, horas y horas, con un mirar tranquilo,
honduras del cristal del agua melodiosa...

Límpidas luces, diáfanos vinos, ópalos vagos,
conducen los caudales. Los resplandores magos
y el oro de los astros flotan en su corriente.

—¿Existe en realidad? ¿O la llevo en mí mismo?
Sólo sé que a sus márgenes revive el paganismo.
Y hoy he visto a la Venus bañándose en mi fuente.

TRES MUJERES DE WAGNER

I

ELSA

No intentes conocerme cuando mi amor prefieras,
ni averigües qué líricas montañas o praderas
me criaron. Cuida bien tu ilusión, y no quieras
conocer la verdad, que mata a las quimeras.

Más bello es lo ilusorio que lo real. Conocido
el objeto que encanta, el encanto ha concluído.
Mira cómo ha empuñado sus armas y se ha ido
tu héroe al arbitrario reinado del olvido.

Y otra vez, cuando veas que te acusa el destino
injustamente, llena del dolor más profundo,
tu voz a flor de lágrimas, en vano llamará...

Roto el encantamiento del héroe divino,
responderá a tu llanto un silencio infecundo.
El cisne de tu amado Lohengrín no volverá.

II

ISOLDA

Isolda, preferida del genio wagneriano
navega en débil nave por el libre oceano
de la mística Irlanda, para entregar su mano
en sacrificio bárbaro de amor a un rey anciano.

Tristán, su carcelero, tornóse en prisionero
de su amor. Y en las músicas del viento marinero
olvidó las palabras de lealtad. Y el acero
de la traición dió muerte al hermoso guerrero.

El héroe yace inerte enseñando la herida
e Isolda ve la sangre del pecho descubierto.
—Tristán, Tristán magnífico!— Oye el canto triunfal!

Ven conmigo hacia el último tálamo de la vida.
Y al ver que no responde, sobre el amante muerto
cae. Suya es la música del amor inmortal.

III

SENTA

—“No vísteis en la nórdica bravura de los mares
al bello capitán enlutado? Pesares
eternos lo conducen, y yo oigo sus cantares
crecer sobre los grandes silencios estelares.

Tal era tu canción —oh, Senta cantadora.—
Ya llegó el capitán, y detuvo su proa
frente a tu hogar. Prepárate que se acerca la hora
de que nazca en la noche del maldito la aurora.

Brillante con el oro frágil de las baladas,
sobre un buque fantástico de velas dilatadas,
te trajo un prometido el mar como una ofrenda.

Tú salvarás al lírico capitán enlutado,
que vivía soñando con llevarte a su lado,
ave tierna en el trágico bronce de su leyenda.

LAS MINAS

Yo nunca he descendido a una mina.
donde el oro acecha con impuro fulgor.

Yo nunca he descendido a una mina
donde hay hombres trágicos que se olvidan del sol.

Yo nunca he descendido a una mina
donde se ven faunas y floras en petrificación.

Yo nunca he descendido a una mina
donde quedan los hombres, huérfanos de Dios.

Yo nunca he descendido a una mina
donde rubias culebras aguzan la ambición.

Yo nunca he descendido a una mina
donde arden las teas con rojizo fulgor.

Yo nunca he descendido a una mina
sin embargo comprendo su belleza y su horror.

Porque si nunca he descendido a una mina,
en cambio, he descendido,
demasiado!
hasta mi corazón!

CELESTE MIEDO

Tú me diste, oh Jesús, un cáliz bien colmado
con tu esencia, y un vaso con tu sangre divina.
Y dejaste en mi altar la gracia cristalina
de un lampadario en oro y marfil repujado.

Yo renegué mil veces de tu ofrenda y airado,
no oí la voz del tiempo: voz fatal que domina.
Y en las fiestas heroicas, su boca purpurina
sació la Magdalena ampliamente a mi lado.

Mi lengua amó los frutos del árbol de la ciencia,
que traen el bien y el mal; y el gusto extraordinario
de los siete pecados capitales también.

Hoy, que sólo te entrego el cáliz sin tu esencia,
el vaso sin tu sangre, tu altar sin lampadario,
—Oh, Jesús; tengo miedo.

—Ven a mí noche, ven...

—Ahora y en la hora de nuestra muerte. Amén.

A LA MUERTE

He encendido una luz.

*Con mano cuidadosa
la guardo de los vientos. Mi existencia se enoja
con su fulgor, y sus diamantes flotan
en la paz de mis horas.*

*Cuando me falte el hábito vital que me conforma,
a tiempo en que la urdimbre material se corrompa
esgrimiendo esa luz me arrojaré a las sombras.*

Tengo una luz, oh muerte.

*Su brillo es la corona
de mi frente, y sus llamas desde muy hondo brotan
Tengo una luz, que de mi entraña asoma
y se eleva.*

*Mañana, cuando inviertas la copa
de mis sueños, y no halles en su fondo una gota
de eternidad. Y me ahogue en tus olas,
quién sabe si esa luz naufragará en tu sombra...*

*Muerte, divina muerte. Recogerás mi forma
impura, en cuanto el nudo de las carnes se rompa,
y yo inicie la huida hacia estrellas remotas.
Cuando caiga la venda de mis pupilas, rota,*

*y el cuerpo torne al limo,
libre ya de las normas
estrechas que la ahogaban, mi alma, libre y sola,
Oh muerte! y toda en luz —se elevará en tus sombras...*

CANTO DE NAVIDAD

I

El cielo que estoy mirando
dice siempre la verdad.
lo dice al corazón mío,
que esta noche es Navidad.

II

El cielo que está pasando,
rueda de la eternidad,
le dice al corazón mío,
que hoy Jesús nacerá.

El cielo que estoy mirando
desde esta cárcel del mal,
le dice al corazón mío,
que esta noche es Navidad.

El cielo que está pasando
si esta noche es Navidad,
le dice al corazón mío
que un gran Amor nacerá.

El cielo que estoy mirando
dice que huye Navidad.
Que brilla un lucero nuevo
y que tres reyes vendrán.

III

El cielo que fue pasando
y que nunca volverá
le dijo al corazón mío
que pasó la Navidad.

LAS REVIVISCENCIAS

En la frialdad del ventisquero andino
la mariposa duerme,
congelada en los diáfanos espejos
del hielo milenario.

Si uno la toma entre los dedos rómpese
el brillo de sus alas
ante el más leve impulso.

Pero un amauta díjome,
que si calor sobre ella se concentra
como en culto amoroso,
se derrite la cárcel
y en un alegre embate inicia el vuelo
la mariposa a los azules ámbitos.

Así, trémula y frágil,
en su cárcel de siglos
quedaría mi alma sin la tuya.

La contracción más leve de tu mano
trocaría el encanto de sus alas
en polvo y en imágenes.

Pero ofrécele el fuego
de tu cálida y suave compañía
y verás como surge de su helada
prisión y se remonta,
en un prodigio de fastuosos vuelos.
por los eternos círculos
hacia quien sabe que ignoradas cumbres!

El Halconero Astral y otros Cantos

1919

VERDADERA IMAGEN

Es de noche en el campo.
Reposan las llanuras.
Transparente está el cielo con sus vías
de orbes, colmadas.

Reposan las llanuras.
Ya se oyen
miles de insectos, en hervor constante
de creación.

El campo ofrece, a ratos,
el eco de un grito,
o el graznar de un pájaro de presa,
y el profundo mugido horizontal
de los toros.

Mugen
tan hondamente,
que parecen bocinas de navíos,
al entrar en los puertos.

Más allá, los rebaños se recogen,
y heme aquí, vigilante,
sobre un cerro, en quietud, como un indígena.

Las tropas, los rebaños transhumantes,
confusos, graves ecos;
se oyen masas corales,
y orfeones célebres
ensayando...

Ved por el horizonte en resplandores
el vago protoplasma luminoso
de una ciudad.

Allí, como en el mar,
y en los muelles metálicos,
junto a la luz que apenas divisamos,
fue para ti, Dolor, la gran semilla
del día poderoso.

La noche, con piedad,
mujer de paso lento,
se ha arrodillado
junto a la faz en lágrimas del mundo
y con lienzo ha cubierto sus heridas.

La noche ha hecho eso en los abismos,
—y está pura de orbes!—
con sus vías colmadas, y sus golfos
donde se cuaja en sombras el espacio.

Lo que ella ha recogido,
al tocarnos los ojos y la frente,

con su lienzo,
y librnos así del agrio zumo,
helo allí:

—Alzad los ojos, hombres, hombres.—

Noche inmensa!
Verónica del mundo.

EROS

Mi carne es una esponja saturada,
Eros con tus unguentos numerosos.
Mis venas son los cauces silenciosos
por donde va tu ondulación sagrada.

Salvaje y musical,
oh Dios, te ofrendaré mi vida entera,
impregnando mi obra duradera
con tu savia genésica y astral.

Levantaré en tus ondas más profundas
mi cántico sonoro,
y entraré en tus Hespérides fecundas
para robarte las manzanas de oro.

Mirra soy en tus vasos ofrendada,
claridad de tus múltiples diamantes,
resplandor de tus astros abundantes,
criatura en tu arcilla modelada.

Ah, si vertieras, Dios experto y fino,
en crátera inmortal mi rojo vino.

UNA MUJER EN LA CALLE

Pasa una mujer.
Allá, flexible, hermética.
Con estudiado andar, mientras camina
deja ver el latido de la pierna.

Estoy en medio de la muchedumbre.
Es una cotidiana multitud
sin matices, espesa,
que me obstruye la marcha y me sofoca.

Oh, realidad!

Esa mujer se eleva,
se aísla, borra todos los contornos
de hombres y de cosas.

Veo que es ella
lo único que existe, y los demás
no viven o no están.

Con impaciencia,
yo sigo esa mujer que no ha leído
poesías que le he escrito,
que ignorará mi afán de conocerla,
y no le preocupan ni le importan
fantasmas de belleza.

Sobre el extremo de la calle, enciende
en el ocaso, Venus,

su luz.

Ahora pienso en la mujer,
y en algo más: en la profunda estrella
que un día en ella habré de despertar...
Subirá de su carne, igual que Venus
del fondo de la nébula solar...

NO ES YA CRISTAL EL ALMA

Los antiguos poetas
de Israel, los de Grecia,
tenían toda el alma de cristal: era la *pedra*
silenciosa de Dios, en el desierto del cuerpo.
Y por ella
la Eternidad pasaba como una luz perfecta.

Esa luz, cuya fuente inmanente y secreta
donde está no sabemos, por las almas aquellas
sin mancharse, ni herirse iba, con la belleza
de Dios. Y a El volvía, en círculos, la eterna
ley del cosmos girando en llameantes esferas.
De éstas, una alzó un día Parménides de Elea.

Mas los otros poetas,
los más grandes poetas
cristianos, que surgieron al fin de la Edad Media,
y llenaron los siglos hasta recientes épocas,
ya tenían el alma muy distinta.

Y en ella
la Eternidad sufría variaciones inmensas...
Esa luz, cuya mística revelación perfecta
donde hoy está ignoramos, en las almas aquellas
rompiase en las llamas de pasiones e ideas.

Se hizo Verbo en la carne del hombre, la presencia
del Dios. Y al acercársele se impregnó en la miseria
del barro, humanizándose en verdad y belleza!

Mas, hay otros poetas.
Los más grandes poetas,
orgullosos y tristes, de estas cercanas épocas,
Shelley, y Baudelaire, y Leopardi, y Hölderlin,
arcángeles que ascienden entre turbias tormentas,
tienen el alma en antros de misterios.

Y en ella
la Eternidad se estanca; su luz se desintegra,
formándose otros mundos con realidades nuevas,
en donde la locura y el genio el Verso engendran...

No es ya cristal el alma; es creadora caverna.

Poesía es, entonces, una creación perpetua
de humano, oculto cosmos, con luz viva y tinieblas.
Sin cesar, en sus dédalos, se extingue y recomienza.
No es ya cristal el alma; es creadora caverna!
!La firme llama antigua que en los hombres penetra
resurge, sí!

Mas viene con muy otras estrellas!..
al subir del espíritu de estos nuevos poetas,
que al unir la locura y el genio, el Verso engendran!

AMÉRICA DE LOS INDIOS

I

Llueve.

Desde mi cuarto,
contemplo como cae en las acacias
de mi jardín el agua silenciosa.

He pasado la tarde entre lecturas
de crónicas incásicas.

Y ahora
mi fantasía vuela hacia el prodigio
de nuestro gran Tavantysuyo indígena.

Oh, los evos, los evos fabulosos
de los grandes monarcas:

Que belleza
bárbara en los rituales primitivos!

Cuán grande y armonioso todo aquello!

Y entonces: nuestra América ignorada
qué enorme en su imperial virginidad!

II

Hoy, en cambio, los ídolos de barro
han sustituido a las deidades de oro,
y abunda más que en las indianas corteza,
la presente
podredumbre interior de los espíritus.

Mi América autóctona!

Quién sabe
qué legendario emperador poeta
dió eterna forma a tu himno inmarcesible!

III

Llueve.

Sobre los libros
tiembla mi mano episcopal y docta
y mis pupilas hacia el cielo miran.

—Oh quién sabe qué espléndido destino
tendrían los poetas... Qué arrayanes
simbólicos llevaban en la frente...

—Yo habría sido un gran cantor del Sol:
y mis versos se oírían, recitados
en los vastos palacios de los Andes...

—Sería preferido de princesas...
Hubiera ido con alguna, entonces,
en las áureas literas de los Incas...

IV

Llueve.

Mientras medito,
en la sombra,

en la bruma.— Oh feliz vagabundeo,
siento que se abre el fatigado espíritu
hacia una ensoñación, que no halla límites...

NADA

En la niñez,
despertará con inquietud sagrada,
la transparente copa de tu espíritu.

En la adolescencia,
dilatara una música encantada,
la transparente copa de tu espíritu.

En la juventud,
se mojará en los labios de la amada,
la transparente copa de tu espíritu.

En la madurez,
tendrá serenidad afortunada.

En la vejez,
se aquietará su agua congelada.

En un fugaz minuto,
se romperá, suavísima y callada.
Después, nadie sabrá
que fue para los Dioses destinada,
la copa de tu espíritu.

Ya ves ¡qué poca cosa!
¡Nada de nada!
¡La transparente copa de tu espíritu!

HACEDORES DE ORO

I

Los hacedores de oro
de la Edad Media, tras labor enorme,
fórmulas, brujerías, raciocinios,
no encontraban jamás en sus crisoles
más oro que el que allí habían dejado
al iniciar sus experiencias torpes.

Creíanse supremos sacerdotes
de la divinidad para hacer oro,
más abundante que la miel del odre,
rubio, más que la luz maravillosa
de los soles!

II

Por más rimas que amontones,
por más piedras de fama que cinceles,
por más que engarces záfiro y ónices,
y más joyas que escondas,
en tu verso, lo mismo que en un cofre,
nunca hallarás,
más oro en tu poesía que aquel oro,
que en lo más hondo de tu alma puse,
al iniciar tus experiencias torpes.

Oro, más que la luz maravillosa
de los soles!

EL VIAJE

Confusos,
frente al mar misterioso,
y densas las pupilas
por la atracción gigante del enigma,
estaban todos en la inmensa playa.

...Y hay quien espera
su turno, con la máscara violenta
de la duda, o con gesto de cansancio!

...Y hay quien levanta bulliciosos ecos
de cantos libertinos, mientras oran
vagas sombras hincadas y espectrales;
y hay quienes se colocan en la testa
áureas coronas y brillantes mitras!

En tanto avanzan las oscuras barcas
que nos han de llevar a ignota orilla,
a través del océano impalpable.

Lejos de todos,
yo esperaré mi turno
con el laúd caído en las rodillas;
las manos, frente al pecho,
en actitud de orar, formando ojiva,
cuerpo de llama y flor de luz insigne,
hasta que venga la impasible Amante,
que debe conducirme a ignota orilla
en su barca de cedro milenario.

Recogeré mi túnica de lino,
y abriendo el estupor del agua oscura,
mi corazón veréis, alto en la proa,
darse en llama de sándalo oloroso.

LA GRAN FELICIDAD

Cuando la nueva aurora,
tan deseada me despierte y guíe
tras la amplia noche del vagar sin luz,
me internaré en tu esencia, Madre Naturaleza.

Ya no seré jamás la floja arcilla
que en su interior oculta la frágil armonía.
Ya no seré pasión, miedo o engaño.

Más allá de la muerte, — oh dulce sueño! —
entre las flores no estaré discorde,
entre las nubes no estaré impasible,
entre las aves no seré enemigo.

Y en las estrellas no seré extranjero.

MEDITACION JUNTO AL MAR

La ola azul y diáfana se entrega
al sol, que la acaricia rubicundo.
Me trae el aire cántico profundo,
con resonancia griega...

Hoy que en la luz solar mi vida enhebro,
escucho en lo más hondo de mí mismo
el mensaje que sube de mi abismo
y va del corazón hacia el cerebro.

Tal vez cuando consiga descifrarlo
la fuerza de mi amor,
un mundo encontraré para habitarlo;
descubriré la Atlántida interior.

La mejor

La inquietud de mi carne se levanta
y entre mis dudas íntimas me inundo.
¿Será hermoso mi espíritu, y profundo
como ese mar que canta?

Quién sabe! En inminencia de extraviarse
va aquel que se adelanta.

Difícil, pero bello, es concentrarse...

Y escucharse!...

Como ese mar que canta!

La ola azul y diáfana divierte
al viento, que la extingue en un segundo.
Como ella, al Tiempo!, doy canto profundo
de amor y muerte!

YO

Anoche,
fatigado después de largo análisis,

pude mirar mi espíritu un momento,
por un débil resquicio imperceptible...

Hoy, me creo feliz al conocerme.

Por el débil resquicio imperceptible
al sentido normal,
en ese instante,
vi en mi ser más íntimo,
una sombra que duda, que razona,
y vacila ante todos los enigmas,
mientras con mano pálida y nerviosa
la espada esgrime entre el jubón suntuoso
de terciopelo negro.

Ah!... Esa sombra,
tiene una frágil voluntad dispersa
y hasta habla con fantasmas, como *Hámlet!*

EL TIRANO

Ya sólo escribo para ti,
Señor despótico y sombrío, que me observas
del fondo de tu cámara lujosa.

Ya sólo escribo para ti,
dominador de mis actos y de mi voluntad,
pálido tiranuelo,
que me observas con ojos helados,
por los que se deslizan sombras turbias y cambiantes,
bajo los arcos de tus cejas incommovibles,
lo mismo,

que corren aguas grises en los ríos,
bajo arcos de puentes inmutables.

Ya sólo escribo para ti,
hombre frío y pensativo,
que permaneces sentado
horas y horas, descansando
tu barba en el puño hercúleo y poderoso,
mientras me analizas,
y dejas caer las horas entre tus dedos
como la muerte cae en las clepsidras.

Siempre he escrito para ti,
monarca silencioso, ebrio de vanidades,
que me haces crear
con alegría,
y me has convertido en un ser
callado, taciturno, y desdeñoso como tú;
pues soy reflejo tuyo,
aunque lo contrario crean
aquellos que comparten mi vida exterior.

Siempre he escrito para ti,
para que eterno seas...
Y estés vigilante siempre,
oh tú, fecundo y firme Orgullo mío!

EL CANTO DEL ALBA

I

He pasado la noche sin dormir.
Una noche estival, urna de los pesares...

Pero el alba va a venir
grácil, con el aroma de los viejos pinares.

Yo me asomo al balcón...

—Ah, necesito refrescar mi frente
y alzar mi corazón
hacia la aurora transparente.

—El alba va a venir!

—Alégrate, juventud!

El alba, el alba te va ungir
oh corazón, con la rosada exactitud!

—Cuánto has dudado!

—Cuánto he dudado entre la sombra inmensa!
Resucitó, y me ahogaba mi pasado,
como niebla que piensa.

Pero ahora, soy feliz...

El alba vendrá!...

Pondré mi devoción como pastilla
de perfumes,
sobre ascua de sol y allí arderá...
¡Qué maravilla!

II

Alégrate!

Ya vino el alba! —Disipando el velo
de mi dolor, y los nocturnos rastros—

Ya vino el alba!

Yo vi pasar por el distante cielo
su flecha de oro, espigadora de astros.

Alégrate!

Ya vino el alba!

Vibra su flecha en el confín sonoro.

¿No veis su flecha enhebradora y bella?

Ya vino el alba!

Ya vino armada de su flecha de oro.

¿Enhebrará mi corazón con ella,
como si él fuese una perdida estrella?

—Ya vino el alba!

Que es frágil, no deslumbra
¿y aun está, frente a la noche, absorta?

—No es nada... Alégrate.

Ya vino el alba!

Y eso es lo que importa!

AMANECER EN EL CAMPO

Este campesino,
que siembra trigo en la negruzca tierra,
eleva el brazo con sublime gesto,
y lo hace describir una parábola
al arrojar los patriarcales granos.

Sentado sobre un surco abierto, miro
transformarse aquel hombre humilde y triste,
cuando pasa a mi lado,
en un varón sagrado,
mientras el alba nace
allá por la llanura americana.

Cuando pasa a mi lado
el fuerte labrador, digna es de loa
su pánica inquietud.
Y así lo veo,
difundido en la tenue madrugada,
y en la firme grandeza del conjunto.

A pesar de su oscura vestimenta,
cuando se entrega a su labor agraria,
es bello.

El labrador es hombre estético.

Todo clarea.
Viene una luz de piedra azul al llano.
El labrador, arroja trigo y sueña,
recortándose más sobre los campos,
su silueta,
agigantada por la luz difusa.

En esta media luz del nuevo día,
que aun no se abre entre las pardas tierras,
¿quién me dirá si va el varón sublime,
mientras levanta el brazo hacia los cielos,
sembrando trigo o extinguiendo estrellas?

CAIDAS

Recuerdo que una vez,
en el estío

yo, arrinconado en el vagón de un tren,
miraba el campo por la ventanilla.

El campo, fatigante,
de mi país.

Y vi de pronto,
destacarse un insecto luminoso,
como enhebrao en el fulgor solar...
El insecto,
se elevó sacudido por el vértigo
fantástico y voló, voló, voló,
torpe, desorientado, enloquecido,
acompañando por un breve instante
al ferrocarril.
Y en seguida,
cayó y se hundió deshecho en polvo,
entre los hierros bárbaros del monstruo.

También existe un pensamiento,
que en un minuto de gigante esfuerzo,
libre! se eleva y cree volar,
al par
del mismo Dios y de la Eternidad.

Ah, sí, pero después
de volar un instante,
como el insecto aquél
entre los hierros bárbaros del monstruo,—
turbios,
en polvo cósmico, caemos...

Recuerdo que otra vez,
al nacer de la aurora en primavera
yo, arrinconado en el vagón de un tren,
miraba el cielo por la ventanilla.

Y vi una alondra, rápida saeta,
calandria americana,
venablo de las músicas,
que en un gracioso y prolongado vuelo,
pudo volar, pudo volar, cantando
con un impulso heroico,
junto al ferrocarril.

Si bien es cierto que el ardiente pájaro
no pudo acompañar al férreo monstruo,
por mucho tiempo,
su alegre esfuerzo y su divino canto,
casi me hacen soñar que los Poetas,
son los únicos
que podrían,
oh, volar...
al par
del mismo Dios,
allá en la Eternidad...!

I

Estoy junto al paisaje abierto
en la heredad de campo, labradora.
Mañana iré sencillo e inexperto,
igual que antaño, a contemplar la aurora.—

Oh! madre mía, soy feliz al verme
descansando en tu abrigo.
Dame tu paz, si quieres que no enferme!
Y el pan aquel, que amasas con tu trigo!

Siembra virtud en las ideas mías;
surco propicio, espero hermoso grano.
—¡Déjame el alma en estos claros días,
espejo de la palma de tu mano!—

Guyau tuvo, una vez, en la montaña
sensaciones estéticas, bebiendo
fresco vaso de leche en la cabaña
de un pastor, lejos del humano estruendo.

Oh! madre mía, a quien mi amor reclama
sabiduría en resplandor de ocaso.
¡Llévame, por la aurora, hasta la cama
la leche blanca en trasparente vaso!

II

La madre, con cuidado,
acercándose unciosa,

puso a mi lado
la leche y una rosa.

Amanece en el valle y la cuchilla,
y la brisa del campo que despierta,
penetra con perfume de gramilla,
por la ventana abierta.

Avido de salvajes sensaciones
me asomo a la frescura matinal
y se ensancha la vida en mis pulmones
igual que luz en templo inmemorial.

Pasa una vaea de actitudes tiernas
en cuya ubre triunfa todo el llano.
La ubre, de tan ancha, abre las piernas
del animal, que avanza con desgano.

Y en vuelo horizontal, las golondrinas,
rozan el trigo con sus alas finas...

III

Hoy madre, irás por el espacio abierto
en tu heredad de estrellas, viajadora.
Junto a tu sombra marcharé inexperto,
más niño que antes, y hacia otra aurora.

APOLINEO Y DIONISIACO

Aquel señor tan fuerte apura el vino
y os mira con un gesto malicioso y cordial.

Es un viejo borracho.

Su destino
se ha disuelto en la copa de cristal.

Es hombre de consejos y amigo consecuente
y al fuego de su copa mezcla filosofía...
Si lo viera beber ajeno o aguardiente,
Poe lo envidiaría.

Y aquella uva mágica de Oriente
que dióle a Omar Kayyam sabiduría,
mostró a este hombre todos los hechizos,
le entró en la sangre, y como amante y musa,
tiende ahora en su vientre red de rizos
azules: sus serpientes de Medusa!...

Ah, qué apolínea y fuerte su juventud gloriosa!
Pero hoy el hombre es mito de alcohol y de tabaco.
Una mujer lo puso en la senda penosa
que va de Apolo a Baco.

Su vivir desarrolla un concepto nitzcheano,
y es digno, por lo tanto, de amor y de alabanza.
Cuando muera tendrá, como un jarrón pagano,
un dibujo de sátiros y ninfas en la panza!

EL DIAMANTE

Volvería a besarte,
sólo que te viera dormida
como anoche

Cuando llegué a tu lado,
dormías un sueño tan mineral,
que contemplarte y besarte pude,
sin que me sintieras un solo instante.

Era tu cuerpo luminoso y perfecto,
y dentro de él,
habían encendido una lámpara de ópalo.

Oh inefables momentos!
Yo levanté tus párpados.

Tu alma
apareció flotando a superficie
de tus ojos, lo mismo que una estrella
a flor de agua,
y subía a veces del fondo de tus pupilas,
como un pez maravilloso y multicolor,
de una mitología indostánica.

Me acerqué a tus labios
y escuché la canción nunca escuchada,
de un pájaro oriental
que me llamaba
desde la cárcel de tu garganta.

Me acerqué a tu pecho,
y oí una música de átomos,
una armonía preestablecida,
ascendiendo de tu corazón
y del fondo de una gruta corpórea.

En aquellos instantes,
toda tu alma estaba a flor de tu cuerpo,
y eras un diamante clarísimo, desnudo,

con las transparentes luces,
que se huían de ti, sin agotarse
jamás,
en forma de inmanente belleza
por las aristas
y las facetas de tus sentidos.

Ahora, ya eres otra.

Me tienes a tu lado
y me escuchas, besándome,
y me perfuma entonces tu cabellera,
toda de oro y nieblas.
Veo, oh desencanto,
el cambio innumerable realizado en ti!

Así es que juro
nunca más besarte.

Sólo que vuelva a verte,
náufraga sobre el agua oscura e inmóvil,
del más profundo sueño.

EL CAMPO

Sacra cosecha en la opulenta loma,
recoge el hombre, sin mostrar fatiga.
Sube de la labor un acre aroma
por los maizales de barbuda espiga.

Se acumula el maíz en inefables
días de otoño, lentos de trabajo.

Rubios cilindros, oros mutilables,
llevad, hacia el granero, valle abajo.

Cantad, y será el goce de las siegas.
Cantad, y será el día de las bodas.
Si no están con vosotros diosas griegas,
tenéis la voluntad, vale por todas.

Las espigas dejad en la alquería
y venid, que el poeta quiere daros,
para premiar vuestra labor del día
las manos llenas de racimos claros.

Pues él también con trabajar sonoro,
halló en su corazón, semilla de oro!

II

Traedme vuestros vasos, campesinos
de la arisca geórgica natal,
para verter los vinos
de mi parra estival.

Tienen los patios de la casa vieja
olor a uvas, fuerte y penetrante.
Uvas de carne lúbrica y bermeja,
uvas de las paganas libaciones,
óvalos de uvas claras de diamante,
y uvas moradas como los pezones
que coronan los senos de la amante.

Venid, que aquí sobre el sutil rastrojo,
exprimiré con emoción fraterna,
todo mi corazón, racimo rojo,
en vuestra copa rústica y eterna!

CONTEMPLACION DEL CUERPO YACENTE DE UN POETA

I

Más de una vez,
en mayor soledad,
contemplando el cuerpo desnudo,
de un hombre muerto,
me he puesto a meditar...

¿No es cierto que me hallaba entonces frente
a una trágica Piedra
de Sacrificios?

II

Fuí a ver al Poeta, inmóvil,
y entré temblando en la mortuoria estancia.

No había nadie más que yo con él.
El gran Poeta estaba
rígidamente
cubierto por la albura de las sábanas.

Con mano trémula,
yo descorrí los velos, y vi la frente vasta,
la nariz aquilina, el labio inmóvil,
los ojos fijos, la anchurosa calva.
El cadáver tenía,
una herida en el cuello, suturada.
Yo seguí descorriendo,
la tela, y pude ver las manos pálidas

en cruz,
y con pupila fraternal y amarga,
miré aquel cuerpo escuálido,
todo desnudo en la mortuoria cama.

III

Desde lejos,
por la abierta ventana,
entre un rumor de cosas familiares,
venía la luz diáfana
de la tarde impasible.
Oh, qué tarde purísima y tan clara!
Sobre los muslos de una diosa azteca,
rígido el cuerpo de indio descansaba.

Yo comprendí entonces,
que era aquel cuerpo sin valor, la trágica
Piedra de Sacrificios,
de quebradizas formas,
que un Poeta, al marcharse, nos dejaba.

Y allá en el cielo abierto,
oh perfume inmortal,
hacia otras formas,
había huído el alma...

Rota, a mi lado, en carnal despojo
la piedra, ya al final del sacrificio,
ni a golpes de metales,
de dioses,
ni de tiempos,
jamás resonaría!

SOLEDAZ

Algunos estudiantes,
de una universidad americana,
festejamos exámenes.
Hay muchachas que exprimen con nosotros
las uvas de Dionisios.

Una música
pueril, deja llorar tangos o estilos
lentos y dolorosos.

Yo solo,
en un rincón, mirando las parejas
que bailan,
digo, entre sorbo y sorbo de champagne:
—Los otros,
se han conquistado todas las doncellas!

—Poesía: ¿ha de ser en ti lo mismo?—
Los otros, los juglares, se han llevado
la fama, la fortuna, las musas y las rosas...
—A mí sólo me dejan,
un rincón ¡el más triste!, de la fiesta,
y una copa de oro,
con vino de mi sangre, entre las manos!

LOS PIES DE LAS DANZARINAS

Al principio,
más que la danza misma, era agradable

mirar los leves pies de las artistas
girando velozmente en los ensayos.

Los diminutos pies,
musicales,

alígeros,
sutiles,

vistos por el resquicio que hay debajo
del gran telón cercano de la música.

Aquello
era algo así,
como las rimas al final del verso
musicales,

alígeras,
sutiles,

Ah, tantas veces,
más agradables son que el verso mismo!

UN POETA EN UN PARQUE

...Aquél
de recias formas y amplísimas miradas,
de cabellera en donde ya a cenizas
va el oro,
es el Poeta.

El grande.

Con manos levantadas nos saluda,
de lejos.

¿Sube hacia eterno coro?

Al verlo,

siempre alzamos los ojos.

En bandadas, aves ante él se alinean:
ley del dogma sonoro.
Carlos Sábat Ercasty.

Ya fecundó a las hadas,
quebró el testuz del toro.

No las leyes,
ni el límite,

lo abisman,
en oscuras cárceles.
Sí, los libres arquetipos divinos...
lo guían

por océanos,
de lo eterno y fluyente.

Si allí las aguas fórjanle
firmes arquitecturas, y nébulas
lo envuelven

en sabios remolinos,
los orbes le trabajan los surcos
de la frente!

EQUILIBRIO EN LO HUMANO

Postulan su existencia
las flores de los cerezos.
Su diafanidad efímera
está frente a mí.

Créome impasible,
imperturbable,
intemporal.

El universo

afirma en mi pupila,
una pirámide
sostenida tan sólo por el vértice.

Ríen doncellas a lo lejos,
que vienen de las playas,
y buscan flores de cerezos y manzanos.

Los labios
precozmente cantan
la eternidad de lo que resbala sobre la tierra.

EL DEMIURGO

Terminé por hallar también sagrado
el orden
de la tiniebla.

Yo iba
y no iba en la ola.
Sólo era una armonía entre pausas.
La masa inmaterial de tiempo
necesita la dimensión del reposo.

Vamos, pues, a los puertos.
Fuera de las ideas no hay poesía.
Los murallones nos vuelven a arrojar
a alta mar.
Las bellas
y abstractas ideas, con las que hicimos diques,
ya no sirven para contener a las aguas,
porque éstas se han vuelto,
furiosas,

a sus fuentes incógnitas.
Y hemos quedado solos.

Alta mar.
Puerto, dique, muralla, palabra, Yo!

Opónete al centinela pedante.
La conciencia no consigue domar al océano.
Ella es
un tiempo.

Un tiempo que se domestica
para poder ser.

Olvidé la tiniebla.
Terminé por encontrar sagrado
el orden de mi espíritu.

Comprendí, uno tras otro,
los signos que me hiciera desde allí.
el demiurgo
estético
de lo real.

NAUFRAGIO DE NAUFRAGIO

Esto es la piel peluda de un sátiro
aquello un vellón de corderos,
aquello las plumas de una estrella.

Las nébulas, rocío, fuego.
El resto es olvido.

Una mirada al abismo.
Sin cesar, al abismo.

El llanto de las gárgolas del tiempo
es la lluvia de los días.
Cae un agua que todo lo carcome
y desaparece.

Levantemos aquellos cedros del Líbano
para rebelarnos
contra el caos.
Que los tomen los mercaderes
y los navegantes.

Todo vuelva al mar.
El No-ser se devore al Ser
y su prole
de apariencias.

Los cedros,
el navío,
los gallardetes de los mástiles,
caigan como el agua de las gárgolas
del tiempo,
en un mar de olas
sin densidad, ni contacto.

LAS DOS VERTIENTES DEL TIEMPO

Los cabellos de esa montaña
resplandecen de siglos
congelados.

Para este lado de ella,
y el otro,
es lo mismo; dos vertientes
de espejos verdes.

No me doy prisa.
Amo, desde un vértice temporal,
contemplar en mí dos vertientes de espejos.
Cuando quiero, digo:
uno es mi cuerpo;
el otro es mi pensamiento

Y se me ocurre pensar:
uno es la cadena del hábito,
la sombra del ayer.
Otro es la libertad!

Allá voy!
Mi alma irá antes que los astros,
que ha entrevisto,
pues no lleva cadenas como ellos.

Y la eternidad me ha de ser futura
y nada más,
pues así lo cree el pensamiento,
en la infancia,
y éste es el único tiempo
en que somos profetas verdaderos.

Mas los cabellos del tiempo
resplandecen de siglos
congelados.

EL PODER DE LAS COSAS

Cada cosa
es un fragmento de tiempo
petrificado.

Para poseerla,
vano es proceder como la abeja
y en celdas ocultas
guardarla, junto a la miel de las categorías
o el concepto.

Las cosas se rebelarán
siempre
contra sus dueños.

Por eso en el umbral del mundo
se rebeló el ángel de las tinieblas,
arrastrando a los seres del paraíso;
porque los tres
eran cuerpos;

es decir, cosas.

Los demás eran ángeles o ideas
y fueron fieles,
puros,

bienaventurados!

IMÁGENES DEL TIEMPO

Un rostro de mujer,
a mi lado,
se refleja en el agua.

El río
se remansa a ratos, y luego desarrolla
una melodía de espejos
modelada sobre el espacio.

Puede la corriente del agua

ser un espejo huidizo,
que desgasta las rocas del fondo
y algo de ellas se lleva en cada día,
pero jamás podrá llevarse
algo del rostro y de la mirada,
que en el agua se reflejan.

Que el río de mi verso,
por los siglos lleve
del rostro de esta mujer que me ama,
y que yo canto,
algo más
que lo que el agua de ese río que ella mira,
lleva ahora.

Mientras me asomo, yo también
puedo notar
hasta donde la permanencia del amor reflejado
se resiste a morir.

Se va la materia del agua

pero la imagen
jamás se desvanece, ni se escurre
río abajo,

hacia tinieblas...

EN EL JUEGO DE LOS DÍAS

El ojo acata las órdenes
de los colores.

La vida cae en él;
cielo en un estanque de aguas verdes.

Los elementos borronean en la sombra.
Mi corazón: la galería
de las tinieblas,
donde entro sin lámpara todas las noches.

Vente, oh cosmos, vente en la aurora,
a disiparte en esta burbuja de jabón
que es mi ojo.

No hay que creer
en fórmulas astrales.

Aquí, en la superficie,
los sentidos juegan a los dados,
emigrantes en la proa de un barco,
mineros en tierra desnuda.
Juegan a los días y las noches.
Un dado blanco y otro negro.
Pero, en lo profundo...
Mi corazón es la mina y la ola
de las tinieblas...
En donde desciende, como un hombre distinto,
en cada segundo,

un latido.

Y nunca vuelve.

LOS ARQUETIPOS

I

El universo toma un sentido
de infinitud adorable.

Todo debía detenerse aquí.

Las conmovidas flores,
petrificándose en los sentidos,
adornarían,
tal si treparan sobre una ruina,
los cimientos,
las murallas,
las torres del Yo...

Que esta figura humana
sea un arquetipo:
bella siempre,
y armoniosa, y simple.

Que no sea aquella montaña,
que se eleva,
estrechándose,
en tanto que es más y más altura.
Sino que, más bien,
imite a la encina o al roble,
y su armonía y belleza,
residan precisamente
en la amplificación de la cima.

II

Postulan su existencia
las flores de los cerezos.
Su diamantidad efímera
está frente a mí.
Me veo impasible,
imperturbable,
intemporal...
¿Un árbol así?

Tu cabellera dorada
y la del sol,
son las dos llamas únicas
que no se extinguen en el mar.

LOS OJOS

Nunca me canso de admirar de noche,
los carbones y llamas que descubro en tus ojos.

Tus ojos son oscuros
y, sin embargo, están llenos de luces,
vivas e inquietas en la sombra húmeda,
igual que torbellinos circulando
en dos nocturnos globos de cristal.

En dos cofres así, de nebulosas,
Dios guardaba el caudal de las estrellas
antes de que su amor las dispersara,
por la curva del cielo.

Yo, en tanto, espero hincado en las tinieblas,
que baje a mí la luminosa noche.

¿En el cielo? La noche en que tu amor dispersará,
¿En la muerte? ¿En mi espíritu?,
dos globos de cristal, copas de estrellas...

LOS MITOS

Voy, el primero, a descubrir el alba.

¿Vendrán los galeones
con joyas de las Indias?
¿Los monstruos
con las escamas como lunas llenas?
¿Alados peces, flechas del instante?
¿La plebe de domésticas ondinas,
los bancos de sardinas,
que de tantas detienen los navíos?

¿Los coros y las músicas oceánicas?

¡Me han de atacar las tempestades bárbaras,
y veré los delfines y tritones
trepando por la barba pluvial de Poseidón,
que bate el lomo de las píaras náuticas!

He de ver los velámenes abiertos,
las playas de arrecifes sonrosados,
las bellas islas, donde fuera huésped
forzoso Ulises!
¿Dónde estarán, Dios mío?

Mi siglo XX—!
Única maravilla sobre el mar,
es la serena y fuerte,
maravilla mecánica del barco.

para ver las poleas giratorias,
sostenidas en juegos de sistemas,
donde ruedas gigantes arrastraban
a las más diminutas.

Una música,
ya conocida, llégame esta noche
hasta la casa mía,

flotante

Todo el espacio
es para mí un taller de carpintero.

Dios sopla dulcemente,
y giran las miriadas
de musicales ruedas,
sostenidas por hilos invisibles
y conservando unánime armonía.

Levanto sobre el navío
la mano a ciegas,
en la sombra,

pero no encuentro el lazo

que pueda unir
a las grandes estrellas
mi corazón, la estrella ínfima.

ESTRELLAS Y AVES

I

Los dos vimos caer la estrella errante.

Aquella línea vertical de oro
se extendió del zenit al horizonte.

Nosotros esperábamos,
instante de dolor!, que ella violara
el antro movedizo.

El agua estaba inmóvil,
y al resplandor del astro,
era una dura lámina, de suerte
que de tocar allí la estrella errante,
habría rebotado hacia el zenit,
estremeciendo al mar como una gran campana.

Pero la estrella
siguió su ruta y no tocó las aguas.
Ya no la vimos más, sobrecogidos.

II

Al otro día, entre la tarde de oro,
un ave,

lo mismo que la estrella, desde el cielo
pecipitóse al corazón del mar.
¿No es verdad que traía en las entrañas
la flecha del relámpago?

Era un ave blanquísima,
Al verla así caer con muerte cierta
un grito nōs ahogó.

Más lo callamos,
porque el ave al llegar junto a las aguas,
trazó una alegre curva con el vuelo,
y después de robarle al mar gigante
un pez multicolor,
subió, hacia las nubes
lejanas!

III

Fué en ese instante que busqué tus ojos...
Y los vi tan hondos,
allí, al lado mío, que temblé por los astros,
y por aquellas aves,
que un encendido viento hizo caer
y hallar oscura muerte,
en mares tan cercanos y profundos,
que ni a nombrar me atrevo.

LA DANZA EN EL MAR

Al dorso de una ola que se eleva,
y se deshace en una lluvia blanca
el sol,
logra encender las lámparas del iris.

Pero el agua en seguida
se queda inmóvil, llana y absoluta.

— Sin embargo,
la alegre brisa con los pies desnudos,
juega o danza sobre el mar.

— Sí, pero allí no dejará más huella,
que la que dejaron
los pies de las mujeres
que han jugado,
o danzado, sobre mi corazón. —

— Ahora,
la alegre brisa con los pies desnudos
se ríe y danza... pero llora el mar.

CAE LA LUNA EN EL MAR

En la penumbra estelar
veo aquél árbol cuyo tronco
se encuentra en todas partes
y cuya fronda abarca todo el cielo.

El árbol lentamente se ha colmado
de rubias frutas en astrales tirsos.

El más grande y rosado de los frutos,
se aparta del racimo innumerable
y agobiando la rama que lo nutre,
se inclina hacia occidente.

Tembla, ruge, todo el océano.
Sobre las aguas turbias adivínase
el paso de un gigante.

— Miradlo! —

— Es él! —

— ¿Quién és?

— Herakles! —

grazna un pájaro invisible.

Avanza en la anchurosa senda,
por donde huyen las constelaciones,
y del más recio gajo de aquel árbol,
el fruto inmenso, anaranjado, corta.

Lento, lo arroja al mar

LA PRISIONERA

He aquí el paisaje constante
de las noches de luna, ecuatoriales.

Nacen innumerables luces
por todas partes en el agua.
Luces que se mueven, hierven, se alargan,
cual si fueran las lanzas,
escudos y trompetas,
de un ejército visto desde altas murallas.

Dijérase que cada uno
de aquellos guerreros diminutos,
clavara su lanza mil veces,
en el ropaje fácil de la luna,
para adherirlo a la carroza del mar.

—¿La luna, entonces, les va entregando
su veste clara a lo largo del agua?

—Sí. — Y a pesar
de que ella va desnudándose en lo alto,
estará condenada,
a girar eternamente prisionera
en ruedas de cristal del ecuador.

¡No de otro modo en el combate antiguo
veíanse las vírgenes desnudas,
uncidas a los carros de victorias!

LAS CIUDADES DEL MAR

La luz!
La luz,
y los reflejos de las luces
de las ciudades marítimas!

Las ciudades iluminadas,
junto al océano,
en la falda de los montes oscuros.

La luz!
Las luces, los reflejos.
Frutos de luz, encandilados frutos
de mil colores,
oscilando en el puño inmóvil
de la noche.

Racimos resplandecientes,
o alvéolos, en colmenares rebosantes,
que unas manos hercúleas e invisibles,
en la sombra total,
exprimen, desde el fondo de la tierra...

Corre y se extiende sobre el agua inestable
la miel,
en largos hilos luminosos.

EL HERMANO

El palo mayor del navío,
formaba allá en lo alto una cruz gigante.

La cruz procesional de los océanos.

Nos daba a todos los hombres
la libertad interior,
pues cada uno de nosotros la creía
arrancada de nuestra carne.

Por la noche,
perdíase la cruz en densa sombra,
hasta que un marinero,
encendía en ella cuatro luces.

Entonces, yo permanecía, en la inmensidad oceánica,
mirando fijamente
la esbelta cruz, ahora luminosa.

Hasta que veía ascender,
por la pradera sideral del Sur,
la otra cruz...

La que está sobre el palo más alto del navío polar.
Aquella que ha de venir un día hacia nosotros.

Así, esperaba yo
cruzarme en el camino y saludar
al silencioso hermano mío,
que al pie de la insignia de su barco celeste,
ve que avanza hacia él la cruz nuestra, tan pálida!

LA GRAN LLANURA

El cielo es todo azul. El aire quema.
No hay viento.
El trópico es de luz y de metal.

Está espeso el mar,
y sólo se irisa en un encaje
sutilísimo.

A los bordes del barco
se alzan algunas olas, pesadas,
lo mismo que la densa ondulación
que el viento forma con la arena fina
del desierto.

La proa del navío,
va cortando las aguas impasibles,
como el diamante del joyero corta
la hoja del cristal.

Con mi mano,
podría hacer girar vertiginosamente
la rosa de los vientos,
y me daría impávido al azar.
Ah, pero el sol arde
y cae vertical;
y nuestra sombra, bestia obediente,
se cansa de seguirnos,
y arrolla un blando ovillo a nuestros pies.

LA ESCULTURA

Duerme el mar en la niebla
y no podemos ver por donde viene el alba.

Seguimos como ciegos
sustraídos a tantas maravillas.
Y el alba juega con nosotros,
pues se anuncia por todos los caminos
y nos oculta el de ella, sonrosado.

Hay un puño invisible,
que sostiene esta proa
y la impulsa,
para que el alba
venga a nosotros sostenida allí.

Duerme el mar resguardado por la niebla.

De igual modo se encuentra en las ciudades,
oculto en paños húmedos,
el busto en el taller del escultor.

Pero tu mano arrancará los velos,
oh, sol.

—Veré tu desnudez, naturaleza!

Enséñanos,
descorriendo las nieblas mojadas,
por fin, Helios, la pánica escultura!

LOS ARCOS

Fué girando la rueda de las horas,
entre luces fulgurantes
e inesperadas lluvias.

Un trozo de cielo,
después una nube blanca y una nube parda,
como una paloma huyendo de un águila,
así, a cada instante desfilaron,
bajo el suave pulmón del viento alisio.

Arco Iris. Aquí y allá,
Arco Iris.

Sí. Brotaron por todas partes,
a cual más suntuoso y brillante,
como pórticos de un mundo.

Los arcos. Oh anillos.
Alzaban la más pura transparencia
y la estabilidad incorruptible.

Integros y perfectos los había,
hasta dibujar
reflejados en el agua,
un círculo elástico de luces.

Por momentos,
reflejos bruscos de la luz solar,
saltaban desgarrando los colores
circulares,
como hacen en las danzas
desnudos coribantes.

EL MAR Y EL VIENTO

El mar canta de noche
la canción que la brisa le ha enseñado.

La brisa
le da al monstruo lecciones de armonía,
como una alegre joven
que hace danzar su oso montañés.

El mar
es una dimensión sin gloria alguna,
sin gracia rítmica,
sin libertad, sin embriaguez de cánticos.
El mar en sí.

El viento es quien lo anima.
El viento es quien le da color y ritmo.
El viento lo convierte en musical.

El mar sin el viento.
Limitación de agua inmóvil,
dormida en sueño largo y absoluto!

El viento arranca en el pesado monstruo,
otra vida!
Una segunda vida nace allí:
una vida que es canto gigante de alegría.
Como Eva, al desprenderse del costado
del primer hombre;
así nace del dorso del mar.

EL VIENTO ESTA EN EL MAR

El viento es inasible e invisible
para el mar, viejo mito aletargado.
El viento,
lo embellece.

El viento es el espíritu del mar!
No estando en sus hondas entrañas escondido,

es toda su expresión,
y se halla todo en él.

El viento está en el mar.
Animación infinita...
Sublimidad de músicas oscuras!—

Al oír cantar los elementos
transfigúrase la soledad.
¿Qué es esta perfección?

—Venid a vivir la gigante alegría!—

El viento está en el mar!

Otra vez descendiendo, peregrino
de un instante, el espíritu de Dios sobre las aguas!

LOS CAMINOS

Oh noche,
todo se halla en tu copa azulada y tranquila!
El cielo, el mar y la carne nuestra,
en alegres torbellinos oscilan...

Jesús es la esencia impalpable
que ha llenado tu copa hasta los bordes.
Su mano mueve hacia él,
el motor de nuestro corazón,
los aceros de las máquinas del barco,
la respiración tenaz de los oleajes,
la imperceptible inmensidad del aire
y toda la materia oscura que nos rodea.

Desde nuestro parapeto,
cuando levantamos los ojos al cielo

vemos desfilar, purísima,
heraldo divino,
la ronda zodiacal, maravilla del trópico.

Sentimos
que todos nos acercamos mutuamente.

El Señor a nosotros.

Y nosotros a Él,
girando como partículas
en lo hondo de la copa azulada y tranquila.

Nosotros no dejamos ni un minuto
de retornar a la intuición primera,
hierros dispersos que van al monte imantado,
mientras brilla allá abajo sobre el agua,
una estela revuelta e inestable
que es la huella única del navío en el mar.

Y paralela a ese camino,
vemos en lo alto,
la lechosa vía de las estrellas,
huella también que deja el pie de Cristo,
que ya empezó a moverse hacia nosotros.

LAS ISLAS

I

LOS NADADORES

Allá quedaron las islas
con monos, arenales y palmeras.

Las islas, con montañas de basaltos
en donde se incrustaban los zig-zags
azules, verdes
y anaranjados del sol.

Allá quedaron las islas
sobre la luz metálica del mar.

Límpidas como diamantes,
en el engarce noble de las olas,
las dejamos hacia el atardecer.

Quedaron allá lejos,
a sotavento,
con frutos dorados, papagayos,
y con los nadadores negros.
Los nadadores hermosos
que venían, desnudos, de la costa,
a recoger del fondo del mar
y del azar,
lámparas que arrojé desde el navío.

II

LAS HILANDERAS

La transparencia de la tarde,
se va empañando con la niebla errante
como un fino cristal con el aliento.

Y allá, en la zona última del día,
las nubes grisáceas,

acurrucadas como viejecitas,
callando, hilan, hilan,...

hilan el sayal de la noche!

III

TRES AVES...

Final del crepúsculo.

Y avanza la noche...

Veo

volar tres aves de las tierras cálidas.

Tres aves blancas,
simétricas, que avanzan mar adentro,
sin separarse nunca.

¿Las Tres Marías van

a ocupar

su lugar

en el espacio?

IV

¿QUIÉN ENCIENDE LAS ESTRELLAS?

Noche,
el cielo adquiere algo de bóveda de templo.

De las islas sólo resta un peñón,
vertical, como un faro intermitente
enarbolado en lo alto.

Ese peñón, con su llama,
es el hombre silencioso
que ha de encender la luz de las estrellas.

Se parece a aquellos hombrecillos
que en los templos se quedan,
al caer la noche,
con una lumbre en lo alto de una pértiga...

Luego, encienden las luces del altar.

V

La rueda

gigantesca, zodiacal,
pasa girando con sus doce carros
colgantes,

por el aire de cristal.

Toman asiento en ellos las estrellas
y en tanto que unas bajan y otras suben
alzan alegre coro musical
como los niños

en las rueda aérea

de un parque provincial.

LOS DOS NAVÍOS

Hierros, cuerdas, humo,
color, fuerza y aroma de alquitrán,

Se elevan y se ocultan en las ondas,
unos después de otros,
y conservan un ritmo riguroso
como si fuesen ruedas sumergibles
que girasen al lado del navío.

Tú me dices:

— ¡Oh, si pudiera verse en alta mar
a San Antonio de Padua,
predicando a los peces!

¿Imaginas
qué ejércitos veríamos,
congregados en círculos de fieles
al pie del orador?

Creemos que el milagro
se encuentra en inminencia de ser visto,
y esperamos.

Disciplinantes arrecifes rezan
y en almenas de luz y vagos círculos
esperan
la predicación del sol que va a morir.

EL NIÑO DESNUDO

Fue en una antigua iglesia
del sur de España.

Era una muchedumbre labradora que oía misa.

Entre todos, un niño hijo del pueblo,
la desnudez total del cuerpo hermoso
mostraba,
inquieto, indiferente al acto místico.
La madre, en tanto, al lado de él rezaba.

El sacerdote levantó la carne
de Jesús, y la sangre.

En copa de oro antigua,
la blanda hostia y el celeste vino.

La multitud hincóse de rodillas,
y una selva de frentes inclinadas
a un mismo impulso se abatió en el templo.
Todos quedaron con la frente en tierra.

Yo miraba
al bello niño del desnudo cuerpo
y desnudéme entero como él!

Así, llegó un instante,
en que junto a la plebe arrodilada,
quedábamos de pie, puros, salvajes,
tan sólo el niño y yo.
Los únicos,
que estábamos de pie. —
¡Y desnudos!

Ciertamente, más cerca del Señor!

EN EL ATRIO

Al pie de una románica columna,
en el atrio con lepra de mendigos,

yo esperé la salida de los fieles.

Recios perfiles de los campesinos
de vegas antañonas.
Su trigo candeal sobre los rostros
de las mujeres,
el sol volcaba lento, de soslayo.

Salió por fin,
el niño hermoso,
cogido de la mano de su madre.
Yo fui tal vez el único en mirarlo.
Él dirigía el índice adelante,
señalando el sumiso populacho.
Pronto no lo ví más en la ciudad.

Tan divino,
tan divino como el niño Jesús,
en la magna asamblea de los sabios,
el niño aquel
de la iglesia católica del sur
de España,
sonrió también. Seráfico,
se fue... Y hoy lo hallaréis por todas partes

El Niño Desnudo está en la muchedumbre!

LOS SANTOS

¡Mi infancia en ese ambiente religioso!

Pensativo y crédulo.
yo jugaba a arrojar, entre las sombras,
mis barcos de papel al río de los astros.

Una noche,
contábamos estrellas
varios muchachos solos en el campo.
— Gritó una voz de niño:
— Esas pequeñas llamas de los cielos,
son las luces que dejan encendidas,
al costado del lecho, los santos al dormirse.

Desde ese instante,
para mí todo el cielo
estaba adornado de santos dormidos
con una lucecita al lado cada uno.

Y cuando me llevaban a la alcoba,
qué cuidado tenía en la alta noche,
de no apagar mi lámpara...

Después con la vidriera a medio abrir,
frente a la gran llanura americana,
yo soñaba:

los santos me verían
también, desde el espacio,
con mi luz al costado,
tan santo como ellos...

LAS GOLONDRINAS MUERTAS

I

Un indio leñador que me había criado,
se iba al monte todas las mañanas,
con su honda salvaje, los perros y el hacha.

Un día me cazó una cigüeña blanquísima,
otro día un cuervo que daba horror...
Después, pájaros...

De plumaje muy raro,
palomas de color plomizo
y papagayos — ¡qué vistosos! — del Brasil.

Una mañana le dije:

—Hoy quiero que me traigas golondrinas!
—¡Ah, no! A esas no me animo a matarlas.

Son las aves de Dios,
pues le arrancaron las espinas de la frente!
Y después, al notar mi desencanto:

—Amigo: hemos de cazar algunos de esos pájaros.

II

Era al iniciarse el otoño.
El indio nos pidió los grandes espejos de la familia,
y los dispuso frente a una ancha puerta
del caserón de la estancia.

Allí se dibujaban en diversos trozos,
todo el llano y el cielo reflejados
hasta dar la ilusión total de realidad.

III

Desde el campo brillaban con el sol los espejos,
y detrás de ellos destacábase
en roja ondulación, los techos castellanos.
y más arriba un muro gigantesco de eucaliptus.

Avanzó por las pampas el viento del otoño,
como errante yegua desmelenada,
y del alero de nuestra casa
las aves empezaron a emigrar...

Después,
todo se torna vago en la memoria.
Mi madre, bajo el llanto me contaba,
que estuve a riesgo de morir
entre un horrible delirio.

¡La trampa del indio!...

Aún hoy, es para mí la imagen del malvado recuerdo.

IV

—Y pensar, — quejábase mi madre, —
que todas las tardes
recogías dos, tres, muchísimas

golondrinas extraviadas

o muertas,

al pie de los espejos!

—Hasta que al fin caíste, como ellas, hijo mío!

—Ah! — Ví, cómo te ibas, para siempre,
entre las avecillas del Señor!

LA TELA

I

Soñadores,
¿conocemos la forma de los sueños?
¿Acaso la hemos visto alguna vez?

Los amantes,
¿qué sabemos del rostro del amor?

Cantadores,
no oímos bien las músicas internas,
la gran pureza de los propios cantos.

Los mineros,
no lucimos la joya que un instante
quedó brillando en nuestras toscas manos.

II

Los diamantes,
no gozamos la luz que desprendemos,
ocultos en las minas o en las joyas!

Los cristales,
no guardamos del sol que nos traspasa
ni un rayo, y ni una chispa de la estrella.

Los luceros,
nunca vemos la luz que nos consume
y nos helamos en la oscura noche.

Todos Poetas!
Ciegos para los íntimos tesoros,
para lo bello que las manos crean,
y el enigma que une estrellas y almas.

¡Oh, tapiz doloroso el que tejemos!
Los otros ven en él la maravilla
absoluta que nunca hemos de ver.

—Poetas!

Hilanderos,
condenados
como los tejedores medioevales
a hilar sólo al reverso de la tela!

En nosotros
un enigma sin fin nos atraviesa
Enigma que en la muerte se hace claro.

VIGILANCIA

I

Y fue entonces,
que me pude alejar de los amigos
y las amigas,
en hora matinal.

—Adiós!

¡Y para siempre!
Ellos se fueron cantando por los campos,
en el trigo cortaban tallos jóvenes,
y hacían flautas con silvestres cañas.

Unos, mordieron las jugosas frutas,
o corrían detrás de las abejas
pesadas, estrechando a las amantes
por la cintura.

Yo descargué mi honda contra salvajes pájaros;
moví las aguas muertas de los grandes estuarios,
y por fin, ahuyentando

a los lentos búeyes del belfo caído,
me retiré hacia un cerro solitario.

II

Para mí el deleite de ahora,
consistía

en inclinar mi rostro a flor de tierra
y aplicar el oído atento allí...

En la gran superficie,
y, como el hosco indígena, escuchar...

Al mismo tiempo hundía las manos
en el trébol...

El trébol atigrado de tres hojas,
que tiene en cada hoja un corazón.

Todos hallaron incomprendible
aquel alejamiento,
y me dirigían
saludos con las manos, ofreciéndolas
rebosantes de frutas y de flores.

—Vuelve!

—Vente con nosotros, ¡oh, amigo!

—¡Qué esperanza!

—No puedo.

—No puedo!

III

—Aquí me he colocado,
con el oído junto al llano inmenso,
para oír los tropeles que se anuncian
más allá de los mudos horizontes...

Oda Heroica al Viento de las Pampas

Problemas de técnica, al renovarse las discusiones entretienen, aún por momentos, a todo autor, obedeciendo ya sea a la no satisfacción de los procedimientos empleados hasta ese instante, o a las mismas polémicas del ambiente. Yo había imaginado, bajo la emoción muchas veces experimentada del viento pampero, la estructura de un canto digno del impetuoso embajador de los países del sur. Una forma adecuada a aquel ritmo violento y avasallador, con intermitencias de melopea heroica, me torturaba, mientras las primeras versiones iban formándose en mí.

Hablo aquí de los mecanismos externos que rigen la concepción de todo poema vasto y ordenado. Entonces, hice hallazgo de combinaciones técnicas que me agradaron desde el principio; la unión del verso endecasílabo acentuado en cuarta y séptima, el anapéstico, tan discutido en los últimos tiempos, con el heptasílabo común de nuestro idioma. Predominando esta alternancia, intercalaría alguna forma similar, de tiempo en tiempo, de modo que el ritmo se conservara intacto o se acentuara más, si era posible...

La experiencia no fue comentada por casi nadie, lo cual no me extrañó, y hasta se creyó, por algunos, que el canto estaba escrito en versos libertados de todo ritmo.

En esta edición, he creído conveniente unir más aún las formas citadas, alargando el período rítmico y encubriendo el procedimiento interno, hasta darle la apariencia de un ritmo todavía más bárbaro y elemental.

I

Óyese en las llanuras, óyese el bronco relincho en las pam-
 [pas,
 y el clamor poderoso rasga el sosiego de llanos y bosques!
 Vedlo, avasallador, sobre la escala de todos los climas:

El pampero! El pampero!

Puéblanse de rumores y ecos, las selvas, los ríos, los antros.
 El abre las ciudades, bridas potentes desgarran sus ímpetus,
 y las cuadrigas múltiples quiebran los diques de todos los
 [pueblos,
 y avanzan, prodigiosas!

Hélas aquí descendiendo del Ande!

¿Por qué oscuro torrente,
 de qué alud tronador, vienen los ecos de airadas trompetas?
 ¿De qué desfiladeros brotan quejidos y llantos sin tregua?
 ¿Surgen de los abismos? ¿Nacen del pecho de oscuras mon-
 [tañas?
 ¿Quizás vienen del polo? Desde la aurora polar por los ma-
 [res helados, avanzan?

La rosa de los vientos, gira en salvaje y audaz remolino,
 y ya no se detiene hasta que pasa el aliento robusto
 que disgrega rebaños, burgos y pueblos, llenando de músicas
 y amplios estuarios con proles de arroyos enturbia!

En la tierra no hay viento que arme su hirsuto velamen so-
 [noro,
 a través de comarcas más dilatadas y libres y prósperas!
 ¿No lo véis, arengando huestes en busca de hazañas heroi-
 [cas,

desde los torreones nobles del Ande a mitad del Atlántico?
 ¡Viene con sus mesnadas desde los riscos helados del sur,
 rompe fronteras de cuatro repúblicas,
 y atraviesa el Brasil, hasta que tuerce el gran arco en ten-
 [sión,
 valla tejida con bosques enormes
 con la cual, ciérrale el paso el horrible Amazonas!

El viento de las Pampas! Hebras torcidas de crines larguí-
 [simas.

Así tu cabellera! Hebras trenzadas en haces de víboras,
 que se agitan gimiendo, bajo el pesado torrente de nubes,
 cual si alguien esgrimiera
 en las torres del cielo, testas cortadas de amargas medusas!

¡Oh, viento de las Pampas! Mueves arenas en islas y deltas,
 médanos van en andar vagabundo,
 tierras labradas alisas, tantas como astros los cielos agobian
 y te miran los hombres, entre una mezcla de amor y de es-
 [panto,
 como a un gran estandarte libre que en lo alto del asta del
 [Ande flamea!

III

El viento está en el Plata! Alza en su lomo frenéticos puños,
 dispersa las barcazas, turce el vagar de corrientes marinas.
 hunde los tajamares, tumba la quilla de férreos navíos,
 entra en las hondas aguas, mueve las piaras de bancos de
 [arena,
 libra al acaso las boyas que encienden
 ascuas rojizas en torno a los puertos,
 canales modifica, llamas extingue en alertas farolas giratorias,
 hiere los cascos y rompe las grúas, llega a las ensenadas,

por anchurosas bahías se expande,
y hace astillas de muelles junto a la selva ondulante de
[mástiles.

Helo ya en las ciudades...
Mágico imperio del aire y la tierra,
a los hombres humilla, rapta mujeres del tallo cogiéndolas
con las manos hereúleas, como en los viejos malones de indios.
Los postes telefónicos tiemblan en ondas de música bárbara.
mientras arquéándose suenan las redes
de alambrados vibrantes,
como las cuerdas de arpas meneadas por Dioses!

Helo ya en las llanuras...
Grandes sembrados agachan su lomo para que allí se apoye.
Trigos le tienden su alfombra de oro para que él se detenga.
Olas y olas de tallos crugientes se inclinan a su paso,
en homenaje a la rauda conquista!
Firmes locomotoras, vencen apenas la gran resistencia
dando más fuego a volantes y émbolos.

IV

Árboles autóctonos, hace oscilar como juncos delgados
en cerrilladas con tunas bravías.
Sábanas prietas de nuevos almacigos
malogra y van pinares y álamos juntos a ras de la tierra;
mientras bandadas de aves dispérsanse,
cuentas perdidas de rotos rosarios.

Sucede casi siempre, que el viento avanza al final del estío,
y le suspende el canto al abejojro pueril de las siestas.
Pronto estarán las cosechas maduras,

y Otoño se adelanta con sus rastros dorados, que fingen
pieles de león que se cuelga a la espalda.

¡Oh, viento de las Pampas! Larga trompeta de América
[Austral!

Como las trompas bíblicas de los arcángeles, sopla en los cielos,
y que tu gran clamor todos los muros estrechos derrumbe!
Clarín de las montañas: dame el candor de las puras neveras!
Clarín de las llanuras: dame el afán de ensanchar horizontes!
Clarín de los oleajes: déjame lleno de coros oceánicos!

Despejador de la América Austral!
Que no queden en pie obras menguadas en tierras de Indias!
Si no ha de eternizarse esta hermandad de las veinte Re-
[públicas,

ante los hombres de todos los siglos,
si acaso nuestro esfuerzo no sobrepuja a las piedras labradas
por aztecas e incas, sean pavesas flotando en tus iras, ¡oh,
[viento!,
la poesía y la música nuestras, la ciudad y la estatua y el
[el teatro,

la torre insigne y la gran Catedral!

V

¡Oís? Avanza el viento! Hosco, sacude las selvas letárgicas.
despierta en la noche miles de fieras y aves del trópico,
que responden el ruido áspero y agrío de todas sus hordas,
con gruñidos y cantos, coro inaudito en la selva sin límites.
Arrastra hacia el desierto, nubes de fértiles granos errantes,
semillas migratorias, y las llanuras abiertas fecunda,
o lleva hacia adelante, como pastor que comercia rebaños,
la parda tropa de nubes oscuras!

¿Las ciegas fuerzas inertes lo abaten?
¿El pampero llega jadeante a la zona del ígneo trópico de
[Capricornio,

y allí domesticado, tuerce su andar mientras gira la tierra,
y lo veremos dócil rondar la región de las calmas,
pálido esclavo con marcha constante,
encadenado a los vientos alisios?
¡Oh, no!, que él ya liberta las caravanas de vientos galeotes,
abre cadenas y rompe grilletes,
tierras y mares procaz convulsiona,
se adorna de arcos iris, rompe los odres de espesas borrascas
y al Ecuador la metal lo tragmenta y trastorna!

VI

¡Oh, viento de las Pampas!
Eres el escultor. Todos los barro animas a gusto:
picachos y altas cimas, gredas en huecos barrancos de ríos;
con nieve de las cumbres creas falaces fantasmas de vidrio;
con pinares andinos, trazas movibles legiones en lo alto.
Y has hecho de la nada tribus de indios en bronce,
indias de piel con tatuajes, torsos de fieras de elásticos saltos,
millares de corceles, rodeos y majadas;
díscolos dueños de bosques y llanos!
Todo lo has hecho tú: gaúcho, leyenda, ciudad, montonera!
También eres el músico!
Ruda polifonía del desierto: ¿qué himnos traen tus voces
[roncas?

Dinos qué canto inmortal va en las ancas
de los corceles que doman tus hábiles Dióscuros indígenas!

VII

¿Oís? El pampero!
El pampero!

Sobre el gran horizonte, vese una nube pardusca avanzar
y cubrir con su sombra parte de bóveda azul y los llanos.
El nubarrón se extiende, nubes pequeñas congrega en su seno,
se torna azul profundo, y abre su área abarcando la atmós-
[fera.

Pero la mancha opaca, móvil, se cuaja de lácteos relámpagos
que iluminan de golpe!
Graves, se oyen lejanos los truenos
y retumba el espacio como una gruta vibrante en el monte.
Partículas de tierra, densas, en plebes de polvo amarillo,
se mezclan con las nubes grises del cielo y avanzan unidas.
Firmes banderas locas, mueve la pirata viril que acaudilla
sus hordas en mil leguas!

Cubre de polvo los nuevos villorrios,
cuyas casuchas tan limpias se alínean
junto a los rieles del ferrocarril,
a lo largo extendidas, cual si fueran los pájaros
que en primavera uno ve en los alambres del campo!
Aves de alcurnia en lo alto planean
y escoltan las mesnadas, tal como aviones dispuestos en arco,
volando silenciosos, sobre el turbión de los grandes ejércitos.
Los hombres, en la tierra miran al cielo,
desde el lar campesino, viendo perderse cosechas profficas!
Las hierras y cielópeas domas de nuevos baguales suspenden;

las tropillas de potros júntanse luego con crin erizada,
con los ojos en sangre
y gachas las orejas, oyen la tromba que viene avanzando.
Su piel se encrespa entonces tal como el lomo del mar con
[la brisa;
hinchan el belfo y revuelven las crines.
Los rebaños dispérsanse, tiernos vellones dejando en las zarzas.
Ved los venados con ojos oblicuos, cómo saltan los charcos;

ciervos salvajes con ansia olfatean
en la atmósfera eléctrica, y huyen con ellos por hondas ba-
[rrancas.

Pasan los avestruces, y ágiles forman ariscas manadas
entre un gran movimiento blanco de plumas y agudas gam-
[betas.

Pálido he visto hacia el alba, en la sierra,
huir una tropa de bravos novillos,
torbellino de muerte, selva movible de cuernos filosos.
Sé del tumulto y del vivo coraje frente al corral de piedra
deshecho, o en la ronda gaucha, destruída en el medio del
[campo!

Por acá! Por allá!
Rápidas fugas de bestias y hombres.
Vedlos despavoridos, mientras la fusta del viento resuena
y alumbran los rayos, ancas cobardes y testas sumisas.

VIII

Pronto el cansancio detiene la huída brutal,
y extenuado, ríndese el rudo paisano a los vientos
que se alejan, dando lugar a la vasta esperanza!
Pues ellos traen a la pampa, en seguida,
la recia ofrenda vital de las lluvias torrenciales,
cantan su triunfo, invasores gloriosos,
siguen al norte y la noche en sus urnas celosa, los guarda!

IX

¿Después?
La fiesta en pleno azul! Junta, al subir por oriente la luna
[ovalada,

la enjambrazón colosal de los astros,
que por la rutas del cielo revuelan
para en ella reunirse, en un racimo de abejas con nombres
[y números.

Libre la bóveda, y amplia y profunda,
es un granero colmado de estrellas
que en el erial de la tierra se invierte.

Límpida está del Centauro a las Pléyades!
Aries, el dulce cordero, descende,
cruza la eclíptica y llega a nosotros,
con cencerros de luz colgados al cuello.

Celebrando el torneo de ahora,
vienen las Hyadas en grupo de danza,
cestas con flores trayendo en los hombros.
La rueda zodiacal, gira moliendo la espiga celeste,
Con ruido imperceptible corre a su lado el gran río del
[Tiempo,
mientras tenue y callada, cae sobre el mundo la cósmica
[harina.

En lo más elevado del cielo
se incurva la Vía Láctea, rústico cuerno que aventa semillas
y enalteciendo todo, Dios, labrador incansable, esa noche
hunde sus brazos allí hasta los codos,
y es el primero que arroja los granos
uno por uno, en la tierra mojada!

X

Y el pampero? Oh, el pampero! El pampero!
Allá va en goce unánime...

Leguas de bosques recorre a millares aún,
y al llegar a los trópicos sobre la selva infinita se acuesta...

El idilio monstruoso; ya se realiza y un mundo es el tálamo!

El joven Dios que vuelve, sonriente al gineceo...
Y sobre el cuerpo cordial de la Esposa
descansa. Y la fecunda!
Polen vertiendo en los hondos declives!

La Colina del Pájaro Rojo

1925

ORACION POR LAS CIUDADES FUTURAS

He aquí el campo fragante:
estamos hacia el fin de primavera.
Crece la sementera
para la hoz brillante.

Mirad: las llanuras creadoras,
los ríos de cauces impuros,
los pájaros de púrpuras y oros,
las locomotoras,
los trigales maduros
y los oscuros y sonoros toros.

El menisco del creciente
con su curva oriental,
dice el destino de la avena reciente
rizada por el viento vespéral.

De pronto,
una golondrina
huye rápida,
como si describiera una cortina.

Flotan livianos tules,
vapor del valle en los caminos pardos,
inciensos de las lámparas azules
de los cardos.

Vienen esquiladores
indios. Traen su dinero,
compran mujer y alcohol y llevan flores
en el sombrero.

En la extensión del prado,
solo, dominador,
un astro, que es Adán, feliz, recién creado,
mira el mundo con candor.

Aúreas, por mi ventana,
veo, en montañas, las cilíndricas bolsas de lana.
¿Son larvas o dorados capullos enormes?
En los campos y villas,
veréis metamorfosis luminosas:
de esos capullos han de volar gigantes mariposas.
Vaya uno a saber qué maravillas!—

A tí, hombre de carne y hueso,
un canto pido, para todo eso:
A las mozas de las granjerías,
ordeñadoras de las vacas buenas,
que fabrican el queso
perfumado de todos los días.
Los quesos blancos como lunas llenas.

Un canto, para los rastros,
color de león en las grandes sequías,

de un dorado tan vivo que lastima los ojos,
por donde van los pajarillos rojos,
flechas con llamas de tribus bravías.

Loemos la agraria faena
de estas horas.
El trepidar de las trilladoras,
—¡tan complicados relojes de arena!,
y el grano
que allí cae con un gesto cristiano.

Y el palomo del arrullo y el mimo,
y la paja que al aire se quema,
y la torcaza del carnal arrimo,
y la viña, la gracia del verano,
cuya pobre raíz dirá el poema
en la luz del racimo
pagano.

El buey con un pájaro en el lomo
y la potranca de la rubia crin.
Y el bosque con espinas de aroma
junto al camino que no tiene fin.

Las mesetas
de los trigos, poetas,
a cantarlas! A cantar
las mareas de espigas agrestes,
que suben tras la órbita de los cuerpos celestes,
como huyendo del brazo que las ha de cortar.

El nivel del trigal denso y tan llano
que se uniforma en una espesa franja.
—Sobre mis trigos, —díceme un paisano,—
se puede hacer rodar una naranja!—

De rodillas, ante las mieses
cambiantes en la ronda de los meses.

Orad frente al ombligo
de mieles del higo,
frente al lanar cándido y bello,
y al campo, que a la vista
amarillento está, como el abrigo
de piel de camello
de Juan el Bautista.

Estos,
ayer desiertos de tribus errantes,
ciudades mañana,
ricas, más que las de hoy y de antes.

Un canto, pues, a la leyenda pasada,
otro a la gloria presente.
Y el otro, el mejor, a la ciudad soñada.

Cual la voz del patriarca
Jeremías, león de otras edades,
que a las razas muertas o idas
lamentó entre los muros de las ciudades
destruídas.
y cien veces construídas,
bajo el fuego de Dios,
es tiempo de que se alce una gigante voz.

Alta y fundamental,
como cuadra a la alcuernia de un barbudo profeta,
a la generación del gran trigal,
dirás tu palabra, oh, poeta,—
hoy, sobre estos llanos
de los nuevos mundos sudamericanos.

Mas dicha sea
por la alegría, el dolor o el afán,
no de los hombres que ya no son,
sino de los hombres
que vendrán.

Por los que traerán
mente o corazón
y por las ciudades
que aquí levantarán.

Una canción!

—Una oración!—
a todos los vientos,
al pie de los invisibles cimientos
de las grandes ciudades que aún no son.

LA AMISTAD DE LOS VIENTOS

I

Vuela el viento con pluma de cristal
en los tobillos,
y al rato empieza a hablarme
como un amigo,
que a mi oído dirá miles de cosas.

—Por fin nos vemos!

Poeta!

Tus sienes arden! ¿Es la energía antigua?

—No!

—¿Y los caudillos libertadores? ¿Tus antepasados?

—¿Quién los recuerda?

—¿Tú, no eras de ellos?

—¿No lo decías?

—¿No te nutrieron con su sangre díscola,
con sus leyendas,
con sus martirios?

—Héroe! ¿No te soñaba así, tu madre?

—Piensa, y dime si aún puedes mirarlos
subir, dentro de tí, como de un álbum
de borrosas estampas.

Aquél, el rubio que ultimó al tirano
de las quince provincias.

Aquél, el viejo que fundó ciudades.

Y el de la guerra de los nueve años.

Y el otro, el que cuidaba las tropillas
de potros, por colores agrupándolos:
los potros blancos, lindos,
los colorados, ruines...

II

Densos, como manchones de color,
en la llanura, manta de los coyas,
sus tropas y rebaños.

Entre tanto, desnuda,
la mañana entre músicas de árboles,
huye por los trigales,

Otros vientos me hablan!
No los oigo:

Los ojos se me van
detrás de aquella nube,
de la garza rosada,

de la bruma del río,
del vellón del cordero,
de las minas azules del cielo.

III

—Hay que olvidar!
Oros de los navíos
y los puertos.
Cantos del mar.
Hay que olvidar!

—Mejor que todo eso,
es aquí en estos campos,
el trisal, que da el pan que has de ganar!

—Vuelve a ser tú!
El ave canta. El campo ríe. Ondula el trigo.
Estación solitaria.
El tren se ha ido lejos:
los únicos que existimos,
el yo y los vientos.

IV

Los vientos me susurran:

—No dudes. Mira!

—Vuelve a ser tú!

—El sol, como un caudillo
galopa!

Se ha llevado a la mañana,
desnuda sobre el anca de su gran potro blanco!

EL NOCTURNO DE LAS TRES MARIAS

La noche alta
sonora es. Yo voy hacia el gran río,
en donde el arenal brilla a lo lejos.
Llevo un cayado de oloroso pino
y he puesto en el extremo del cayado
mi lámpara, que arde en lumbre de oro.

La llama va oscilando con mi puño
y una aureola extiende,
como la cabeza
trunca de un Santo.

Huyen algunos pájaros,
agitando las alas en los árboles.
Se oyen cantar insectos.
Un grillo mueve
invisibles palancas de cristal
en los más altos aires,

y su canto, lo mismo que un resorte,
hace girar la máquina del cielo
desplazándola, lenta...

Sobre la perspectiva de Occidente
las Tres Marías,
inclinándose van hacia la tierra
en actitud de flecha
sesgada que desciende...

Venga el mozo que coja la áurea flecha
y con arco potente la remonte!

La noche, como bóveda
sonora es.
Oh, músicas!
Oh, movimiento, y orden y equilibrio.
Sonoridad creadora que circula.
Estoy en ella igual que en un molino
que funciona.
Allí están las gavillas,
allí esperan los granos,
allí la harina de las albas túnicas.
Y esos carros que van por los caminos
ahora, con las mieses
de los campos, ¿no van allí también?

Desvío el arenal
y llego al agua.
El cielo se refleja totalmente
en cristales sin límites.
El agua se hace cóncava.
La curvatura sideral se aplica
sobre el agua inmóvil,
como una mano sobre la otra mano
en actitud de orar...

Ved qué brusca ansiedad hay en los astros!

Las Tres Marías caen al horizonte,
como doncellas de la mano asidas
que van a buscar muerte
segura en horroroso sacrificio.

¡Quiero ver en qué abismos
caerán las doncellas!

Alumbraré las rutas con mi lámpara.
Mirad: se incurvan
con una santísima
resignación
de cargadas espigas.

La indiferencia de los astros hiela!
¿Entre ellos, no está el héroe que defiende
con su lanza las víctimas celestes?

¡Si es necesario andar toda la noche,
yo lo haré!
Antes que nazca el día,
y la señal se borre de los cauces,
en donde están caídas las tres vírgenes,
mi brazo extenderé para salvarlas.

Pero si en libre éxodo del cielo
descienden ellas, solas, a la tierra,
con sus palmas de luz,
con sus velos tan diáfanos,
con sus canciones místicas,
para fundar aquí la religión
del lejano país en donde moran,
seré el primer devoto de sus ritos
e iré a besar, mojados de rocío,
los pies descalzos de las Tres Marías.

PASTORAL DE LAS DOCE JOVENES

Aún el sol poniente,
fué a enhebrar lentejuelas frágiles
en la arena del río.

Unos hombres
intentaban hacer vadear
un tropel asustado de corderas,
por el torrente.

Dispersóse el rebaño,
y sólo alguna débil forma
temblorosa,
se deslizó en el cauce.

Más felices, allí cerca,
las lavanderas, cantando,
llenaban las aguas
con encrespadas pompas de jabón
que—esas sí—eran dóciles ovejas
diminutas...

Cuando volvíamos,
al anoecer,
las altas mujeres iniciaron el regreso.

Dispusieron
los atados de ropa blanca
—¡redondos recortes de albas nubes lejanas!
en un pesado carro
y ellas se fueron en otro.

Eran doce jóvenes,
con morenos brazos
y desnudas piernas; como diosas de las campiñas.
desde sus gestos dejaban caer
la bendición de los cánticos
pastorales...

Después,
en los caseríos, las vimos
del carro descender, una a una.

Así, calladas y graves, se fueron...

Ya ardían los faroles provinciales.

Hora de las armonías
astrales y terrestres, aquella!

Cuánta correspondencia entre las cosas
más distantes!

Fué entonces que detuvo también
ante la noche,
su aérea carroza magnífica,
el sol, en el camino del Zodíaco.

Todo el que quiso pudo contemplar
cómo bajaban de ella,
y se echaron a andar por el cielo,
con el sacro silencio de costumbre
las Doce Constelaciones.

La Transfiguración de lo Corpóreo

1930

EL CANTO CELESTE Y PERDIDO

No alces
tu canto hasta las estrellas.

Que tu canto vaya más alto apenas,
que el corazón del hombre,
y nada más!

Que tu canto vaya más alto apenas
que la frente del hombre,
y nada más!

Pero, muy alto, no!

El arquero ejemplar
no lanza su flecha
verticalmente al cielo.

La hace describir
una larga y graciosa curva,
sobre la tierra.

Una flecha lanzada hacia el zenit,
puede caer de nuevo
en el antiguo sitio de la aljaba.

...Y sin que en la memoria de los hombres
el testimonio quede,
de aquel viaje celeste!

Ya tu canto,
corre el riesgo de ser
pues lo levantas más allá del hombre,
la ardiente flecha hacia el zenit lanzada

Pero el arquero ejemplar
no lanza nunca su flecha
verticalmente al cielo.

DESOBEDIENCIAS

A mis pies corre el río sagrado,
el río indígena y silencioso,
con su segura marcha
de olas grises.

Una sabia, lenta creciente
lo desborda, y en él,
árboles, trozos de cabañas,
nidos de pájaros,
disciplinados van...
En la orilla,
a mi lado hay remansos,
con agua turbia e inmóvil.

Allá lejos,
el gran caudal heraclitano en marcha!

De los remansos
inmóviles como ojos de los muertos,
veo aparecer,
sin embargo,
pequeñas corrientes,
en sentido contrario a la gigante
corriente central.

A mi frente,
corre el gran río
de los hombres,
unánimes!

Los solitarios,
los videntes,
Yo, entre ellos!
Alimentamos pequeñas ideas,
movimientos, desobediencias,
en sentido contrario.

Pero,
el gran caudal heraclitano en marcha,
ignora esas derrotas,
miserias en su flanco.

LA AVENTURA

Mariposas de luz blanca,
vuelan alrededor de tus manos abiertas,
con un ritmo ondulante, como atravesando surcos.

Los surcos invisibles del aire
para esas siembras
se abren en paralelas ahogadas
en azules infinitos de cielos americanos.

Libertad tuya en medio de las sierras.
Prosigue, tropero de las celestes mariposas
que de tiempo en tiempo
dejan en la alcancía de las flores
las monedillas rubias del pólen.

Grandes horizontes abanicos
se cierran y se abren entre los árboles.
Prosigue,
jinete alegre del caballo indio

en libertad absoluta,
y entre las selvas,
ábrete el camino que permanece oculto
desde el tiempo de los caciques.

Ondean las flores,
como llamándote en la música del estío.
y ascienden, ascienden entre las breñas,
atraídas por la imantada antorcha del sol.

Yo quiero que tu siembra rebose en los surcos aéreos
y repitan tus cantos lo que oyes en los árboles
que esconden sus colmenas musicales.

Con el oído en acecho,
reconoce cuál es el árbol sonoro,
y sigue el vuelo de la avispa silvestre
y el de las grandes mariposas
con remos de blandos triángulos celestes,

que van a señalarte el camino de la armonía y la fuerza,
que en otros siglos reinaron en estos bosques.

Serás el tropero de las errantes mariposas.

Las selvas se abren en una suma de misterios,
y tu serás el descubridor de las nuevas corrientes de agua,
pasajes secretos de los ríos...

Jinete, amigo mío,
aventúrate en ellos.

LAS OCULTAS COLMENAS

Deja que se dispersen tus rebaños de alas,
paciendo flores en todas las colinas.

Busca ahora el traficante rumor
de las ocultas colmenas,
y no te detengan, la esmeralda traidora de los pantanos,
ni la fiera.

ni el boa.
Oyes? Cantan los viejos troncos.
Los tallos musicales
como los tubos de los órganos de las iglesias,
llaman para las misas de la miel.

Rompe la corteza del árbol,
y roba el zumo de las basílicas herméticas,

los altares,
y las criptas góticas de azúcar.

Mira:
ya la fuga de la pesada abeja
en el espinillo de oro te extiende un hilo sutil
para que la sigas.

La sed la obligó a salir
de su gruta la lamparillas rubias a millares
y ella busca enloquecida los cauces.
Síguela!

Síguela, jinete,
por las breñas, hacia más adentro de la selva.
El agua del cauce a tu sed se presenta imponente.

UN RÍO DE AMÉRICA

Un río.

Un río de América se descubre
con su viajar seguro.

Las márgenes,
apenas visibles una de otra,
con las manos de las palmeras abiertas y en lo alto,
se hacen las señas convenidas.

Sobre el borde del río
ata el potro, y acuéstate en la arena.
Sueña con las islas varadas.

Descansa.

O empieza, si quieres, a viajar de nuevo.

Mira cómo el arenal,
colmena inmóvil durante el día,
circunda y arrastra tu cuerpo con él,

y se arroja de pronto,
a viajar,
con el cielo puro de la noche,
por las aguas, diversificándose,
río abajo,
en dos, tres, cien enjambres
migratorios, de cósmicas avispas.

CONOCIMIENTO DE LO QUE EXISTE

I

¿Sabes quién he de ser siempre el peligroso explorador
de soledades, y ha de navegar
por los archipiélagos sin término,
mirando el contorno de las islas,
del conocimiento,
sin penetrar en ellas,
y sí vagar en sus playas, lentas de rosadas colinas,
como los flancos de un cuerpo de mujer?
No a la manera de un puerto feliz
que atrae a los rápidos navíos hechizados hacia las dársenas,
e imita así la ciencia del fakir congregando a sus reptiles,
al son de imperceptibles silbidos,
no a la manera de ese puerto feliz,
su noble corazón es,
sino más bien como una desnuda bahía aparece,
y con brillo de engaños y de imanes,
desorienta las brújulas más firmes.

¿Por qué, si animado está de un sublime impulso
para confirmar conquistas,
lo veréis detenerse ante el umbral de cada aventura?

La gloria...

Dijérase que ya empieza para él la jornada.
que su destino anuncia un clamor de cúpulas y clarines,
cuando retorna,

 y de nuevo prosigue hacia diestra o siniestra,
sin coronar el sueño acariciado.

II

Sin el veneno de los filtros de coral
pero sí portadora de la más vieja sabiduría
del hombre,

 mis ojos acechan
 treparse en mí, una sombra
con movimientos espirales.

Por la pirámide más firme
la columna asciende,
el ondulante río de los blanquísimos nervios
de espuma y conocimiento
insobornable serpiente!

EMIGRACION SIN GLORIA

¿Sabes quien
 ha de ser
 el no conforme
con todo lo que existe?
Sin la utilidad mínima
 de una brizna de hierba

 en el pico de un pájaro,
e incapaz de crearse un mundo adecuado a su jerarquía,
 yo lo he visto
dar vueltas alrededor de las islas
 de la ambición y de la muerte.

Y, acallando la música con que la coral de los átomos,
hace latir la membrana azulosa de sus sienas,
sin deseos de andar más su destino,
Y sordo a todo llamado de limos o de lo alto,
mientras anima un poco de polvo con sus lágrimas,
 y crea así algunas formas,
 que parecen de nieblas

—Me susurra al oído:

—Yo quisiera irme para siempre...

—Irme, sí, pero sin dejar resplandor
 ni memoria,

en ninguna otra humana memoria!..

ESPECTÁCULO DE UNA TARDE DE OTOÑO

I

Domadores de potros he vuelto a ver;
jóvenes aindiados y mulatos con sublimes estatuarias.

Los ví descender de los autos
entre un séquito de mujeres y de joyas,
y en la pista oval marginada por la multitud,
animales jinetearon
dispersándolos junto con las hojas del otoño.

Finos autos con espejos vagabundos,
espectáculos de imágenes y errantes pensamientos.

II

Si en algún estado anterior, con fuerza adiestramos
instintos,
y con gracia escamoteamos ascuas del fuego
para que se extinguieran,
y destruimos juguetes o almas para poseerlos mejor,
bien hacen estos domadores de potros
en robarles la vida y la libertad a las bestias del campo,
que, desde hoy, no serán más que obedientes sombras.

Una yegua salvaje,
saltaba y quería librarse del domador
como una idea genial
de un sistema religioso o metafísico,
quiere emanciparse,
e intenta volverse al cosmos primitivo,
de donde fue atraída con la erin turbia de nieblas.

Jinetes, atléticos como domadores griegos,
se confundían con sus ayudantes,
fumando cigarrillos de tabaco inglés.

De pie sobre los estribos,
saludaban, y al galope,
vinieron a hacerme pensar en la esclavitud
y en los músculos doblados por el eslabón prometeico.

Fiesta...

Pero con un vino trágico,
la doma de potros siguió bajo el sol del Otoño.

III

Cuatro potros blancos,
de largas crines al viento,
alas inútiles afirmadas en la ira de espumas del cuello,
como larvas de ángeles bastardos,
con pretensión de escalar el cielo
dirigían los saltos últimos.

Un potro color de nubes de tormenta,
era una salamandra calcinada
que, al extinguirse al margen de las llamas de la tarde,
con habilidad pasmosa encorvaba su cuerpo de cenizas.

IV

Sobre el campo de la doma
trazó un diáfano avión en el crepúsculo,
su aérea diagonal, cauda de oro.

Era en la sonrisa de la luz,
el venablo encendido de un mundo nuevo,
iluminando un naufragio de árboles, de hombres y de bestias.

Un domador, entonces,
creyó llegada la hora de firmar,
con la trayectoria de su galope,
la orden de muerte para toda una leyenda
de pampas y de guerras,
perjudiciales mentiras.

RETORNO Y LAMENTO DEL JOVEN

¡Noches junto a las piedras de los ríos!
De espaldas, sobre el campo,

como en sueños,
hacía yo girar el velo de la bóveda nocturna,
tal como un rollo de pianola muy bien impreso,
con sus agujerillos dorados,
que uno deja deslizar,
con el afán de oír,
no sé que músicas sublimes.

Días bellos de mi cuerpo en molde de indígenas.
El acecho de los barcos pequeños
en los cauces de los ríos.
Fuí el apto, entonces,
para realizar los abordajes fantásticos,
recurriendo a los matreros,
que en la playa nocturna del yo sin cadenas,
afilaban sus lanzas y encendían antorchas.

Algún día serán mías,
las riquezas que perdí por ese tiempo.
los lingotes de oro de los caciques modelos.
las minas aéreas de los árboles sin raíz ni tronco,
los reflejos de luna sobre el agua,
que escapan de las sombras de los sauces, como larvas
de un fruto.

Las riquezas todas,
y aquellas que me traerán las bandadas de días,
mis blancas aves migratorias,
que vendrán a poblar de canas mi cabeza.

A pesar
de que es sabido muy bien,
que el mal destino de los poetas,
sólo les permite gozar en esos naufragios,
del alegre espectáculo de las espumas.

Las concéntricas colinas de las derrotas,
que tales y otros tesoros levantan al ser arrojados
en estuarios americanos.

¡Porque todo murió allí en la niñez!

¡Para siempre,
asaltos difíciles en la sombra,
estancias, caudillos y sierras azules,
yo os dejo caer con estas imágenes mías,
en hondísimas lagunas gauchas,
con aguas lavadoras de estrellas,
mientras mis ojos,
han de lamentaros siempre,
oh mis tesoros eternos
perdidos en los instantes!

NO SABER MÁS

Estampas mentales y lámparas por extinguirse,
mis ojos están fatigados de ser.

—No saber más!

Contemplar panoramas.
Una atmósfera glacial ensombrece los cristales,
para secuestrar la luz
de la estrella que se anunció en los sueños,
y descomponer su traje traslúcido,
en arco iris,
o aureolas de humo azulado,
enhebradas en campanarios,
luminosas cabezas de santos.

No oír más música.

Deicidas con espadones tintos en sangre,
galopan, después del crimen,
perseguidos por la celeste pupila,
y con llamas que gotean
desde las células de sus ojos muertos,
alumbran el ceremonial maniqueo de sus desdichas.

—No saber más.—

Construiré en la primera oportunidad,
una torre de marfil,
más inaccesible que las anteriores.
No la deseo oscilante como el tallo de las palmas
o el cuello de los cisnes,
sino más bien rígida,
como un horadacielos o un transatlántico.

Templo con sus columnas salomónicas,
o rizos de cabelleras rubias retorcidas en espiral,
una catedral de nieblas sobre la mañana de los esteros.
un faro giratorio,
sobre el eje de un trompo
que no se detiene nunca!

—No saber más!

HACIA OTRA TORRE DE MARFIL

Tomaré mi arco
nombrador de los días que mueren

e iré a fijar la ubicación
de aquel banco de arena
que en el mar de los recuerdos,
hizo antaño

anclar las naves...

Naves y naves,

repletas de presidentes mulatos de América del Sur,
emigrantes, como dioses,

por excesos de dineros, estatuas y batallas.

Un David, yo era.

Feliz,

no pude anotar la fuga de los días,
porque en mi memoria,

las orillas marchaban

al mismo tiempo que el río.

Sí, un David.

Vástago desnudo,

profesor de las hondas, las arpas y los cánticos.

Músico de los postes telefónicos,
verticales avisperos de sonidos,
remolcador de tímpanos

flotantes sobre el anca de un potro blanco,
arador de surcos perfectos,
como la sombra de un ejército de lanzas.

Voy a confesar,

que mis ojos están fatigados de ser.

Estampas mentales y lámparas por extinguirse...

Ha llegado el instante en que debo construir
una torre de marfil, más inaccesible que las anteriores.

Y en lo alto de ella,
turbia hoguera levantar
con aquello que se opone a mi destino.

PEDIDO DE PERDURACIÓN

I

Si en la selva,
errando pude ir,
mas no perdido,
donde todos se extraviaron,
hacia otros ángeles,
buscando entre ellos tus alas de luz
y las transparencias de tu frente nívea.
Ya no era, sin embargo, el que soñaste fuerte y guerrero,
sino su sombra.

O mejor, tu sombra misma,
elástica como la mutación de una pantera,
y con ansias de retornar a cada instante,
a la gran sombra del drama nocturno,
para no ser más,
para no ser más...

II

Búscame siempre en los valles.
Donde las montañas se miran
empinándose oblicuas en los lagos,
donde las nieblas ordenan las almas y las cumbres.
Búscame siempre en los valles,
cerca de los torrentes,

y nunca, jamás a las cimas altísimas,
dirijas las miradas para verme,
pues demasiado débil y desvaído mi cuerpo es,
para soportar el alejamiento de tu cuerpo.

La batalla hízome alejar de tí.

La batalla
en la cual fuí el paladín cruel y triunfal
y el confiado paladín que muere—.

III

Los rocíos mojáronme frente y labios,
y al lado de tu cuerpo sonrosado,
por el campo de las derrotas
volví, para renacer y caer de nuevo,
como el guerrero sol,
en cada límite del día gusta hacerlo.

Nunca me llames desde las cumbres nevadas,
y déjame que huya y flote ante tus pasos.
Rondando estaré junto con la llama que te guía,
y el silencio que te escuda.

IV

Acógeme siempre entre las nieblas cercanas,
no seas mi destructora luz,
ni el desgarrador espadón de estrella errante
que ilumina de súbito en la noche
y mata el consorcio íntimo de mis sombras.
No seas mi destructora luz.

Ni como el resplandor místico!
El resplandor de los cielos.

Aquel que precede
el descenso de los arcángeles,
como lanza de fuego en vanguardias de premura.

LA LUZ MÍSTICA

Oh aquella otra luz de los profetas!
La luz que, al herir las altas peñas del monte,
de día, convertíalas en hilos de fáciles aguas,
pero de noche,
 hacía de ellas agrietadas frentes,
tocadas por el Verbo y bien bruñidas!

Aún hoy las peñas de los montes bíblicos,
iluminadas están por el rayo de las otras frentes
de profetas llenos de genio,
que, si en algún milenio
parecieron dormidos o muertos,
en verdad, desde remotísimos siglos,
inmortales relámpagos que enceguecen irradian!

Yo no querría para mí
ese destino gigante jamás, amor mío.

No, las destructoras lumbres,
ni los místicos resplandores,
si en la selva, donde tantos se extraviaron,
me vuelves a encontrar,
buscando tus alas.

Tus alas de luz,
que, por las claridades en que nadan,

tienen que ser,
fatalmente invisibles para todos!

DOLOR

I

Esta es una ciudad cantábrica
en la costa nórdica de España.

Aquí yo me encuentro muy solo!
Solo y en tierras de mis antepasados,
los vascos!

Hay un recuerdo horrible
 que sube en mí:
hace pocos días que murió mi padre,
allá lejos!

 ¡Tan lejos!
Me llegó un inalámbrico mensaje
que decía: “¡Ha muerto!”

II

El último español de estos Oribe,
que tomaron su nombre del oficio
de orífices,
entre la sabia grey del Medioevo.

Orfebrerías. Catedral de Burgos!
Llenaron las ojivas con sus lámparas

por muchos siglos.

Luego: la Conquista de América
Y por la espada y por el oro de Indias
olvidaron antífonas y cálices.

III

Pero hoy...

Ah, ese mar que veo, desde los murallones...
El mar de las conquistas vascas,
el mar que Él surcó al emigrar.

El camino abierto sólo a la audacia y a la muerte!
¡Cómo me hace llorar!

IV

El cielo está límpido,
y como una bandeja cargada de joyas
se inclina a derramarse en el agua.

¡Quién pudiera darse ahora mismo;
darse todo al oleaje acogedor!...
Está en mí el impulso
explorador de los marinos éuscaros,
pero dormido...

Oigo tu voz, océano!

La misma voz
hacia la cual se adelantó mi padre,
cuando la oyó resonar aquí,
solo, como yo, en estos murallones.
Él tenía, catorce años.
Y se fue tras ella corriendo y cantando...

¡Ah, yo, sin embargo, vacilo,
he de vacilar siempre!

Hoy llegó un inalámbrico mensaje
que decía: "Ha muerto"

Canto Nocturno después de una Batalla

I

Hoy vencí en la batalla de Arroyo Grande.
Afirmo que fue la más importante para mí,
de las batallas en que intervine.
Diez generales con sus amplios ejércitos
y más de cien capitanes o caudillos, combatieron
bajo mis órdenes o contra ellas,
y miles de enemigos fugaron ante mí
o perecieron.
El plan del triunfo lo concebí, lo ejecuté,
y gocé en él,
purpúreo brebaje, tan diabólico como amargo. (1)
Pero aun estoy en los esteros de Entre—Ríos.
Regresaré luego a mi patria, después de cinco años,
desde el día

en que me despojaron por la fuerza
de la Presidencia de mi país.

Ah! Yo la cumplía con orden, orgullo,
honradez y honor.

En estos cinco años
gané más de veinte combates y batallas
en la Argentina del centro o del norte.
Toqué la nieve de los Andes con mi frente,
llegué a los contrafuertes y los páramos del Alto Perú,
y corté a nado los más tumultuosos estuarios,
y desiertos crucé en esa marcha.

Derroté a los más lúcidos generales
de la Independencia,
y les impuse círculo de hierro.
Vencí a los héroes más ilustres y valientes
a quienes en secreto amaba,
muchas veces más que a mis compañeros de armas.

II

Porque yo fuí el aliado de un monstruoso déspota,
a quien vi sólo una vez.

Pero él me dió la herramienta
para vengarme: sus ejércitos de réprobos
a quienes impuse disciplinas romanas.
Una sola vez lo vi y lo medí; ya no lo veré más.
Es pérfido, hábil, cruel.

Sin embargo fuí su aliado y me serví de él
como quien se apoya en un peñasco cortante,
durante una tormenta.

Hasta engrandecí su poderío
entregándole una Argentina
libre de enemigos y erizada de horrores.

III

¿Los enemigos que yo vencía? Eran mis iguales.
Los amaba y lloraba por ellos después de las batallas.

Sus espadas estaban forjadas como la mía,
y sin embargo debí vencerlos.
Una noche acaricié la limpia frente de Avellaneda.
La hermosa cabeza de Lavalle que en vano quise apresar,
mereció ser banquete de los cóndores,
más bien que trofeo de Rosas.

Montoneras repugnantes,
fanáticos sanguinarios,
desposeídos hallados entre lo más vil del gauchaje,
fueron mis subordinados.

Yo me había educado en el culto de Dios,
de la hidalguía,
del honor y el saber
y la libertad.

Estuve más de treinta años así.
Aun muy joven,
desde el Cerrito hasta el gesto de Ituzaingó,
me lucí en la compañía
más deslumbrante de los capitanes.

Yo contribuí con ellos a derrotar a dos imperios,
el de mis antepasados y el del Brasil.
Así alterné con la más nombrada prosapia
de los libertadores argentinos.

Fuí también en mi patria,
el cerebro y el brazo,
cuando el desembarco en la Agraciada, el año 25,
como todos saben.

IV

Pero mis adictos compañeros de armas
un día se aliaron
con los que se rebelaron contra mi,
en mi Presidencia,

y ayudaron a los miserables
que me quitaron

mi autoridad, mis honores y mi patria.

Enceguecí ¿cómo pudo ser?

Y ví acrecentar mi soberbia en la vorágine
de las guerras civiles.

Juré vengarme y lo hice.

Pero para ello tuve que adherirme
al destino

del turbio paladín de los ojos celestes,
que ofrecióme alianza.

¿Me lo perdonaré algún día?

V

Hace cuatro años que comando los ejércitos
argentinos de Rosas

Con ellos me adorné con una luz siniestra
y fui mucho más cruel que justo.

No obstante, al adaptarme con asco a sus métodos,

hice con mis enemigos

lo mismo que mis antepasados

de los montes eúskaros hicieron con los moros
e infieles de España.

Por ello fueron,

los de mi sangre, honrados con títulos,
obispos,

alabanzas y noblezas y altares.

Yo resucité el atroz celtíbero, el halcón medieval,
el adusto despojado que retorna
ciego de vencer.

¿Cuándo y por qué la belleza
de la venganza

surgió como una serpiente del antro de mis méritos?

VI

Pero ahora todo cambia.

Hoy vencí en la batalla de Arroyo Grande.

El país pertenéceme, pues el filo de mi espada
es irrefutable como mi derecho.

“No obstante, me lamento y lloro. (2).

*“Mi vida ha sido una continua lucha
de gigantes; nunca he visto en mí
nada más que un ser obligado a sacrificarlo todo
por un principio:*

*el de conservar la libertad de mi país,
fuera de los ataques de un poder gigantesco”.*

“Este deseo llevó al colmo mis angustias.

Triunfé un día con mi espada

y la de los valientes del año 25,

*y creí obtener un triunfo que era el triunfo
de la verdadera independencia de mi nación”.*

“Pero de repente

*me envolvió en sus redes la perfidia
de un amigo poderoso,*

Juan Manuel de Rosas”

“Caí en la desesperación, luché con delirio,

y me venció la fatalidad,

dándome por término la burla y el engaño”.

VII

Hoy gané la batalla de Arroyo Grande,
y arrojé este pean de angustia y gloria
bajo las estrellas.

Invadiré el Uruguay dentro de unos días.
El país es mío.

En adelante no veré jamás
a Rosas. O le escupiré mi desprecio. (3).
Hace cinco años que me arranqué del pecho
la insignia presidencial

y la arrojé al Plata

en un ocaso tempestuoso.

Mañana espero recoger la banda celeste y blanca,
con un sol de oro,

límpida, brillante,

al cruzar el río epónimo,

Me la devuelven las aguas,

entre sus espumas, con una larga sonrisa.

VIII

Iré despacio. Meditaré, aclararé mi mente
hasta hoy ofuscada.

No sitiare a Montevideo aún. Llegaré allí
dentro de dos o tres meses.

Puedo ir ahora

y en un aletazo de cóndor, echar al mar o al fuego
a los mercenarios,

También a los franceses, italianos, ingleses,
argentinos,

y a los pocos orientales
que están allí.

Pero no. Esperaré. Pasarán los años.
Es mejor así.

Sitiaré la ciudad todo el tiempo necesario
para cumplir los planes que medito.

No entraré, porque si ocupo Montevideo

me convertiría en vasallo de Rosas,

caería en sus argucias énicas

y me aplastaría con el poderío que yo le dí.

Lo demás se sabe: el Uruguay pasaría a ser
una provincia argentina?

IX

Empezaré ahora en secreto una cauta batalla
de gigantes.

¿Y si me rebelara contra el déspota
y lo arrojara de Buenos Aires?

¿Estos audaces pensamientos son hijos

del tiempo, la noche o el orgullo?

Pero no. Tengo que defender a mi país,
simulando la guerra para dominar

una ciudad amurallada

que no doblegaré nunca.

Si así conviene, prolongaré la contienda
por diez años.

Podría apresar ahora la enhiesta ciudadela.

Dejaré que el manco Paz la torne inexpugnable.

¿Quiénes la defienden ahora?

Si doy una orden,

corren mis cabalgaduras y mis lanzas

y entrarían en Montevideo antes de una semana.

Allí reinan la confusión, el miedo, el caos.

¿Por qué me detengo?

Dentro de dos meses llegaré al Cerrito
e iniciaré un asedio que podrá durar años.

Rosas no es eterno como este río que contemplo.
Es de barro y carne como yo,
y como estos miles de muertos y vivos
que a mi lado yacen.

X

Otórqueme Dios energía y astucia
para esta jornada tremenda que anuncio,
para esta retórica de águilas y víboras,
proclamas y tratados.
Con ella lucharé sin pausa contra la influencia
de Rosas,
a quien desprecio y odio,
a quien ya nunca volveré a temer
como cuando combatía, al frente de sus capitanes insolentes.
También lucharé contra los que están fortificando
Montevideo,
también contra los imperios que intentan,
desde hace tres siglos, recuperar
y avasallar y explotar estas tierras.
Portugal y España. Inglaterra y Francia.

XI

Hoy vencí en Arroyo Grande.
Junto a los últimos fogones descansan mis soldados.
¿Por qué lloro bajo los astros?
Cien veces, después de una batalla,
contemplé en el cielo nocturno

las indiferentes hogueras de esos otros
ignorados ejércitos.

Retorno a mi patria coronado de números guerreros;
fingen eternidades.

Soy como el patricio latino Coriolano.

¿Cuál? ¿El de Tito Livio o el de Shakespeare
que leí de joven?

¿Quién maneja esta trama tan brillante?

¿El hombre sólo es libre para terminar siendo
lo que nunca pensó ser?

El absurdo me muerde,
y sólo yo puedo fijar el límite entre lo valioso
y lo sacrílego.

Esta batalla es un principio
de algo muy diferente que deberá ocurrir
en adelante.

Deberé ensayar la doble máscara
en dos proscenios antagónicos:
la enorme historia y la conciencia íntima.

XII

Desde el Cerrito,
miraré los baluartes. ¡Ah, las torres doradas
de la plaza fuerte
donde se deslizaron mi infancia feliz
y mi apogeo!
Acariciándolas con los ojos,
y con mi voluntad de verlas libres y diáfanas,
algún día.
A mis espaldas estará todo el territorio
de mi patria.
Instalaré un gobierno propio.

Y así, en este trágico y dialéctico simulacro, en esta dualidad dramática de atrida, confundiré a los tiempos y los hombres. Desorientaré al déspotá de Buenos Aires, fatuo y engreído, que nunca estuvo en un campo de batalla. Contendré a los colonizadores y mercaderes y salvaré el destino de estos ubérrimos prados que los rapaces imperios sin cesar codician.

XIII

Pido ayuda de Dios para mi brazo.
Cumpliré el plan que esta noche americana elabora en mi inteligencia
 como última clave justificatoria.
 Este industrial enigma
que sólo un poeta de mi estirpe
 revelará a la claridad del tiempo futuro
en un cántico, algún día. (4).
Así sea. Las últimas estrellas se espejan y borran en el río.
¿La aurora? Es sólo un resplandor. Ya cumple.

NOTAS

I. Parte

- (1) La batalla de Arroyo Grande tuvo lugar el 6 de diciembre de 1842. Después de ella, Oribe pudo cruzar el Río Uruguay y rápidamente ocupar Montevideo en menos de diez días. La ciudad se hallaba indefensa y a disposición del invasor. Sin embargo, aquel demoró dos meses en presentarse con su ejército en el Cerrito. Nunca se explicó el por qué de esa demora, que dió tiempo a las autoridades locales para construir defensas y prepararse con el fin de resistir un largo asedio.

VI. Parte

- (2) Aquí se reproduce casi textualmente una confesión de Oribe, que ha originado muchos comentarios, en una carta íntima dirigida al señor Tristany, y que se publicó en el opúsculo de Don Agustín Villagrán sobre el héroe (1911). Está en la Biblioteca Nacional y perteneció al legado del doctor Luis Melián Lafinur.

VII. Parte

- (3) ¿El altivo Oribe se entrevistó con Rosas una sola vez?. Nadie menciona los detalles de como el tirano de Buenos Aires entregó el comando de todos sus ejércitos a un presidente extranjero depuesto, llegado casi fugitivo a la Argentina, y confió en sus aptitudes para vencer la fuerte coalición del Norte, respaldada por los más notables militares de la independencia y por prestigiosos gobernadores y civiles. Durante la campaña militar en las provincias del norte y después de Arroyo Grande, durante los diez años del sitio de Montevideo, no se conoce mención de ninguna entrevista de Oribe con Rosas. ¿Cómo explicar estos hechos?.

XIII. Parte

- (4) La Guerra Grande finalizó en el año 1851, por los Tratados del 8 de Octubre, después del Pronunciamiento de Urquiza. En esos tratados se estipuló la célebre declaración de que al terminar las hostilidades, "no habrían vencidos ni vencedores". Después del batallar, Urquiza y Oribe se guardaron una recíproca y activa consideración personal.

Artigas y el Astro

PROLOGO

He elegido como iniciación de este poema el momento en que José Artigas decide entregarse al dictador del Paraguay con el fin de cubrirse el rostro, nebuloso y trágico, con la tiniebla del destierro voluntario, el olvido y el renunciamiento total. Creo que en ese instante desaparecen las discutibles determinaciones históricas en él y sólo sobreviven, como un haz de impulsos de perduración en sentido de la incoercible posteridad, sus evidencias esenciales de Hombre. Es la transfiguración más objetiva de su realidad histórica, entonces y por muchos años, problemática y conflictual, en América. En concordancia con las direcciones actuales más centradas del arte y la filosofía, lo que más preocupa, excita e imanta al espíritu humano contemporáneo es el hombre, en su plenitud individual o en el significado de su universalidad. El destierro de Artigas, mezcla de instinto selvático, orgullo moral y experiencia metafísica, agrega a su persona una adversidad de tragedia antigua y al mismo tiempo la corona con una resplandeciente sustancia humana. Es el hombre intemporal que clausura sus posibilidades al borde de un foso insondable. Es el hombre que no debe volver como guerrero vengador, caudillo o suscitador de ideas revolucionarias, el hombre que está fatalizado en el sentido de no volver jamás a su ámbito vital, para ser así íntegramente hombre y reaparecer en los tiempos futuros como una emanación de la grandeza póstuma del pensamiento y de la angustia creadora. Para el acto poético supremo, la fisonomía del protagonista desde allí en adelante se emancipa de los módulos heroicos de sus tierras, de su raza y de la historia, precisamente por ese destierro de treinta años con que Artigas socavó la estructura de su vida concreta. En eso es único Artigas, y por ella, dicha circunstancia se convierte en la motivación intrínseca del cántico.

I

LA GIGANTE SOMBRA

En el crepúsculo
de un día de Setiembre de 1820,
Artigas desde un acantilado,
sobre el silencioso estuario
que era el límite entonces
[de sus comarcas y de la luz de su espíritu,
de espaldas hacia el sol que se ocultaba,
miró hacia lo desconocido.

La selva, a sus pies,
se extendía como una sepultura inmensa,
confundiéndose en todos sus contornos
con la gigante sombra
que proyectaba el cuerpo
del derrotado.

Más tarde, vió emigrar bandadas de
grandes aves luctuosas,
y allá en la media noche,
entre nubes de tormenta descubrió al fin
un astro,
fijo,
solitario,
hermético,
que brilló sobre un trozo del cielo
por largo rato.

II

LAS COSAS SON ORÁCULOS

Era lo único que se veía en el mundo.
La soledad de aquel astro
se abrió con su lanza una luz vaticinante
en la frente de Artigas,
y le hizo comprender el último acto sublime
que habría que cumplir.

Para el que sabe interpretar,
la visión de su sombra caída
como si fuera el propio cuerpo
cuajado de tinieblas,
el vuelo de unos pájaros hacia la noche,
y el brillo de una sola estrella,
son oráculos.

III

Y DÉJOLE EL ASTRO:

“No vuelvas al sitio en donde están aún los hombres”.
“Húndete, para siempre, en el silencio de las selvas”.
“Has sido el Libertador,
el Civilizador,
el Legislador,
el más rebelde conductor de estos pueblos,

el guerrero, el demócrata por excelencia
de todas estas comarcas”.

“No vuelvas. Volverás siempre”.

“¿Qué más puedes esperar ahora?”

“Con el barro del esclavo nos hiciste la joya del Hombre”.

“Estás solo frente al universo,
en la miseria,

inerte como en el día en que naciste,
derrotado pero indómito
frente a un inmenso río
de América”.

“Si vuelves ahora, será para hacer correr la sangre
a torrentes. La sangre de tus hermanos”.

“Una muralla cíclica, de intereses,
de ejércitos,

de implacables enemigos,
se levanta entre tú y el pasado”.

“No vuelvas. Volverás siempre”.

IV

LAS FUENTES, ANTIGUAS NORMAS

“Buenos Aires, Montevideo, Río de Janeiro,
por la voz de sus gobernantes, te rechazan”.

“Portugal, España, las Provincias Unidas,
las poderosas comunidades,

reaccionando,
te aplastarán con todo su poder”.

“No vuelvas. Volverás siempre”.

“A pesar de sus diferencias, se agruparán
para perderte”.

“Ellas constituyen las antiguas normas,
el privilegio, el pasado, la ley muerta,
la conformidad, la tiranía,
la diplomacia hábilmente tejida por el sofisma,
las ciegas inercias
al servicio de las conveniencias impuras”.

“No podrás con ellos”.

“Eres todo de la Libertad,

“Si vuelves ahora, será para hacer correr la sangre
a torrentes. La sangre de tus hermanos”.

“Una muralla cíclica, de intereses,
de ejércitos,

de implacables enemigos,
se levanta entre tú y el pasado”.

“No vuelvas. Volverás siempre”.

V

EL SILENCIO DE BRONCE

“Resígnate a no ser nada más que una cosa que vive”.

“Tú, que todo lo has tenido,
renuncia a toda entreluz de lo posible”.

“Entrégate al silencio de los desiertos y selvas
y renacerás maduro para el silencio de los broncees”.

“Confíate, dócil como cuando fuiste bautizado,
a esa experiencia suprema,
y trata de comprobar si estás constituido
por la sustancia trágica

de los grandes”.

“Sólo así vencerás a tus enemigos: en el Tiempo”.

“Una flexible muralla vegetal,
más resistente que todas las antiguas,
clausurará la indeterminación de tus actos”.

“Busca el último refugio de los titanes
y los santos. La absoluta soledad,
máscara del olvido
y de la muerte”.

“No vuelvas. Volverás siempre como hago yo”.

VI

EL FUEGO CALLADO

“Si haces esto, y te resignas a ser fuego callado,
los hombres de mañana verán en tu cabeza
algo de las aureolas deiformes,
y tus hechos de ayer y tus sufrimientos de hoy
se proyectarán, agigantados, en el futuro”.

“Pero es necesario antes que te resignes
a la humildad absoluta
que significa ese renunciamiento total”.

“Sólo así vencerás a tus enemigos en el tiempo
que se esconde detrás de las abluciones del hombre
en las tinieblas”.

“El Tiempo es la única torre que soporta
el torrencial fuego del héroe trágico”.

“No vuelvas. Volverás siempre como hago yo”.
— *Mírame. Si alumbro, es para enseñar que de la*
[inmortalidad se vuelve siempre.

EL JAGUAR HERIDO

Artigas atravesó las aguas del río Paraná
 por el claro de Itapúa,
 acompañado por algunos indios fieles.
 Trepó sobre el lomo desnudo de un potro
 y se arrojó al río.
 nadando así como una media legua
 en sentido de la corriente
 Fue a salir lejos, después de una hora,
 y en la orilla desconocida
 ya presente era la noche.
 Así había atravesado mil veces otros ríos.
 Era la última vez que lo hacía,
 porque este río era idéntico,
 a aquél otro, trasunto de la muerte,
 cuyas olas son años y siglos.

Sus enemigos
 al jaguar herido lo compararon,
 por buscar morir en silencio
 en lo más tenebroso de la selva.
 Puede ser que así sea.
 Allí soportó el destierro, la miseria,
 siempre el silencio,
 hasta que murió.
 Muy pocos atrevieron a ir a verlo,
 en la contradictoria ergástula de selvas, esbirros,
 y pantanos,

que le preparó un dictador enigmático
 como un lacayo del destino.

LOS CÍRCULOS SAGRADOS

Se entregó a un déspota
 para ir a vivir en la teologal pobreza,
 en adelante.
 Fue enterrado vivo en la soledad.
 Desmontó las tierras, tumbó los quebrachos con el hacha,
 construyó su propia casa,
 talló sus herramientas,
 se convirtió en labrador,
 indios le tejieron burdos ropajes,
 vivió en la intimidad de los míseros,
 y distribuyó los metales que le pasaban
 entre los más pobres que él.

Sembró su trigo, cortó las gavillas, amasó su pan.
 y lo vió dorarse bajo el calor del fuego.
 Arrojó semillas y migajas a los vientos
 y también a las aves,

tan numerosas como sus días.

Así durante treinta años.
 Las noches, tan macizas de estrellas como de olvidos,
 trazaron fronteras y círculos sagrados
 sobre los pensamientos del héroe,
 cuando ellos comenzaron a inclinarse
 [como pesadas espigas
 entre las ruedas,
 de la eternidad.

EL RELÁMPAGO INMOVILIZADO

Donde él iba,

iba la tormenta de las grandes ideas
y de los odios. Como el polvo que levantaba
la serpiente de sus caballerías,
a su paso se elevaban también
obstruyéndole la marcha,
nublándole los ojos,
la tempestad y la impostura de los mitos
oscuros y opacos.

Nacido para combatir de igual a igual con los titanes,
sufrió la afrenta de ser humillado
por los ínfimos.

Después de haber contenido la furia de los hombres,
de los imperios,

elementos, ideas muertas, batallas,
supo inmovilizar en si mismo el relámpago
que va del pensamiento a la palabra y el brazo.
El silencio de su crepúsculo se petrifica en los tiempos,
y es tan grandioso para nosotros como el de Prometeo
en los preludios de la tragedia esquiliana.

En él se mantuvo inflexible,
bajo un clima de fuego y oprobio
que quiere sumergir en la identidad

del invierno y del verano,
la sed infinita de tránsitos que el alma
del grande prohija.

LA ANTORCHA DE ARCILLA

Sus pensamientos son los pájaros salvajes
del árbol de los siglos.
Un día dejó dicho: "*La libertad de América
forma mi sistema y plantearla es mi único anhelo*".

Pero a sabiendas de que, así como el Pensamiento
verdadero es el pensamiento de algo o de alguien.
la Libertad también, es la trágica libertad
de algo o de alguien, individuo o pueblo.

Soportó bajo la duración de quinientas lunas
el suplicio mayor de los hombres de acción: la cruel mo-
[notonía

de lo cotidiano
desprovisto de acontecimientos.

Su mirada, agudizada para el mando
y el menor movimiento de las fieras
se dobló al fin,
extinguiéndose como una antorcha
enceguecida
por la arcilla.

LOS DORADOS ABISMOS

La fatalidad titánica del héroe,
arrojándose así al anonimato de la selva,

es idéntica al fracaso cósmico

de la conciencia del hombre
al caer poco a poco en el silencio último del tiempo.
La selva lo derrotará igual que el olvido,
en silencio y sin pausa.
Cada hoja será un instante sensible,
una verde larva en sus ojos renovándose,
alimentándose de él,
como los grises segundos se suceden,
y se nutren con los tesoros ocultos de la duración humana.
Artigas cayó lúcidamente en la grandeza de ese destierro
como sobre la aguda arista

de otro peñasco caucásico.
Allí lo rodearon los dorados abismos
que ocultan en sus urnas las genealogías de los efímeros,
y los minúsculos buitres de la atroz memoria
en la selva enervante,
los cuales devorarían durante treinta años anónimos
su lámpara pensante,
minuto a minuto,
su acto y su lengua.

XII

Y DIJOLE EL ASTRO, MUCHOS AÑOS MAS TARDE

“A pesar de las riquezas de tu voluntad de dominio
sólo eras una totalidad incumplida”.

“Al perdonar a tus enemigos,
te entregaste hasta morir
entre los elementos primarios y bárbaros
de América”.

“Desde ellos, tú te levantas
como un final equilibrio corpóreo y espiritual,
del mismo modo que en el puro orden físico
la Pampa,
y esos enormes ríos que te rodean,
y se enriquecerán para siempre,
con partículas de tu sangre y tus ojos”.

“El querer ser eterno,
constituye la dimensión más oculta
del héroe trágico”.

“La soledad fue para ti un gran afán de seguir
siendo siempre dueño de un alma
poderosamente inmóvil
como un resplandor de astro, fijo sobre un gran lago
de selva y tiempo sin contornos”.

“De pronto revelóse en ti esa adicional grandeza
que transformaría tu estilo de vida
y consagraría la necesidad histórica de este heroísimo último,
para resguardarte inmutable contra toda milenaria pérdida”.

—“*Mírame. Si alumbro, es para enseñar que de la
[inmortalidad se vuelve siempre]*”.

XIII

Y TERMINÓ EL ASTRO:

—“En este Continente,
el más firme esplendor
de una sucesión de comunidades libres,
se edificará en el futuro sobre tus huesos

únicamente revestidos por una túnica
de piel amarillenta”.

“Toda tragedia se convierte en mítica
y estética a la vez,

en el instante único en que el héroe
trascendentaliza en su entraña
la detención simbólica del Tiempo”.

“Treinta años de destierro constituyen
tu inmóvil instante único”.

“Entregándote al silencio de los desiertos y selvas,
renaciste maduro para el silencio de los bronce”.

“Allá bebiste, por miles de noches,
sin saciarte nunca,
licor mortal y eterno

en radiante copa de los astros que mirabas,
que era nocturna oprobiosa copa de exclusión y tiniebla
en tus manos”. ¡Ah, esa copa!,
ni los dioses soportan sus contactos

por tanto tiempo!”.

“Ella es la que de inmortalidad embriaga
al héroe trágico
aquí en la tierra,

mientras al hombre común lo arroja sin pausa al olvido”.

—“Mírame. Si alumbro, es para enseñar que de la
[inmortalidad se vuelve siempre”.

Icaro

EJEMPLO DE LIRISMO LOCAL

Poema en seis estrofas con comentarios musicales

I N D I C A C I O N E S

MÚSICA: *Antes de la recitación, mientras aparece
el coro, se inicia un Prólogo Musical.*

Entre estrofa y estrofa

breves Interludios Musicales.

*Al final de la última estrofa, un Exodo Musical,
acompañando la salida del coro.*

*Debe tenerse en cuenta, si se desea comprender el verdadero
sentido de este poema, que fue escrito para que su recitación
pudiera realizarse por conjuntos corales, tal como procedían
los griegos con el lirismo denominado de aparato. Se trata
aquí también, de expresar sentimientos colectivos, por inter-
medio de los coros, que se dispondrían en grupos definidos
frente al público, limitándose a recitar claramente, y en alta
voz natural, las diversas estrofas correlativas.*

*Las imágenes, brillantes, porque así deben impresionar, la
amplitud y el aliento entusiasta del poema, los extensos pe-
ríodos, con el riguroso ritmo de muchas frases, y la misma
métrica, que es libre en general, pues no conozco en caste-
llano, métrica que sea capaz de adaptarse con el fin de
cantar una hazaña de aviación, acontecimiento nuevo, o mi-
lagro, en la historia y en la poesía de los hombres, todo eso,
ha sido estructurado honda y delicadamente, con el propó-*

sito de resucitar, en lo posible, la poesía coral de Estesícoro y Píndaro. En la imposibilidad de pretender lograr hoy la reintegración de los primitivos elementos corales, musicales y plásticos, característicos de aquella poesía griega, en este Cántico de Aviación, por lo menos se tratará de que la recitación coral o personal, se mantenga entre los comentarios de la música, que se sucederán en forma de un prólogo, cinco interludios y un éxodo. Cuando el músico se compenetre con el poema, lo único que el creador se permitiría recomendarle sería que, para mantener la unidad del conjunto, el elemento musical debe estar íntimamente en armonía con el tono de los últimos versos recitados por el coro, continuándolos al final de cada estrofa. Se hará luego un silencio, y la voz humana proseguirá enseguida con la estrofa siguiente.

La métrica del canto, por momentos es libre o está vertebrada con períodos rítmicos y versos de medida clásica, según la inspiración de los temas o las imágenes así lo aconsejen. Esta libertad de la forma, se la permitían los mismos griegos, a pesar de su respeto por el orden y la simetría, sobre todo en el lirismo coral del ditirambo dionisiaco, en donde, muchas veces, no se exigía otra condición métrica, que la de las rapsodias del pueblo.

(Prólogo musical)

ESTROFA I

CORO:

Nos harás presenciar, poeta,
en el nuevo continente,

las fugas de aeroplanos.
Ya miden los motores la frente del cielo.

Los metales revelan conceptos sublimes
y equilibrios de geometrías flotantes.

Y anotan los triunfos
de las máquinas,
con musicales émbolos provistos de gracia
en inteligencia.

Paradigmas de armadas imágenes
que, desde la frente del hombre,
ascienden,

a reforzar
las antiguas falanjes
de los ángeles fieles.

Grisos hangares,
libertan al cielo racimos de aviones
de un solo color.

Mariposas útiles.

Con cargamentos van de mares a ciudades
y el polvo de oro adherido a las ruedas
resbala y cae en el vino de nuestra copa.

POETA: -

Aviadores,
veo avanzar por el lado del mar.
Las olas, contra las murallas,
levantan el busto hacia ellos.

Mis ojos no sostienen más esperanzas ciegas;
afirman.

Afirman la grandeza del hombre
y mis labios la cantan.

Nada más grande que cantarla ante la fuerza
y el júbilo,

que trae en sus vuelos divinos el día naciente:
superavión sonrosado,
de la única y solar hélice de oro,

redonda,
de tanto hacer girar
las paletas por el elástico éter.

CORO DE MUJERES:

Inclitas alas, contra la tierra, mutílanse hoy.
Las espaldas de los hombres,
ásperas están, de muñones como esponjas con sangre.
Sí.
Alas potentes,
abatidas por los vidrios sutiles del viento.

POETA:

Por el placer de destruir la hélice,
la muerte,
empieza a deshojar
esa margarita
de
mil radios.

CORO DE MUJERES:

Pero el hombre
levanta de nuevo la trágica flor,
la hace girar otra vez,
y con ella dibuja el halo de santidad,
que rodea la frente zenital
del avión en marcha.

O intercambios de héroes,
realizanse en las nubes.
enviamos paladines a lo alto,
y arcángeles retornan, con túnicas de fuego.

(Primer interludio musical)

ESTROFA II

CORO DE HOMBRES:

Anclas anudadas,
en rayos solares, ellos arrojan.
intentan asirlas en nuestras frentes.
Hasta llenar los campos
veréis paracaidistas como siembras
de flores
de almendro.

Grises aviones.
Dispersan al cielo,

racimos de copos
o plumas o pétalos,
de un solo color.

Inmensos aviones
estremecidas tinieblas!

Nocturnos reflectores,
oscilan en su flanco,
igual que espadones colgantes.

POETA:

Habrá que pedirle al cielo
la más ligera de sus antorchas,
para darle la luz a aquel candelabro,
que en las sombras
balancea
sus dos pequeños brazos apagados.

Yo sé de los pilotos que no vuelven
y buscan en vano,
un estribo de nubes.

Mas, también aseguro,
que he visto a la aurora, regresar
con la crucecita de un avión
pendiente
de los rosados collares del pecho.

CORO DE MUJERES:

Graba el diamante del cielo,
en la misma piedra azul,

la cruz de los aviones
y la gigante cruz de las catedrales,
Desvelados aeródromos de las plegarias.

(Segundo interludio musical)

ESTROFA III

POETA:

Falta aún quien les hable con amor,
congregándolos,
o los oiga,
como el seráfico a las cándidas aves.
San Francisco de Asís de los aviones.

El aviador y el santo,
igualmente,
flagélanse la carne y son ascetas.

Va a Dios, si vuela, el hombre,
igual que una plegaria de los músculos.

Tanto como el antiguo rezo,
que era el vuelo del ánima,
el vuelo de hoy,
flecha pensante,
es una idólatra oración de la actitud.

CORO:

Astrólogos científicos,
en blindadas torres, conciertan travesías.

Las rutas
son movimientos, cánticos y fórmulas.

POETA:

Con religiosos guarismos,
yo ví inscribirse los destinos del hombre,
en la mística ascensión,
de estas metálicas aves de alcurnia.

CORO:

Dios mío.
Dios mío.
Avión que cae.
Espada de fuego.
Espada que se ha desprendido
de la mano del Ángel,
y va a caer vencida,
en lo más difícil de la lucha con las tinieblas.

(Tercer interludio musical)

ESTROFA IV

POETA:

Mitos,
depositaron las olas
en nuestras playas,
desde las noches en que los hombres
colonizaron trópicos,

y en siembras de ciudades, repartieron
aparatos de maravilla
o energía de otras épocas.

Los vientos
dejaron en blanco sus páginas sin márgenes,
para otros poemas
que no fueran los pájaros.

La audacia,
prefirió la ciega confianza
de la tierra o el agua.
Pero jamás la libertad y la ligereza del aire.

CORO:

América del Sur,
recordad la limpidez de estos cielos!
La diafanidad esférica de los aires.

POETA:

Hoy,
en el nuevo continente,
puedo presagiar la enjambrazón venidera
de los aviones.

CORO DE HOMBRES:

Ya vienen,
por donde hace poco
planeaba la flecha,
y los pájaros,

imitaban el aaaaah!
de los guijarros de las hondas!

Grisés hangares,
libertan al cielo racimos de aviones
de varios colores.

CORO DE MUJERES:

Hidroplanos,
en las zonas ecuatoriales,
sabiamente rozan las cuerdas
de los arcoiris del trópico,
y despiertan músicas,
dignas de acompañar
al viejísimo armonium de las mareas.

Retornan del destierro,
noche a noche,
cargadas de cadenas,
otras constelaciones,
bajo el ojo avizor de los capitanes de ruta.

CORO DE HOMBRES:

En los raids de Africa al Brasil,
los hidroplanos vencen
las superficies atlánticas.
Sobre ellos descenden,
remolques en atmósferas de plata,
con finos cables de los plenilunios.

CORO DE MUJERES:

Los hombres
que más se arriesgan,
podrán decirnos
que piloto ejemplar dejó caer
la Cruz del Sur
desde tan alto,
desde tan alto,
y la mira
hundirse
en los mares,
invertida,
como un ancla!

(Cuarto interludio musical)

ESTROFA V

POETA:

Máquinas,
con el pecho liso y chato,
igual que aves marinas,
se orientan en los rumbos del aire,
para detenerse,
frente a las brigadas en fila de las grúas.

Turnos de las dársenas.

Río de Janeiro.

Montevideo.

Buenos Aires.

Con el índice en lo alto,
yo dibujaré esas trayectorias de mañana!

CORO DE HOMBRES:

Ya vienen,
paradignas de armadas imágenes
que desde la frente del hombre
ascienden,
a escoltar las antiguas falanges,
de los ángeles fieles.

Grises hangares,
libertad al cielo
racimos de aviones
de varios colores.

Rápidos husos,
devanadores de ecos,
y humo por los espacios!
Grandes mariposas fenicias.

CORO DE MUJERES:

No. Son aves sutiles,
se perfilan desde muy lejos,
y tan delicadas son,
como el humo azul,
que en las iglesias anuncian el rito,
y sólo se revela

en la franja de sol
del ventanal.
Sabén mantenerse intactas
en el seno de la tormenta y de la nieve.

POETA:

Conducen los tesoros de ciudad en ciudad.

Números pitagóricos con alas,
inspiradas abejas de acero,
avanzan,
buscando estambres
en los penachos de los hangares.

CORO DE HOMBRES:

Otro polen amonedado codician.
Las urbes las atraen
con dádivas de miel.
Allí,
en estratificados alvéolos de formas cúbicas,
la luz y el oro brillan...

CORO DE MUJERES:

Turnos de los palacios.
Buenos Aires.
Montevideo.
Río de Janeiro.

Resplandecientes,
en la dorada luz,
que por las cornisas llueve sin cesar,
los rascacielos.

Panales de las libras esterlinas.

CORO DE HOMBRES:

Turnos de esas torres
donde anidan aviones.
de noche, los torreones, heraldos
con máscaras de ásperos cementos
y luminosas letras,
girando, mágicas leyendas comerciales anuncian,
como actores trágicos antiguos
hieráticos sobre altos coturnos,
mandamientos
de dioses
trasmitían!

(Quinto interludio musical)

ESTROFA VI

POETA:

Yo soy el metafísico pasajero
del índice en lo alto.
Me veréis sembrando
en los canales de entrada de los antepuertos,
al caer la tarde,
una vía de boyas luminosas.

Con el fin de no extraviarme
en el laberinto de los retornos,

señales más señales,
son esas lámparas que dejo caer del corazón.

Después de esa siembra errante,
me detengo y la contemplo.

El polo sur,
renovando las piedras antiguas
de la cruz austral, dícame:
—Hazla girar sobre tu cabeza
con movimientos de honda.

CORO DE MUJERES:

El timonel de las constelaciones de otoño,
festeja el término
de los últimos raids latinos,
haciendo salpicar
los cielos y las aguas,
con una lluvia de estrellas fugaces.

POETA:

Enseñaré, si puedo,
poeta de este nuevo continente,

Como terminan por hoy
los juegos y los trabajos de los aviadores.

CORO:

Silencio del nuevo mundo.
Los aeroplanos
desaparecen en abanico.
Trazando la triangulación de los límites del cielo
Grisés hangares

libertan al cielo,
racimos de aviones
de varios colores.

POETA:

Icaro,
primer capitán aviador,
despréndese de mis músculos poco a poco.
y contagia su véritgo a las hélices.

SOLEMNE Y GRANDIOSO CORO FINAL:

El semidiós asciende rápidamente.
Vira hacia la repúblicas fraternas.
En el crepúsculo
distiende sus brazos,
mal encadenados de ascuas.

Nos saluda.
Adiós!
Tres veces, adiós!

La hoguera envolvente
que parece producir el roce de su cuerpo,
no lo calcina ya.
Y él se va, por fin, en ella.

Navegador, desnudo
en su propio elemento de llamas,
como en un océano!

(Exodo musical)

El Canto del Cuadrante

1938

LA FLOR DE LA EXISTENCIA

La vida
se revela
como un desajuste
del sueño.

Y nuestro cráneo actúa siempre,
y es un viejo e inmenso caracol marino.

Reclinado
de este rincón del universo,
roza la orilla y el abismo de lo natural,
que es su océano.

El océano que le trasmite,
entre habitual conjunto de visiones,
los más trágicos coros de la especie.

Nuestro afán ilusorio,
se complace en creer reales tan claros desatinos,
y la voz de una voluntad eterna
sube, fingiendo una ola, y también deja
en las arenas de nuestra razón,

esa pequeña flor de la existencia
que luego cae hecha sonrisa,
y viene a deshojarse en el vino
de los momentos...

VENDRÁN OTRAS ROSAS

Otoño. Pasan palomas,
orgullosas de sus vuelos
por los sostenidos aires.

Detrás de cada rosa
siempre hay un monedero falso.
Esas imágenes presumen de realidades
Esas ausencias se ufanan de presencias.

En la tierra
secan las rosas,
y las aguas no vuelven a mirarlas jamás
en los mismos espejos
del éter.

Otoño. No importa. Otras rosas vendrán.
El espíritu del orden físico
eternamente,
se abre y se despliega:
así hace con la cola el pavo real.

En ella
rosas grises llenas de inteligencia
han de volver.

EXPLICACIÓN

I

El universo

no hace más que explicarse,
como el gran culpable
de habernos

creado.

¿A quién?

¿Y para qué se explica?

Yo canto.

y afirmo.

Y observo el caer de las hojas.

En ellas el universo se canta a sí mismo
la poesía del eterno presente.

II

Otoño. Pasan palomas
en el crepúsculo.

La noche es.

Los guarismos se encienden,
aquí y allá.

¿Sois felices seres matemáticos?

¿Sois camellos de oro en el desierto infinito?

¿Sois las únicas palomas

que vuelan bien

en el vacío?

III

¿Un universo que se explica
por medio de los astros?
¿Un universo que se explica a si mismo
la inmortalidad
del mito
del eterno presente?

A UNAS JÓVENES FRENTES

Cae el año en luz
sobre las limpias frentes jóvenes
que transcurren delante de mí,
y se van...

Una vez más
las veo pasar; así, desde la torre,
se ven las aves.
Imprecisas formas,
donde la risa es el constante milagro,
miro estremecido su fuga,
y noto cuanto ellas van construyéndome,
sin saberlo.

Desde ha diez años,
siempre en lo alto,
miro pasar las nubes.
Hay algo mío que se va con ellas,
la soledad me dejan,
desde ha diez años.
El irse no es más que una llama que se llevan,

mientras olvidan una estatua en sombras.

El fluir de la inteligencia infinita,
cuyo plan les expuse día a día,
y cuya música es apenas una pausa
entre el canto y el llanto,
entre el ser y el perecer,
exige en las jóvenes que se alejan
el olvido de esta mente fatigada
que ya atisba,
a lo lejos,
entre los días,
las formas que fueron, son y serán,
las que resplandecen y se marchitarán,
las nuevas,
como éstas, que han de venir,
y que también han de irse,
no sin antes vertirme con su encanto innumerable,
mientras las domina un igual movimiento
al de las hojas,
de primavera a otoño,
e invierno,
en un árbol terrible y solitario!...

(Final de un curso de Filosofía. 1937).

MILAGRO DE EXISTIR

Caen los elementos de la belleza sobrenatural
en los sentidos;
caen esos licores espléndidos
del banquete de la vida.

Todos somos invitados felices:
la locura de los vinos,
y la exactitud de los frutos,
y las risas del universo,
celebran su unidad en cualquier átomo,
lo mismo que en nuestras miradas.

La luz se complace en matices
de mil esfumadas formas,
y las danzas de las jóvenes
recién venidas,
de todas partes,
por la prestancia de lo irracional,
revelan que las músicas creadas
por la imaginación,
no cesan
de proporcionarnos en lo íntimo del yo,
sus fingidos
elementos eternos!

OLA DE FORMAS

He aquí lo que se percibe.
Una ola de formas
que hacia la identidad
huyen.

Esto es un mar
Ola y ola se integran en lo idéntico.

Mi presencia
va distinguiendo las disonancias.

Y el yo se equipara a un sol que se extingue,
cubriéndose con una ceniza
que es su orgullo
y su destrucción.

Heme frente al fuego.
Me iluminan las llamas de una hoguera
que ha dejado de ser doméstica,
para ser la fuente
de un ser
meditativo.

Una ola de formas,
el mar,
el fuego,
las sombras...
Una sucesión de impresiones ligeras
y divinas.
Una serie de meditaciones encadenadas.
Piénsese en los números y sus juegos.

Un yo,
entre tanto, se muestra y se esconde,
y así asoma la cabeza de un nadador
en el mar.

A su lado,
todo cambia
Todo se halla desprovisto de sentido.

CISTERNA DEL TIEMPO

Era, en la luz,
un tiempo de rosales.

Era y no era una imagen en las aguas.

Era un tiempo sin retornos.
Era el joven que pisó la rosa
y cayó en el pozo del tiempo dormido.

Era el cielo que lo atraía allá abajo.
Era una cabellera sobre el agua.
Eran dos ojos que producían ondulaciones.
Era un silencio infinito en un metal de cisterna.
Era un olvido que descartaba estrellas.

Era, en el agua,
un tiempo nada más que de ecos.

Era un guerrero que pisó la rosa
y cayó en el pozo del tiempo dormido.

¿Era yo
o mi interlocutor invisible,
el que acababa de ahogarse
levantando, coma un signo,
las resonancias
de este universo abstracto,
entre los dedos?

No sé. Igual misterio existe,
en que este pozo se pueble de ahogados,
en que aquel campo se cubra de mariposas,
aquella lengua de palabras,
este ojo de formas sensibles,
esta gruta de ecos,
y este universo de instantes se vista.

Era, en la luz,
un tiempo de rosales.

ULTIMO PARAÍSO

Todos los seres
se nutren de claridad,
aun en el peor camino de los destierros.

Todos han de vestir
la túnica de lino.

Mira hacia atrás el hombre.
Y verá: tiempo y tiempo.
Una espada flamígera lo expulsa.
La primera mujer lo sigue
con la cabeza inclinada.
Ella ve como de sus pechos manan las tinieblas,
con que se alimentará
la humanidad futura.

No hay que llorar,
entre tanto.

Vendrán profetas.
Vendrán profetas de larguísimas barbas de luz,
y vírgenes de cabelleras de fuego,
y niños resplandecientes con ascuas en las manos,

y frutos mejores que los del pecado,
colgarán del árbol del cielo
todas las noches,
coronando el cuerpo del Dios que brilla en la cruz.

El hombre, después,
con su carga de tinieblas,
resplandecerá
luminoso,
por siglos y siglos.

La inteligencia,
el espíritu,
el perdón,
desde una cumbre de luz inmortal,
reinvindicarán para sí,
la gloria de ir tejiendo de nuevo,
poco a poco,
la infinita luz del primer paraíso,
hasta reconstruirla,
en su totalidad
y en su diafanidad. Amén.

ELEGÍA DE LA ALHAMBRA

I

LA FLOR MUERTA EN MI MANO

Patio de los arrayanes...
Oh, mira el agua verde!
El agua verde, con el cielo azul adentro,
granito prisionero
y cóncavo,
con láminas
y brocales de nubes y cobaltos.

— Mira: los arrayanes florecidos!
Una flor me alcanzaste,
y yo apreté en tu mano
la flor del arrayán, redonda y blanca.

Aquel,
era el gran patio
de los estanques y las ceremonias
sacras.
Fijé mi rostro pálido
y moreno, en las aguas y el espejo
líquido
devolvióme una estampa melancólica
de moro, en los destierros.

II

LA FLOR DEL ARRAYÁN

Ardía el sol
y nos daba la brisa
lejano aliento de nevadas sierras.
Todo el patio
armóse en fuegos y en aromas cálidos,
y a los bordes del agua,
lentos y perezosos, alargábanse
como si fueran dos mágicos gusanos verdes.
en una historia de encantamientos,
dos bosquecillos de arrayán en flor.

De pie, junto a las aguas
extendí, deshojándola en los dedos,

la flor del arrayán hacia adelante.
La flor del arrayán pequeña y blanca!

Vimos de pronto,
bajar por los cipreses de la Alhambra,
grisácea mariposa remos de oro,
que dejó, donde quiera que tocaba,
su mancha de cenizas!

Llegóse hasta mi puño
para buscar tu miel,
oh flor del arrayán, redonda y blanca!

III

EL DOMINIO PERDIDO

Grisácea mariposa alas de oro
volvió a mi mano.

¡Retorno, entre los siglos,
de algún deseo muerto?
Califatos idos,
imperios que son nada,

siglos de extintas púrpuras, destierros...

Vívida flecha, en llamas de oro,
cuya forma tornándose en cenizas
era, ¡así lo creí yo, al menos!
póstuma encarnación del alma mora!
Si en retardado goce de estos sitios,
prófuga de altas cárceles retornas,
en vano regresaste
a tus dominios!

Tu raza, en el destierro...
La flor muere en mi mano.
¡La flor del arrayán,
que no da miel
ni aromas, para ti,
desde hace
cinco
siglos!

ETERNAS FIGURAS

Canta en el aire
la geometría de la luz.
La esfera, el cubo, la pirámide.
El tejido secreto
de la posible materia.

El mar, de azul intenso,
por detrás de los pinos
verticales,
desarrolla el plano absoluto
de una conciencia
dormida.

Arde en la primavera,
un desfile de jóvenes atletas que veo avanzar,
por una pista de deportes.
Son los ritmos,
las raíces,
las luces,
y el juego existencial de los músculos.

En los árboles
nacientes cristales verdes nacen,
y las hojillas se libertan de su noche,
asomándose

por encima
de la línea oscura
que amuralla el reino de los troncos.

Llamas de luz verde,
sobre una corriente ascensional
de tinieblas.

Los sueños,
los dispersos o coordinados sueños de mi carne,
se aglomeran también,
más allá de los umbrales,
en racimos de imprevisibles imágenes,
y tal las hojillas de estos árboles,
y esos atletas de la especie,
y los insectos del campo,
y las estrellas de la noche que avanza,
se desnudan en su más tierna belleza,
y se apresuran a agolparse
alrededor
del árbol

de la inteligencia mía.

Pero, por encima de él,
canta en la memoria mía,
la geometría de la luz.

Las perfectas
permanencias: la esfera
el cubo, la pirámide.

El tejido ahora, secreto y posible,
del espíritu.

RIQUEZA DE SOMBRAS

El universo de infinitas formas
se desarrolla sin cesar,
y procrea.

Procrea en él, y en cada ojo,
algo que se vuelve en contra del espíritu,
y se fuga siempre.

Zeus pudo abatir a los titanes
y hundirlos en el terrible fuego,
pero no podría tener jamás igual dominio,
sobre las vulgares piedras.

Porque cada cosa
es la máscara de otra.

Esa, y aquella,
la más celeste y la más simple,
están en el mundo
para oprobio nuestro,
y siempre se resistirán a dejarte atrapar,
máscaras irreductibles.

Y es en vano
recurrir al subterfugio
de acercarse a ellas con pie desnudo
y extraerles, como a las flores,
miel de categorías o conceptos,
y correr a llenar ocultas células
de nuestra muerte.

Dormirías millonario.
Despertarías mendigo.

De la noche al alba,
te hallarás sin ellas,
y, así, siempre poseerás nada más
que sus recuerdos.
Sus sombras son.

NEUTRAL ABISMO

La uniformidad
me aleja de las noches.
Lo idéntico es mi sombra.

Existo.
Yo soy todo cambio,
multiplicidad,
colores, ríos.

Pero la identidad me sigue.
En mi sombra se borran
las lágrimas,
los cantos,
las variaciones,
con que el sol me enriquece sin cesar.

Pero vendrá la hora
de ver el menoscabo de las rosas,
la servidumbre de la luz,
y en el alma,
el envilecimiento de la imagen,
y el deseo.

La sombra
de un neutral abismo,
devora sin perdón.

El no-ser y las furias
se disputan las túnicas del ser.

Todo conocimiento
marcha a la identidad.

El corazón
envejece y se envilece,
disolviéndose en un agua de sombra.

La Esfera del Canto

1948

EL RETORNO DE LA OLA

Vuelvo en el retorno de una ola
inasible,
en la ilimitación de mis sentidos,
en los venablos de mi estatua más sola,
en lo tangible
de este instante,
y en sus perdidos
milagros.

En lo eterno y distante,
en el contorno de aquella nube oscura
que me envuelve,
vuelvo!

En el velamen de la sombra pura,
a lucir el rosál,
corpóreo de los dioses
perfectos, vuelvo!
Los cuerpos de los dioses y los jóvenes
son un fuego marmóreo.

En el retorno de una ola
vuelvo a mi aureola de antes;
me disuelvo

en el retornar
de mis ojos
más inconstantes
que el mirar
del mar.

¿Por qué este impulso terrible
por remontar
lo irreversible?

Ya se que ésto,
si bien presume de profundo,
más bien es simple:
se trata de ascender contra el tiempo
del mundo.
Y el rosál corpóreo de los dioses perfectos
de nuevo encender!
Vasos intactos fuimos
un momento.

Vamos a recuperar los umbrales
que perdimos,
entre el viento
de las sublimes formas
de las cuales
caímos.

Remontar
la corriente de las normas,
sacar a luz sus primordiales
raíces,
desandar en lo usado,
deshilar la madeja que aprisiona
este pesado
huso incierto,
peor que garra de leona,

y el grisáceo brial del tiempo muerto
destruir...

E insistir en la existencia
contra el oculto Destino.

Insistir en lo Divino,
como un ascua insepulta en la conciencia.
El gran fuego mormóreo!

¿Y aquel rosal corpóreo
de los dioses perfectos,
otra vez lucir?
No ha de ser posible
Si algún día lo usamos,
para siempre lo degradamos
con sólo vivir...

CERRO LARGO

VIDALITA

1

Antes de empezar
vidalítá,
dame tu rocío.
Cerro Largo mío,
tu flor de azahar
vidalítá,
para el canto mío.

2

Cerro Largo mío,
vidalítá,
que yo quiero tanto
donde el hombre fuerte,
vidalítá,
triunfa de la muerte,
con sonrisa y canto,
vidalítá,
del ceibal y el río.

3

Cerro Largo mío,
vidalítá,
tu azul en el fondo.
Llevo en lo más hondo
vidalítá,
hecho luz, tu estío.

4

Tierra de gauchaje,
tierra del valor,
vidalítá,
tierra de la doma
y el naranjo en flor,
vidalítá,
Tierra en que el paisaje
bien sobre la loma,
vidalítá,
da su ardiente aroma
da su ardor, su nardo,

vidalítá,
que en el alma guardo,
junto a un viejo amor.

5

Los luceros caen,
vidalítá,
por besar tus sierras,
los pamperos traen
vidalítá,
cantos de las guerras,
clamores inciertos
vidalítá,
voces misteriosas,
vidalítá,
de caudillos muertos,
en almas y en cosas.

6

Vuelven con las brisas,
vidalítá,
las frentes lloradas.
Las blancas divisas
vidalítá,
y las coloradas.

7

Pasan hombres rudos,
vidalítá,
tiernos como flores,

y gauchos barbudos
vidalítá,
que son payadores.

8

Gauchos fronterizos
vidalítá,
que Artigas mandó,
y después formaron
vidalítá,
en Ituzaingó.

9

Con las rojas lanzas
vidalítá,
gauchos de Rivera,
sobre las barrancas,
vidalítá,
que hay en la frontera.

10

Los gauchos de Oribe
vidalítá,
con divisas blancas,
Gauchos de Saravia
vidalítá,
jaguares de ayer,
que herido lo alzaron
vidalítá,
allá en Masoller.

¡Con qué afán proclaman
 vidalítá,
 sus hondos quererres!
 ¡Con qué afán los aman
 vidalítá,
 las bellas mujeres!

Que este canto mío
 vidalítá,
 triunfe de la muerte,
 con sonrisa y llanto
 vidalítá,
 del ceibal y el río.
 Cerro Largo mío
 vidalítá,
 que yo quiero tanto!

VENDIMIA

I

¡Caen los astros en la noche enorme,
 como uvas ilustres por los años
 y el alba los confunde entre la púrpura
 y los torna invisibles?
 Vendimia de los astros.

¡Caen las formas vivas en las guerras,
 los réprobos inclinan estandartes,

la victoria ornamenta los escudos,
 los himnos,
 los metales
 que brillan en las torres?
 Vendimia de la sangre.

¿Caen los seres en la rueda cósmica
 de los tiempos? ¿La música infinita
 de los dioses se escucha, acompañando
 el nacer
 y el morir?
 Vendimia de la Muerte y de la Vida.

¿Caen las melodías en los árboles
 de estos pórticos cárdenos,
 los labios de doncellas rozan lunas,
 las corales del hombre van al ámbito
 del cielo,
 con mares,
 con vientos,
 con llantos,
 a escribir sus destinos en los números?
 Vendimia de los cánticos.

II

Llama líquida corre entre esmeraldas.
 Y una hecatombe musical conmueve
 las claves del relámpago y el mito.
 Como un astro purpúreo el vino asciende.

¡Ved los hombres que hoy llegan en la tarde,
 hasta aquí. Con antorchas de racimos,
 con orgullos de óvalos dorados,

en orbe anticipable de embriagueces,
son heraldos
de la oscura opulencia de los frutos
que os darán la Alegría!
¡La Alegría!

Los hombres son sagrados,
se acrecientan sus hombros,
son ágiles sus saltos.
¡La Alegría!

En comunión sin límites,
mientras rompen los pámpanos
son ley de lo sublime.
Y de lo trágico.

III

Celebran la vendimia de la sangre.
Celebran la vendimia de los astros.
Celebran la vendimia de la vida.
Celebran la vendimia de los cánticos.

LA JUSTIFICACIÓN

Amo estas florecillas de los campos,
en donde se ha modelado
y se defiende una mísera
perfección del universo.

Aquellas gotas de rocío,
donde lo simétrico de ciertas formas,
mil veces destruídas,
gustan resplandecer sin fin alguno.

Y la brizna y la bruma,
y la intacta lluvia que apenas cae y es lodo,
y el vellón del cordero entre los cardos,
y la conformidad del ave al perecer.
Amo todo lo que es así.

Admiro
ese vivir constante
que viene a frecuentar mis sentidos,
trayéndome en cada segundo
las evidencias de la eternidad.

Lo admiro
porque despierta en mí, no el pensamiento
que ha de explicarlo todo,

sino el canto, el canto,
como una rosada ala de arena
que se hace y se deshace sin tregua

El canto,
sin destino, impulsado
por ruedas de fuego,
que va a justificarme
entre todo lo inútilmente creado.

LEJANÍA DEL ALMA

I

¿Quieres conocer un alma?
¿Esa que está ahí?

Pues no es posible,
porque es lo que más se desea en el mundo.

No es posible
ir directamente hasta un alma.
Buscas un alma y te quedas en unos ojos.
Y así no podrás ir
de un alma a otra.

Más fácil es saltar hasta las lunas
o de una estrella a otra.
Para ir al alma del que quieras
hay que pasar antes por puentes,
países,
templos,
témpanos!

II

Para poder acercarse a un alma,
el cuerpo del otro es lo invencible.
Es la resistencia que te encadena,
el arenal sin fin.
Hay que pasar, primero, por el cuerpo
tan deseado,
antes de ir al alma que buscas conocer.
Vas hacia un alma
y la defiende la pureza de una garganta.
No existe poder humano
ni divino,
que evite el largo rodeo.
No hay prontitud suficiente tampoco.

Y pasar por el cuerpo de otro
es arriesgarse siempre.

Quedarse en el camino
puede ser lo mejor.

En él asistes a fiestas valiosas:
guirnaldas,
estatuas, conciertos, hechizos.
Y el océano.

¿Quién no conoce el océano del cuerpo?
Todo eso,
y más, hay en el otro —
cuya alma deseas conocer.
Hay que pasar por un cuerpo para ir a un alma.
Por eso muchas han dicho:
lo más sabio, es volverse.
Lo mejor es fundar un reinado en el camino.

III

Es lástima. Buscas un alma
y la defiende una sonrisa.
Nadie puede ir directamente
de un alma a otra alma,
ahorrándose la travesía
del cuerpo.

Siempre hay que ir a través de algo.
O por muchos cuerpos que son cristales o posadas.
Pasar por unos ojos,
por unas manos,
por una cabellera.

Lagos de transparentes olas inmóviles,
en donde se naufraga.
Fronteras que se repiten hasta el cansancio.
Reflejos en donde no te ves tú sólo,
porque el cuerpo es el cristal
en donde los que se miran
dejan siempre el contorno de sus rostros.

IV

Es fatal.
¿Quién es capaz de eliminar el obstáculo?
¿La viviente envoltura caediza,
esa arena rosa,
carnal, cambiante,
 sublime,
 mortal,
para llegar al alma del otro?
Avanzas. ¿Avanzas?
Cada vez el alma está más lejos.
Vuélvete. Los amantes afirman
que van de alma a alma.
Mienten: es el amor, el mirar, el sufrir.
Se engañan. Mienten.
Los sabios y los santos
lo afirman también. Y mienten
jamás nadie lo ha logrado,
ni ha de lograrlo nunca.

V

¿Pero es que el alma del otro está muy lejos?
No. El alma del otro está muy cerca.

Pero hay que atravesar un cuerpo antes.
Muy próxima está, pero se defiende
con una bien adherida máscara,
o con iguales o distintas...

Porque no se puede ir hasta un alma.
Cuanto más avanzas en un cuerpo
el alma se va alejando de tí.

VI

Instantes hay
en que ella se oscurece del todo.
Ah. Son los instantes
más breves y sublimes.
 ¿Los recuerdas?
Pero es cuando el alma ya ni se ve...
Ya ni se ve.
¡Casi no existe! Lo corpóreo es todo!

VII

Mienten los que se dicen
favorecidos
por el don de conocer un alma.
Es lo que más se desea en el mundo.
Es por lo que vale la pena vivir.
Conocer un alma!
¡Nadie la ha conocido nunca!

No se pueden vencer las murallas,
los paraísos,
 los arrabales del alma!

Cuando más,
te quedas extasiado en el jardín de la sangre.

VIII

Ni aunque cuentes con el auxilio de la muerte!
Esta, lo primero que hace,
es huir con el alma.
Para siempre se la lleva
como un despojo;
luego, fábricale vestuarios
con vistosas tinieblas.
¿Cómo conocerla, ahora?

No es doloroso esto?
¿No es doloroso que nadie
pueda conocer un alma?
¿Para qué existir entonces?

BELLEZA EN LAS FORMAS

Noche.
El macizo titánico del Ande,
no deja de observar una por una todas las estrellas.

Estoy solo.
Oigo un torrente
frágil, aéreo, traslúcido.
Lo escucho: la imagen
del caer eterno,
sostén de la Belleza.

— Soy la belleza. Caigo.
La muerte me imanta
como un licor purpúreo
que bebo en abismos.
Mírola en tu alma.
Ardo ya. ¿Eres mi vino?

— Soy la belleza. Caigo.
Mi vino es el Tiempo
Mi niebla.

Me vuelco en tu alma.
Ardo ya. ¿Eres mi estrella?

— Soy la belleza. Caigo.
Mi estrella es nieve del Ande.
Cúidola en tu alma.
Ardo ya. ¿Eres mi sangre?

— Soy la belleza. Caigo.
Mi sangre es mi antorcha.
La fijo en tu alma.
Ardo ya. ¿Eres, por fin, mi forma?

— Soy la belleza. Caigo.
La aurora allá crece.
Busco una forma única
un gran lago perfecto,
como vaso corpóreo.
La hallaré en el abismo.
Ah! Es mi muerte!

Estoy sólo en la noche.
Yo soy ese torrente
frágil, aéreo, traslúcido.

El macizo titánico del Ande,
no deja de mirar una a una todas las estrellas.
Se duerme, al fin, como un avaro, contemplando su oro.

OTRO CANTO NOCTURNO

I

Escucho en la noche,
lluvia entre los pinos.
Solo, con mi lámpara,
veo arder los mitos
del Ande, en la llama.
Guardados por símbolos,
bebo intensamente
mis imperios de olvido.

No! Vuelve a tu alma,

que en ella es tu vino!

II

Rómpese en mis sienas
la errante tormenta.
He quedado firme
entre las tinieblas.

¿Véis sobre mis párpados
una lumbre muerta?
No! Vuelve a tu alma,
que en ella es tu estrella!

III

Voy por los caminos
de las tempestades.
¿Qué sueños, del antro
de mi sangre nacen?
Yo iría a escribirlos
en cimas del Ande.

Vuélvete a tu alma

que en ella es tu sangre!

IV

Allá, por las cumbres,
se inicia la aurora.
Mortales preludios
de nieves, acordan
cristales cerúleos
de un lago, Recorta
las alas de un cóndor,
mi antorcha en las sombras.

Vuélvete a tu alma,

que en ella es tu antorcha.

V

Me fuí con los cóndores
al sur, en las nieves.
Crucé un lago inmenso,
mármol transparente,
y azul infinito.
Mi cuerpo en él muere?

No. Vuelve a tu alma

que en ella es tu muerte!

EL NUEVO CANTO DE DAVID

“Y aconteció que, como el Filisteo se levantó
para ir y llegarse contra David, David se dió
prisa, y corrió al combate contra el Filisteo”.

Samuel I — Cap. 17, Versículo 48

Creo en tí, oh raza éuskara sublime,
Davídico torso de firmeza y lealtad!
Yo se bien que tu pecho no gime
jamás.
Y es arbotante de la eternidad.

Vasco de Cantabria y Pirineo!
En tí, creo.

Pequeño David entre Hesperia y Galia,
levanta tu espada y húndela en el cráneo
de la serpiente negra que avanza de Italia
y ofende la luz de los dioses del Mediterráneo.

Mira, entre tus montañas,
cómo se escurren en nieblas ensoberbecidas legiones.
Mira, desde tus cabañas,
trepar los hordas con tanques, crucifijos y aviones.

Contempla con firme energía,
no ya el águila que ilustra tus roquedos ocultos,
sino la mercenaría jauría,
que hacia ti avanza en sangrientos tumultos.

Son los moros.

Los moros.

Los que antes rondaron en vano tus valles de plata.
Vuelven hoy tras otros tesoros,
e insultan tus penachos flamígeros con fango escarlata.

Mira, sobre tus abismos,
cómo el traidor les abre santuarios y baluartes,
y cómo avanzan juntos!
Los mismos
que intentaron,
por miles de años llevarse una brizna de tus estandartes.

Raza del Cantábrico.

¡Libre! ¡Libre seas!

Como en Roncesvalles. Como con Pelayo.
Derrota al empresario trágico de las libreas,
que de Héroe presume y sólo hace el lacayo.

Oh celeste raza enjuta
que rompes duras peñas con dedos de cristal,
yérquete contra la triple fuerza bruta
que desgaja las ramas de tu roble foral.

Raza habituada al holocausto profundo,
enfila en tus montes tus hijos más bravos.
Rompe esa sierpe negra, creciente lepra del mundo,
que adiestra,
en aire y tierra, sus hordas de esclavos...

Levanta tu brazo de insignes proezas,
domador del Cantábrico.
Y asesta tu puño
en esa hidra de las tres cabezas,
que hunde las fauces bestiales en tu terruño.

Devastan con fuego tu árbol sagrado!
Guernica. Tus tierras labradas y eternas
tudescos, fascistas y moros: El pasado;
la odiada cruz gamada,
el necio haz recio,
y la moruna media luna de las cavernas.

Raza de Euskaria sublime!
Contigo están las sombras de los comuneros,
Tus fábricas levanten el clamor que radime,
tus máquinas aéreas
resguarden tu sangre, tu lar y tus fueros.

Jamás esclava seas!
Ahora que miras
como medran traidores sobre tus haciendas,
ahógalos en el cráter de tus cósmicas piras,
o en el mar cantábrico de olas tremendas.

Por tu Dios. Por tu Arbol.
Desgarra la cadena
con que intentan domar tu energía.

Y, como en la Conquista, muéstramos la frente serena
que paseó tu Elcano, bajo un sol que jamás se ponía.

Triunfa como en Roncesvalles.
Triunfa como con Pelayo.
Por los despeñaderos que escoltan tus valles
arroja al invasor más allá del Moncayo.

¡Vuélvete contra los buitres que buscan tu entraña!
Alista, en la hora última, tus mitos demiurgos!
E impide que retornen sobre el cuerpo de España,
Borbones y Hapsburgos!

Con tu hermano el minero de Asturias,
Oh, inmemorial pueblo vasco,
cávale un abismo a esas furias,
traficantes del odio, la muerte y el asco!

Triunfe tu ínclita ancestral democracia,
corra, por ella, tu sangre divina,
libértate en su ímpetu de orgullo y audacia,
y brille en todo tiempo el relámpago de tu ala aquilina.

Raza vencedora de todo furioso elemento,
fuego, mar, montaña, nutrieron tus formas.
Raza del ascético pensamiento,
libre,
pétrea,
leal como tus mismas normas.

Al pie del árbol que es el signo de tu libertad,
te diste toda a la República, que es el porvenir.
Sigue tu juramento sobre la tempestad.
Sellóse con sangre la Ley y no puede morir!

Nutriz de enjambres mágicos, apréstate a la venganza,
Abren tus blindados aviones abanicos de maravilla,
y renueva los votos de la alianza
con Madrid, la mártir, en las hogueras de Castilla!

“ANTE DIOS, HUMILLADO,
SOBRE TIERRA VASCA,
EN PIE Y BAJO EL ROBLE DE GUERNICA,
EN EL RECUERDO DEL PASADO”.

Así juraste, ya frente a la borrasca.
Y por ello hoy se te crucifica.
Pero la Humanidad te santifica.

Combatiente divino, David, montañez y marino,
ya vuelve, feroz como nunca, el Filisteo.
En tí creo,
Vasco del Pirineo.
David, en el límite de Hesperia y Galia.
Levanta tu espadón y húndelo en el cráneo
de la serpiente negra que viene de Italia,
y ahuyenta la luz de los dioses del Mediterráneo!

Creo en tí, oh raza éskara sublime,
davídica llama de firmeza y lealtad.
Yo se que tu grito redime.
Que tu pecho no gime
jamás,
y es arbotante de la eternidad!

CÁNTICO A UN POETA QUE DEBIÓ EXISTIR.

I

Hubo una vez aquí, entre nosotros,
un Poeta que volvió a encender

en los umbrales más remotos
que les es dado alcanzar a los hombres,
las hogueras de nuestros ídolos salvajes,
los ojos sin rumbo
en los tiempos de nuestras extintas progenies,
el relámpago caído de nuestros errantes pájaros,
las llamas inmersas
en la entraña de nuestro pedernales,
y el resplandor cerúleo
del aeecho visual de nuestras fieras.

También los últimos destellos de nuestros purpúreos ceibales
con formas de lluvia,
los crepúsculos
que se espejaban sobre nuestros lacunares estuarios,
la hoguera agónica
de nuestras águilas cayendo,
y con todo ello
formó el cántico inaugural,
la inicial epopeya
de estas veinte naciones de libres hombres
que constituímos.
Si al cantar todo eso,
vivió en la creencia absoluta
del abismal postulado de la divinidad del hombre,
¿que destino más envidiable
podríamos, como poetas americanos, aspirar?

II

Si en el cielo
de la epopeya inicial de los pueblos
de este continente,
fue el Poeta que el espíritu

y los impuros elementos eligieron
para coronar
con el arrayán de una trágica aureola
la brumosa frente
de innúmeros anónimos héroes,
hermanos nuestros,
y fue capaz de embellecerlos
con el piadoso resplandor
de la antigua lámpara del cántico heroico,
¿que destino más espléndido
podríamos, como poetas americanos, aspirar?

III

Si fue el Poeta
que las tormentas eligieron
para coronar
con el relámpago
de una trágica aureola
la brumosa frente
de innúmeros héroes radicados en lo anónimo
de nuestras almas y selvas,
embelleciéndolos
con el resplandor dorado
del astro en el estro,
sobre la ruta espléndida del cántico
que nunca muere,
hasta ser
el testimonio de que el idioma hispánico
puede siempre
afrentar el cumplimiento ciclópeo
de la arcaica epopeya,
¿que más sacro destino
podríamos, como poetas americanos, aspirar?

IV

Si al final de su vida,
como contraste para la espesura de tanta tiniebla
que en él se hizo canto,
en la antífona traslúcida
del número oratorio del Verbo
con que adornó
la más multiforme elocuencia
que entre nosotros existe,
y que es Poesía e Historia,
fundamentó la estatuaria dogmática en el Tiempo
de un creador de las libertades de América,
de un Artigas
restituído por él en la piedra celeste
que le era negada,
¿que destino más profundo
podríamos, como poetas americanos, cumplir?

V

Porque es bien cierto
que aquí, entre nosotros,
hubo un poeta,
que vivió en la creencia absoluta
del abismal postulado
de la divinidad del hombre,
y por ello descendió al vórtice
de nuestras razas muertas,
amaestrando a las cobrizas fieras que las defendían
con las melopeas de la lira de hierro.
Fue el primero
en ir a recoger el último alarido

de nuestros mártires sin altares,
en salvar del oprobio y el olvido los agudos lamentos
que son los himnos que nos quedan
de los huidizos antepasados,
en inclinarse

junto al cráter de millares
de corazones humanos que laten aún en nosotros,
y en los selváticos combates

recogió las mortíferas lenguas de fuego
para adorno de sus cantos,
y en las groseras lágrimas

descubrió chispazos sidéreos,
y en el lodo con sangre

las más angélicas antorchas,
y con todo ese rudimento,

fue creando la americana epopeya
que enorgullece a nuestros pueblos.

VI

Al mismo tiempo,

levantó para sus hermanos

de hoy y de siempre,

en la tenebrosa urbibre carnal abolida

la insondable plegaria,

que confirmó en él la creencia absoluta
del abismal postulado de la divinidad del hombre,
y con los náufragos carbones de los más oscuros
indígenas

que aquí vivieron,

reafirmó el pedestal difícil de una Belleza autóctona,
y a la vez eterna,

creada para integrar

los fundamentos de un cántico inmemorial.

La inagotable epopeya,
de esta continental comunión
de inteligencias tan ardientes como espléndidas,
que por los tiempos del Tiempo
debemos constituir.
¿Qué destino más admirable
podríamos, como poetas americanos, cumplir?

ENÉADA

I

Cuando formaba parte

de las legiones del emperador Gordiano

ví ésto: en cierta comarca

pérfida, extraña, estéril

asistí a una muy emocionante ceremonia:

Unos extranjeros

que en la miseria del destierro vivían

rindieron homenaje a su viejo monarca

que acababa de morir en la remota patria

Sobre el túmulo

colocaron colgaduras doradas y negras,

y entre flores, coronas y lámparas,

la nimiedad de una urna de cristal,

con un poco de tierra.

Era una rojiza y dura tierra,

que ellos llevaban oculta consigo,

una tierra reseca y ardiente

de la lejana patria.

Nada más que un puñado de tierra era.
Pero ante ella rezaron,
juraron, lloraron, los hombres.

II

Comprendí lo sacro inmanente
de aquel despojo terrestre
Vi como la tierra podría ser un imperio perdido.
Vi como la tierra podría ser un monarca recién muerto.
Vi como la tierra podría ser alma,
podría ser Nous.
Nunca había pensado en ello.

III

Más tarde, admiré a un alfarero,
que me mostró pedazos de gredas
que darían
ánforas,
copas, platos preciosos.
Así me lo hizo saber
y lo confirmé después,
cuando pisé las alfombras de los príncipes.

También en un poema de oriente,
más antiguo,
oí mencionar cierto vaso
moldeado con el polvo de los huesos
de un filósofo.

Y como el vaso después sólo servía
para escanciar el más loco vino...

IV

¿Hay algo más despreciable
que un puñado de polvo en la mano,
formado por los huesos de un filósofo?

Y esa tierra ¿no fue Nous algún día?
Ahora, si ello fue así, sigue siendo el Nous
que yo le otorgo,
y en la eternidad del Tiempo,
la posibilidad inmanente del Nous
en un puñado de tierra...

CANTO CONTINENTAL

A Federico de Onís

I

ENDIOSAR CRIATURAS

Junto al umbral de los signos dorados,
vuelo sobre las Atlántidas.

Desde el ángulo de oro
de esta torre móvil sin visibles escalinatas,
miro sobre los Andes: entre soles, nieves, abismos,
vacíos pedestales. Héroes, no nieblas, aguardan.

Las últimas brumas del austro
me acogen con sus fórmulas dinámicas.

Y el pensar urge otros signos. Urge evidencias
y hallazgos perfectos. No ornamentos de fábulas.

Contemplo, en lo alto, luces de mares remotos.
En copos de niebla, disueltas últimas uvas oceánicas.
La alta nube, a los cambios responde
con plenitud de ánfora.

Busco las claridades exactas de los deslumbramientos.
Busco un ámbito de titánicas plegarias.
Busco una belleza asistida de poderes demiúrgicos.
Busco esos signos en las criaturas: quiero endiosarlas.

II

BELLEZA DE LAS IDEAS

En este avión de metales y números,
asisto sin miedo al hilar de las pareas.
Algunos cóndores se acercan
y confirman que vuelo sobre las Atlántidas.

¿Qué somos? Muchedumbres
de tez cobriza, allá abajo, en militancias,
con pequeño paso tímido, por ruinas y rutinas
van, donde no hay dioses ni estatuas.

Sistemas de ríos y selvas,
vienen a cubrir desnudeces de almas.
Veo ciudades, en donde en rápidos brillos,
apogeos de antiguas culturas transplantan.

¡Oh, selva material de lo fortuito!
Huíd, catedrales políticas de las nadas,
El júbilo de la hélice me da el plan de la música órfica.
¿Y el Nous? Ah, lo ocultan lontananzas!

Se iluminan convivios de apariencias.
Emporios, gamonales, arrogancias.
Pero no hay labios de dioses en los comensales.
¡Las Ideas y la abismal belleza les faltan!

III

LA ISLA DE BRONCE

En cráteres extintos, celébranse hecatombes.
El fuego profético allí falta.
El fuego, que al espíritu desencadena de lo muerto,
y junto al titán y la rosa sin tregua batalla.

¿Qué somos? No se vislumbran
más que hipótesis. No las órbitas escavadas
de filósofo o místico.

Ni el genial paladín que modele estos Andes
según las dimensiones de su alma.

¡Sí, el fúnebre coro
de las esfinges problemáticas!

El avión hace eludir tránsitos por la materia.
Ya oigo expresarse las rocas heladas
de mi frente. Como en los fuertes mitos
cubren al avión angélicas escarchas.

Creí vislumbrar, lejos, la isla de bronce
de las movedizas parábolas.
¿Daré a estos hombres estructuras poéticas,
en donde sólo el pensamiento canta?

¿Qué somos? Un prólogo. Un continente violable.
Mercaderes en las ágoras.
Profetas con ingrátidos símbolos,
auguran sátrapas.

IV

EL ZAFIRO CIRCUNDANTE

Selvas de perpetuados verdes
suben a clausurar tránsitos de montañas.
Fortalezas de oleajes sólidos:
hoja y lluvia sustentan máscaras.

¡Oh, gran zafiro circundante! Lejos de tí, en los abismos,
destellos de ecuménicas razas,
entre turbios pensares, se defienden,
oh azul, contra tus certidumbres mágicas!

¡Oh vuelo, manantial de lo sublime!
Otro cisne habita un número con alas.
Espera contactos ardientes de formas perfectas
para enarbolar el cuello entre ráfagas.

Graves interrogantes le plantean
los destinos. Ve apoteosis de distancias,
por donde aún no alumbran cóncelaves
de seres puros. Sí, cumbres trágicas.

Miro un continente entre sombras;
hacia el istmo se adelgaza.
Con balbuceos allí siguen endiosándose
ídolos entre savias.

V

EL PENSAMIENTO ES LLAMA

Vuelo. Cielo. Pierdo las referencias.
¿Soy tiempo? ¿Espacio? Plegarias, alabanzas
de azul infinito. Estoy inmóvil. Me desplazo.
En mi instante la eternidad se estanca.

El sol muere. Viene la identidad irremplazable,
pero más allá de órbitas e instancias
algo va a iniciarse. Sobre Ande, trópico, océano,
hecatombe enigmática.

¿Qué somos? No se vislumbran
más que hipótesis. ¿Dónde, órbitas escavadas
de filósofo o místico?

¿Por qué las iras proféticas
de estas nieves que miro y son montañas,
no gritan desde las cumbres
a las formas bárbaras?
¡Libertáos! ¡Pensad! ¡Encendéos!
¡El Pensamiento es llama!

VI

FRENTE HERIDA DE NUBES

¡Oh gran zafiro circundante!
 Cuando me suspendo en tus atmósferas altas
 de la tierra sube a mí el fúnebre coro
 de las esfinges problemáticas.

¿Seremos, por primera vez en los tiempos,
 de un Dios la obra perfecta que fracasa?
 ¿Dónde el otro Bolívar demiurgo que modele
 de nuevo estos Andes según las dimensiones del alma?

No hallé claridades exactas de deslumbramientos.
 No hallé ámbitos de titánicas plegarias.
 No hallé belleza asistida de poderes demiúrgicos.
 No hallé en las criaturas esos signos, y quise
 [endiosarlas!]

Alta atmósfera. Me afirmo en últimos cristales.
 Me acerco al umbral de las muertes doradas.
 ¿Qué somos? Lo dicho. La frente herida de nubes,
 lloraré mi Atlántida.

Panamá, 1942.
 Montevideo, 1944.

VOLVER AL ARQUETIPO

Sólo tú, Poeta,
 podrás volver al lago,
 coger un cisne,

abrirle el pecho,
 introducirte en él,
 y convertirte en cisne.

Podrás volver al parque
 coger un rosal,
 abrirle un pétalo,
 introducirte en él,
 y en rosal convertirte.

Podrás volver al mar,
 coger un pez con alas,
 abrirle las entrañas,
 introducirte en ellas,
 y convertirte en pez con alas.

Podrás volver al fuego,
 coger la más ligera llama,
 abrirla con los dedos,
 introducirte en ella,
 y en llama convertirte.

Podrás volver al Ande,
 coger un cristal de roca,
 abrirle la luz pura,
 introducirte en ella,
 y convertirte en un cristal de roca.

II

Si todo esto te es posible,
 podrás, oh Poeta,
 remontar la Existencia,
 volver a los principios,

II

Culebras azules acechan desde el cabello
de la Medusa,
y luego se arrullan en la brasa
de su altar movable.

La ceniza ilustra al fin el único adorno
de su cuello.

Su mirar es un círculo
insomne sobre el orbe sensible.

Canta, y dice: "Soy el enigma de Oxford".
Entre las nieblas,
seguí tus pasos junto a las piedras labradas.
Te traigo cerca de mil años de tinieblas
en las miradas".

"Todas estas universidades me sostienen
y forman mi causal basamento.
Las teorías, no los dogmas, a mi llamado vienen,
enriqueciéndose en mi natural elemento.

Sobre negruscas flechas pétreas
sostengo mi nocturna ola
y en el soñar de miles de pupilas jóvenes
me levanto.

Entre los jardines de brumas permanezco sola
y en los coros de todas las universidades canto".

III

De noche,
en los claustros donde la luz es un delito,
entre el afán de sistema del ritual protestante,

la mujer se puso a hablar con impudor infinito,
y ví que era más sabia
que una vieja diosa errante.

¡Cuántas veces los jónicos dinamismos de la Medusa
se embozaban detrás de sus ojos
como los de las Euménides!
Otras veces, en su lengua brillábale una
antorecha inconclusa,
guardando en el centro la esfera
del gran Ser de Parménides

Me dijo que ella, antes de estar fijada en el fuego,
ejerció el tutelaje de las más libres empresas.
Y fué de los filosofantes el resguardo
desde que aquí llegaron como en un juego,
sobre las espumas de las rocas inglesas,
infolios

con espigas góticas de Lulio y Abelardo.

IV

Que Rogelio Bacon se durmió sobre sus labios ardidos
y Guillermo de Occam se arrodilló ante su ciencia,
cuando afirmaron

que la Verdad sólo está fecundada
por los sentidos
y que sobre el cadáver del mito
se alza el ala de la Experiencia.

Un teócrata cuáquero
la fijó en esta madera.
Los Poetas Metafísicos sus alvéolos con
el humo llenaron,

y bajo las gárgolas de las torres ardió en hoguera.
Supo del estupor de encenderse junto a la Norma,
y al salmodiar los cónclaves
sus ojos se ensancharon
cuando informó en los cultos
heréticos de la Reforma.

V

Yo la he visto en las iglesias
beber la luz de los dorados vasos,
y en los atrios rodearse de tumbas,
en donde aún pacen las cabras.
Allí el tiempo y la noche lo igualan todo
con sus pasos
y el viento,
la lluvia y el silencio son Palabras.

Junto a las tabernas o en los abstractos recintos,
en la penumbra húmeda de arbotantes con hiedras,
vió ella a Shakespeare y a Shelley
ir por estos laberintos
buscando entre el hombre y el humo la duración
de las piedras.

VI

Doctrinas, hecatombes,
batallas,
incinera esta Medusa que se escuda en
el viento.
Sobre mi rostro hoy arroja flamantes medallas,
mientras que con el seco árbol de la Razón
la alimento.

¿Reaviva ella un Fuego
que la estatua destruye de la Vida?
¿Incuba ella un Tiempo
que da lumbre a una lámpara helada?
¿Hace arder ella un vino
que es la esencia de la Hostia abolida?
¿Oculta ella el Verbo
que la Psique arrojó en la Nada?

VII

¿La Medusa de Oxford
es sólo un ídolo que canta entre el humo,
y me da por las noches
orgullos en lugar de la Belleza?
Impasible,
en mi puño se ha recogido
como en un dédalo,
¿Su lenguaje?
¿Su canto?
El humo, el humo, el humo;
tanto en Oxford como en Delfos.
Me iluminó el semblante
con imperios rojizos
en los que aún me consumo,
y cuando me nombra,
me adorna las manos con una
luna menguante.
El humo de ella,
al igual que la Belleza, no hace nunca sombra.

VIII

La luz que entonces gusto
no se ha de extinguir en su esfera,
y el brillo de su hoguera
no se ha de apagar ni un solo día.
Si el fuego
en donde engendra
su traslúcido pensar
es la Sabiduría,
puede llevarme al Cielo o al Infierno.
Ha de ser a un tiempo mismo el tránsito
que va del saber al dudar,
y al soñar en lo eterno.

IX

Es el mayor enigma de Oxford.
En largas espirales
rodeó mis pasos ciegos,
hasta proyectar sus coturnos de ironías formales
sobre mis dioses griegos.

Hoy sé que sin la confusa Medusa
y sin su habla de humo ardiente y lento,
yo no podría
vivir. La observo un momento.
Apoya su oscura estrella
en la mano mía.
Yo contemplo el fluir del humo que desborda de Ella.
Dibuja un animal voluptuoso que se disipa
en la muerte.
¿Es un Canto? ¿Es un Pensamiento,

que sobre el abismo
del Tiempo
se vierte
en sí mismo?

Noticia. Una noche, al retirarse del Esceter College, en la Universidad de Oxford, después de oír a los alumnos recitar en un canto coral un arcaico poema de Chaucer, me encaminaba solitario bajo la luz de la luna por una calleja del siglo XVI que muchas veces Shelley recorriera, cuando distinguí en un comercio una pipa estudiantil que representaba el rostro de una bella mujer. El estudiante que la talló inscribió en toscos caracteres lo siguiente: "Al rostro de mi hermosa amante, inmortal como el humo que la envuelve". Adquirí la pipa y al otro día hice arder en ella, por primera vez, un rubio tabaco en una taberna próxima a la casa natal de Shakespeare, en Stratford Upon Avon. Desde entonces veo desarrollarse sobre el círculo de la pipa una aureola de humo en forma de cabellera de Medusa.

Terminado en Londres (1949).
Ideado en Oxford.

LA CORONA DE OLVIDO

I

Luz Que Me Olvida.
En sombras la adivino.
Su forma coronada por la espuma
es ascua
del misterio y de la bruma.
Ni el mar, que es muerte,
obstruye su camino.

Busco esa luz
 que es luz de mi destino,
donde el amor será belleza suma.
El pensar en su símbolo
me abrumba,
 pues fundirá mi oprobio
en lo divino.

¡Oh luz de olvido,
 luz que espero alerta!
El alma, insomne, en mi pupila abierta
mira en el mar
 morir tu arcaico mito.

La luz que amé.
 ¿Vendrá a mi abismo interno?
Si vuelve,
 ¿me traerá algún canto eterno?
Si no vuelve
 ¿este canto es sólo un grito?

II

Modula el mar
un bárbaro concierto,
que ahonda en mi olvidar meditabundo.
Canta como una idea
el mar fecundo
y al canto del filósofo
está abierto.

La noche,
 en tanto,
 escúdase en lo muerto

que en mí arroja la creación del mundo:
la tiniebla.

 Se agolpa en lo profundo
del pensar
 como en páramo encubierto.

La idea inicia un cántico
que ofrece
 una corona espléndida:
 el abismo

del existir.
 La idea alumbra el llanto

del mar, como una luz que lo embellece.
Al erguirse
 en la hondura de mí mismo
su luz niega el olvido; ahí, el gran canto!

III

Busqué el absurdo
 de apoyar mi frente
sobre una rosa.

 Y vi que era la Vida.
En su alto imperio
 hallábase escondida
su dualidad de pétalo y serpiente.

Busqué el gran riesgo
 de apoyar mi mente
sobre una llama.
 y vi la luz erguida

de la náufraga estrella
 en noble huída,
la antorcha irguiendo de su canto ardiente.

Busqué el orgullo
 de inventar lo humano
 Y me venció el olvido,
como acto eterno.
quien me impuso esta espléndida corona.

Busqué la audacia
 de apoyar mi mano
sobre lo muerto.
 Y fuí aquel rey caído
que el gran cetro y la púrpura abandona.

LA INTELIGENCIA Y LA FUENTE

I

Introducción

Un Provisorio Sofisma Poético,
nada más podría columbrar este canto.

Pero es en verdad algo muy real y muy trágico,
que ocurre bajo mis ojos aunque yo no lo quiera,
al pie de una pública fuente
sostenida por tres esfinges de bronce.

Las esfinges tienen mucho de mujeres y pájaros monstruosos,
según la hora del día o de la noche,
y la fuente hállase en el centro

 de un jardín de nunca y de siempre,
en donde sin cesar espero
 a la que ha de venir y no viene.

Allí hago nacer miles de rosales
que florecen sin razón y sin término,
para la tiniebla,
para la lluvia,
para la Nada.

La inteligencia, la fuente y el canto,
exigen grandes impedimentos para subsistir.
Entre éstos, ámbito, acción y tiempo, serán otras tantas
[esfinges.

*En todo lo privado de pensamiento que existe,
no hay mejor símil del acto de pensar del hombre
que esta fuente.*

II

La claridad de las formas

La fuente
levanta sus líneas siempre mojadas,
coronándose en la cima con una cóncava taza redonda,
sostenida por tres esfinges de bronce,
hincadas de rodillas,
y sobre ellas cúmplase un vertical dispendio de aguas.

Estas caen en un estanque de flores acuáticas,
que en la tierra agranda
un círculo perfecto.

Veo el fluir de una inteligencia que se busca a sí misma en
[las formas,
y en el orbe objetiva los modelos de las cosas,
por el instrumento del brumoso canto de las tres esfinges.
*El ayer, el hoy y el mañana, sustentan
esos transportes de belleza que buscan fundamento
en lo agónico del tiempo.*

III

La dimensión renovable

En lo más alto adviene algo que desborda
como una Idea.

¡Oh comienzo absoluto! Oh flecha líquida!

¡Oh discurrir lluvioso!

Se precipita a lo largo de los púdicos cuerpos
de las tres esfinges.

Veo tres desnudas doncellas con pechos de bronce.
Hincadas y dispuestas en triángulo,
como en la estricta pausa de una danza difícil,
mantienen cada una su antorcha de agua.
La inteligencia del orbe se confronta en las tres esfinges.
Las bien trenzadas serpientes de sus cuerpos
tejen y deshilan el embozo del orden, la simetría y el límite.
Las esfinges renuévanse en todas las instancias,
y sólo así en ellas el aniquilarse
es un cántico sin pérdida.

*De todo lo privado de la humana belleza que existe,
nada denuncia mejor el enigma poético del hombre
que esta fuente.*

IV

Las formas puras

En la base terrestre
un gran círculo pensante de sólidas luces,
fija el rompimiento del agua en un espejo.
Las tres esfinges beben en él su propio misterio,
beben sin saciarse el pensamiento que las contornea,
beben la luz de mis ojos en el parangón de las estrellas,
y nunca se hastían de conexionar el éxtasis recíproco
con la liviandad del avaro espejo
que a sus pies yace.

El espejo nunca crece ni desborda
y al lucir en su transparencia el arquetipo de las cosas,
consérvase como un pensamiento idéntico a sí mismo.

En él la inteligencia no es más tiniebla
que en sí misma se aclara,
y será belleza por fin al escindir su fuga
hacia el inmóvil pudor de una forma concreta.
*A su vez, toda forma se distiende en una esfinge,
que en el espejo colúmbrase con intacta alegría.*

V

El enigma es testimonio

La Identidad,
la Variación
y la Apariencia,
con miles de ráfagas lloverán sobre mis párpados,

con miles de hilos de aguas pesarán sobre mis hombros,
pero no alterarán
esta profunda, impasible, mirada mía.

Yo soy esa fuente de las esfinges de bronce,
por cuyos contornos
adviene sin cesar la líquida tiniebla,
aporta sin cansancio su eslabón el instante,
se escurre sin pausa la fluencia de un tiempo,
hacia un estanque sin fondo,
que es la lúcida conciencia mía.

Allí, en abismos circulares,
la belleza del orbe en explicar insiste,
su conversión consciente.
*En el espejo del pensar halla su elucidario,
su evidencia y su máscara.*

Pero su enigma asombra más como testimonio de lo eterno.

VI

Universo cerrado

Pensar, existir, soñar,
son castigos impuestos
por las tres esfinges del azar y el destino
a esta materia lluviosa que me sustituye,
mientras geometrizan en mis abismos las furias
un universo o ídolo informe de belleza,
sólo con lontananzas.

Aunque tal vez les fuera suficiente
crear nada más que una gran idea fija:

fatalizar tanta imagen órfica hacia lo eterno,
sobre el fluir y la primacía de las apariencias,
con la cruel constancia del número.

Pero como están condenadas a contemplar
sólo las imágenes del espejo,
las tres esfinges no comprenderán nunca
que ellas mismas construyen sin término,
el universo que allí las circunda y encanta.

*De lo privado de Vida que existe,
nada más análogo a la carnal metafísica del hombre
que esta fuente.*

VII

La continuidad

Existir, soñar, pensar.
Podré yo olvidar tales absurdos tormentos,
la noche en que la total belleza creada que espero,
fluya sobre los hilos de las tenaces aguas
que caen de las tres esfinges de bronce?
¿Y éstas se habrán de borrar entre tinieblas
fugando para siempre al fin del espectáculo,
como danzarinas muy viejas y sabias,
dispuestas en triángulo,
que se marchan por el fondo de un escenario?

Por ahora, en la fuente cae agua como una luz líquida,
hacia lo inmóvil del estanque.
La continuidad del ser descende en apariencias múltiples
que encantan con su lúcida belleza.

*De esfinge en esfinge se trasmite un profundo juego
que busca su forma en la continuidad de un rílmo,
hasta lograr al fin la permanencia en la forma pura.
Entonces se hace patente la continuidad en lo eterno.*

VIII

La fuente y el hombre

Ah, pero siempre
el agua eterna que de lo alto llueve,
ha de pulir la vanidad fulgúrea de las tres esfinges,
sus rizos y sus senos mezclados con musgos,
sus dedos y alas como garfios,
y el triángulo que cierran entre ellas
sobre el círculo
de aguas abstractas que contemplan debajo.

Jamás sus ojos han de hastiarse
de contemplar, a través de los míos, el morir de las cosas.
Jamás sus brazos dejarán de sustentar,
a través de mis brazos,
los orbes de ideas o de hojas inertes.
Jamás sus oídos dejarán de escuchar,
a través de los míos,
con la misma indiferencia,
la sonora costumbre del cielo nocturno.

Y el reír y el llorar de los ciegos amantes anónimos,
que eludiendo la tiniebla,
la lluvia
y el olvido,
se abrazan al pie de los árboles.

*Porque el pensamiento se anuncia en la indiferencia
de una tiniebla. Fluye desde algún tiempo
sobre las esfinges,
para aquietarse, por último, en el cumplimiento del canto.*

IX

La fuente inteligente

Si aún creéis que todo esto
es sólo un provisorio sofisma poético,
y dudáis de que yo sea la fuente
de las tres esfinges de bronce,
con mi pensamiento de hombre que soporta el agobio cor-
[póreo,
admitid que yo soy por lo menos
al mismo tiempo que aquélla,
una Identidad,
que es el fundamento de mi pensante tiniebla,
una Variación,
que es lo que me obliga al oprobio de un cuerpo,
y una Apariencia,
que fluye y se extingue,
y todo lo embellece,
mientras con lámparas que llueven modélanse
en mi rostro,
los ídolos monstruosos del tiempo.

La inteligencia del hombre
su perfección culmina en la idea última
de una obra cumbre.

*En este círculo que miro se desnuda,
como una belleza que no morir pretende.
He aquí el temario del monólogo sin fin de las tres esfinges.*

La joya objetiva

¿Se ha desprendido de mí, totalmente,
esta fuente que admiro,
con el fin de halagar a la que ha de venir y no viene?

¿Con el fin de entregarle
una ofrenda infinita en el tiempo,
que podría ser la fluencia inmortal de mí mismo,
esta fuente de las tres esfinges de bronce,
se ha desprendido de mí, para siempre?

¿Sabiendo
que la que ha de venir para mí nunca viene,
esta fuente
se ha resignado a ser un objeto más en el orbe,
como un pensamiento hecho externa forma,
con la fatuidad de ser libre de todo lo humano,
o como una mendicante plegaria de agua y de piedra?

¿Y después que yo muera,
seguirá esperando en mi sitio?
¿En la costumbre de un ídolo neutral de belleza,
con impávida pupila,
se dedicará a mirar, impasible,
cómo sufren y gozan y mueren
*los rosales amantes y anónimos que al pie de los árboles,
se ofrendan sin razón y sin término,
para la lluvia,
para la tiniebla,
para la Nada?*

Epílogo

En el centro de todo,
la fuente, con la indiferente belleza
que de su ejemplo fluye como una idea
sobre tres esfinges,
inscribe de este hombre un posible canto o pensamiento.

Si su fin es emanciparme de la fatiga de la tierra,
este canto
no viene pues a columbrar
un previsible sofisma poético.
Lo que en él se registra
se convierte en verdad, en algo bien real y muy
|trágico

Ocurre bajo mis ojos aunque yo no lo quiera
en un jardín de nunca y de siempre,
alrededor de una pública fuente,
sostenida por tres esfinges de bronce.

La inteligencia pura que emana en la cima
proyecta su leve mancha sobre el líquido universo,
y esta última dibuja siempre
el contorno sombrío de las tres esfinges.
*En la materia privada de lo divino que existe,
no hay mejor paráfrasis del enigma de lo divino en el hombre
que esta fuente.*

Notas de 1959. — I. Las esfinges están adornando las
barandas del Puente del Prado.

II. La fuente está en el centro de la rosaleda del mis-
mo Prado.

III. La mujer y las rosas vinieron una sola vez para
anunciarme que no volverían más.

I

Forma intangible
 flotante en los lagos
 délficos, llenos de brumas,
 sorprende
 tu esbelta imagen que avanza
 y extiende
 muros de niebla
 de empíreos aciagos.
 Vuelca la luna sus élitros vagos
 sobre tus hombros.
 ¡Te acercas! Ya esplende
 todo un estuario de brillos
 y enciende
 en tus miradas antorchas de magos.

II

Viene hacia mí,
 tu aureola flotante,
 dentro de un juego de muerte o diamante.
 Veo en mi entraña
 el blancor de tu veste.
 Y entra en mi espíritu
 en sombras dormido,
 toda una estirpe.
 ¿Corpórea o celeste?
 Entra en un viejo santuario de olvido.

III

Tus ojos de bronce doran secreto ídolo
 bárbaro.
 En la concisa
 ecuación del orbe
 y en la cornisa
 del número,
 asciende el orden concreto.
 Quiero tu alegría.
 Dame el inquieto
 rumbo de la esfinge
 que hay en tu risa.
 Desmayos de éxtasis
 tiene la brisa.
 Las arpas del cosmos cumplen su objeto.

IV

Oh, deja que estemos aquí, sentados,
 frente a los abismos
 iluminados.
 Mira la hoguera cíclica:
 te nombra.
 ¿Lo eterno?
 Se emboza en tu cuerpo ardiente.
 Tus ojos son dogmas;
 cubren mi frente.
 ¡Tu mirar de bronce
 dore esta sombra!

V

Siembre la noche
 el lumínico llanto

y en tu mirar sepulte el último secreto.
Y en el pasar
 del hombre
 y de su canto,
las arpas del cosmos cumplan su objeto.

EXPLICACION FORMAL

Este poema está compuesto por la unión de dos sonetos y de un cuarteto final que clausura el sentido en una síntesis. Los sonetos se desarrollan utilizando dos tipos de endecasílabos muy raros. En el primero, (partes I y II del poema) se emplean los endecasílabos con acentos en primera, cuarta y séptima sílabas. No conozco sonetos escritos así.

Forma intangible flotante en los lagos...

En el segundo soneto, (parte III y IV del poema) utilizo otro endecasílabo más raro y discutido: es el acentuado en 5ª y 7ª sílaba.

Tus ojos de bronce doran secreto.

Ambos sonetos están sometidos al riguroso ritmo de esas formas métricas. El cuarteto final utiliza las mismas formas y las otras del verso endecasílabo, las que se han extendido en la lírica castellana y que son sumamente conocidas.

Rapsodia Bárbara

POEMA

Introducción

La muchedumbre anónima de antepasados que todos llevamos en la estructura de nuestra sombra carnal bajo forma de imagen o de sueño, suele dibujar sus fronteras y contornos en algunos de nuestros actos. En éstos, los griegos volcaron el rígido fuego de la fatalidad, y los modernos renovaron las leyes del determinismo individual. También es indudable que para nuestros ojos, a medida que somos cultos y maduros, todos los individuos que nos constituyen y nos rodean, se van definiendo poco a poco dentro de ciertos tipos universales y raciales, y que éstos se enlazan a su vez con las cadenas de los antepasados, quienes vienen a exhibir de tiempo en tiempo, en nosotros, las lámparas de sus mitos.

Confieso lealmente que lo gauchesco no constituyó jamás, para mí, un tema central de reflexión y de estudio. Me entregué con alguna lucidez mental a otras especulaciones y sobre ellas aventuré hipótesis y hasta pensé dejar algo que me sobreviviera. Vale decir, que recorrí todos los jardines de la filosofía y de las letras, y hasta entré en la penumbra de las ciencias. Pasé años en grandes ciudades, en aulas, entre discípulos, maestros y libros. Recorrí países. En todos los casos, como norma constante, me entregué más bien a los griegos y renacentistas y modernos, y alterné las displicen-

tes amistades con las fórmulas, las rosas y los vinos. En las lejanías de mi espíritu vagaban, tanto como en la claridad de mi razón, las figuras reales y las abstracciones que en mis libros he mencionado e invocado. ¿Para qué citarlas de nuevo? Fuí, o creí ser, un devoto retardado e impaciente, de todo aquello que tuviera que ver con la Inteligencia. Y bien, ¿de dónde proviene entonces este renacimiento constante en mí, de númenes oscuros que me arrastran imperiosamente hacia la noche de sus selvas americanas? Quiero decir que, casi siempre, en la parte más íntima de lo vital y emocional, consagré un culto comprensivo y directo por lo gauchesco. Es que vengo directamente de gauchos por el lado de mi madre. Hay como doscientos años de militancia gaucha, selvática, errabunda, en las prolongaciones de mi ser hacia lo pasado.

He terminado por aceptar la creencia de que las experiencias dentro de lo gauchesco me vienen en la sangre. Siento profundamente todo lo relacionado con la existencia de los gauchos. Es indudable que muchas veces procuré ocultarlo, aunque le reservara las devociones íntimas. No tengo que hacer ningún esfuerzo para simpatizar con lo autóctono de estas regiones de América y no niego que entre los motivos salvajes noto también algunas intuiciones indígenas. Es que mis antepasados, antes de venir al Río de la Plata, vivieron en el Paraguay y en las provincias argentinas del litoral. Y allí los indios mezclados con los blancos, entraron en nuestras familias.

Nací y me crié en Melo y en los campos de Cerro Largo. Después volví muchas veces a aquellos lugares. Mis primeros recuerdos me iluminan gauchos y llanuras. Por la casa de mi abuelo, en donde vivíamos entonces, pasaron gauchos con divisas blancas y lanzas, que formaban parte de la revolución de 1897. Son las primeras imágenes que tengo del universo. Una tarde de invierno llegaron a casa, bajaron de

sus cabalgaduras, entraron a hablar con mi abuelo, me acariciaron de paso, y aun veo sus ponchos, sus rostros, sus sombreros con divisas, y oigo sus voces y sus espuelas.

¿Quiénes eran? ¿Qué descaban? Nada sé, ni averigüé; después supe que mis parientes estaban entre los revolucionarios. Podrían ser sus amigos. O ellos mismos; venían luchando, los perseguían, se fueron... Me parecen hombres jóvenes, altos, alegres, valientes... A su lado y después, sólo hay sombras. Más tarde pasé temporadas en Tacuarí, en el Rincón de los Coronel. Allí todo era gauchaje puro del siglo XIX.

Crecí bastante libre en el campo. ¿Por qué me llevaron? Lo ignoro, pero me hicieron ese regalo. Alterné con negros viejísimos, antiguos y esclavos, a quienes aun veo rengueando, picando tabaco en rama y fumando en chala. Viví entre las peonadas. Madrugaba para ir a las ruedas del fogón de la cocina o al corral, en donde me ofrecían jarros de leche y carne asada. El gaucho cuajó en mí su sobriedad, su destreza, su vigor, su arrogancia, su ternura. Ví domar, ví parar rodeo, ví enlazar y pialar, y degollar reses, y pisé y acaricié la sangre aun caliente que se amonedaba en coágulos al caer en el barro. Me interné y me perdí en los bosques cerrados de espinillos, y coronillas, tarumanes, del Tacuarí. Recuerdo viajes nocturnos, bajo la luna, para ir a pescar, a varias leguas de distancia de las casas. Una vez cuidé y curé un perro que fue atravesado por un toro, rompiéndole los pulmones y arrojándolo por los aires de un guampazo. Ví marcar, ví capar. Me ofrecieron los gauchos esos espectáculos en medio de los campos o en corrales de piedra. Junto a los fogones me entregaron los residuos viriles de los toros, las vísceras asadas entre las brasas, al lado de las calderas, los choclos y los costillares.

Sé que allí todos los seres eran fuertes y buenos; también eran blancos. Mi padrino era el mejor de todos, por su

apostura y generosidad, a pesar de que se emborrachaba. Se odiaba a los *salvajes*. Se adoraba a Diego Lamas y a Aparicio Saravia, que en mi imaginación parecían como hombres remotos y sobrenaturales. Escuché guitarras, con décimas de revoluciones, peleas y amores, en el amanecer e historias crudas de mujeres de los pluebleríos. Supe que el muchacho con el cual jugué fue degollado y que tal amigo cayó bajo el pelotón de fusilamiento.

Mis padres vivían en Melo, pero yo me fugaba y me iba con mis tías al campo. Allí vivía libremente, llenándome de esas crudas experiencias que después quise olvidar. Más tarde, pasé algún tiempo en otra estancia, más hacia el Brasil, en un lugar llamado Cañada de Santos.

Los años que permanecí en Cañada de Santos han sido los más felices de mi infancia. Gozaba de una gran libertad de acción en medio de espectáculos primitivos y grandiosos. Había con frecuencia movimientos de ganados; grandes tropas; rebaños, conjuntos de potros, cacerías en los pajonales de las islas, copiosas manadas de ñanduces y venados. Todo eso completado con un gauchaje noble y puro, mezcla de brasileños y uruguayos, peones, puesteros, enlazadores, domadores, troperos, milicos, que me ofrecían un amplio cariño y certeros cuidados. Yo era el hijo del patrón; pero me entregué a ellos, y ellos me querían y toleraban todos mis caprichos y audacias. En las madrugadas estaba con ellos en los fogones; por las mañanas me entreveraba en los rodeos y en los apartes de reses bravas. Siempre me dieron, para que yo utilizara, su caballo preferido, el lazo, las boleadoras, hasta el tabaco y el facón. A lo lejos, se veían paisajes del Brasil; sufrí su fascinación; de allí venían tesoros, tormentas, bandidos.

Entonces ví domar y enlazar con maestría suprema; en corral y en el campo libre, en llanuras o serranías. También aprendí canciones y tonadas gauchas, de amor y de guerra, o de intención traviesa. Aun recuerdo éstas:

*Muda la buena esperanza,
muda todo lo profundo.
Sepa usted que en este mundo
todo presienta mudanza.*

Este compuesto de ruda sabiduría terminaba repitiendo dos versos:

*Así como todos mudan,
que yo mude no es extraño.*

Estaba destinado a defender un cambio de amor, una inconstancia criolla.

También aprendí esta otra canción con una música melancólica y profunda:

*Sale el sol, sale la luna
y el lucero en su compañía.
¡Qué triste se queda un hombre
cuando una mujer lo engaña!*

Por último, cierto contenido burlón me traían otros versos:

*En la puerta de mi casa
hay un toro yaguané
con la jeta y con la trompa,
parecido con usted.*

O esta otra cuarteta, en la cual hay que repetir el último verso y sonreír:

*En la puerta de tu casa
un tejo de oro perdí.
Nadie con el tejo daba
y yo con el tejo dí.*

Puede decirse que experimentaba en toda su plenitud la atmósfera del gauchaje fronterizo que se extendió hasta los primeros años de este siglo. Viajé entre carreros, pasé noches enteras mirando las estrellas y nombrándolas, desde mi recaudo tendido en el pasto, junto a las mangueras llenas de novilladas que iban hacia el Brasil. Crucé ríos a nado, solo o en las ancas del potro de algún peón que acudió a socorrerme. Ciertas noches me ocurrió algo que hoy me parece de una poesía extraordinaria y que encierra hasta un resplandor simbólico. Después de un día de jornadas camperas, por la noche, al regresar a la estancia, me dominaba la fatiga y me quedaba dormido sobre el caballo. Dos peones de confianza se colocaban a mi lado, aproximaban las cabalgaduras, y así vigilaban mi sueño, durante horas, para impedir que me cayera. Yo me solía despertar, vacilaba un poco y reconocía lo que me rodeaba: el ruido del trote de los caballos, el olor a sudor, algún canto, los teros, el concierto infinito del universo. Caía de nuevo en el sueño. Así, hoy me entreveo en el recuerdo, como un niño dormido sobre el caballo, vigilado de cerca por dos gauchos emponchados, marchando a mi lado en la noche cerrada por las inmensas llanuras y por los siglos.

No quisiera insistir en detalles. Pero es indudable que una experiencia caudalosa de la vida del gaucho desfiló entonces por mis sentidos. Mi instrucción decayó mucho; apenas sabía leer y escribir. No me importaba gran cosa. Mis proyectos futuros, en mis salidas solitarias por el campo, consistían en continuar aquella manera de vivir. Conocí gauchos viejos que estuvieron en la Guerra Grande, Quinteros, en las revoluciones del 70. Venían a la estancia y yo conversaba con ellos. Aún me parece verlos, en su ancianidad pobres y musculosa, con sus historias y derrotas. Vi sus ranchos; las lanzas escondidas entre la quincha de las habitaciones; y sus miembros llenos de cicatrices. Oí hablar así de Ni-

co Coronel, del gran Dionisio Coronel, de Saravia, de Lamas, de Leandro Gómez, de Antonio Mena y Fortunato Jara. Conocí a algunos que estuvieron en Manantiales, Cerros Blancos, Arbolitos y Tres Arboles. También conocí contrabandistas y bandidos, que por la noche viajaban a rumbo, cortando alambrados y llegando a las casas a traer tabaco y caña, o a pedir auxilio para curarse alguna herida de bala. Todo esto enriquecido por mil detalles que no deseo evocar ahora, duró hasta la guerra civil de 1904, en que mis padres me llevaron a Melo.

En Melo, ya la vida mía cambió muchísimo. Con gran dolor pensaba en el campo y sólo soñaba con escaparme e irme a Tacuarí. Pero no pudo ser. La guerra civil se apoderó de mis preocupaciones. La familia de mi madre estaba totalmente del lado de los blancos. Tíos y primos, muchachos y hombres a quienes yo admiraba, andaban con los ejércitos de Saravia. Yo conocí a Saravia en su casa, antes de 1904. Anduve entre sus hombres de confianza, sus soldados íntimos, sus asistentes. Lo ví cruzar por las calles de Melo entre sus escuadrones, y llegó a mí un eco del poder de seducción y dominio que ejercía en todos los hombres. Le tuve una devoción muy grande.

Algunos parientes murieron o fueron heridos en las batallas sangrientas contra el gobierno de Batlle. Asistí también al desfile de los ejércitos rivales por las calles de Melo. Ví la miseria del gauchaje, los hombres melenudos y descalzos, con lanzas, carabinas, sables inmensos y divisas descoloridas por el polvo, la sangre y la lluvia. Como ocurre con los muchachos audaces de los pueblos, varios amigos nos metíamos en todas partes y conocíamos episodios inenarrables; luchas de lanceros, muertes heroicas, degüellos y saqueos bárbaros. Una vez vi entrar por las calles de Melo las carretas llenas de heridos de Tupambaé; más tarde las caballerías de Basilio Muñoz, con sus lanzas en alto, manchadas de sangre,

formando columnas interminables. Comprendí la fuerza y el heroísmo de aquellos muchachones algo mayores que yo, que siguieron detrás de Saravia hasta la muerte de éste, en Masoller. Por la noche, algunas veces nos entregábamos al terror colectivo, en la inminencia de la llegada de los colorados, con sus divisas rojas, sus uniformes y sus regimientos; con indios de fama terrible. Yo contemplaba todo sin distinción: amaba a unos, pero no temía conocer y entreverarme con los otros. Muchos jefes adversarios que sabían las actitudes de mi familia, me conversaban y buscaban bromear y discutir conmigo. Diversos lugares y nombres nacionales, en el comercio de mi padre se hicieron poderosos y legendarios: Fray Marcos, Paso del Parque, Galarza, y, por encima de todos, Saravia y Justino Muniz. A pesar de los obstáculos pude instruirme bastante en la escuela que se abrió en el invierno. Tanto que, al año siguiente, en 1905, después de una preparación sumaria en Montevideo, pude ingresar en la Universidad, hecho que me costó muy poco esfuerzo y que sorprendió y alegró a mis padres que deseaban alejarme del campo. Y así es que ya al final de la guerra empecé a actuar en Montevideo. El viaje de Melo a Nico Pérez se hizo en diligencia. Demoramos dos días, por caminos destrozados por la revolución. Yo hubiera deseado que el viaje durara un mes. Recorrimos los campos sin alambrados ni reses, desiertos, incultos, después de la guerra civil. La muerte de Saravia nos entristecía a todos. Muchos creían que no había muerto y que se hallaba en el Brasil, de donde volvería pronto. Vi numerosas cruces en el campo, pequeños cementerios entre Tupambaé y La Ternera. Más allá ranchos quemados, poblaciones en la miseria, algunos grupos de revolucionarios que regresaban a sus ranchos, con la ira y la derrota en sus rostros: preparando entre grandes gestos, la otra revolución, la que daría el triunfo al partido. En todo el recorrido del viaje se respiraba aún la atmósfera ruinosa de la guerra ci-

vil, pero desde un fondo gaucho, leal, noble, primitivo. Yo entré en ese ambiente con todos mis sentidos y lloré la muerte de Saravia en las posadas del caminos, que eran miserables cuartuchos de ranchos, en donde se agrupaban seres en derrota, pero siempre con esperanzas, aunque no supieran decir cuáles eran.

Pasé en medio de los desastres de aquella revolución y llegué a Montevideo. Aquí empecé una nueva vida. Entré en un colegio llamado pomposamente Víctor Hugo. Soporté las bromas de mis compañeros por culpa de mis aires de paisanito, estudié, leí, viví intensamente, fui a la Universidad de la calle Cerrito, al football, al teatro y a los conciertos. Tuve novias y amoríos dudosos. Perdí el tiempo en los cafés y las playas. Olvidé a los gauchos. Pero años después a causa de mi salud y porque mis estudios estaban algo descuidados, mis padres me enviaron otra vez a Cerro Largo.

Por ese tiempo ya me había alejado muchísimo de mis simpatías gauchas. Me invadían los conocimientos universitarios, las *ideas avanzadas*, las corrientes europeas. Leía toda la biblioteca Sempere y hasta conocía a algunos anarquistas y libertarios. Iba a las asambleas de obreros, tanto como a las del partido blanco. Devoraba cuanto libro y revista caía en mis manos. Pero en cierto momento me sentí enfermo y algo desordenado de propósitos; y mi conducta disgustó a mi padre. Este resolvió mandarme al campo; yo sufrí mucho al principio porque me había habituado a las tertulias de los cafés y billares, y también porque me había enamorado de una rubia del barrio de la Aguada y no quería separarme de ella. Pero no hubo más remedio que obedecer. Yo siempre le he dado mucha importancia a este vaje, en lo que se refiere a mi vida espiritual. Tenía quince años. Fui solo hasta Nico Pérez; allí tomé la diligencia. Iba sin otros viajeros. El mayoral era un hombre espléndido que me tomó simpatía. Viaja-

ba una mulata de Bagé, bastante guapa, y durante todo el viaje fué cantando aires brasileiros. Me marcó con mimos y caricias. No terminaba nunca. Me ofreció sonrisas y mermeladas; quería ¿en broma? que me fugara con ella al Brasil. Con el mayoral hice lo que se me ocurrió. Empezaron a reanimarse en mí las estampas borrosas de los gauchos. Me entrometí con el cuarteador de la diligencia, gusté caña en las postas, madrugamos y tomamos mate en rueda con negros y peones. Un viaje inolvidable. De Melo me llevaron al campo, cerca de Aceguá. Allí permanecí un tiempo, de nuevo entre la peonada de la estancia, chacareros, hombres grotescos y hermosos, mujeres, bailes, pulperías. Otra vez volví a la vida libre e intensa... Un peón apodado Piruca me condujo a los bailes en serie que se realizaban en los ranchos vecinales. Pasé noches enteras sin dormir, entre las parejas que bailaban polcas riograndenses con figuras y levantaban nubes de tierra en las salas, hasta ahogarme. Unas negras regaban el suelo con agua perfumada y unos mulatos semi borrachos formaban la orquesta de acordeones y guitarras. Recuerdo que tuve grandes éxitos, en los salones, en las carpas de las carreras y en las timbas. Lo único que me faltó fue pelear a facón o revólver. Regresábamos al amanecer a la estancia, secretamente, y allí me cuidaban y reconstituían.

Manejé armas, tuve aventuras, me olvidé de Montevideo y hubiera ido quien sabe a dónde si mi madre no me manda buscar urgentemente para meterme a medio pupilo en un colegio. Pero mientras estuve en el campo leí bastante. Había llevado libros; allí había empleados que tenían obras célebres. Y entonces fue como conocí la poesía gauchesca. Una vez, en Arroyo Malo, en la estancia de Collazo, nos agarró su temporal. Yo andaba de recorrida, visitando a mis conocidos y parientes, y tuve que permanecer unos días

en la estancia mencionada. Yo usaba bombacha, bota, espuelas, lazo. Una noche, llegó al galpón donde yo estaba entre los peones, un turco vendiendo mercancías. Estos turcos eran comerciantes ambulantes que ofrecían pañuelos, vestidos, chucherías, jabones y perfumes. Pero vendían algunos libros. Fue entonces que conocí el *Martín Fierro*, de Hernández. Compré, por unos centésimos, los dos tomos; en una edición con toscos grabados, en papel ordinario, con tapas azules y formato grande, como de revista. Creo que Rojas menciona y elogia esas ediciones populares. Así conocí el *Martín Fierro* (1). Lo leí de arriba abajo, aprendí versos, lo hice conocer a los peones. Los gauchos que aparecieron entonces en mi imaginación se agregaron a los que yo conocía directamente. Las llanuras fronterizas de mis correrías desembarcaron en las pampas argentinas. El *Martín Fierro* me causó una impresión grandísima. Poco tiempo después me encontré con los libros de Acevedo Díaz, en la casa de mis parientes. Leí *Ismael*, después leí todas las obras apasionadamente. Ismael Velarde y Cuaró fueron mis tipos ideales; yo soñaba con ellos, con repetir sus hazañas, con identificarme con su existir en alguna guerra imaginaria o en las llanuras de mi país. Me arrebataron entonces dos obras fundamentales de la literatura americana: el *Martín Fierro* y las novelas de Acevedo Díaz. En seguida me leí todo Javier de Viana, su *Gaucha*, su *Gurí*, su *Facundo Imperial*, sus comentarios, sus cuentos. Confieso que conocí en su casi totalidad y admiré con hondura la obra de Viana; lo quería, además, porque estuvo en el Quebracho y sirvió en la revolución de 1904. Fue en esa época, pues, que se realizó mi conocimien-

(1) En 1949, en Londres, volví a leer fragmentos del *Martín Fierro*, en una edición popular de esa época antigua. La encontré en la biblioteca de la Hudson House.

to con los escritores que mejor describieron la vida de nuestros gauchos. Entre tanto, bajo mis ojos, la fisonomía del campo había cambiado bastante. Llegó el ferrocarril a Melo. El medio rural se modificó: inmigrantes, agricultores, ganados finos, métodos modernos. Los gauchos se fueron extinguiendo. Las ideas y las indumentarias cambiaban, se operaron transformaciones importantísimas en los medios rurales y puebleros. Pasé una larga temporada en ese medio de transición y volví a Montevideo, trayéndome el trágico derrumbe de una época y el conocimiento de la obra de Hernández, de Acevedo Díaz y de Viana. En esta ciudad, al margen de los estudios, fuí a los cenáculos literarios y alterné con amigos que sufrieron cárcel por disturbios obreros. Recuerdo haberme acercado a la silueta de Florencio Sánchez en los cafés de la Plaza Independencia y en los teatros.

Proseguí y terminé estudios en Montevideo, entregándome a otras disciplinas y especializaciones que más o menos mis compatriotas conocen. La existencia de las plebes gauchas, de tiempo en tiempo, resurgía en mí como un débil resplandor o me tironeaba de adentro como una coyunda invisible. Conocí los gauchos teatrales de Florencio Sánchez y de Ernesto Herrera. Frecuenté después las obras de los maestros argentinos del siglo anterior: Hilario Ascasubi, siempre José Hernández, Estanislao del Campo, Ricardo Gutiérrez. Me gustaron muchísimo, más tarde, las décimas de *Santos Vega*, de Rafael Obligado. Confieso que también me atrajeron los versos de Bartolomé Hidalgo y las décimas de Regules. Leí muchas veces el *Facundo* y el *Segundo Sombra* después, con pasión tremenda. Me interesó la historia de los caudillos argentinos, desde Ramírez a Urquiza. Me encantaba tener por bisabuelo a un caudillo como Dionisio Coro-

nel (1) y que éste hubiera estado en Quinteros, para salvar gente prisionera, y que hubiera muerto en pleno combate y que sus descendientes hayan luchado hasta morir entre los gauchos de nuestras revoluciones. Me entregué, en los últimos tiempos, con goce muy vivo, en horas libres, a las narraciones de Hudson y Espínola, a algunas poesías de Trelles, y a las Crónicas de Zavala Muniz.

A veces, hasta llegué a encontrar cierto gusto en presenciar las trivialidades gauchas de los pericones en el teatro y en las fiestas escolares. Al mismo tiempo he sentido nacer en mí un profundo amor por los niños del campo, a quienes he conocido en los rancharíos y en las escuelas y colonias de vacaciones de mi país.

He olvidado numerosos discursos, fiestas con lujosas danzas y cantos de las escuelas; pero jamás olvidaré unos exámenes de fin de año en los ranchos de Cerro Largo y Treinta y Tres. En modo especial, aquellas circunstancias en que oí cantar el himno nacional, dirigido y acompañado por un simpático guitarrero gaucho, hermano del poeta Ipuche. Y la misma canción patria que oí después en el Chuy, con acompañamiento de acordeón, que manéjaba un lindo gaucho, marido de la maestra, sentado en la tierra.

No he necesitado hacer ostentaciones de gauchismo en las ciudades para sentir en lo más íntimo los misterios y las armonías del alma del gaucho. Todo ese sedimento aureolado de penumbras coexiste en mí, sin alterar otras actividades a las cuales me entregué totalmente. Creo que muchas personas se extrañarán de estas confesiones; puesto que me juzgan a través de otras formas de existir diametralmente opuestas.

(1) Dionisio Coronel, es el único blanco y el único gaucho que hay en nuestro Panteón Nacional.

Debo agregar que no he sido nunca un especialista en literatura gauchesca. Más allá de las situaciones personales enunciadas y de las innumerables simpatías que me atraen hacia el abismo del alma gaucha, no he realizado estudios, ni investigaciones, ni trabajos, sobre los poetas gauchescos. Los he leído varias veces, como entretenimiento, por curiosidad y atracción, rebasando lo consciente, y he seguido alertamente los episodios y las aventuras, y he conservado bien nítidas, las imágenes vivas de lo que en las obras leí, de lo que soñé ser, de lo que oí a mi alrededor y en mi sangre y de lo que comprendí. Guardo una imagen poética en mi interior, sumamente delicada, que coincide con la del Santos Vega, a través del poema de Obligado; la conservo con más nitidez que la del Martín Fierro. No podría explicar por qué ocurre eso en mí. También persisten representaciones alrededor del Ismael Velarde, de Acevedo Díaz. Creo que no son del todo gauchescas, pero coinciden con un modo de ser que me subyugó. También respeto y reverencio, los dichos, las actitudes, las tragedias de los viejos gauchos de Florencio Sánchez y de Javier de Viana. A pesar de que me tocó vivir entre la agonía y la decadencia de los caudillos, el estremecimiento áspero del alma gaucha se ha ido modelando en figuras esculturales y estéticas en mí. En ellas, he percibido los latidos directos de la tierra americana, la vibración de la vida elemental y oculta de los hombres arrojados en el estuario de la naturaleza y las ansias metafísicas universales de la criatura pensante. Muchos pasajes de Hudson, de *Tierra Purpúrea*, los recuerdos de la infancia del mismo autor, retratan perfiles gauchos que me conmueven como obras maestras. He recorrido con gusto nuestra campaña y he visitado los ranchos de los últimos restos del gauchaje. En nuestro Uruguay, creo que éste culminó en el siglo XIX, desde Artigas hasta Aparicio Saravia, después de unos siglos

de elaboración bajo la colonia. Pobreza, lucha, sufrimiento y heroísmo. No niego que Rivera me es profundamente simpático, por ejemplo, a pesar de que siento un cierto orgullo de pertenecer a una estirpe modesta de gauchos que luchó contra aquel caudillo. Por último, llenos están mis ojos de pampa argentina y de lomas de Entre Ríos.

Las formas musicales y poéticas americanas, relacionadas con el gauchaje me conmueven secretamente. La vidalita, por ejemplo, cantada en el atardecer, en la orilla de los pueblos, detuvo más de una vez mis paseos y reflexiones, lo mismo que el grito del chajá o el canto de la calandria. La guitarra, en manos de un mal gaucho, al expresar los estilos y las décimas y los compuestos, aunque sean elementales y torpes, me interesan más allá de lo confesable. Por ello, cuando voy a los pueblos del interior, me gusta sorprender de noche los cantos de los payadores arrabaleros que aún quedan entre el vaho de las pulperías. Pero jamás me guían propósitos de estudio, grabación, crítica, en estos actos; solamente espero recoger en las expresiones impuras del arte nativo, algo así como el aroma de una de esas ordinarias flores silvestres que otras veces suelo arrancar y estrujar en mis manos, durante mis paseos por los bosques y campos de mi patria.

Debo confesar que no he ahondado lo suficiente en los estudios sobre la poesía gauchesca. Sólo fragmentariamente he leído a Rojas, Tiscornia, Leumann, Martínez Estrada, Lugones y otros. Cualquier profesor de Liceo sabe más que yo. Los comentarios y las anotaciones fatigan y aburren al gaucho rudimentario que llevo adentro.

Me atraen, en cambio, las obras originales, los episodios, los panoramas, las situaciones, pero las críticas y explicaciones me molestan. A pesar de ello recuerdo con admiración *El Payador*, de Lugones y partes del libro de Rojas

sobre lo gauchesco. Me intereso siempre por los enfoques de Borges, cuyas salvedades comparto muchas veces. Huyó, sin saber por qué, de los folkloristas; que me perdonen. Pero es bueno saber también, que no les concedo a las obras principales que he leído, el carácter de garndiosidad y de epopeya que se les ha querido dar, aunque declaro que me atraen, me gustan, me arastran en el movimiento de los sucesos y los héroes y en la descripción de los ambientes. No puedo evitar que una gran zona de mi vida emocional y oculta se confunda con el contenido irregular, primitivo, ingenuo y bárbaro de las narraciones gauchescas, en verso y en prosa. En ellas sorprende una verdad y por lo mismo son respetables.

Y eso es suficiente para que las comprenda y las ame, sean grandes o insignificantes, tocadas por la inspiración o paupérrimas.

RAPSODIA BARBARA

NOTICIA

El 11 de abril de 1870, al anochecer de un lluvioso jueves santo, fue asesinado en el castillo de San José, de Concepción del Uruguay, el Capitán General de la República Argentina, D. Justo José de Urquiza, vencedor del tirano Rosas, reorganizador de su patria y una de las figuras históricas más extraordinarias del Río de la Plata. Marchaba al frente del grupo de emponchados que asaltó la casa del General Urquiza, un antiguo servidor de éste llamado Nico Coronel, gaucho natural del departamento de Cerro Largo, y perteneciente a una antigua familia de guerreros del Uruguay.

RAPSODIA BÁRBARA

I

Demén la guitarra,
vidalítá,
y paso adelante,
que uno de mi sangre
vidalítá,
quiere que lo cante.

Sobre la guitarra
vidalítá,
ponganmé una flor.
Yo canto sin ciencia,
vidalítá.
Soy el payador.

Fue de Cerro Largo,
vidalítá,
Nico Coronel.
No hubo quebracho
vidalítá,
más membrudo que él.

Creció en los fogones
vidalítá,
junto a los matreros.
Recorrió tres patrias
vidalítá,
siempre entre lanceros. (1)

Fue gaucho de trovas
vidalítá,
y hasta domador.
Lástima que el mozo
vidalítá,
fuera saltiador!

Vivió entre los gauchos
vidalítá,
desde aquí hasta el Ande.
Luchó en diez revueltas
vidalítá,
desde el Sitio Grande. (2)

Con gente de Oribe
vidalítá,
y de Lavalleja,
con flores de ceibo
vidalítá,
detrás de la oreja.

En olas purpúreas
vidalítá,
las grandes patriadas.
Las blancas divisas,
vidalítá,
y las coloradas.

Y así lo contemplo
vidalítá,
libre sobre el llano.
Sombrero en la nuca,
vidalítá,
guitarra en la mano.

Fue rubio y hermoso,
vidalítá,
fue gallardo y fuerte,
estaba en su sangre,
vidalítá,
tentar a la muerte.

*Fue un gaucho muy lindo
vidalítá
de azulados ojos.
Chiripá era el suyo,
vidalítá,
con listones rojos.*

II

Vuelve en mi guitarra
vidalítá,
Nico Coronel.
Lo llevo en mi sangre
vidalítá,
no puedo con él.

—*Si estoy en tu sangre,
vidalítá,
me hacés esta ofrenda:
que en el canto tuyo
vidalítá,
quede mi leyenda!*

De noche en la pampa,
vidalítá,
yo oí ese lamento.
Hasta mi guitarra
vidalítá,
me lo trajo el viento!

Los tiempos futuros
vidalítá,
y el tiempo anterior,
yo traigo en mis labios
vidalítá,
—¡Soy el payador!

Dentro de los astros
vidalítá,
va la claridad.
Dentro de los cantos
vidalítá,
va la eternidad.

Un gran dos de dioses
vidalítá,
me hicieron a mí:
vivir otros tiempos,
vidalítá,
¡Mil tiempos viví!

Los sucesos canto
vidalítá,
bien tal como fueron.
¡Yo no invento historias;
vidalítá,
mis ojos las vieron!

III

Como trova arcaica, con palabra fiel,
volverá en mis cantos Nico Coronel!

Contaré la hazaña que entonces vi yo,
cuando en Entre Ríos a Urquiza mató.

Urquiza fue un tigre que hizo grandes cosas
pero fue famoso al vencer a Rosas.

Después de Caseros gobernó a su gusto.
Las provincias feudos eran de Don Justo.

Por muchos estíos, no recuerdo cuántos,
Nico sirvió a Urquiza: fue uno de tantos.

Lo llevó ante Urquiza don Lucas Moreno.
Le dijo: protéjalo, que es un gaucho bueno.

Y triunfó el cachorro: la esbelta estatura, (3)
los ojos celestes, la mano segura!

Inspiró confianza Nico Coronel.
Como cuadra a un gaucho fue valiente y fiel.

Para el entrevero, la boliada, el pial,
siempre estaba pronto aquel oriental. (4)

*Fue un gaucho muy lindo,
vidalita,
de azulados ojos.
Chiripá era el suyo
vidalita,
con malvones rojos.*

IV

Hasta que en mal trance, vino la ocasión (5)
que Urquiza ofendiera y humillara al peón.

—*Vas a Buenos Aires, cuando aclare el día.
—Llevarás mil reses de la hacienda mía.*

—*General, disculpe, yo no puedo ir.
—Mi mujer tá enferma, se me va a morir...*

—*No arriesgue su suerte por una mujer.
—Cuando Urquiza ordena, hay que obedecer.*

—*Cumpla bien mi orden, quítese esa pena.
—Quien recula es maula, cuando Urquiza ordena.*

Y cortó ese diálogo con agria bravura:
—*Si ella está enferma, usted no la cura!*

Y ante otros gauchos le mostró el palenque,
y como un relámpago levantó el rebenque.

Y clavó en el gaucho la mirada incierta,
como en los degüellos, como en India Muerta. (6)

¡Fulgur misterioso de aquella mirada!
Nico la contuvo con la frente alzada.

—*Vas mañana mismo; es la orden mía.
—Gumbo a Buenos Aires, cuando aclare el día.*

Lleno de presagios Nico obedeció!
Y a trescientas leguas con tropa marchó.

*Fue un gaucho muy lindo,
vidalita,
de azulados ojos.
Chiripá era el suyo
vidalita,
con bordados rojos.*

V

Perdióse tres meses tropiando en los vientos.
Pensaba en sus ranchos sólo por momentos.

Yo me lo imagino en ruedo poblano,
guitarra con cintas, facón en la mano.

Volvió a ser el héroe, el libre, el tahir,
y enfrentó al gauchaje de la pampa sur.

Al volver al pago, ya Nico era otro,
el cinto con libras, reluciente el potro.

Al volver al pago vió su mala suerte,
que a su compañera la llevó la muerte.

También murió el hijo, murió la esperanza.
Nico oyó a los pumas y juró venganza.

—*Deshecha mi casa, sólo ante el gauchaje.
—¿Qué me queda entonces? —¡Tengo mi coraje!..*

—Como todo gaucho, amé a mi mujer,
—más que a las llanuras, más que al propio ser!

Como el agua turbia de una zanja estrecha,
en el pobre gaucho creció la sospecha.

Al gigante Urquiza, que era el protector,
lo culpó de todo, le tomó rencor.

—Dueño de los hombres, dueño de Entre Ríos,
dueño de las pampas, ¿Dónde están los míos?

VI

Como un barro impuro
vidalítá,
cayó lentamente,
la noche absoluta,
vidalítá,
en la hermosa frente!

La fuga en los bosques,
vidalítá,
los celos de horror!
Las fieras con odios,
vidalítá,
y gritos de amor!

Yo no culpo a nadie
vidalítá,
¡Esta es la verdad!
¡Guía al pobre gaucho
vidalítá,
la fatalidad!

Yo las cosas canto
vidalítá,
bien tal como fueron.
Yo no invento historias,
vidalítá,
mis ojos las vieron!

Nico fue a Corrientes,
vidalítá,
robó un alazán,
y se unió a la indiada,
vidalítá,
de López Jordán. (7)

Volvió con las sombras,
vidalítá,
de tarde lobuna,
entre correntinos
vidalítá,
y un tal Pardo Luna.

*Fue un gaucho muy lindo
vidalítá,
de azulados ojos.
Chiripá era el suyo
vidalítá,
con facones rojos!*

VII

Urquiza era un ídolo, glorioso y terrible,
Contaban las mentas que era invencible.

Dueño de los hombres, así gobernaba.
Dueño de las pampas, ¿quién se le animaba?

Urquiza vivía con muchos soldados.
Nico entró en la estancia con doce emponchados.

Dispersó a la guardia que quiso atajarlo.
—¿En dónde está Urquiza, que vengo a matarlo?

Entraron los gauchos en horda sombría.
Los peleó Urquiza con gran valentía.

Peleó con sus hijos frente a los indiazos.
Sangre en los puñales; gritos y ponchazos!

Nico, frente a Urquiza, se cuadró altanero,
y creció su estampa sobre el entrevero.

Nimbado de infamia, de luz y de escoria,
el hermoso gaucho entraba en la historia!

¡Digan si este gaucho no se inmortaliza!
¡Hay que ser muy hombre para entrarle a Urquiza!

Fue hacia el caudillo y lo acorraló,
y con mano bárbara a Urquiza mató.

En gloria, en fracaso, bronce o robledal,
en rayo y en toro, hundió su puñal.

Pensando en su dama pronunció su nombre.
¡Dios perdone al gaucho que mató al gran hombre!

Lo saben los pumas, nadie les va a creer,
que dió muerte a Urquiza por una mujer.

Por ahí se agranda su acción inaudita.
Les roba a los mitos la fuerza infinita.

Como cuerpo y sombra, Nico y Luna irán,
entre los lanceros de López Jordán.

Nico entre las selvas buscará guarida.
Con garras de tigre defendió su vida.

Después, por un tiempo, siguió en la tormenta:
las guerras civiles del año setenta.

Siguió en la tormenta, cayó en el tropel,
junto a José Hernández, Nico Coronel. (8)

*Fue un gaucho muy lindo
vidalita,
de azulados ojos.
Chiripá era el suyo,
vidalita,
con manchones rojos!*

VIII

Tropas entrerrianas
vidalita,
me lo persiguieron.
Tan sólo jaguares,
vidalita,
amparo le dieron.

Probó varias veces
vidalita,
que era hermoso y fuerte.
Quisieron matarlo,
vidalita.
Luchó hasta dar muerte.

Le dieron sus selvas,
vidalítá,
tres ríos caudales. (9)
Le alumbraron rumbos
vidalítá,
los ritmos astrales.

Pues no tuvo amigos;
vidalítá,
de noche viajaba.
Y al fin, lo negaron,
vidalítá.
¡Ni se le nombraba! (10)

Un signo de muerte,
vidalítá,
vió en su frente escrito.
¡Fue un jaguar sin hembra!
vidalítá,
¡Fue un gaucho maldito!

Lo miro ir errante,
vidalítá,
solo por el llano.
Sombrero en la nuca,
vidalítá,
facón en la mano.

Qué claro el lucero,
vidalítá,
puro el Universo!
Lindas las serpientes,
vidalítá,
¡Sólo él perverso!

IX

Un gran don los dioses,
vidalítá,
me hicieron a mí.
Vivir otras vidas,
vidalítá,
mil vidas viví!

Dentro de los astros
vidalítá,
va la claridad.
Dentro de los gauchos
vidalítá,
la fatalidad.

De noche en la pampa,
vidalítá,
Yo oí este lamento.
Hasta mi guitarra
vidalítá,
me lo trajo el viento!

Cualquiera de ustedes
vidalítá,
cantará mejor.
Yo canto sin ciencia
vidalítá,
¡Soy el Payador!

X

Yo no ofendo a nadie
vidalítá,

sepa bien la gente,
que Urquiza fue grande,
vidalítá,
y Nico valiente!

Yo sé que algún tiempo,
vidalítá,
de aquel trance amargo,
por ver a la madre,
vidalítá,
volvió a Cerro Largo. (11)

Y se hundió en la selva,
vidalítá,
como un alarido.
Lo borró el pampero,
vidalítá,
pero no el olvido. (12)

Quedó en mi guitarra,
vidalítá,
su alma suspensa.
Me trae en las noches,
vidalítá,
su tragedia inmensa.

Me trae su recuerdo,
vidalítá,
belleza inhumana.
Mi canto ilumine
vidalítá,
su noche esquiliana!

XI

Se agrandó mi gaucho,
vidalítá,
Ya no es el maldito.
Vive en mi guitarra
vidalítá,
bello como un mito! (13)

Nadie a un gaucho ofenda,
vidalítá,
tratelo derecho.
Porque en cualquier gaucho
vidalítá,
Nico está en acecho.

*Fue un gaucho muy lindo,
vidalítá,
de azulados ojos.
Chiripá era el suyo
vidalítá,
con malvones rojos!*

Dicen que no ha muerto
vidalítá,
Nico Coronel.
¡ Cuando anden con gauchos,
vidalítá,
cuidado con él!

NOTAS

- (1) En el Uruguay, el Brasil y la Argentina se desarrollaron las hazañas gauchescas de Nico Coronel.
- (2) Al final de la Guerra Grande, en las serranías fronterizas del Brasil, empezó a destacarse el gaucho de estas rapsodias. Viajó largamente después por las provincias argentinas y el Estado de Río Grande (Brasil).
- (3) Los detalles del poema se conservan entre antiguas tradiciones familiares. Don Lucas Moreno fue un noble personaje del departamento de Colonia, muy amigo y compadre de Urquiza.
- (4) Los historiadores en general y las tradiciones entrerrianas, atribuyen la intervención de Nico Coronel en el asesinato de Urquiza a otros móviles, todos absurdos: soborno, o traición, o instintos de asesino. En la visita que hice hace años al palacio de San José, oí numerosas narraciones, todas coincidentes en que Nico actuó como un malfechor y bandolero, siendo él guía y uno de los principales protagonistas del terrible acontecimiento.
- (5) Durante muchos años sirvió a Urquiza con fidelidad. Hay que pensar en qué ambientes y tiempos se vivía y de qué hombres se trataba. Administró una de sus estancias y se dice que Urquiza le apadrinó un hijo. Cuéntase que cuando al gran guerrero le anunciaron que emponchados entraban en su residencia y se dirigían hacia él para atacarlo, circuló el rumor de que entre ellos venía Nico. —¡No puede ser!— dicen que contestó Urquiza. Era pues, lo que se llamaba un peón de confianza y así había actuado durante largo período; como un gaucho trabajador y como un brazo seguro. En cuanto al hecho del once de abril, las versiones más populares entre los uruguayos afirmaban que Nico fue el primero que atacó a Urquiza. Pero existen otras narraciones, como ser la del Coronel Carlos Anderson, que no le asignan el papel de Jefe o Capitán del atentado.
- (6) Se refiere a la Batalla de India Muerta (Uruguay), en donde fueron degollados cientos de prisioneros en presencia de Urquiza.
- (7) Se afirmaba que Ricardo López Jordán, movido por sentimientos personales con Urquiza se aprovechó de Nico y algunos otros gauchos para asaltar la estancia de San José, y aprisionar al General o asesinarlo con fines políticos. Era la versión considerada como más verosímil de ciertas luchas que dieron lugar a una conspiración dentro del caudillaje de las Provincias Argentinas del Litoral. Con todo, la Revolución de López Jordán y el asesinato de Urquiza, constituyen uno de los temas más oscuros de la historia argentina.
- (8) Está demostrado, que José Hernández, antes de escribir el Martín Fierro, intervino en la revuelta de López Jordán, siguiéndolo hasta la derrota de Ñaembé, (26 de enero de 1871), después de la cual huyó al Brasil. Ruta parecida siguió Nico Coronel.
- (9) El Paraná, el Uruguay y el Paraguay.
- (10) Todos los cronistas confirman este repudio general que se levantó contra Nico Coronel. Fue un gaucho maldito. En la Revolución de Aparicio, en el Uruguay, (1870), lo rechazaron y condenaron sus parientes, así como los Jefes superiores y correligionarios. El general Angel Muniz, que estaba emparentado con los Coronel, lo hizo retirar del ejército revolucionario, porque su presencia comprometía el prestigio de las tropas. Después vivió algunos años peleando, defendiéndose con un prestigio siniestro y fascinante, hasta que desapareció.
- (11) ¿Dónde fue a morir? De Río Grande habría pasado a Cerro Largo, por Aceguá para ver a su madre. Después huyó y no se supo más de él. Se cree que murió en el Brasil y que sus restos están en Quarahí.
- (12) Desde muy joven oí hablar de Nico Coronel, durante mis permanencias en campos y estancias que van de Tacuarí hasta Aceguá, en el departamento de Cerro Largo. En las veladas de los fogones siempre se le representaba como gaucho malo, pero valiente y hermoso, que actuó perseguido por una fatalidad inferior. Perteneciendo a una familia histórica con actuación en las guerras de la Independencia y en las civiles del Uruguay y siendo todos los Coronel guerreros humanitarios y honrados, la leyenda

de Nico más bien tendía a ser presentada como un vergonzoso acontecimiento que merecía el repudio y el olvido absoluto. Persiguiendo su sombra visité una tarde de abril el palacio de Urquiza en Concepción del Uruguay. Allí se me presentó la imagen de Nico Coronel con todo su salvajismo y valentía condenable. El escenario de la tragedia del 11 de abril de 1870, le daba sorprendente grandiosidad, pero nunca imaginé que esa figura brutal, aunque simpática para mí, fuera digna de un poema. Sin embargo, en el invierno de 1946, al atravesar las pampas del sur, durante dos días enteros contemplando las desoladas llanuras, no sé por qué revivieron las tragedias gauchas dormidas en cierta isla impura de mi ser, y entonces empecé a componer esta rapsodia bárbara, como sin querer, sobre una tonada elemental de vidalita, a modo de algo que no parece tener ninguna justificación, ni importancia.

- (13) El historiador don José María Fernández Saldaña, termina su crónica condenatoria de Nico Coronel en su "Diccionario uruguayo de biografías", con este retrato. "Era Nico Coronel hombre tratado y leído. Escribía y firmaba siempre con el diminutivo portugués de Nico. Su melena casi rubia, su barba corta, rala y sedosa, sus claros ojos y el color claro de su piel, le daban cierto aspecto de inglés o de mestizo nórdico cuando menos. Hombre hermoso y arrogante, tenía sin embargo por testimonio de quien lo conoció de cerca, algo de siniestro como la belleza de Belial". El historiador entrerriano Martiniano Leguizamón, que pudo conocerlo de cerca, lo describe así: "Tenía ese rostro pálido y macilento con que suelen representar a los nazarenos; el bigote fino, la barba espesa y larga, y la cabellera enrulada que, echada hacia atrás, caía sin gracia sobre los hombros. Los ojos pequeños, como dos piedras duras miraban desde el fondo de las cuencas hondas, con ese brillo frío del ojo de la víbora, causando inquietud. Vestía una blusa obscura, amplia bombacha de merino y un chambergo de felpa volcada hacia adelante, como para ocultar la mirada recelosa. Llevaba altas botas granaderas, calzadas con espuelas de plata, y en la mano un pesado arreador de larga azotera trenzada. Ceñía a la cintura un tirador tachonado con monedas de plata y rosetas de oro, del que sobresalía, atravesado sobre los riñones, la empuñadura del facón".

Endiosamiento del Instante

NUEVOS POEMAS

1966

ENDIOSAMIENTO DEL INSTANTE

I

¿Y este aroma sensual de infinitud,
con que creo endiosarme?

Y este desasimiento
de todas las esferas de equívoco vuelo,
que hoy intento unir?

¿Y esta gratuita ganancia,
y revelación

la alegoría móvil de lo eterno
con el resalto de los mitos previsibles
que están en todo verso?

¿Por qué espero oprimir

con mi mano,
como si fuera un pájaro ciego
este instante perfecto y rotundo,
que es lo único en donde lo eterno vive?

II

Mi corazón empieza ya a embriargarse
tan sólo en claridades
instantáneas de amor o de belleza.

Adios a los ídolos que se han muerto
porque eran sólo hipóstasis del tiempo.
Que las palabras se envanezcan entre ellas,
que las larvas se honren entre ellas,
que los báratros se enaltezcan mutuamente,
pero que los hombres no endiosen a los muertos,
y los dioses no entierren a los hombres.

III

Que en la mente,
las serpientes que silben le respondan
a algún Dios que nosotros nunca oiremos.
sacuda el árbol del misterio
y haga llover estrellas fugaces en las gárgolas
desnudas del cuerpo.

Que la Belleza
no baje de las lámparas nevadas
y sí ascienda en el corazón de los humanos.
Que todo exista sin que nada muera.
Que pórticos se elevan desde el mito,
la ira y el sollozo,
y que al fin los hombres
engendren sólo hijos deificables.

IV

Con el fin de endiosarlos
hoy no quiero cumplir mi alabanza de tinieblas.
¿Y el aroma sensual de infinitud
que un tajo de luz me abre hacia adelante?
¿Me embriaga?

—No

No pongo ningún cuidado
en lo que fue y no existe.

¡ Adiós!

No iré jamás a llevar ofrendas con vosotros
a las máscaras
de dioses sin contorno que se han ido.
Menos iré a insistir en el simulacro despreciable
de adorar a los muertos
que endiosan a los muertos

V

Que este aroma sensual de infinitud
sea para mí lo que dicen que es la usura
inmortal.
Sea para mí el instante con lo eterno
adentro,
sea para mí el relámpago que ahora empiece
y no agonice.

Sea para mí, en el Espíritu,
sólo la promesa deslumbrante del éxtasis.
¿Los frutos de las posibilidades sin término,
como luciérnagas en un ojo nocturno

irradian,

y me traerán la mínima
partícula errabunda
que en la materia
un día,
comenzó como un germen
dotado de sentido inteligible?
¿Por qué aún espero,
con la mano abierta tendida
para algo apresar?
¿Un pájaro ciego,
ha de venir taladrante hacia mí,
para darme ese instante perfecto y rotundo,
que es lo único
en donde lo eterno vive,
y no se anuncia ni se entrega?

SABER DE SI MISMO

I

Mírase en el agua el hombre
buscando allí el testimonio
de su rostro.

¿Es que el rostro proviene de algún Dios?
¿Esa firme mirada que lo escuda
con fuerzas infinitas
es copia de algún ojo que al mirar
eternidades cumple?

¿Ese rostro, en un lago que refleja
la voluble belleza de los orbes,
entre el morir de los demás vivientes,
sólo es obra del agua?

¿Y el niño,
y el anciano, tan distintos,
que alternan en el hombre
son un mismo arquetipo de lo eterno,
que el fluir de un universo reflejado
repite entre sus olas?

II

También mírase
en Dios el hombre,
buscando allí el testimonio
de su rostro.
¿De quién es copia ese mirar pensante,
el divagar sin límites
frente al misterio,
de esta tiniebla errante que es mi cuerpo?

¿Este rostro que observo destruirse
sin cesar,
en el Dios o en el agua en que me miro,
es una copia
del humo,
de la piedra,
o de la inmortal idea
que de mí mismo tengo?

¿Más le debe
a los mitos groseros de la especie
que a la gran jerarquía de la hoguera
que un Dios hizo bajar hasta mi frente?

III

¿Esta imagen
que observo entre las aguas
de mi yo,
es el rostro
de los antepasados, nada más?
¿Y de quién es la otra imagen,
que es mi orgullo,
y me sigue con su máscara
en los espejos, en los libros,
en los deleites,
en el morirme?
¿Por fin
mírase el hombre
en su muerte,
hallando en ella el testimonio
de su propio rostro,
ahora todo lleno de hermosuras?

PARAISO SIEMPRE PERDIDO

I

He ahí la aurora. Toda hermosura,
arde en sus llamas de pureza.
Muestra el cielo la luz más pura

en la incorruptible belleza.
El universo recién creado
ofrece la gloria sin medida.

II

En cada granada madura,
cual si fuera algo sagrado
hay una paloma dormida.
¿Es mi Vida?

III

El ocaso es un gris pensamiento
de sombras que han descendido.
Sin la fe y el sentimiento
el hombre huye perdido.
Los frutos de ceniza oscura
muestra el Árbol de la Vida
y el oprobio y el tormento
lleva el hombre en ciega huída,
condenado a su impura suerte.

IV

En cada granada entreabierta,
hechizo o purpúreo pecado,
hay una serpiente despierta.
¿Es mi Muerte?

EL ANGEL DEL MERIDIANO

En Chartres

la Catedral, perdura en los tiempos
por que el Ángel del Cuadrante
la defiende.

Los siglos pasan,

las piedras serán de polvo,
pero el Angel del Tiempo permanece inalterable
en el ángulo exterior

de la Catedral
sosteniendo su cuadrante
sobre el pecho

en donde caen

las flechas de las horas,
enhebradas en la luz del sol,
quebrándose
y transformándose en sombra,
en el inmutable escudo del angélico ídolo.

Abierto como un abanico
sobre el pecho del ángel que sonrío apenas,
el cuadrante solar,

cubriéndoles el corazón,
es la armadura de la eternidad
mientras enumera los minutos y los siglos
que se convierten en números de vida humana,
y después resbalan

y caen desde la piedra
como la luz, la lluvia

y la misma muerte.

El ángel prefirió quedarse a la intemperie,

para estar al lado de los hombres
y su cabeza rizada asoma siempre
sobre el cuadrante,
como un pálido sol, sin ocultarse nunca.

La vestidura del Angel del Tiempo
cubre su delgadísimo cuerpo
por debajo del pesado cuadrante de piedra,
y aquella túnica de pliegues suavísimos,
está toda tejida por las piadosas miradas
y los suspiros

de miles de hombres como yo,
que se han quedado inmóviles
contemplando el milagro
bajo sol, lluvia y nieve.

El, naturalmente, con levedad y gracia,
de pie,

sostiene por sí solo en los siglos
la estructura de toda la Catedral
y del mismo universo diurno y nocturno.
De ese modo subsistirán también
en la eternidad,

y en la belleza del instante,
los mortales ojos míos, que lo miran y se van

EL CASTILLO EXTERIOR

Yo sé que existe un Castillo Exterior
que Dios nos lo ofrece espontáneamente,
y que todos descubrimos un día poco a poco

después de nuestro nacimiento,
y del cual nunca hemos de salir
mientras tengamos vida.

El Castillo Exterior siempre alabado y olvidado
construido por el sol,

la luna
las auroras y las noches,
y que sin términos multiplica
su hermosura,
adornándose con jardines colgantes
y con espacios y tiempos,
que se desprenden
de nuestros ojos.

¿Para qué alabar tan ardientemente
el otro,

el Castillo Interior
que alumbra en lo oscuro
de nuestra alma
y que no hemos de habitar nunca?
Tan sólo nos traza el camino
de nuestra perfección mística.

El Castillo Exterior que yo alabo
y prefiero ahora
es este universo en donde estamos
arrojados, sin haberlo pedido,
y que no se agotará nunca
hasta el día en que de golpe,
se nos derrumbe sobre los sentidos
en forma de tiniebla
y ya no seamos más
criaturas de este mundo.

La heredad irrenunciable de nuestro amor
y nuestro dolor,

el universo pristino, directo,
resplandeciente todas las mañanas,
y eternamente nuevo todos los días,
es el más bello regalo de todos,
porque es la creación
natural de Dios,
que lo levantó en sólo seis días.

Libre de pecado
es la afirmación constante
de la divinidad,
que se da sin velos ni máscaras,
tanto a los ojos del animal
como del niño.

¿Y el otro? ¿El Castillo Interior?
Es sólo obra de la imaginación del hombre,
de su temor o su esperanza,
y se fundamenta en los tormentos
de nuestra pobre alma.

Después de todo, cuando más,
es una copia bellísima, pero imperfecta,
una creación de la inteligencia del hombre
y nada más.

¿Una arquitectura o enfermedad sublime del espíritu?

El Castillo Exterior en cambio
es el milagro total de lo creado
y lo gozan los hombres,
y ellos lo acatan, y disfrutan y habitan,

mientras existen
 en comunión ignorada e íntima
con los animales mientras respiran,
las plantas mientras están de pie,
y el sol y las estrellas mientras alumbran.
¡Algún otro
 podrá superar ese castillo,
 cuyas formas admira con los ojos
y acaricia con las manos
este mísero montón de polvo que represento?

CAMPANA DEL OCÉANO

I

De muy diversos modos el hombre
puede oír el rumor de las campanas.
Casi siempre
 es al atardecer
 en las torres de las iglesias,
cuando el resonar de los metales
asciende sobre los techos de las aldeas
y no se sabe si es la piedra labrada,
el crepúsculo,
 la niebla
o si la Eternidad es la que canta.

II

Las campanas pueden oírse
en los bombardeos de ciudades, en los incendios,
restaurando la armonía,

sobre mil lámparas de púrpura,
o en el redoble de la muerte,
o en los instantes de las bodas
que es cuando el bronce
adquiere la diafanidad del diamante.

Pero los hombres bronceados por las olas,
dicen que es muy distinto oír la campana
 sobre el océano,
en la batalla,
 cuando los mayores imperios
se disputan el dominio del mundo,
o se lucha por eso tan simple y tan difícil,
que es la libertad del pobre ser humano.

Allí la melopea del bronce
tiene un significado mucho más extraño y solemne,
que en los otros orgullos del universo.
Se precisa el don de la grandeza
y la serenidad de los fuertes,
para detenerse a escuchar el canto
 de la campana
sobre el tumulto de una batalla,
pues es sabido que el océano se cierra
como una lámina de acero sobre el cuerpo
 del hombre que cae.
Y ya no hay campana, ni gloria. Y es el eterno olvido.

III

Esta campana
sonó muchas veces sobre las tinieblas,
y la oyeron

los que en verdad fueron héroes,
defendiendo al Espíritu,
con las lámparas del límite
en la libertad del astro
que es la palabra del hombre!

IV

Muchos de los que la oyeron
caían muertos a su lado.
Muchos de los que la oyeron
hoy sólo oyen las campanas de sus aldeas.
Muchos de los que la oyeron
hoy sólo oyen las campanas del tiempo
bajo la tierra.

V

Es honor muy grande para ella
que las balas la hayan herido,
rasgándola en una ancha grieta.
Por allí ahora hay un viento
que pasa y canta.
Por allí ahora hay un dolor de hombre
que pasa y canta.
Por allí de noche la luz de los astros
pasa y canta.
Por allí ahora nuestra mirada pasa y canta.

VI

El poeta puede hablarle al fuego, al bronce,
a la piedra,
con que se hacen las estatuas de los ínfimos,

y el destino de las naciones.

A esta campana le digo:
Yo sé que mientras exista el océano
querrá imitar tu sonido
y ver tu forma,
y para estar oyéndote eternamente
el viejo monstruo cerúleo,
hará que renazca tu contorno de agua
en la voluble
campana de las olas.

VII

Porque sólo en muy heróicos instantes,
el hombre puede oír el rumor de las campanas,
en las batallas del océano.
Casi siempre es al atardecer,
sobre las proas de los cruceros y acorazados,
cuando el resonar de los metales
asciende entre las torres, los cañones y los mástiles,
y no se sabe si es el océano que llora por los muertos,
o si es el crepúsculo o la historia,
o si la Eternidad es la que canta.

SONETOS SACROS

I

Dios despliega en su rostro eterno encanto
de un espejo sin fin. Indiferentes
los hombres no lo miran y sus frentes
no incuban nada más que odio y espanto.

¿El conocer del hombre? Es sólo un llanto
de ideas sobre cosas. Los vivientes
van a mojar sus labios en las fuentes
de lo eterno y de allí sube algún canto.

Dios es belleza. Su esplendor sensible
va en la hostia que siempre está muriendo.
Son los actos del hombre aguas oscuras

que huyen en la noche. Incorruptible
el espejo de Dios está luciendo.
¡Tan sólo están allí las formas puras!

II

¿Quién aquí me arrojó? ¿Qué extraño instante
me salvó de quedarme entre los muertos?
¿Qué cuentan estos orbes y conciertos
que bajan del monstruoso tiempo errante?

¿No sabré por qué soy? Vivo en constante
afán por ver con ojos bien abiertos,
qué tiempo he de existir. ¿A qué desiertos
me he de ir con mi muerte por delante?

El entrar y el salir en este mundo
en donde estoy ¡qué riesgo más profundo!
¿Qué vago inicio fue mi alumbramiento?

De él poco sé; más cumplo en admitirlo.
¿Mi muerte? Integra el logos de otro cuento.
¡Quién me diera, oh mi Dios, poder oírlo!

III

Los seres comunican su existencia
en el tiempo infinito que los mueve.
¿Y el pensamiento? Su expresión se atreve
en imágenes claves de su esencia.

El misterio del alma es su presencia
propia, que igual habla en fuego o nieve.
Y el acto de existir sólo conmueve
al Verbo cuando alumbra en la conciencia.

¿Y los astros, algún lenguaje hablan?
Sus fatigantes símbolos entablan
discursos para el goce de ellos mismos.

¿Y el hombre? Es un enigma para el hombre;
se hace claro en la máscara del nombre.
¿Y Dios? ¡El está allí donde hay abismos!

IV

¡Oh, boca impura, en donde el alma espera
cantar la forma de las claras cumbres!
Mi canto es torre entre las fijas lumbres
que imponen ley a la creación entera.

Vino a mi sangre la luciente esfera
de un Dios pensante. Entre las muchedumbres
de los astros ¿qué ofrecen sus vislumbres?
¿seré en la luz del Dios luz verdadera?

¿Por qué fui el destinado a estar perdido
en la esfera del canto? ¿Qué sentido
tiene en el orbe mi expresión impura?

Yo soy el Hombre. Sólo rey en llantos.
Dios me ordenó desarrollar en cantos
la eternidad, pero con lengua oscura.

V

Se abre en el alma la más honda herida
y un gran fuego de muerte va a encenderme.
Con mi cuerpo hecho llamas podrás verme
como una arbórea lámpara encendida.

Hacia Dios ya arde el leño de mi vida
y es inútil que intentes detenerme.
Ya nada en tu elegir podrá atraerme;
el alma está a la eternidad unida.

Inútil que procures halagarme
y con las gracias de tu amor servirme.
Lo mismo es que intentaras extasiarme,

con la gran rosa del amor más firme.
Lo mismo es que alcanzaras libertarme,
si en la cárcel de Dios quiero morirme.

VI

Llevo un ascua pensante que me quema.
¿Es el alma inmortal forma divina
o es tan sólo aparente? Me domina
el doble fuego con pasión suprema.

Pensarlo o no pensarlo, he ahí el tema
insondable que en sombras se adivina,
¿Soy llama, y el espíritu ilumina
mis actos? ¿O es ficticio el gran problema?

El que ignora es feliz porque convierte
en razón el absurdo y reconoce
como verdad el dogma que lo encante

¿Lo hallaré en lo más hondo de la muerte?
Oh lógica del Dios, que me dé el goce
de lo eterno, al hurtarme lo pensante!

VII

Oh Dios, tu guiaste al sabio y al valiente:
la cristiandad de España, el reto erguido
de Lepanto, y en el mar de oro encendido
diste a Colón la cruz y un continente.

Dios mio, escucha el ruego reticente
de este hombre cuya lápida es olvido.
Rezo hay ante la luna todo unguido.
Fragil como una hostia está en mi frente.

¿Tuya es la luna, oh Dios de las tormentas?
Si allí guardas tu amor, con los trofeos
de Adán cuando gozó de tu fortuna,

¿como es posible oh Dios, que tu consientas
que antes que los creyentes, en la luna
penetren los autómatas ateos?

TINIEBLA DE LO FUGITIVO

I

¿Para justificar
los actos eternos que la inteligencia
concibe
se necesitan los gestos mínimos
y frustrados
del corazón?
¿Dónde están los actos puros
que tanto buscáramos?
¿Aquellos apenas perceptibles
y las deleznales instancias
que se borran apenas producidas
y en las cuales nos dimos totalmente?

II

Miro la opulenta selva que se desarrolla
frente a este ventanal de los trópicos
que ahora contemplo.
Y toda ella se hace actual
y necesaria en mi existencia,
por medio de una sola hoja amarilla
que el viento cálido
ha traído en el hálito del otoño
a deshacerse en mis manos.

III

No habría necesidad de la insistencia
de las duras verdades de las selvas;

sólo bastaría que desentrañáramos
la clave ínfima
de lo que existe para desnudarme
en la Nada.

Allá quedó la pira inextinguible
como un despojo. ¡Lejos!

La pira de nuestra grandeza
en la concepción de nosotros mismos.

¿Qué se hizo aquello
que nos hizo suponer
que el goce metafísico
fue el dispositivo y la máscara
del relámpago carnal?

Aquel
también orgullosamente nos coronó
de grandeza
con la vanidad o la desesperanza
de hacernos creer
que en un solo instante
pudimos ser eternos.

MOIRA

I

Hay en mí
un océano
que ilumina mi rostro con lámparas
siempre agónicas.
Pero en las arenas y rocas
en donde se desvanecen las olas
aparece un múltiple esplendor momentáneo.

Un doble juego de muerte y vida en los abismos.
En los ojos
cambiantes siempre,
de las olas
se reconstruye la alternancia
inicial del océano.
¿Es que la Muerte

y el Amor asoman allí como la síntesis
de un elemento único
que me embriagó algún día para siempre?

II

Veo en mí que el tiempo fuga otras veces,
en forma de nieblas muy espesas,
que empañan las luces de una frente límpida.
Y que allí alternan imágenes
y pensamientos muy rápidos.
En mi soledad,
recogido en sí mismo,
mi corazón intenta en vano reconocer
esos fantasmas.
¿Alguna huella
dejaron, de fragilidad y engaño?
Si desde mi corazón iluminan,
mi rostro, con lámparas siempre agónicas,
¿dónde estarán hoy las formas transparentes
de los ojos tan confiados y bellos
que se han mirado
amorosamente en mí,
con el pavor,
la incertidumbre, el éxtasis?

III

Sólo algunos nombres han permanecido.
Por si ellos
proporcionan etapas posibles de inmortalidad,
los adoraré mientras viva.
La presencia y el tránsito
de esos fantasmas
por el universo de mi corazón
constituyen, para éste,
hoy por hoy,
tanto un virtual fundamento,
como su castigo.
Sobre el agua inmóvil
del océano que en mí observo,
desde las islas, fugan
bandadas de pájaros en el anochecer
como si presintieran
que la luz se les va para siempre,
y que ya nunca
volverán a lucir
en la inmortal belleza que soñaran.
También las imágenes
del corazón mío,
cuando la póstuma sombra unifique
la vaciedad de mis lúcidos gestos
en una voluntad última,
han de entonar al irse,
un coro trágico
en donde las notas más sublimes
tal vez sólo sean
las del nostálgico cántico anónimo
de mi eterno retorno.

I

Hallar en mi existir, aquí, en la tierra,
la conjunción unívoca de formas
perfectas del Retorno.

¿Es posible ésto?

Dueño soy de sucesos no creíbles.
Todo por la presencia de una joven
de rostro griego puro.
Sí. Sí. No es engaño. Existe.
Fuera del hecho mismo toda hipérbole sobra.

Volveré a ver en los milenios
esta frente atónita de alabastro mental,
estos rasgados ojos con dos ascuas cerúleas,
la recta nariz de los cánomes en donde se afina
el pequeño puente que al pie del labio asciende,
y va hasta la frente uránica.
Del Tiempo la iluminan suaves relámpagos
con ideas y actos espléndidos de siempre,
dentro del límite que vuelve.

Volveré a ver en los milenios
estos labios firmes y nobles que manejan
sólo palabras bellas y justas,
virtuales en toda estatua deiforme.
Y el óvalo total,
síntesis de la cara resplandeciente,
como una fórmula pitagórica englobante,
para todos los supuestos del pensamiento puro.

II

No es engaño. Porque existe, existirá siempre.
Un rostro griego: vuelve el Arquetipo.
Volveré a hallar a esta joven aquí en la tierra,
verla siempre en la rueda o la serpiente
del tiempo, en jardines sin límites,
sentir la pausada respiración,
apenas perceptible,
del helenismo cíclico que vuelve.

Volverán a oírse sus voces y risas de mujer
y yo a seguir sus pasos días o noches eternas,
entre los astros o los seres que la ahogan.

Volveré mil veces a ser dueño de estos sucesos nada
(creíbles,
que han sido para mí la cúspide
de mi existencia.
Culpable, es verosímil, de cultos con mil idolatrías.
¿Ha sido una perduración de dioses
e imágenes,
con fatigas y mármoles,
al regreso de un viaje errabundo que hice
por Eleusis, Olimpia y Delfos?

III

¿Ha sido la reencarnación pura
de una clave pensante,
con todos los teoremas de Dyonisos y Apolo,
para narrar
que se cumple en el rostro de esta joven

en alguna forma,
el mito del Eterno Retorno?
¿Tola esta fábula
son las piezas de un juego ciego que se repite
en un Tiempo oculto,
que siempre vuelve
en monótonas formas de instantes?

Ella está aquí. Es bien real. Existe.
La evidencia del mito de los Retornos
con vivas ruedas de muertas serpientes.
Es una joven de cabellos de lluvia
y de espigas rizadas, que está aquí.
Ella no sospecha jamás las hipóstasis ciegas
del regreso y el término,
que alguien estampó en su rostro.
en los hombros y en el ritmo corpóreo.
Hoy sólo cumple otro deslizarse
con ahincamiento sublime,
entre los mortales que ignoran que retorna.
La gran belleza cuando adviene al orbe
oculta para siempre sus orígenes.

IV

¿Por qué la descubriera mis ojos?
¿Por qué conocerla sino para sentirme
más efímero que nunca?
¿Por qué verla ascender y desvaírse, ciega
como una sibila en trance
entre el humo y zozobra,
de tangibles oficios?
¿Por qué se encarnaron en ella,

sino para morir de nuevo
sin poder evitarlo
tantos cánticos, himnos y rumbos
del Eterno Retorno?
Por qué no puedo excluirme
de estos sucesos nada creíbles?

V

Empecé a verla,
después de repetir mis cursos
sobre las Enéadas de Plotino
que dicté hace miles de años,
y noté de pronto,
en su índice de belleza sensible que moría,
que estaba en ella patente lo Bello Inteligible,
del gran abúlico.

Siempre y ahora se destruye aquí.
El ídolo ignora el destierro
que le imponen. Esta es la otra verdad.
Respira aire como todos los humanos
mientras repite sin saberlo,
las doctrinas y actos de la gran rueda cíclica,
de donde baja, danzando con los pies desnudos,
para decir: *Sólo el Ser bello, existe y vuelve.*

VI

Volveré en todos los tiempos en que ella se resigna
a vivir y a morir.
Volverá el eje de los ciclos
a colocar fragmentos de signos y miembros

en su cuerpo,
 porque a ella le convienen para existir.
Le forman su anónimo cortejo de encantos
 en esta pendiente del cosmos.
Logos. Tiempo. Muerte.
 —Te destruirán ahora aquí,
frágil criatura.
En todo el Universo
 tan sólo este poema
recuperarte íntegra pretende.

ALGUIEN VINO...

I

 Merezco estar solo.
Alguien vino a revelarme el último
halago, la clave
 declinante del fuego
que iniciaron los astros,
 cuando en el errabundo cosmos
se inició la coincidencia con el tiempo
asignado para mi existir.
 Porque es sabido
 que las cadenas de tinieblas
se rompen y así arrojan a los seres.
 La curva de los invisibles arcos
que gozan en lanzar esos venablos humanos,
 hasta hacerse trémula,
revelándome al fin el sentido más trágico
e íntimo del existir.

II

Pude ver entonces,
 hacia el crepúsculo,
que el destino me revelaba instantes
aún más valiosos,
 y que, por encima del temerario cuerpo,
tendía sus perspectivas el anónimo océano
de la carne,
 donde se reconstruyen los azares más firmes.
Allí se me ofrecieron los arenosos frutos
 que se desintegran como índice de olvido,
y a los pies de nuestra fugacidad,
simulando ofrendas mínimas
 a los magníficos goces de la existencia
 bloqueada por los límites.

III

Alguien vino.
 Pero desapareció enseguida
inesperadamente,
 como suele ocurrir con las instancias
de lo Divino,
condenadas a olvidarse,
 sin causa, en el azar
 ¡Porque merezco estar solo!

EL IDÓLATRA

I

Hacia el amanecer,
 abandonando la cámara sombría

se levantó el idólatra,
y se dirigió hacia el universo,
azaroso de luz y vivas disonancias.

Miró hacia el cuerpo desnudo
que en la noche última
había sido el altar del culto más formidable
y crepuscular de su vida,
y entre minúsculas ascuas y cenizas,
vio que allí aún ardían
miles de siglos en lámparas ahora muertas,
corderos y pájaros sacrificados,
y perfumes
de innúmeras reliquias.

El idólatra

evocó el reciente sacrificio
que acabara de officiar
la ondulación concéntrica del genio
de la especie,
a la que encadenara su espíritu
por algún tiempo,
en la leve sombra del cuerpo
de la fingida diosa.

Ella aún movíase
ahogándose entre el humo
y un océano de espumas,
desde donde emergía como una delgada torre
la elástica y extensa
cabellera de ébano.

II

¿Quién fuí antes de este amanecer?
¿Quién me asignó el cierre de este paréntesis sublime?

¿Quién me convirtió en verdugo y víctima a la vez?
¿Era yo el imprescindible

para que existiera el ídolo,
o era yo el que necesitaba del ídolo
para que se escribiera un cántico
como un relámpago inútil
del irrisorio rito?

III

Dejó el santuario
reducido y ardiente,
y con la más ligera sonrisa
de un hombre purificado y libre,
el idólatra,
con firme arrogancia
avanzó, hacia las diurnas potencias,
y entre los demás hombres perdióse.
¿Feliz por haberse libertado para siempre
de un culto ya extinguido?
Sonriendo saludó a los otros mortales.

IV

Pero a la noche siguiente derramó lágrimas a solas
porque aún guardaba en su memoria,
los escombros
del cuerpo tan hermoso
de la última de las convicciones
necesariamente falsas que tuviera.
Las que modelaran
los actos del idólatra por algún tiempo,
hasta hacerlo creer

que sólo las briznas de una creencia
pudieron haberlo hecho a la vez odioso,
pensante y divino.

LA LÁMPARA DEL EROS

I

En la nocturna tiniebla
se me apareció de súbito.

Diotima conquistóme
con su palabra, con su tono lleno de ternura
de sibila infantil,
que usaba para revelarme
su timidez tan antigua
como impura.

La criatura con lámparas me esperaba en las sombras.
Para simular ser indispensable
en la urdimbre de sus discursos,
se colocó la máscara de las ideas puras
junto al Saber,
el Deseo y la Muerte.

¿Lo hizo con el fin de hechizarme con las alternancias
que cumplen sus maniobras?

II

—Muy difícil
es no caer en lo sacrílego
ante una Belleza como ésta—
díjeme,
y que se envanezca tanto del menosprecio

de sí misma, al buscarme en estos lugares.

—Y que se subestime con una indiferencia
tan grande,
en el significado intemporal
que yo le atribuía.

Era así como el preludeo del zozobrar sin promesas
de lo Divino. En el disipable cosmos,
su cuerpo era sólo el cerrado paraíso
de todas las antítesis posibles.

¿La Belleza es la lámpara
o la esfinge del Eros?

III

Lo cierto es
que el acorde carnal de esta criatura
nocturna,
fue un argumento sin réplica.
Tenía yo la evidencia
de que ella podría ser al mismo tiempo
un dichoso espectáculo en el universo diurno,
a pesar
de su total incapacidad
para estimarse en los limpios espejos.
Aunque yo le reiterara
que renunciase a la noche,
en el instante de entregarse al oprobio
de sus encantos y olvidos,
y que sus actos eran dignos
de los seres más espléndidos,
ella desintegrábase bajo mis réplicas
hasta quedarse atónita,
como una idea desnuda
en lo más irrisorio de la espuma del tiempo.

IV

¿Esta idea desnuda
afirma que lo bello es tan sólo
la lámpara del Eros?
¿Fue Diotima para mí, en este retorno,
sólo el holocausto
de las más bellas y pútridas guirnaldas
caídas sobre las murallas
de la cósmica tempestad silenciosa,
que no cesará nunca de destruirnos,
junto con lo creado por el azar y los dioses?
¿Comprendería mejor que yo
que ella actuaba siempre como la esfinge
con silencios y lámparas muy viejas,
que implicaban
la degradación de los cultos y ritos?
¿Ella bajó para mostrarme
que en toda criatura
por más hermosa que sea
está implícito un lúcido aniquilamiento
del Ser
frente a la esfinge del Eros?

V

Contra la misma frustración de los filósofos
mostró la vanidad de convertir sus asertos
en máximas del logos.
—*Dicen que en los planes
del acontecer circular,
que forjaron los idólatras,
el Eros es lo natural y necesario,
o por tanto,*

es lo ordenado, racional y actuante.

¿Y la Belleza?

—*Ah, es sólo la esfinge del Eros!*

VI

Después del diálogo y el éxtasis
en los elementales círculos
de lo instantáneo de sus juegos,
y antes de disiparse en la atmósfera,
alcanzó a descifrarme del todo
las implicancias
del Espíritu y la Carne.
Ella las desembozaba
con sólo hablarme quedamente a solas,
y olvidarse de advertirme
sobre si existen o no los dioses
en el laberinto.
Me di cuenta entonces,
que la misión délfica que ocultaran
sus ahondamientos pausados,
era ir a arder hasta consumirse,
en el relámpago constante
que la persigue
como un tábano. O sea:
*El esplendor implícito del Eros en las cosas bellas.
Si lo gozas es lámpara.
Si lo piensas esfinge.*

VII

Hasta el último incienso,
sobre la dogmática oficiante,
el ídolo y el fuego,

estuvo siempre alerta
mi orgullo.
El detestable orgullo
de ser yo sólo el único pretexto
de su retorno.

Por fin, para desvanecerse en el endiosamiento
que yo le otorgara,

Diotima antes de irse, díjome:

—*Vine a confirmarte que la Belleza
es la lámpara del Eros.*

—*Y no es eterna.*

—*¡Búscala siempre en las formas perfectas que mueren!*—

DIALOGO CON LA JOVEN DIOSA

I

—Hablas, y dices

lo inalienable y claro de las sibilas
cuyo único fin es ser verídicas,
nada más.

Las que se apoyan sin saberlo
en los conceptos, las líneas
y los números.

Las sibilas que la turbación de la muerte
ignorán
y las mentiras del deseo,
y el pánico ancestral,
con la animalidad anónima.

—Tu hermosura resulta irrefragable
como el argumento final de las columnas
de agua en las fuentes.

Cuando te detienes, distraída,
entre las cosas,
eres una añadidura hermética,
sostenida
por las verticales
de la gravedad,
el tiempo y el olvido.

—Tus ojos son verdosos y rasgados
y tu frente espaciosa,
es una llama helada que se inclina
sobre ellos.
—Tu cabellera es espesa como el mármol
roído por el tiempo y la lluvia
y tus formas se deslizan nítidas y claras
bajo los ropajes,
negando frutas, llaves del turbio enigma.

II

La presciencia de las ideas puras
se hace patente sólo en lo momentáneo
de un gesto tuyo.

Resplandece en tu sonrisa
la lámpara de los límites,
donde la frase lúcida se inclina
sobre un abismo.

La luz de un único pensamiento,
que en un solo instante,
corporiza lo eterno,
brilla en tí, entonces.

—Por eso,
se concilian en tí, al contemplarte,
la admiración que provoca tu cuerpo

con la más cruel facultad analítica.
Amo así tu desesperante belleza
que esquivo el tumulto del orden físico,
pues tu forma sólo es tributaria
de un ritmo oculto
que a las ideas le otorga
el arder siempre en reposo.

III

—¿Y el Alma mía? —No me hablas
nunca de ella.

—Y yo quisiera dártela si es que la descubres...
a través de todo eso.

—Ay, el Alma, amiga, ahora
un agregado inútil
sería.

Podría ser, cuando más,
una oculta serpiente mental

arrollada.
Su astucia encantaría al pensamiento
justo al adorarte,
para extinguirlo con esa vaga muerte
que es el Deseo...

EL RELÁMPAGO

A Idea

¡Ah, no ser más
que el dueño del más pequeño relámpago
dentro del estar de las cosas!
Entre el ayer y el mañana,
un relámpago.

El amo de ese gran goce instantáneo;
belleza en el sentido;
la carne, la rosa, el tiempo.
La eternidad en las plumas de un pájaro.

¡Ah, qué tesoro inmenso!
¡Qué potencia infinita
posee esta fugacidad que se me escurre
en las sombras!

Fuera de ella,
está la vieja, enorme,
anónima materia
del Universo,
como una movilidad petrificada.
Allí insiste en instalarse el pensamiento
para inscribirme en el tiempo,
con cifras de relámpagos apenas perceptibles.

...Pero siempre
bajo la evidencia de este. Yo eterno,
que en mí irradia soberbia sublime.
Este Yo siempre irrenunciable,
que en mí radica
y cuyo trágico orgullo
consiste en descubrirme en todo lo existente,
algo... Con tal de que
se trate de lo más ínfimo
aunque sea sólo un relámpago,
que pueda comparárase. ¿En lo eterno?

TÚ ERES LA FLECHA

Exalta hoy la imagen
que corona
tu destino.

Más allá de lo humano,
sobrepasa el límite
que circunda la anónima aventura
de existir...

El lanzamiento último
al más allá, donde la luz se expande
en los frágiles círculos...

El ahogamiento último
en el océano de impalpables olas
que tus ojos de asombro,
esperan encontrar.

Exalta hoy la imagen que te obséde,
porque te explica.

Poseer el gran misterio de
la flecha.

El don último de ascender...
Y perderse.

No el fracaso del límite.
Ni el ósculo mortal
ni el áspero rumor de las batallas,
ni el sanguinario símbolo.

Sino tan sólo, en forma irrenunciable,
poseer de la flecha,
el impulso inmanente a lo infinito

VIVIR EN PERFECCIÓN

¡El jardín de las ideas,
te atrae más que el jardín

de los males
y los vinos?
El error es la imperfección de la mente
que alterna entre lo múltiple

y se extravía
como un astro en un vórtice nocturno.

El amor es la unidad de la existencia
Al canza lo perfecto,
y en él reposa el tiempo
y nada más.

Es lo instantáneo eterno.

Pero la trasmisión,
la alternancia,
lo fluyente

te atraen,
por la virtud de los sentidos,
y te alejan
del abismo

que está en ti.

Y que es tu perfección.
Si la rosa es perfecta,
es que ella sólo vive en absoluto
la idea verdadera de sí misma.

POESÍA

I

Poesía
es un estremecimiento del Ser,
vivido bajo forma de eternidad.

He aquí que, oh relámpago
de la hermosura
vuelves!

Vuelves de los acantilados de un espejo
donde una mujer estuvo reflejándose
con la insinuación de su sonrisa inmóvil.

Apenas si eres un deslumbramiento de serpiente
subiendo desde el renuncio
de la eternidad.
Distante y helada como un astro vuelves

Ese estremecimiento de aquel ser tan frágil
es la Poesía.

Algo que se descifra en sus contornos
cuando ella me conduce de noche a sus abismos
por medio de sus formas desnudas.
Oh serpiente deslumbrante que retorna
y resuelve

en los espejos de los ojos
las más terribles antítesis humanas.

II

Tu insistes en ofrecerme siempre
insómneme en la espiral del paraíso
corpóreo,

lo que hay en tí de inteligible,
como el arquetipo de un poema
entre los símbolos.

Dédalos de intuiciones que sugieren
luces en tus espejos
y en el límite de mil naufragios últimos

me alejaré de tus odios y tus éxtasis
para defender los ídolos de mi espíritu.
aún en el declive
de la más anónima fatalidad o inercia.

Para ello,
después de consagrarte
el culto que mereces,
yo de tu sublime e impúdica belleza
haré otro ídolo,
resumen de esplendor o ambigua muerte
capaz de fatigar en mí el enigma
de la hermosura que en lo infinito reina

III

Yo te alzaré un gran templo entre los ídolos,
y tus líneas apenas sugeribles
y nunca extintas,
reinarán para siempre sobre el mito
del pensamiento puro.

Yo te adoraré desde el instante
en que la serpiente de un éxtasis sin límite
se desarrolle sobre tus contornos,
juntando el brillo de tus mil fragmentos
para volcarte intacta
en toda gran poesía.

Pues allí reinarás eternamente
en tu azar que es tu imperio y tu relámpago.

Poesía

no es más que un estremecimiento del Azar
vivido bajo forma de eternidad.

LOS ASTROS DECLINANTES

I

Yo bien se que al final de los estíos
es muy bello disfrutar de las rosas
nada más que en su etapa declinante

Después del candor de las plenitudes
tienen límites de inmóvil hermosura,
en que ellas empiezan a dramatizarse
y destruirse.

La belleza está en pactar con esos ídolos.

II

Yo bien se que al final de los otoños
es muy bello gozar de las manzanas maduras,
en su inicial declinante.

Junto a las más doradas opulencias
viven un éxtasis de inmóviles contornos
y luego empiezan a declinar
De reyes es el paladear solo ese instante.

III

Pero más misterioso
que esas perfecciones eternas y fugaces,
es contemplar con que hermosura vuelven
y no se desvanecen

en nuestra memoria,
los astros declinantes

de un gran amor que ha muerto.
Yo bien se como brillan en las noches,
las lámparas
del amar y el morir que se disponen
sobre un túmulo.

Son astros declinantes,
relámpagos reliquias,
del cuerpo de una diosa que fue nuestra
solo un momento.

Retornan de las sombras
entre algunas palabras o unos gestos,
con aureolas de estupor y dtdas.

Buscan la eternidad como los otros astros
y alumbran enigmáticas liturgias
o guirnaldas anónimas.

Entonces,
con su belleza y liviandad de lámparas,
yo bien se como brillan en las noches,
para no morir,
para no morir,
de un gran amor los declinantes astros.

LA LAMPARA Y LA IDEA

I

Soy de aquéllos que Heráclito corona
con la llama del número que crea.
Los poetas que el necio no perdona
porque habitan la lámpara y la Idea.

II

En un anochecer,
vi el ángel de la rama envenenada
en el portal

de una catedral.

La escultura de un ángel lastimoso
de impotencia y de mal,

se arrastraba al borde de un foso
mientras desfilaban sobre él,

los ángeles de las ramas floridas,

en coral

inmortal.

Cuando en la sombra levanté una llama
para asir el misterio de su vida,
rasgó mis piernas la engreída rama.
¿No era acaso una víbora dormida?

III

Junto a los estériles energúmenos

errantes,

lejos de las estatuas del templo cerrado,
yacerás con todos tus desplantes,
helándote ante el fuego limítrofe y sagrado.

Con tu rama podrida y no florida
te hundirás en tu propio brutal desatino.

Seco manantial

odre sin vino,

pelele iracundo,

nunca sabrás lo que es el pétalo

de un rosal divino

en la cumbre ornamental del mundo.

Exercencia en las arenas
sin oasis, sin órbita,

de tus páramos sin esplendor,

¿por qué te afanas en hacerme mal?

Vale más que tu estéril rencor

y que tus pétreas colmenas

mentales,

el pecho en ascuas del ruiseñor

que me abisma en dialéctica de amor.

IV

¿Por qué tu rama florecida de sombra?

¿Por qué tu pedantería vacía?

¿Por qué tu nimiedad arrogante?

¿Qué podrá tu Nada

contra toda mi Poesía?

Tu negación

es mi orgullo,

ángel de la rama podrida

y no florida,

que me afrentas sin ninguna razón.

Argumento

de los pedruzcos pedantes

y volantes,

de los que odian al Poeta

al son de cualquier viento.

Rama reverdecible en el orinal de los atlantes

¿confundirás tu nada con la Nada completa?

V

Nada te debo, ni te deberá mi canto inmortal.
 No te opongas a mi paso.
 desde el umbral.

Tendrás que yacer
 en la penumbra de tu propio fracaso.
 El fracaso de existir,
 el fracaso de querer escribir
 sin tener nada que decir.

El fracaso de no comprender,
 lo enigmático y puro
 de un solo verso.

Hacia el último universo
 de las Ideas me voy,
 después de contornear el clinamen
 de los arquetipos,
 hacia el éxtasis.

Con mi lámpara florida de siempre y nunca,
 más grande y firme, me voy.

Sin mirarte, adiós, hoy!

Con o sin tu miseria, yo sigo
 el destino de los demiurgos más raros del arte.
 Siendo cada día,

más el que he sido,
 el de siempre,
 el que soy!

VI

¿Quién soy?

Soy de aquéllos que Heráclito corona
 con la llama del número que crea.
 Los poetas que el necio no perdona
 porque habitan la lámpara y la Idea.

El Taciturno y la Noche

I

SOLEDAZ

I

Allá en la noche cerrada,
 seguí como un hombre errante.
 Tropero sin novillada,
 solo sombras por delante.

II

Se fue el sol, se fue la luna,
 y el lucero no ha salido.
 No me espera dicha alguna.
 Tan sólo pienso en tu olvido.

III

Canto una dicha olvidada...
 Alguien me quiso un instante.
 Entre la noche cerrada
 sigo como un hombre errante.

IV

Grita el chajá en la laguna,
se asombra el campo dormido.
Se fue el sol, se fue la luna,
y el lucero no ha salido.

II

EL CANTO PERDIDO

I

Ya sé que todo te aleja,
sé que mía no serás,
sé que este canto es mi queja,
sé que así te quiero más.

II

Sé que este canto es mi queja,
si lo alzo en la tempestad
sobre mi llanto nocturno,
sé que así te quiero más.

Sobre mi llanto nocturno
la armonía elemental
de la tormenta es mi canto.
Sé que así te quiero más.

Si la tormenta es mi canto
mi alma en el viento estará
cantando a un amor perdido.
Sé que así te quiero más.

III

Cantando a un amor perdido
donde mía no serás,
sé que este canto es mi queja,
Sé que así te quiero más.

III

LA FLOR DE CEIBO

(Primavera).

I

Sobre las pampas
se va el invierno.
Sobre los ranchos
rugen los vientos,
los fuegos fatuos arden
entre los cerros.
Toda la noche
se oyó el pampero,

mas hoy resiste siempre en lo alto,
llenando el cielo
con la firmeza
de sus colores,
la flor del ceibo.

II

Se anuncia el alba,
prodigio eterno.
Viejas leyendas,
de gloria y hierro,
hacia el paisaje,
canta el tropero.
La vida vuelve, gozosa y libre.
El cielo es nuevo.
Gloria a la aurora
que sonriendo,
me da en los labios,
roja e inmensa, la flor del ceibo.

IV

LA SOMBRA Y EL AMOR

I

Quiero tu amor que es abismo
para amar con todo el ser.
Quiero tu amor en la tierra.
¿Sólo su sombra he de ver?

Quiero tu amor en la tierra,
su eterna luz buscaré
en las más altas montañas
¿Sólo su sombra he de ver?

II

En las más altas montañas,
Luz de tu amor no encontré,
Junto a tus ojos tan bellos,
¿Sólo su sombra he de ver?

Junto a tus ojos tan bellos
toda mi vida estaré,
buscando un astro en el fondo.
¿Sólo su sombra he de ver?

III

Buscando un astro en el fondo
de tus ojos moriré.
Quiero tu amor que es abismo.
¿Sólo su sombra he de ver?

V

CANTO EN LA NOCHE

I

Cae la noche entre los cerros
donde el viento se ha dormido.

Se escuchan vagos cencerros.
Pasa un pájaro hacia el nido.

II

Hay un jinete que viene
sobre el misterio del llano
Luego el gaucho se detiene
con la guitarra en la mano.

III

Canta una canción no escrita.
Canta una angustia que avanza.
Canta la pena infinita
de un canto sin esperanza.

IV

Le canta el canto al camino
que, lejos, en el pasado,
quedó un amor sin destino
quedó un rancho abandonado.

V

Para olvidar su amargura
el gaucho huye en la sombra
soñando que hay en la altura
una estrella que lo nombra.

VI

SABER DE AMOR Y MUERTE

I

Oigo una voz que me advierte
que en los mundos más lejanos,
lo mismo que en los humanos
se une el amor con la muerte.

II

Lo mismo que en los humanos
la pena en luz se convierte.
En un pensamiento eterno
se une el amor con la muerte.

En un pensamiento eterno
mi alma ha de ir hasta verte.
Siempre, a tu lado, en la noche
se une el amor con la muerte.

Siempre, a tu lado, en la noche
siento el horror de perderte.
Siempre, a tu lado, en la dicha
se une el amor con la muerte.

III

Siempre, a tu lado, en la dicha
oigo tu voz que me advierte

que en ti, y en mundos lejanos
se une el amor con la muerte.

VII

LA FLOR DE CEIBO

(Estío).

I

Viene entre sombras
el día nuevo.
Se anuncia el alba
desde las llamas de aquel lucero.
Sobre los cantos que alzan los gauchos
con sus leyendas de gloria y hierro,
sobre la marcha
de los troperos,
el alba se abre.
Milagro eterno.
Gloria a la aurora
que, sonriendo,
trae en los labios,
roja e inmensa, su flor de ceibo.

II

Triunfa el estío
con sus destellos.
Brilla el bosque,

se aroma el valle de los esteros,
cantan calandrias
y el venteevo
cruza volando sobre el bañado
de oro y fuego,
mientras muy roja brilla en lo alto
llenando el cielo
con la ternura
de sus colores,
la flor del ceibo.

VIII

LA QUE YO ESPERO

I

Busco un amor en los cielos
que es difícil de obtener.
En los abismos nocturnos
luz eterna quiero ver.

II

Las estrellas en los cielos
forman collares de seis,
y las oigo preguntarse:
¿Cuántos amores tenéis?

III

La más pura dice uno
y las demás dos o tres.
La que yo prefiero dícame:
Sólo Cristo mi amor es!

IV

Busco un amor en la tierra
que es más fácil de obtener.
En los abismos corpóreos,
luz eterna quiero ver.

V

Las doncellas de los pueblos
forman las rondas de seis
y empiezan a preguntarse:
¿Cuántos amores tenéis?

VI

La más joven dice uno
y las demás dos o tres.
La que yo prefiero dícame:
Sólo Cristo mi amor es!

VII

Si hay un amor en los cielos
no lo alcanzo a merecer.
Si hay un amor en la tierra
sólo su sombra he de ver.

EL TACITURNO Y LA NOCHE

I

¿Aún no pasó la media noche? Acaso
si te asomas verás ojos ardiendo
para tí. Y sin embargo están muriendo
como astros que se alejan paso a paso.

Ojos verdes o azules, labios rojos,
arden y no los miras. Enriquece
ahora ese tesoro que se ofrece
para siempre, con otros nuevos ojos.

Dentro de poco no tendrás más mundos
que besar. En la sombra que te abruma
morirán tus amores; son la espuma
que adorna tus enigmas más profundos.

Al borde de algún labio está el abismo
más tembloroso. ¿Viene a poseerte?
¿Después de cada beso está la muerte?
Goza bien de aquel labio ahora mismo.

Siempre hay doncellas que en la noche nombras
con miedo. Llena el orbe su luz pura.
Goza de sus destellos con premura
antes de que sus lámparas den sombras.

II

¿Y ya pasó la media noche? Acaso
si te asomas verás mundos ardiendo.
Mira bien que los astros van muriendo
con ritmos majestuosos, paso a paso.

¡Cuántos astros azules, verdes, rojos
arden y no los miras! Enriquece
y agota esa belleza que se ofrece
y va a la muerte ante tus grandes ojos.

Dentro de poco no verás más mundos
arder ante la sombra que te abruma.
Han de morir los astros. Son la espuma
que adorna tus enigmas más profundos.

Más allá de la estrella está el abismo
que la devora. ¿Viene a poseerte?
¿Dentro de cada lumbre está la muerte?
Goza bien de aquel astro ahora mismo.

Siempre hay luceros que en la noche nombras
con amor. Llena el orbe su luz pura.
Goza bien de los astros con premura
antes de que sus lámparas den sombras.

AMORI DOLORI SACRUM

I

Mostré a aquel hombre abejas en tropeles
A través de mi sien delgadas lumbres
rozaron su alta frente. Y en sus cumbres
terribles de saber fui halcón de mieles.

Hice arder sus relámpagos más fieles.
Abrí el cauce a celestes muchedumbres.
Grabé en su antigua voz nuevas costumbres.
Oro y vino escondí entre los lebreles.

Mortales del ser puro que en él piensa.
Este oprime el enigma, con inmensa
zozobra y ve el enigma en lo que ama.

Soy para él la Noche, el útil viento
o el acto en él del Angel que urde el drama
y el canto, en que ya es carne el pensamiento.

II

Alegoría, mito o nube, aliento
libre sobre la luz, uniendo en muros
ondulantes del canto los conjuros
nevados, del dolor y el pensamiento.

Dame la luz cantable de tu acento.
Repite sin cesar tus cantos puros,
ave de las preguntas y futuros,
dichosa de cantar sólo un momento.

¿En qué astro feliz volveré a oírte?
¿O a qué cumbre de nieves sueñas irte
rogando hallar espejo en la luz fría?

¿Inundarás tus antorcha en la impureza?
¿Buscas morir? ¡Es ley de tu belleza
encontrar cuerpo eterno en mi poesía!

III

Amor crea en mi noche estatua ardiente,
mueve tu eterna forma que domina
Orbes e instantes. Como ley divina
reina en mi ser tu nombre transparente.

Muestra tu rostro palidez creciente,
iniciando un contorno que ilumina
orden de siglos. Mi pensar culmina
tu ser, como alta estrella de mi frente.

Orgullo de crearte como diosa.
Rescatada del tiempo en que reposa
resguarda en mi tu forma hasta temerte.

Está en mi tu esfinge. Y está el grito
natural de tu carne. Y está el mito
sacro de tu besar libre de muerte.

PANTA REI...

Todo transcorre...

Heráclito.

¿Es raro entonces si un juglar lo nombra
y habla de él de noche en los caminos
mentándolo con mármoles y vinos,
si Emilio Oribe solo fue una sombra?

—No ama del todo, con la frente escribe.
—Su pobre corazón no ha sido puro.—
Así afirmaron con lenguaje duro.
A Emilio Oribe hoy nadie lo concibe.

Yo sé su enigma. Ningún Dios lo asombra;
su creencia fue esquiua. ¿Fue un diamante
lleno de fallas, con lucir fluctuante?
A Emilio Oribe hoy todos le hacen sombra.

Con metafísicas de áureas llaves
sin dogmas, encantó a sus auditorios.
No dió importancia a los discursos dorios.
Emilio Oribe siempre amó las claves.

Se su secreto; muchas veces vamos
no a adular muchedumbres en las calles.
Si a jugar con los niños de los valles.
Emilio Oribe nunca tuvo amos.

Huyó prebendas, pompas, raso y oro.
siempre fue altivo y solo como fiera.
Murió de pronto en un lugar cualquiera.
Emilio Oribe siempre usó el decoro.

Hoy es divino. Yace reclinado,
pálido en el ombligo de la muerte,
con su desdén más seductor que fuerte.
A Emilio Oribe nunca lo han comprado.

Vivió al azar en las fenicias barcas
entre intuiciones de gran mago ciego.
Junto a la inteligencia del Nous griego.
Emilio Oribe interrogó a las parcas.

Hoy orgulloso en su morir enciende
de amor lo eterno, la belleza, el mito.
Los que él ama no atisban lo que ha escrito.
A Emilio Oribe nadie lo comprende.

Si alguna vez al Aconcagua subes
allí lo encontrarás siempre en cautela.
Mirando a un cóndor que sin ojos vuela,
Emilio Oribe acuéstase en las nubes.

Su alma errante siempre está en ofrenda
por un ideal. Buscando ideal más grande
así, descalzo, a pie irá hasta el Ande,
Emilio Oribe cuida esta leyenda.

Muerto es más raro. Ni el más leve roce
del miedo entre sus labios ha tenido.
Su máscara de bronce sangra olvido.
A Emilio Oribe hoy nadie lo conoce.

Murió, es bien cierto. En soledad terrible
nadie lo vela, ni lo acuna el viento.
El filistino en cambio está contento.
Emilio Oribe era incorruptible.

¿Que más merece un gran poeta? Infierno
lo tuvo, mas también el paraíso.
Siempre alguna mujer algo lo quiso.
Emilio Oribe amó solo lo eterno.

¿No es justo entonces si un augur lo nombra
y hablando de él de noche en los caminos,
venga a llorarlo en túmulos y vinos?
Emilio Oribe, ¿Quién te hundió en la sombra?

A es A

En momentos en que finalizaba el ordenamiento de una *Antología Poética* (1965), alguien que me visitaba por las noches y que se cubría con la máscara del principio de identidad A es A, se dedicó a reunir entre los restantes poemas que yo le dí, aquellos que consideraba los más representativos según su manera de sentirlos. Meses después los reunió bajo el título "El Taciturno y la Noche" y en tal sentido de selección los publico ahora. Es que desde los tiempos en que dogmatizaba lógica dediqué cierto número de clases con el fin ilusorio de destacar la importancia de la forma mental A es A, hasta lograr hacer de ella el misterio íntimo del razonamiento común y superior. Pero desde esos umbrales me deslizaba en el templo de la misma naturaleza espiral de la Razón.

Llegar a desentrañar la luz de tal significado y las consecuencias de su enunciación elemental, era para mí la prueba radical de la agudeza de una joven inteligencia que se inicia en el crear del pensamiento puro.

Pues bien, bastó que A es A me seleccionara estos poemas, eligiéndolos dentro de mis libros y se inclinara por su publicación, para que yo aceptara ese fallo del juicio de gusto de una hermosa mujer, aunque estuviera yo consciente de los riesgos que tal aventura significa. Para tranquilidad de algunos escépticos y mal pensados que siempre los hay, diré que A es A podría significar *Antología es Antología*, ya que dentro de la temporalidad sin término en que caen todas las cosas y los poemas, tanto valdrá una *Antología* como otra.

1966.

A Elena Díaz

I

—¿En qué piensas?

—En nada.

¿Hay algo más misterioso

que el pensamiento

del hombre?

La mejor prueba de la sabiduría
de Dios.

Sería eso de que uno no puede saber nunca
lo que está pensando el otro.

Después de su expulsión del paraíso
Adán contempló las pupilas de Eva
por primera vez, y quedó pensativo

—En qué piensas?

—En nada.

¿El ocultamiento

es una verdad, un hecho, una evasiva?

No se puede realizar la aprehensión mística
del pensamiento del otro.

El haberse conservado intacto desde entonces
el misterio del pensar,
irreductible a todo examen,

experiencia o dialéctica,

¿no es prueba suficiente?

¿Para qué las otras pruebas de la existencia
de Dios?

Físicas, metafísicas y morales.

Palabras.

II

¿En qué piensas?

—En nada.

No te la ha planteado alguien

en la alta noche,

después de un largo silencio de amor

o de hastío?

Tengo ante mi tu frente entre mis manos,
la acaricio, la aprieto, la beso,
quiero leer adentro.

—En qué piensas?

—En nada.

El mayor misterio de los límites del hombre
y la mejor clausura es ese pudor infinito
y natural,
de ocultar su pensamiento
mientras piensa.

La más antiquísima

de todas las pruebas

de lo Divino,

la estableció Eva al inquirir al hombre
de barro.

No hay que olvidar que ella era de carne

No sé para qué repetir las otras pruebas
de la existencia de Dios.

Basta con esa
imposibilidad irrefutable
de conocer el pensamiento del otro
en tanto que se realiza frente a tí mismo.

¿En qué piensas?
—En nada.

III

¿Qué piensa la que está detrás de ese rostro
tan ambiguo que me obsede?

¿Me juzga, me habla,
me compadece?
Esos grandes ojos verdes que me miran
y me adoran,
bajo la máscara...

Son míos? A ella la conozco
sin duda alguna, mientras no se me ocurra
averiguar en que estará pensando
mientras la miro.
—En qué piensas?
—En nada.

IV

La mutua impenetrabilidad
de las sustancias
extensas y pensantes,
la imposibilidad de conocer

lo que el otro,
más allá de nuestro límite, piensa.
¿Por qué se confirma esa sabia ignorancia,
hasta cuando se habla,
hasta cuando se duerme?

V

Y así ¿En qué piensan mis ojos
cuando en el espejo los miro tenazmente
buscando su pensamiento,
por qué así en ellos podría revelárseme
el pensamiento mío?
¿Entonces las imágenes también pensarían?
¿Pensarán las estrellas cuando las miramos,
y cuando no las miramos
para qué nos preocupa lo que piensan?

¿Y el otro? ¿No está frente a ti,
y es tu amor y tu muerte,
tu amigo o tu enemigo,
pero jamás descifrarás lo que piensa.
¿No está ahí la prueba categórica
de la existencia
y de la infinita sabiduría de Dios?
Las demás son palabras.

Por un instante, concibe la miseria
de las relaciones
del hombre con los otros hombres,
si no existiera esa muralla...

Para no empañar la transparencia
de esa adorable tiniebla,
que se acumula en torno
del pensamiento del otro,
Dios creó al hombre a la imagen
de su propio misterio.

—En qué piensas?

—En nada—

OBRAS DE EMILIO ORIBE

P O E S I A

- I. 1915. El Nardo del Anfora.
- II. 1917. El Castillo Interior.
- III. 1919. El Halconero Astral y otros Cantos.
- IV. 1922. El Nunca Usado Mar.
- V. 1925. La Colina del Pájaro Rojo.
- VI. 1930. La Transfiguración de lo Corpóreo.
- VII. 1938. El Canto del Cuadrante.
- VIII. 1944. La Lámpara que Anda.
- IX. 1948. La Esfera del Canto.
- X. 1959. Ars Magna.
- XI. 1966. Endiosamiento del Instante.
- XII. 1966. El Taciturno y la Noche.

P R O S A

- XI. 1930. Poética y Plástica.
 - VII. 1934. Teoría del Nous.
 - XIII. 1944. El Mito y el Logos.
 - XIV. 1949. La Intuición Estética del Tiempo. Platonismo y Trascendencia en Poesía. La intuición estética del Nous y de la Voluntad.
 - XV. 1953. La Dinámica del Verbo.
 - XVI. Traducciones: Valéry-Anfion y Poemas. Le cimétière marin - Poemas de Baudelaire - D'Annunzio, Fargue - Supervielle - Ungaretti, Claudel, Eluard, y otros poetas franceses modernos.
 - XVII. Teurgia - Poemas filosóficos - Antología.
 - XVIII. Dédalo - Poemas de amor - Antología.
 - XIX. Lectura comentada de Poemas Filosóficos.
 - XX. 1964. Eydopragmas.
-

ALGUNOS JUICIOS SOBRE LA OBRA DE EMILIO ORIBE

- Bayer, Raymond. — Orientaciones actuales de la Estética. Colección El Mundo de Hoy. Ed. Troquel, 1961. Buenos Aires.
- Auclair, Marcelle. — La jeune poésie uruguay enne Emilio Oribe. "La Revue Européenne", París, oct. de 1925.
- Bartolomew, Roy. — Estudio sobre Emilio Oribe. Cien poesías rioplatenses. Antología. Ed. Raigal, Buenos Aires, 1954.
- Cejador y Franca. — Historia de la Literatura Española. Tomo XIV.
- Casal, Julio J. — Exposición de la poesía uruguaya desde sus orígenes hasta 1940. Ed. Claridad, Montevideo.
- Crispo Acosta, Osvaldo. — Sobre la última manera de estilo de Emilio Oribe. 1935.
- Estable, Clemente. — "Las raíces filosóficas de la poesía de Emilio Oribe. Revista Nacional, Nº 169. Tomo III, Montevideo, 1958.
- D'Ors, Eugenio. — Sobre "El Halconero Astral de Emilio Oribe". Barcelona, 1919.
- Díaz Casanueva, Humberto. — El Canto del Cuadrante de Emilio Oribe. "Revista Nacional de Cultura", Venezuela, 1939.
- Dellepiane, Aristides. — Sobre Poética y Plástica. "Letras", año III, Montevideo, 1933.
- Carrera Andrade, Jorge. — Rostros y Climats. Maison de l'Amérique Latine, París, 1948.
- Canssinos Assens, Ricardo. — Emilio Oribe, Madrid 1928.
- Ardao, Arturo. — Un Nuevo Gran Libro: El Canto del Cuadrante. Semanario "Acción". 1938, Montevideo.
- Ardao, Arturo. — La Filosofía en el Uruguay en el siglo XX. Fondo de Cultura Económica, México, 1956.
- Benedetti, Mario. — Literatura Uruguaya del Siglo XX. Montevideo, 1963.
- De Onís, Federico. — Sobre Ars Magna. Montevideo, 1961.
- De Onís, Federico. — Anthologie de la Poésie Latin Americaine. Juicio Crítico. Unesco, 1959.
- Ferrandez Alborz F. — Emilio Oribe: poeta. Cuadernos del Congreso por la Cultura, Nº 35. París, Francia, 1959.
- Frugoni, Emilio. — La sensibilidad americana. Montevideo, 1929.
- Gallinal, Gustavo. — Sobre "El Halconero Astral. Montevideo, 1920.
- Gallinal, Gustavo. — Literatura uruguaya. Montevideo, 1930.
- Freire, Tabaré J. — "Un poema de Emilio Oribe: La Salamandra. Rev. Alfar, Nº 69, Montevideo, 1951.
- Flores, Baeza. — Antología de la Poesía Hispanoamericana. Buenos Aires, 1959.
- Goyena, Alicia. — "La Serpiente y el Tiempo". "Ensayos", 1936. Montevideo.
- Goyena, Alicia. — "Emilio Oribe, Cátedra de Cultura Superior". Ensayos, Nº 20, Montevideo, 1938.
- Lagorio, Arturo. — "Emilio Oribe". Nosotros, Buenos Aires, 1917.
- Lagorio, Arturo. — Cita de Emilio Oribe. Atlántida. República Argentina, 1959.
- Lasplaces, Alberto. — "Emilio Oribe: a propósito de Teoría del Nous. "El Día, Montevideo, 1935.
- Lasplaces, Alberto. — "Nuevas opiniones literarias". Ed. Claudio García. Montevideo, 1939.
- Pillement, Georges. — "El Nunca Usado Mar de Emilio Oribe". "Revue de L'Amérique Latine", París, 1923.
- Picón Salas, Mariano. — "El Halconero Astral". Venezuela, 1920.
- Puccini, Darío. — "Emilio Oribe. Grande Dizionario Enciclopédico Italiano. Italia, 1956.
- Ramirez, Octavio. — "Emilio Oribe: el poeta del tiempo". "La Nación", Buenos Aires, 1941.
- Real de Azúa, Carlos. — "Crítica de la Literatura Uruguaya". Ed. de la Universidad, Montevideo, 1958.
- Rheinwald, Albert. — Sobre Emilio Oribe. Ginebra, 1954.
- Romero, Francisco. — Ars Magna. "El País, Montevideo, 1961.
- Romero, Francisco. — "Sobre Teoría del Nous". Hiperión, Nº 73, Montevideo.
- Arias, Alejandro. — La poesía de Emilio Oribe. Universidad de La Plata, República Argentina. 1940.
- Del Campo, Alberto. — "Emilio Oribe". Revista Indica, Madrid. 1961.
- Luisi, Luisa. — "Panorama lírico del Uruguay". "Nuestra América. Buenos Aires, 1928.

- Methol Ferré, Alberto. — "Sobre el pensamiento de Emilio Oribe". Montevideo, 1960.
- Mistral, Gabriela. — "Sobre la Colina del Pájaro Rojo". 1937.
- Pedemonte, Hugo Emilio. — "Nueva poesía uruguaya". Ediciones Cultura Hispánica, Madrid, 1958.
- Nuñez, Estuardo. — "Emilio Oribe". "Amauta", Lima. Perú, 1928.
- Montero Bustamante, Raúl. — "La Colina del Pájaro Rojo". La Prensa, Buenos Aires, 1925.
- Sainz Rodríguez, Pedro. — "Reseña bibliográfica de Emilio Oribe". Diccionario de autores de la Literatura Española y Americana. Tomo II, Ed. Aguilar, 1956.
- Virasoro, Miguel A. — "Gran Enciclopedia Italiana de Filosofía". "Juicio sobre Emilio Oribe". Italia, 1958.
- Verbesen, Fernand. — "Un Demi Siécle de Poesie". Anthologie. Tomo IV. Bruscelles. Ed. "La Maison Du Poéte". 1959.
- Schnesberger, Alberto. — "El Nunca Usado Mar". París, 1922.
- Sosa López, E. — "Antología de la poesía occidental. (Siglo XIX y XX)". Buenos Aires, s. d., s. f.
- Suárez Calimano, E. — "Emilio Oribe: La Transfiguración del Cuerpo". Nosotros, Buenos Aires, 1931.
- Suárez Calimano, E. — "Emilio Oribe". Nosotros, 1925.
- Tabajara de Oliveira, Nelson. — "El Pensamiento de Emilio Oribe: Teoría del Nous". "A Revolucao de "1924". San Pablo, Brasil, 1956. Compañía Editora Brasileña.
- Xavier Abril. — Sobre Emilio Oribe. Antología de la poesía Hispanoamericana. Montevideo, 1956.
- Zum Felde, Alberto. — "Proceso Intelectual del Uruguay". Emilio Oribe, Montevideo, 1930-34-41.
- Diez Echarri y J. M. Roca Franquesa. — Historia General de la Literatura Española e Hispana Americana. Ed. Aguilar, 1960.
- Andrés da Silva y Silvera. — La poesía de Emilio Oribe. Revista Cultura Nacional. 1955. Montevideo.

INDICE

	Pág.
<i>El Nardo del Anfora (1915)</i>	1
Los remansos de la soledad	1
Los vasos del milagro	15
Oda griega a Isadora Duncan	39
Imágenes de América del Sur	45
Cerro Largo	52
<i>El Castillo Interior (1917)</i>	57
Amor sagrado y amor profano	57
El fruto	61
El amante	62
El discípulo de Platón	63
Los días de la decadencia	67
La idolatría	69
Presencia de la blancura	71
Memorables confesiones de un cuervo	72
Los vasos del milagro	77
El olvido	88
A un conquistador	89
Las ofrendas inútiles	90
A Rubén Darío	92
Descubrimiento y oración	93
A Miguel de Unamuno	95
Meditación sobre Perseo	95
Imperio de la primavera	96
Amor	97
El cartujo dice	98
La colina esmeralda	98
La Venus y la fuente	101
Tres mujeres de Wagner	101
Las minas	103
Celeste miedo	104
A la muerte	105
Canto de Navidad	106
Las reviviscencias	107

	Pág.
<i>El Halconero Astral y otros Cantos (1919)</i>	109
Verdadera imagen	109
Eros	111
Una mujer en la calle	112
No es ya cristal el alma	113
América de los indios	115
Nada	117
Hacedores de oro	118
El viaje	119
La gran felicidad	120
Meditación junto al mar	120
Yo	121
El tirano	122
El canto del alba	123
Amanecer en el campo	125
Caídas	126
La alondra	128
El hijo regresa	129
Apolíneo y dionisíaco	130
El diamante	131
El campo	133
Contemplación del cuerpo yacente de un poeta	135
Soledad	137
Los pies de las danzarinas	137
Un poeta en un parque	138
Equilibrio en lo humano	139
El demiurgo	140
Naufragio de naufragio	141
Las dos vertientes del tiempo	142
El poder de las cosas	143
Imágenes del tiempo	144
El juego de los días	145
Los arquetipos	146
<i>El Nunca Usado Mar (1922)</i>	149
Las llamaradas	149
Los ojos	150
Los mitos	151
La estrella polar	152

	Pág.
El taller	153
Estrellas y aves	154
La danza en el mar	155
Cae la luna en el mar	157
La prisionera	157
Las ciudades del mar	158
El hermano	159
La gran llanura	160
La escultura	161
Los arcos	162
El mar y el viento	163
El viento está en el mar	164
Los caminos	165
Las islas	166
Los dos navíos	169
Las lámparas	170
Predicación	171
El niño desnudo	172
En el atrio	173
Los astros	174
Las golondrinas muertas	175
La tela	177
Vigilancia	179
Oda heroica al viento de las pampas	181
<i>La Colina del Pájaro Rojo (1925)</i>	191
Oración por las ciudades futuras	191
La amistad de los vientos	195
El nocturno de las tres Marías	198
Pastoral de las doce jóvenes	201
<i>La Transfiguración de lo Corpóreo (1930)</i>	203
El canto celeste y perdido	203
Desobediencias	204
La aventura	205
Las ocultas colmenas	207
Un río de América	208
Conocimiento de lo que existe	209
Emigración sin gloria	210

	Pág.
Espectáculo de una tarde de otoño	211
Retorno y lamento del joven	213
No saber más	215
Retorno hacia otra torre de marfil	216
Pedido de perduración	218
La luz mística	220
Dolor	221
Canto nocturno después de una batalla	223
Artigas y el astro	233
Icaro	247
<i>El Canto del Cuadrante (1938)</i>	263
La flor de la existencia	263
Vendrán otras rosas	264
Explicación	265
A unas jóvenes frentes	266
Milagro de existir	267
Ola de formas	268
Cisterna del tiempo	269
Ultimo paraíso	271
Elegía de la Alhambra	272
Eternas figuras	275
Riqueza de sombras	277
Neutral abismo	278
<i>La Esfera del Canto</i>	280
El retorno de la ola	280
Vidalita Cerro Largo	282
Vendimia	286
La justificación	288
Lejanía del alma	289
Belleza de las formas	294
Otro canto nocturno	296
Nuevo Canto de David	298
Cántico a un poeta que debió existir	302
Enéada	307
Canto continental	309
Volver al arquetipo	314

	Pág.
<i>Ars Magna</i>	317
La Medusa de Oxford	317
La corona de olvido	323
La inteligencia y la fuente	326
Las arpas del cosmos	336
<i>Rapsodia Bárbara</i>	339
<i>Endiosamiento del Instante (1966)</i>	373
Endiosamiento del instante	373
Saber de sí mismo	376
Paraíso siempre perdido	378
El angel del meridiano	380
El castillo exterior	381
Esta campana del océano	384
Sonetos sacros	387
Tiniebla de lo fugitivo	392
Moirá	395
El Mito del Eterno Retorno	396
Alguien vino	400
El idólatra	401
La lámpara del Eros	404
Diálogo con la joven diosa	408
El relámpago	410
Tu eres la flecha	412
Vivir en perfección	412
Poesía	413
Los declinantes astros	416
La lámpara y la idea	417
El Taciturno y la Noche	421
Amori dolori sacrum	433
Panta Rei	435
A es A	438
¿En qué piensas?	440
Obras de Emilio Oribe	445
Algunos juicios	446

Este libro se terminó de
imprimir en los talleres
gráficos de Imprenta Nacional el
día 30 de junio
de 1966
Montevideo